

Los días de Birmania

George Orwell



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Los días de Birmania

Orwell, George

Novela

Se reconocen los derechos morales de Orwell, George.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

Capítulo I

U Po Kyin, juez de subdivisión en Kyauktada, al norte de Birmania, estaba sentado en su terraza. Eran sólo las ocho y media, pero del mes de abril, y la pesadez en el aire ya anunciaba las largas y sofocantes horas del mediodía. Los débiles e infrecuentes soplos de aire, frescos en comparación, agitaban las recién regadas orquídeas que colgaban del alero. Más allá de las orquídeas se podía contemplar el curvo y polvoriento tronco de una palmera contra un cielo de brillante azul marino. En las alturas, tan alto que deslumbraba dirigir la vista hacia ellos, algunos buitres describían círculos en el aire sin apenas agitar sus alas.

Sin parpadear, casi como un dios de porcelana, U Po Kyin dirigió su mirada hacia la ardiente luz del exterior. Tenía unos cincuenta años y estaba tan gordo que llevaba mucho tiempo sin poder levantarse sin ayuda de una silla, no obstante resultaba bien formado e incluso bello en su grosor; pues los birmanos no se hinchan como los hombres blancos, sino que engordan de forma simétrica, como frutos madurando. Su cara era ruda, amarillenta y sin apenas arrugas, con ojos de color bronce. Sus pies — encogidos, arqueados y con todos sus dedos de igual largura— estaban desnudos al igual que su rasurada cabeza y vestía con uno de esos longyis de Arakan con cuadros en vivos verdes y rojos púrpura que los birmanos llevan en las ocasiones informales. Masticaba hojas de betel que sacaba de una caja lacada situada encima de la mesa y pensaba en su pasado.

Había sido una vida de éxito deslumbrante. El primer recuerdo de U Po Kyin, allá por los años ochenta, era el de un niño barrigón y desnudo observando la entrada victoriosa de las tropas británicas en Mandalay. Recordaba el terror que le producían aquellas columnas de imponentes hombres en uniforme rojo, con sus rostros sonrosados bien alimentados con carne de vaca; sus largos fusiles sobre los hombros, y el rítmico y pesado caminar de sus botas. Había huido tras observarles unos minutos. A su manera infantil había entendido que su propia gente nunca podría compararse con esa raza de gigantes. Ya desde niño, luchar junto a los británicos y convertirse en un parásito entre ellos llegó a ser su principal obsesión.

A los diecisiete años había intentado sin éxito trabajar para el gobierno. Demasiado pobre y sin relaciones para conseguirlo, había tenido que colocarse durante tres años

en el maloliente laberinto de los bazares de Mandalay, como empleado para los comerciantes de arroz, a los que robaba cuanto podía. A los veinte años, un golpe de suerte en forma de chantaje le consiguió cuatrocientas rupias, con las que de inmediato viajó a Rangún para comprar un puesto como funcionario administrativo. El trabajo era lucrativo pese a su reducido salario. En aquel momento un grupo de funcionarios conseguía ingresos estables apropiándose de materias de los almacenes del gobierno, y Po Kyin (aún era simplemente Po Kyin; la U honorífica le fue añadida años después) tenía una tendencia natural hacia este tipo de negocio. Sin embargo, también tenía demasiado talento como para pasarse la vida como un simple funcionario administrativo, robando tristes cantidades de annas y pice. Un día llegó hasta él la noticia de que el gobierno, escaso de oficiales de grado inferior, iba a nombrarlos entre sus administrativos. En una semana esta decisión sería pública, pero si Po Kyin tenía una cualidad era la de estar informado al menos una semana antes que los demás. Vio su oportunidad y denunció a sus asociados antes de que pudiesen darse cuenta. La mayoría fueron enviados a la cárcel mientras Po Kyin era nombrado oficial ayudante municipal en recompensa por su honestidad. Desde entonces no había dejado de ascender. Ahora, a los cincuenta y seis años, era juez de subdivisión y probablemente pronto sería ascendido a segundo vicecomisionado, con ingleses a su mismo nivel e incluso bajo sus órdenes.

Como juez sus métodos eran simples. No se dejaba sobornar por la decisión de un caso, pues sabía que un magistrado que juzga erróneamente antes o después es atrapado. Su método, mucho más seguro, consistía en aceptar sobornos de ambas partes para luego tomar la decisión según los términos legales establecidos. Esto le consiguió una beneficiosa reputación de imparcialidad. Además de los ingresos que le proporcionaban las partes litigantes en los casos, U Po Kyin exigía implacablemente un impuesto, una especie de programa propio de tasas, a todas las aldeas bajo su jurisdicción. Si cualquiera de ellas no pagaba, U Po Kyin tomaba medidas represoras — grupos de dacoits atacaban la aldea, apresando a los líderes de la misma— de forma que siempre poco después el importe era íntegramente satisfecho. Así mismo fue partícipe en todos los robos a gran escala que tuvieron lugar en el distrito. Por supuesto, la mayor parte de esto era por todos conocido excepto por los oficiales superiores de U Po Kyin (ningún oficial británico creería nada contra sus propios hombres), sin embargo todo intento por incriminarle resultó invariablemente infructuoso. Sus seguidores, leales a cambio de compartir una parte del botín, eran demasiado numerosos. Cuando una acusación le salpicaba, U Po Kyin simplemente la desacreditaba con un buen número de testigos sobornados para posteriormente contraatacar con acusaciones que terminaban situándole en una posición más fuerte que al principio. Era prácticamente invulnerable, porque era demasiado juicioso como para utilizar cualquier instrumento erróneo, y también porque estaba tan inmerso en

las intrigas que nunca podía permitirse caer en ningún descuido o desconocimiento. Se podía decir con casi total seguridad que nunca sería descubierto, que continuaría de éxito en éxito y finalmente moriría como un hombre honorable y con una fortuna valorada en varios lakhs de rupias.

Incluso más allá de la tumba su éxito continuaría. Según la creencia budista, aquéllos que han hecho el mal en sus vidas se reencarnarán en la forma de una rata, una rana o algún otro animal inferior.

U Po Kyin se consideraba un buen budista y como tal se proponía poner los medios para evitar tal peligro. Dedicaría sus últimos años a las buenas acciones, con lo que acumularía suficientes méritos para compensar el resto de su vida. Seguramente sus buenas acciones tomarían forma en la construcción de pagodas. Cuatro, cinco, seis, siete pagodas —los sacerdotes le indicarían cuantas— en piedra tallada, con tejados dorados y pequeñas campanas que repicarían al viento, cada repique una oración. De esa forma él podría volver de nuevo a la tierra en forma humana y masculina —porque una mujer está aproximadamente al mismo nivel de una rata o una rana— o en el peor de los casos en la forma de una bestia dignificada tal como un elefante.

Todos estos pensamientos fluían rápidamente por la mente de U Po Kyin, la mayor parte de ellos en forma de imágenes. Su cerebro, aunque astuto, era bastante bárbaro y nunca trabajaba de no haber un motivo definido. La meditación como tal era algo ajeno a él. Ahora había alcanzado por fin el lugar al que sus pensamientos se habían estado dirigiendo. Poniendo sus pequeñas manos triangulares sobre los brazos de la silla, se giró levemente y respirando con dificultad llamó:

—¡Ba Taik!, ¡oye, Ba Taik!

Ba Taik, el criado de U Po Kyin, apareció a través de la cortina de cuentas de la terraza. Era pequeño, con la cara marcada por la viruela y una expresión tímida y bastante ansiosa. U Po Kyin no le pagaba ningún salario, pues se trataba de un ladrón convicto, al que una palabra de más podría enviar de nuevo a prisión. Ba Taik avanzó tan lentamente hacia él que daba la impresión de estar retrocediendo.

—¿Mi adorado señor? —dijo.

—¿Hay alguien esperando para verme, Ba Taik?

Ba Taik contó con sus dedos a los visitantes.

—Está el jefe de la aldea Thitpingyi, mi señoría, que ha traído ofrendas, y dos aldeanos que también traen ofrendas y un caso de asalto para ser resuelto por su señoría. Ko Ba Sein, el jefe administrativo de la oficina del vicecomisionado, desea verle, y está Ali Shah, oficial de policía y un dacoit cuyo nombre desconozco. Creo que han discutido por unos brazaletes de oro que han robado. Y hay una muchacha joven de la aldea con un bebé.

—¿Qué quiere? —dijo U Po Kyin.

—Dice que el bebé es vuestro, adorado señor.

—Ya. Y ¿cuánto ha traído el jefe de la aldea?

Ba Taik pensaba que eran sólo 10 rupias y una cesta de mangos.

—Dile al jefe —dijo U Po Kyin— que deben ser 20 rupias y que tendrán problemas si el dinero no está aquí mañana. Veré al resto enseguida. Pide a Ko Ba Sein que venga aquí a verme.

Ba Sein apareció rápidamente. Era un hombre estirado y estrecho de hombros, muy alto para ser birmano y con un rostro de expresión curiosamente suave que recordaba a un pudín de color café. U Po Kyin había encontrado en él una herramienta muy útil. Poco imaginativo pero muy trabajador, era un excelente funcionario al que el vicecomisionado Mr. Macgregor confiaba casi todos sus secretos oficiales. U Po Kyin, de buen humor por sus pensamientos, saludó a Ba Sein con una sonrisa y con una señal de su mano le ofreció la caja de betel.

—Bueno Ko Ba Sein, ¿cómo progresa nuestro asunto? Espero que, como nuestro querido Mr. Macgregor diría —U Po Kyin pasó a hablar en un enfático inglés— ¿son ya perceptibles los progresos?

Ba Sein no se rio con la broma. Recostado rígidamente en la silla libre, contestó:

—Excelentemente, señor. Nuestra copia del periódico llegó esta mañana. Observe detenidamente.

Sacó una copia de un periódico bilingüe llamado Burmese Patriot. Era un periodicucho de ocho páginas defectuosamente impreso en papel que parecía secante y que contenía por una parte noticias copiadas al Rangoon Gazette y por otra un repaso de las pequeñas heroicidades nacionalistas del país. En la última página la tinta se había corrido y había dejado la hoja entera negra como el azabache, como si fuera un lamento por la reducida distribución del periódico.

El artículo al que U Po Kyin dirigió su mirada era de apariencia diferente al resto. Decía:

«En estos tiempos felices, cuando nosotros pobres hombres de piel oscura estamos siendo elevados por la poderosa civilización occidental con sus múltiples bendiciones tales como el cinematógrafo, la ametralladora, la sífilis... ¿qué tema puede ser más interesante que la vida privada de nuestros benefactores? Por ello pensamos que algunos hechos acaecidos en el norte, en el distrito de Kyauktada, pueden interesar a muchos lectores. Especialmente sobre Mr. Macgregor, honorable vicecomisionado de dicho distrito. Mr. Macgregor es de esa clase de caballeros al viejo estilo inglés de la que hoy, en estos tiempos felices, tenemos tantos ejemplos ante nosotros. Un "hombre de familia", como nuestros primos ingleses dirían. Un hombre de familia en todos los sentidos. Tan familiar que en el distrito de Kyauktada, donde lleva desde hace un año, ya tiene tres hijos y en su anterior distrito de Shwemyo dejó seis

descendientes tras de sí. Mr. Macgregor, tal vez en un descuido por su parte, ha dejado desatendidas a estas criaturas, algunas de cuyas madres apenas tienen qué llevarse a la boca».

Había una columna entera de material de este estilo que, miserable como era, se había hecho destacar del resto de los contenidos del periódico. U Po Kyin leyó el artículo entero detenidamente, sujetando el periódico con sus brazos extendidos —su visión se adecuaba mejor a objetos que estuvieran a una cierta distancia— y con los labios entreabiertos dejando a la vista un buen número de pequeños y perfectos dientes blancos, teñidos de rojo por el jugo de las hojas de betel.

—Al editor le van a caer seis meses de cárcel por esto —dijo finalmente.

—No le importa. Dice que sus acreedores sólo le dejan en paz cuando está en prisión.

—¿Y dices que tu joven protegido Hla Pe lo escribió él solo? ¡Un chico listo, muy prometedor! No quiero volverte a oír decir que esos institutos del gobierno son una pérdida de tiempo. Hla Pe conseguirá sin duda su puesto en la administración.

—¿Piensa entonces, señor, que este artículo será suficiente?

U Po Kyin no contestó inmediatamente. Un sonido similar a un resoplido parecía emerger de él. Estaba intentando levantarse de la silla. Para Ba Taik éste era un sonido ya familiar. Apareció a través de la cortina de cuentas y junto a Ba Sein, cada uno una mano en las axilas de U Po Kyin, le levantaron. U Po Kyin permaneció estático unos momentos, equilibrando el peso de la barriga sobre sus piernas, como si fuera un porteador de pescado ajustando su carga. Después, con un gesto de su mano hizo salir a Ba Taik.

—No es suficiente —dijo contestando a la pregunta de Ba Sein—, no es suficiente de ninguna manera. Aún queda mucho por hacer. Pero éste es el inicio correcto. Escucha.

Se acercó a la barandilla y escupió fuera un buen trozo de betel rojo antes de comenzar a dar vueltas por la terraza, con pasos pequeños y sus manos tras la espalda. El roce entre sus enormes muslos le hacía contonearse ligeramente. Hablaba mientras andaba, en la jerga usada en las oficinas gubernamentales; una mezcla de verbos birmanos y de frases hechas inglesas:

—Comencemos por el principio. Vamos a llevar a cabo nuestro planeado ataque sobre el doctor Veraswami, cirujano y director de la cárcel. Vamos a difamarle, destruir su reputación y finalmente acabar con él para siempre. Será una operación bastante delicada.

—Sí, señor.

—No habrá riesgos pero debemos ir poco a poco. No estamos actuando contra un simple funcionario administrativo o contra un policía. Nos enfrentamos con un oficial

de alto rango y por ello, pese a ser indio, no podemos hacerlo como contra un simple funcionario. ¿Cómo hundir a un simple funcionario? Fácil; una acusación, dos docenas de testigos, despido y encarcelamiento. Pero esto no nos va a servir ahora. La forma de conseguirlo en este caso es actuar despacio, con delicadeza, sin ninguna prisa. Sin escándalos y sobre todo sin una investigación oficial. No debe haber acusaciones a las que responder y sin embargo, en tres meses debo haber convencido a todo europeo en Kyauktada de la villanía del doctor. ¿De qué le acusaré? Los sobornos no servirán, como médico no los aceptaría en ningún caso. ¿Qué, entonces?

—Tal vez podríamos organizar un motín en la cárcel —dijo Ba Sein—. Siendo director de la cárcel será señalado como culpable.

—No. Demasiado peligroso. No quiero a los vigilantes de la cárcel disparando en todas direcciones. Además sería caro. Entonces, claramente debe ser deslealtad, nacionalismo, propaganda sediciosa, separatista. Debemos convencer a los europeos de que nuestro doctor comparte ideas desleales a los británicos. Esto es mucho peor que el soborno; para ellos en un oficial nativo es normal aceptar sobornos. Sin embargo, hazles sospechar por un solo momento de su deslealtad y lo habrás hundido.

—Será difícil de probar —objetó Ba Sein—. El doctor es muy leal a los europeos. Enseguida se enfada si se les ataca. Y ellos lo saben, ¿no lo cree así?

—Tonterías, tonterías —dijo U Po Kyin satisfecho—. Ningún europeo se preocupa por las pruebas. Para ellos en un hombre de piel oscura la simple sospecha es la prueba. Unas pocas cartas anónimas harán maravillas. Es cuestión de persistir. Acusar, acusar y seguir acusando, ése es el camino con los europeos. Una carta anónima tras otra. Y entonces, cuando sus sospechas estén firmemente levantadas... —U Po Kyin retiró uno de sus pequeños brazos de detrás de su espalda e hizo chasquear sus dedos. Añadió—. Comenzaremos con este artículo en el Burmese Patriot. Los europeos se enfurecerán cuando lo lean. Nuestro próximo movimiento será hacerles creer que fue el doctor quien lo escribió.

—Será difícil porque tiene bastantes amigos europeos. Todos le visitan a él cuando enferman. Este invierno fue frío y curó a Mr. Macgregor de su flatulencia. Creo que le consideran un médico brillante.

—¿Qué poco comprendes la mentalidad europea, Ko Ba Sein! Si los europeos acuden a Veraswami es porque no hay ningún otro médico en Kyauktada. Ningún europeo confía en un hombre de piel oscura. Utilizando cartas anónimas, será simplemente cuestión de tiempo. Pronto veremos qué pocos amigos quedan a su lado.

—Está Mr. Flory, el comerciante de madera —dijo Ba Sein, pronunciando "Mr. Porley"—. Es amigo íntimo del doctor. Cada mañana le veo ir a su casa cuando está en Kyauktada. Ha invitado dos veces a cenar al doctor.

—En eso tienes razón. Si Flory fuese amigo del doctor podría perjudicarnos. No puedes atacar a un indio que tenga un amigo europeo. Le da, ¿cuál es esa palabra que tanto les gusta?, prestigio. Pero Flory abandonará rápidamente a su amigo cuando comiencen los problemas. Esta gente no posee lealtad hacia un nativo. Además, yo se que Flory es un cobarde. Puedo manejarle. Tu misión, Ko Ba Sein, será vigilar los movimientos de Mr. Macgregor. Quiero decir, ¿ha escrito últimamente al comisionado confidencialmente?

—Le escribió hace dos días, pero cuando abrimos la carta al vapor no descubrimos nada realmente importante.

—Bien, le daremos algo sobre lo que escribir. Y tan pronto como sospeche del doctor será el momento para el otro asunto del que te hablé. De esa forma, ¿cómo dice Macgregor?, ah si, «mataremos dos pájaros de un tiro». ¡Una bandada entera de pájaros, ja, ja!

La risa de U Po Kyin era un desagradable sonido gutural que parecía surgir del fondo de su estómago, como la carraspera anterior a un ataque de tos. A pesar de todo, era divertida, incluso infantil. No dijo nada más sobre el otro “asunto”, demasiado privado como para ser tratado en la terraza. Ba Sein, observando que su entrevista terminaba, se levantó inclinándose de forma reverencial.

—¿Desea algo más su señoría? —dijo.

—Asegúrate de que Mr. Macgregor tiene su copia del Burmese Patriot. Será mejor que digas a Hla Pe que finja un ataque de disentería para poder mantenerse alejado de la oficina. Quiero que sea él quien escriba los anónimos. Es todo por el momento.

—¿Puedo entonces retirarme, señor?

—Que Dios te acompañe —dijo U Po Kyin distraídamente, mientras llamaba de nuevo a gritos a Ba Taik.

Nunca malgastaba ni un momento del día. No le llevaría mucho tiempo ocuparse del resto de visitantes y mandar a la chica de nuevo al pueblo sin recompensa alguna tras examinar su rostro y decir que no la reconocía. Llegaba la hora del desayuno. Su estómago comenzaba a ser atormentado por violentas punzadas con las que el hambre le atacaba puntualmente a esta hora cada mañana. Gritó apremiantemente:

—¡Ba Taik, oye Ba Taik!, ¡Kin Kin!, ¡mi desayuno, rápido, me muero de hambre!

En el cuarto de estar, detrás de las cortinas, había una mesa ya preparada con un gran cuenco de arroz y una docena de platos con curry, gambas secas y mango verde en rodajas. U Po Kyin se dirigió hacia la mesa contoneándose, se sentó con un gruñido y de inmediato se lanzó sobre la comida. Ma Kin, su mujer, le servía de pie detrás de él. Era una mujer delgada de poco más de metro sesenta con una agradable cara simiesca de un pálido tono marrón. U Po Kyin no le prestaba ninguna atención mientras comía. Situando el cuenco pegado a su nariz, casi sin respirar, engullía con sus rápidos y grasientos dedos. Todas sus comidas eran cuantiosas, apasionadas y

rápidas. Más que comidas eran orgías, bacanales de arroz y curry. Cuando había terminado se recostaba en la silla, eructaba unas cuantas veces y pedía a Ma Kin que le acercara un cigarro de tabaco verde birmano. Nunca fumaba tabaco inglés, al que consideraba sin ningún sabor.

Enseguida, ayudado por Ba Taik, U Po Kyin se vistió con su ropa oficial, admirándose por un momento en el largo espejo del cuarto de estar. Era una habitación de paredes de madera con dos columnas que, aún reconocibles como troncos de teca, soportaban la viga maestra del tejado, y era oscura y algo sórdida como toda habitación birmana, pese a que U Po Kyin la había amueblado a la moda ingaleik con un aparador de chapa y sillas, alguna litografía de la familia real y un extintor para el fuego. El suelo lo cubrían esteras de bambú manchadas por salpicones de jugo de betel y lima.

Ma Kin estaba sentada en una estera en la esquina cosiendo un ingyi. U Po Kyin se giró despacio ante el espejo, intentando echar un vistazo a la parte trasera de su cuerpo. Iba vestido con un gaungbaung de seda de color rosa pálido, un ingyi de muselina almidonada y un paso de seda de Mandalay, de un magnífico rosa salmón brocado con amarillo. Con esfuerzo giró su cabeza y miró satisfecho el brillante paso apretado a sus enormes nalgas. Estaba orgulloso de su gordura, pues veía en esa carne acumulada un símbolo de su grandeza. Él, que una vez había sido un personaje oscuro y hambriento, era ahora gordo, rico y temido. Como hinchado por los cuerpos de sus enemigos; un pensamiento del que extrajo algo cercano a la poesía.

—Mi nuevo paso fue barato por 22 rupias, ¿eh, Kin Kin? —dijo.

Ma Kin agachó su cabeza concentrándose en la costura. Era una mujer sencilla, chapada a la antigua, que había adquirido incluso menos hábitos europeos que U Po Kyin. No podía sentarse en una silla sin sentirse incómoda. Cada mañana acudía al bazar con una cesta sobre su cabeza, como las mujeres de la aldea, y por las tardes se la podía ver de rodillas en el jardín, rezando en dirección al blanco tejado de la pagoda que coronaba el pueblo. Llevaba más de veinte años siendo confidente de todas las intrigas de U Po Kyin.

—Ko Po Kyin —dijo—, has hecho mucho mal en tu vida.

U Po Kyin agitó su mano.

—¿Qué importa? Mis pagodas lo expiarán todo. Hay mucho tiempo.

Ma Kin agachó de nuevo su cabeza concentrándose en la costura obstinadamente, como siempre que desaprobaba algo que U Po Kyin estuviera haciendo.

—Pero, Ko Po Kyin, ¿son necesarios todos estos proyectos e intrigas? Te oí hablar con Ko Ba Sein en la terraza. Estáis planeando algo malo contra el doctor Veraswami. ¿Por qué queréis hacer daño a ese doctor indio? Es un buen hombre.

—¿Qué sabes tú de esos asuntos oficiales, mujer? El doctor se interpone en mi camino. En primer lugar, no acepta sobornos, con lo que lo pone más difícil para el

resto de nosotros. Y además... bueno, hay algo más pero tu inteligencia nunca llegaría a comprenderlo.

—Ko Po Kyin, te has convertido en rico y poderoso y, ¿qué bien te ha hecho? Éramos más felices cuando éramos pobres. Recuerdo perfectamente cuando eras sólo un oficial municipal, la primera vez que tuvimos una casa propia. ¡Qué orgullosos estábamos de nuestros muebles nuevos de mimbre y de tu estilográfica de clip dorado! ¡Y qué honrados nos sentimos cuando un joven oficial de policía inglés vino a nuestra casa y bebió una botella de cerveza en nuestra mejor silla! La felicidad no está en el dinero. ¿Qué deseas para querer más dinero ahora?

—¡Tonterías, mujer, tonterías! Cuida de tu costura y tu cocina y deja los asuntos oficiales para los que los entienden.

—Bien, yo no sé. Soy tu mujer y siempre te he obedecido. Pero al menos sé que nunca es demasiado pronto para adquirir méritos. ¡Esfuérzate en conseguir méritos, Ko Po Kyin! ¿Querrías por ejemplo comprar pescado fresco y liberarlo de nuevo en el río? Se pueden adquirir muchos méritos de esa forma. También, esta mañana cuando los sacerdotes vinieron por su arroz me dijeron que hay dos nuevos entre ellos en el monasterio y están hambrientos. ¿Querrías darles algo, Ko Po Kyin? No les di nada yo misma para que tú pudieses conseguir los méritos por hacerlo.

U Po Kyin se apartó del espejo. Las palabras de la mujer le habían afectado ligeramente. Nunca dejaba escapar una oportunidad de adquirir méritos siempre y cuando hacerlo no le creara ninguna inconveniencia. A sus ojos, la acumulación de méritos era como un depósito bancario, eternamente creciente. Cada pez liberado en el río, cada ofrenda a un sacerdote lo acercaban un paso más al Nirvana. Era un pensamiento reconfortante. Ordenó que la cesta de mangos traída por el jefe de la aldea fuese enviada al monasterio.

Enseguida abandonó la casa y comenzó a descender por el camino, con Ba Taik tras de él cargando con una carpeta llena de papeles. Andaba despacio, muy estirado para equilibrar su enorme barriga y aguantando una sombrilla de seda amarilla sobre su cabeza. Su paso rosa brillaba con el sol como praliné satinado. Se dirigía hacia los juzgados para resolver los casos del día.

Capítulo II

Casi a la misma hora que U Po Kyin empezaba con los primeros asuntos del día, Porley, el comerciante maderero y amigo del Dr. Veraswami, abandonaba su casa camino del Club.

Flory era un hombre de unos treinta y cinco años, de complexión medía, no mal formado. Tenía el cabello muy oscuro, erizado y cada vez más escaso, bigote moreno y bien recortado, y su piel, de naturaleza cetrina, estaba descolorida por el sol. Como no se había puesto gordo ni tampoco se había quedado calvo, no aparentaba más edad de la que tenía, aunque su rostro, a pesar de estar bronceado, estaba ojeroso y mustio, con las mejillas muy delgadas y una apariencia marchita, hundida, alrededor de los ojos. Era evidente que no se había afeitado esta mañana. Vestía, como era habitual, camisa blanca, pantalones cortos de color caqui y medias, aunque en lugar de un topi tenía un maltrecho sombrero de terai inclinado sobre un ojo. Llevaba un bastón de caña de bambú con una correa para la muñeca y un cocker spaniel negro llamado Fio andaba a paso lento detrás de él.

De todos modos, éstos eran detalles secundarios. Lo primero que uno advertía en Flory era una marca de nacimiento horrorosa que recorría en forma de media luna mellada su mejilla izquierda, desde el ojo hasta la comisura de la boca. Visto desde la izquierda, su rostro parecía magullado, maltratado, como si la marca de nacimiento fuera en realidad un moratón, pues era de color azul oscuro. Él era plenamente consciente de lo horrible que esto resultaba. Cuando no estaba solo, sus movimientos se regían en todo momento por cierta lateralidad, como si maniobrara constantemente con la intención de preservar fuera de la vista de los demás su marca de nacimiento.

La casa de Flory se encontraba en lo alto del maidan, próximo al borde de la jungla. Desde la entrada, el maidan se precipitaba abruptamente cuesta abajo, abrasado por el sol y de color caqui, con media docena de bungalows de un blanco deslumbrante diseminados a su alrededor. Todo crepitaba, se estremecía en ese aire caliente. Había un cementerio inglés rodeado por una tapia blanca a medio camino en dirección a la colina, y junto a él, una iglesia con tejado de estaño. Más allá, estaba el Club Europeo y cuando uno contemplaba el Club Europeo —un edificio rechoncho de una sola planta hecho de madera— contemplaba el verdadero centro de la ciudad. En

cualquier población de la India, el Club Europeo es la ciudadela espiritual, la genuina sede del poder británico, el Nirvana por el que los oficiales y millonarios nativos suspiran en vano. Con más motivo en este caso, pues el Club de Kyauktada se jactaba con orgullo de ser prácticamente el único de los Clubes de Birmania que no había aceptado jamás a un oriental como miembro. Pasado el Club, fluía el Irrawaddy inmenso y ocre, brillando como diamantes en los tramos que golpeaba el sol; y más adelante el río se extendía por los inmensos arrozales, desapareciendo en una hilera de colinas negruzcas hacia el horizonte.

La ciudad nativa, los tribunales y la cárcel, quedaban a la derecha, casi tapados entre la arboleda verde que los árboles tejían. La aguja de la pagoda se alzaba entre los árboles como una lanza esbelta coronada con oro. Kyauktada era un ejemplo bastante típico de ciudad del norte de Birmania; no había cambiado excesivamente desde los días de Marco Polo hasta la Segunda Guerra Birmana, y hubiera podido seguir otro siglo estancada en la Edad Media de no haberse revelado como un rincón estratégico para la ubicación de una terminal de ferrocarril. En 1910 el Gobierno la convirtió en sede de distrito y centro del Progreso, entendiéndose por esto un montón de tribunales de justicia, con su consiguiente ejército de gordos y sin embargo hambrientos abogados, una escuela y una de aquellas prisiones enormes y resistentes que los ingleses han construido en todas partes de Gibraltar a Hong Kong. La población era de unos cuatro mil habitantes, incluyendo un par de cientos de indios, unos cuantos chinos y siete europeos. También había dos eurasiáticos llamados Mr. Francis y Mr. Samuel, hijos respectivamente de un misionero baptista americano y un misionero católico-romano. La ciudad no tenía ningún tipo de atracciones, excepción hecha de un faquir que se había pasado veinte años en lo alto de un árbol al lado del bazar, al que le subían cada mañana la comida con una cesta.

Flory bostezó al cruzar la puerta. La noche anterior se había medio emborrachado, y la deslumbrante luz de la mañana le hizo sentirse algo resacoso.

—Maldito agujero —pensó al mirar colina abajo. Y no habiendo nadie cerca salvo el perro comenzó a cantar en voz alta «Maldito, maldito, maldito, oh, maldito agujero» con la melodía de «Santo, santo, santo, oh, santo es el Señor» mientras caminaba por la carretera de color rojo fuerte, sacudiendo con su bastón las hierbas secas. Eran casi las nueve en punto y el sol apretaba más fuerte cada minuto que pasaba. El sol pegaba en la cabeza de un modo rítmico, continuo, pesado, como golpes dados con un enorme travesaño. Flory se detuvo a la entrada del Club, dudando entre pasar o continuar un poco más carretera abajo y ver al Dr. Veraswami. Entonces recordó que era «Día de correo inglés» y que los periódicos habrían llegado. Entró, pasando junto a la valla de la cancha de tenis, que estaba cubierta por una enredadera con hojas en forma de estrella.

En los bordes del camino, el sendero estaba flanqueado por flores inglesas —flox, espuelas de caballero, malvas y petunias— que el sol no había marchitado aún, amontonadas caóticamente en gran número y variedad. Las petunias eran gigantescas, casi como árboles. No había césped; en su lugar un plantío de arbustos autóctonos, matorrales, mohures dorados como monedas en forma de sombrillas gigantes de flor roja pasión, jazmines de las Antillas con flores crema sin pétalos, buganvillas moradas, hibiscos escarlatas y el rosal chino de rosas rosa, crotones de un verde bilis, frondas plumosas de tamarindo. El choque de colores hacía daño a la vista. Un mali casi desnudo, regadera en mano, se movía entre esa jungla de flores como una especie de gran pájaro picaflor.

En los escalones del Club, un hombre rubio de afilados bigotes, ojos gris claro demasiado distantes el uno del otro, y pantorrillas inusualmente delgadas para sus piernas, permanecía de pie con las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos. Era Mr. Westfield, el superintendente de policía del distrito. Con aire muy aburrido, se balanceaba sobre los talones hacia delante y hacia detrás, mientras hacía pucheros con el labio superior, de modo que su bigote le hiciera cosquillas en la nariz. Saludó a Flory con un ligero movimiento de cabeza. Hablaba de un modo entrecortado y marcial, descartando cualquier palabra de la que se pudiera prescindir. Prácticamente todo lo que decía pretendía ser chistoso, pero el tono de su voz era melancólico y hueco.

—Hola, Flory, amigo mío. Vaya mañana, ¿eh?

—Supongo que es lo normal para esta época del año —dijo Flory. Se había girado ligeramente, de manera que su mejilla marcada no estuviera a la vista de Westfield.

—Sí, maldita sea. Aún quedan un par de meses así. El año pasado no cayó ni una gota hasta junio. Mira ese condenado cielo, ni una nube. Como una de esas malditas cacerolas azules de esmalte. Dios, cuánto darías por estar ahora en Piccadilly, ¿eh?

—¿Ha llegado ya la prensa inglesa?

—Sí, el Punch, el Pink'un y el Vie Parisienne de toda la vida. Entra nostalgia al leerlos, ¿eh? Vamos adentro y tomemos algo de beber antes de que se acabe el hielo. Al viejo Lackersteen sólo le falta remojarse en él. Ya anda medio jumado.

Al entrar Westfield remarcó con su voz adusta:

—Tú primero, Macduff.

Por dentro el Club era un lugar que desprendía cierto olor a barro cocido, con paredes de teca, y que estaba tan sólo compuesto de cuatro habitaciones, una de las cuales contenía una biblioteca muy abandonada con quinientas novelas llenas de moho, otra una mesa de billar cubierta de mugre donde rara vez se jugaba, puesto que cuando se utilizaba hordas de escarabajos voladores acudían zumbando a la luz de las lámparas y quedaban esparcidos sobre el tapete. Había además un salón de estar, que también era el sitio para jugar a las cartas, que daba a una amplia veranda desde la que se podía ver el río; sin embargo, a esa hora del día las persianas de caña de

bambú verde estaban echadas y la terraza cerrada. El salón de estar no era en absoluto acogedor, con esteras de coco en el suelo, sillas de mimbre y mesas ocultas bajo relucientes revistas ilustradas. Como decoración había una serie de cuadros de perros y unos cráneos de sambhur polvorientos. Un punkah sacudía con su batir perezoso el polvo en ese aire caliente.

En la habitación había tres hombres. Debajo del punkah, un hombre rubicundo, de buena planta, ligeramente hinchado, de unos cuarenta años, estaba despatarrado encima de una mesa con la cabeza hundida entre las manos, gimiendo de dolor. Era Mr. Lackersteen, el gerente de una empresa maderera. Había bebido mucho la noche anterior y estaba sufriendo las consecuencias. Ellis, también gerente de otra compañía maderera, estaba de pie ante el tablón de anuncios escrutando algún aviso con un aire amargado. Era un tipo con el pelo tieso, el rostro pálido y anguloso, y de movimientos inquietos. Maxwell, oficial en funciones de la División local, estaba recostado en una de las sillas más grandes mientras leía el Field, y apenas se podían ver de él más que sus largas piernas y rechonchos antebrazos.

—Hay que ver qué viejo más malo estás hecho —dijo Westfield, tomando a Mr. Lackersteen por los hombros y sacudiéndole—. Vaya ejemplo para los jóvenes, ¿eh? Estás ahí porque Dios quiere. Te da una idea de lo que debe de ser llegar a los cuarenta.

Mr. Lackersteen gruñó algo que sonó como “brandy”.

—Mi pobre y viejo amigo —dijo Westfield—, mártir habitual de la bebida, ¿no? Mirad cómo rezuma el alcohol por sus poros. Me recuerda a aquel viejo coronel que acostumbraba a dormir sin mosquitero. Le preguntaron una vez a su criado el porqué y contestó: «De noche, señor demasiado borracho para notar mosquitos; de día, mosquitos demasiado borrachos para notar señor». Miradle, se emborrachó anoche y todavía pide más. Y eso que su sobrinita llega hoy para quedarse con él. Porque llega esta noche, ¿no es así, Lackersteen?

—Venga, deja al borrachín en paz —dijo Ellis sin darse la vuelta. Tenía una voz especialmente retorcida, a la que se sumaba su acento cockney. Mr. Lackersteen volvió a gruñir —¡la sobrina! ¡Dadme un poco de brandy, por Dios!

—Bonito ejemplo para la sobrina, ¿no? Ver a su tío tirado debajo de la mesa siete veces en una semana. ¡Camarero! Traer brandy para señor Lackersteen.

El camarero, un dravidiano moreno y robusto de ojos amarillos como los de un perro, trajo el brandy en una bandeja de metal. Flory y Westfield pidieron ginebra. Mr. Lackersteen pegó unos cuantos tragos de brandy y se apoyó en el respaldo de la silla, gimiendo ya más tranquilo. Tenía un rostro corpulento e ingenuo, con un bigote fino y corto, parecido al que forman las cerdas de un cepillo de dientes. Se trataba de un hombre muy sencillo, sin ninguna ambición más allá de pasar lo que él llamaba “un buen rato”. Su mujer le manejaba de la única manera posible, esto es, no perdiéndole

nunca de vista por más de una hora o dos. Únicamente en una ocasión, un año después de que se hubieran casado, le había dejado solo durante una quincena, y cuando volvió, un día antes de lo previsto, se encontró a Mr. Lackersteen borracho, con una chica birmana desnuda a cada lado y una botella de whisky en la boca. Desde entonces había tenido que vigilarle, como ella solía decir, «igual que un gato una ratonera». A pesar de todo, lograba disfrutar de un par de “buenos ratos”, aunque normalmente lo tenía que hacer más bien apresuradamente.

—Dios, qué dolor de cabeza tengo esta mañana —dijo—. Llama otra vez al camarero, Westfield. Necesito tomarme otro brandy antes de que llegue la parienta. Dice que sólo me va a dejar tomar cuatro copas al día tan pronto mi sobrina llegue. Dios las castigue a las dos —añadió con un tono entre triste y resignado.

—Dejad de decir estupideces y prestad atención a esto —dijo áspero Ellis. Hablaba de un modo particularmente hiriente, rara vez abría la boca sin insultar a alguien. Exageraba deliberadamente su acento cockney para imprimir a sus palabras un tono sardónico—. ¿Habéis visto el aviso que ha puesto el viejo Macgregor? Os va a gustar, ya veréis. Maxwell, despierta y escucha.

Maxwell bajó el Field. Era un joven rubio con buen color de piel, de no más de veinticinco o veintiséis años, muy joven para el cargo que ocupaba. Con las extremidades pesadas y las pestañas tan espesas y albinas recordaba a uno de esos potros de tiro. Ellis arrancó la nota del tablón con un movimiento elegante, medido, y comenzó a leer en voz alta. La había puesto allí Mr. Macgregor, que además de Comisario Adjunto, era el secretario del Club.

—Escuchad esto: «Se ha sugerido que puesto que no contamos con ningún miembro que sea oriental, y actualmente es norma habitual en la mayoría de Clubes Europeos admitir como socios a oficiales y personas de calidad reconocida, ya sean nativos o europeos, deberíamos contemplar la posibilidad de seguir esta práctica en Kyauktada. La cuestión será sometida a discusión en la próxima asamblea general. Por un lado se podría apuntar que...», bueno, no hace falta que me canse leyendo el resto. No puede ni tan siquiera redactar una nota sin que le entre un ataque de diarrea literaria. Es igual, lo que importa es que nos está pidiendo que rompamos todas nuestras reglas y metamos a un negrito en este Club. Al mismo Dr. Veraswami, por ejemplo. Dr. Very-slimy le llamo yo. Estaría muy bonito, ¿a que sí? Negritos echándote en la cara su aliento con olor a ajo mientras estamos sentados jugando al bridge. ¡Dios, sólo de pensarlo! Tenemos que permanecer unidos y plantarnos de una vez. ¿Qué dices, Westfield? ¿Flory?

Westfield encogió sus delgados hombros. Se había sentado delante de la mesa y había encendido un puro birmano negro y humeante.

—Me imagino que tenemos que reaccionar ante esto —dijo—. Montones de nativos están entrando hoy en día en todos los Clubes. Me han contado que hasta en

el Club de Pegu. Así es como están yendo las cosas en este país, ya sabes. Somos casi el último Club de Birmania que aún se les resiste.

—Lo somos; y es más, vamos a seguir resistiendo. Quemaré hasta el último cartucho antes de que se vea a un negro aquí dentro. —Ellis había afilado una punta rota de lápiz. Con el extraño aire de encono que algunos hombres dan a sus más nimias acciones, clavó de nuevo la nota en el tablón y escribió a lápiz un pequeño y claro “b.f.” al lado de la firma de Macgregor—. Ahí tiene, eso es lo que pienso de su idea. Ya se lo diré cuando venga. ¿Qué dices tú, Flory?

Flory no había hablado en todo ese rato. Aunque era por naturaleza todo menos un hombre callado, rara vez sentía la necesidad de intervenir en las conversaciones del Club. Se había sentado en la mesa y leía el artículo de G.K. Chesterton en el London News mientras acariciaba con su mano izquierda la cabeza de Fio. Ellis, sin embargo, era una de esas personas que necesitan que los otros se hagan eco constantemente de sus opiniones. Repitió la pregunta, Flory alzó la vista y sus miradas se encontraron. La piel que rodeaba la nariz de Ellis se puso de repente tan pálida que estaba casi gris. En él eso era señal inequívoca de cólera. Sin previo aviso, estalló en una tormenta de improperios que habría resultado desconcertante, si el resto no hubieran estado como estaban acostumbrados a oír cosas así cada mañana.

—Dios mío, había pensado que en un caso como éste, cuando se trata de mantener a esos apestosos puercos negros alejados del único sitio donde podemos estar a gusto, tendrías la decencia de respaldarme. Incluso a pesar de que ese doctor grasiento, negro y vago sea tu mejor amigo. Me trae sin cuidado si prefieres alternar con la chusma del bazar. Si te gusta ir a la casa de Veraswami y beber whisky con todos esos negros amigos suyos, ése es tu problema. Haz lo que te plazca fuera del Club. Pero, por el amor de Dios, es muy diferente cuando de lo que se habla es de meter negros aquí dentro. Me imagino que te gustaría que Veraswami fuera miembro del Club, ¿a que sí? Metiéndose en nuestras tertulias y manoseando a todo el mundo con sus zarpas sudorosas y echándonos en la cara un apestoso aliento a ajo. Por el amor de Dios, saldría de aquí con mi bota tras él si alguna vez veo su hocico de negro cruzar esa puerta. ¡Maldito negro asqueroso grasiento...!

Continuó así durante varios minutos. Resultaba impresionante, precisamente porque era completamente sincero. Ellis odiaba realmente a los orientales; los odiaba de un modo implacable, compulsivo, con repugnancia, como si de algo diabólico o impuro se tratara. Como responsable de una compañía maderera, que vivía y trabajaba en constante contacto con los birmanos, no había acabado por acostumbrarse a la visión de una cara negra. Cualquier indicio de sentimiento de amistad hacia un oriental le parecía una aberración terrible. Era un hombre inteligente y un empleado capaz, a pesar de que también era uno de esos ingleses —muy comunes, por desgracia— a los que nunca se les debería haber permitido pisar Oriente.

Flory permanecía sentado acariciando la cabeza de Fio sobre su regazo, incapaz de cruzar su mirada con la de Ellis. En condiciones favorables, su marca de nacimiento ya le hacía duro mirar a la gente directamente a la cara. Para cuando se dispuso a hablar, podía sentir como le temblaba la voz —pues temblaba cuando debería haber sonado firme y su gesto también se descomponía sin poder controlarlo.

—Tranquilo —dijo por fin malhumorado y con tono más bien poco convincente—. Tranquilo. No hace falta exaltarse de esa manera. Nunca he propuesto que se admita a ningún nativo.

—¿Ah no? Aún así todos sabemos perfectamente que te encantaría. ¿Por qué si no vas a la casa de ese grasiento babu cada mañana?

Sentándote a la mesa con él como si fuera un hombre blanco y bebiendo de vasos que han baboseado antes sus asquerosos morros de negro —sólo de pensarlo me entran ganas de vomitar.

—Siéntate, amigo mío —dijo Westfield—. Olvídalo. Tómate algo. No merece la pena discutir. Hace demasiado calor.

—Por Dios —dijo Ellis un poco más calmado, dando un paso o dos atrás y adelante—, por Dios, no os entiendo, compañeros. Sencillamente no os entiendo. Ahora el muy idiota de Macgregor quiere meter a un negro en este Club sin venir a cuento, y os quedáis ahí sentados sin decir ni una palabra. Dios mío, ¿qué se supone que estamos haciendo en este país? Si no vamos a dar las órdenes, ¿por qué demonios no recogemos nuestras cosas y nos largamos? Aquí estamos en teoría para gobernar a un montón de cochinos negros de mierda que han sido esclavos desde el principio de los tiempos, y en vez de manejarles de la única manera que entienden, vamos y les tratamos como a iguales. Y todos vosotros, estúpidos b---s, lo veis como algo absolutamente normal. Ahí tenemos a Flory, que tiene por mejor amigo a un babu negro que se llama a sí mismo doctor sólo porque estuvo dos años en una de esas universidades indias. Y tú, Westfield, orgulloso de estar al frente de tu atajo de cobardes, patizambos y corruptos policías. Y Maxwell, que se pasa todo el día corriendo tras las faldas de putillas eurasiáticas. Sí, lo haces, Maxwell; ya he oído sobre tus andanzas en Mandalay con cierta fulana llamada Molly Pereira. Supongo que te habrías casado con ella de no haber sido trasladado aquí, ¿no? A todos os parecen gustar esas cochinas bestias negras. Dios, no sé qué nos sucede. En serio, no lo sé.

—Venga, tómate otra copa —dijo Westfield—. ¡Eh, camarero! Unas cervezas antes de que se acabe el hielo, ¿eh? ¡Cerveza, camarero!

El camarero trajo unas cuantas botellas de cerveza Munich. Ellis se sentó al poco rato en la mesa con el resto y cogió una de las botellas frías entre sus pequeñas manos. Le estaba sudando la frente. Aún seguía de malhumor, pero ya no sentía la misma rabia. Siempre era terco y resentido, aunque sus ataques de ira no duraban demasiado, y nunca se disculpaba por ellos. Las discusiones eran algo habitual en la

rutina del Club. Mr. Lackersteen se sentía mejor y examinaba las ilustraciones de *La Vie Parisienne*. Eran las nueve pasadas y en la habitación, impregnada con el olor acre del puro de Westfield, el calor se hacía sofocante. Las camisas se pegaban a la espalda con los primeros sudores del día. El invisible chokra que tiraba afuera de la cuerda del punkah se estaba quedando dormido con el calor.

—¡Camarero! —gritó Ellis, mientras éste aparecía—. ¡Ve y despierta a ese maldito chokra!

—Sí, señor.

—¡Camarero!

—¿Sí, señor?

—¿Cuánto hielo queda?

—Unas veinte libras, señor. Sólo durará hasta hoy, creo. Me resulta muy difícil conservarlo helado.

—No me hables así, desgraciado... «¡Me resulta muy difícil!» ¿Te has comido un diccionario? «Por favor, señor, no poder tener hielo frío»; así es como deberías hablar. Tendremos que echar a este chico si empieza a hablar inglés demasiado bien. No puedo soportar a los criados que hablan inglés. ¿Me oyes, camarero?

—Sí, señor —dijo el camarero y se retiró.

—¡Dios! Sin hielo hasta el lunes —dijo Westfield. ¿Vas a volver a la jungla, Flory?

—Sí, tendría que estar allí ahora. Sólo vine por aquí porque hoy llegaba la prensa de Inglaterra.

—Creo que yo también me daré una vuelta por allí. Pediré un permiso. No aguanto en mi cochina oficina durante esta época del año. Ahí sentado bajo el punkah, firmando un recibo tras otro. Papeleo. ¡Dios, ojalá volviéramos a estar en guerra!

—Yo me voy pasado mañana —dijo Ellis—. ¿No viene este domingo ese maldito padre a oficiar misa? Da igual, ya me ocuparé de no estar presente. Vaya farsa.

—Sí, es este domingo —dijo Westfield—. Me comprometí a acudir. Macgregor también. Eres un poco duro con el pobre diablo del padre, la verdad. Solamente viene una vez cada seis semanas. Y sin embargo logra convocar a un buen número de fieles cuando viene.

—¡Oh, venga ya! No me importaría canturrear salmos para dar gusto al padre, pero lo que no puedo soportar es la manera que tienen esos malditos cristianos nativos de entrar a empujones en nuestra iglesia. Ese atajo de criados y maestros de escuela. Y luego están esos dos amarillos, Francis y Samuel; también se llaman a sí mismos cristianos. La última vez que el padre vino tuvieron la poca vergüenza de llegar y sentarse en los bancos de delante, con los blancos. Alguien debería comentárselo al padre. ¿Cómo fuimos tan idiotas de dejar a aquellos misioneros sueltos en este país? Contando a los que barren en el bazar que son tan buenos como nosotros. «Por favor, señor, yo cristiano igual que señor». ¡Tendrán cara!

—¿Qué os parece este par de piernas? —dijo Mr. Lackersteen haciendo circular *La Vie Parisienne*—. Flory, tú sabes francés; ¿qué quiere decir lo que pone ahí debajo? Ay, esto me recuerda a la vez que estuve en París, la primera que salía de casa. Jesús, ojalá estuviera allí de nuevo.

—¿Os sabéis la de «Había una señorita de Woking»? —dijo Maxwell. Era un hombre más bien callado pero, como a otros muchos jóvenes, le encantaba una buena rima de las picantes. Completó la biografía de la señorita de Woking y se rieron. Westfield respondió con la de la señorita de Ealing, que tenía una sensación peculiar, y Flory intervino con la del joven cura de Horsham para el que toda precaución era poca. Hubo más risas. Hasta Ellis abandonó su gelidez habitual y pronunció unas cuantas rimas; las ocurrencias de Ellis solían ser ingeniosas, aunque siempre más obscenas de lo permitido. Todos pasaron un buen rato y estaban más simpáticos, a pesar del calor. Habían terminado sus cervezas y cuando iban a pedir más bebidas, se oyó el chirrido de unas suelas de zapato en los escalones de afuera. Una voz atronadora, que hacía temblar los tablones del suelo, decía jocosamente:

—Sí, definitivamente cómico. Lo pondré en uno de esos breves artículos que hago para Blackwood's. Me acuerdo de una ocasión en la que andaba yo apostado en el paseo marítimo, otro incidente bastante, ejem, divertido en el que...

Estaba claro que Mr. Macgregor había llegado al Club. Mr. Lackersteen exclamó «¡Demonios, mi mujer está aquí!», y lanzó su vaso vacío tan lejos como pudo. Mr. Macgregor y Mrs. Lackersteen entraron juntos al salón de estar.

Mr. Macgregor era un hombre grande y robusto que había pasado ampliamente los cuarenta años, de cara amable y chata, y que llevaba gafas con la montura dorada. Sus hombros corpulentos y la costumbre que tenía de echar la cabeza hacia delante recordaban extrañamente a una tortuga —de hecho, era así como le apodaban los birmanos—. Vestía un traje de seda blanco al cual ya se le podían ver manchas de sudor en las axilas. Saludó a todos con buen humor y se plantó delante del tablón de anuncios, sonriendo satisfecho, jugueteando con una vara tras su espalda como un maestro de escuela. El buen humor que mostraba su rostro era auténtico, y a pesar de que ese intenso aire de estar fuera de servicio y dejar a un lado el rango que ostentaba no era una excentricidad premeditada por su parte, nadie se sentía del todo relajado en su presencia. Su discurso estaba obviamente influenciado por el de esos ingeniosos maestros y curas a los que había tratado siendo muy joven. Cualquiera de las palabras largas, las citas, las frases hechas que figuraban en su mente como graciosas, las introducía con un sonido como "ejem" o "ah", para que quedara claro que se avecinaba una broma. Mrs. Lackersteen era una mujer de unos treinta y cinco años, hermosa a su manera, estilizada y sin curvas, como un maniquí de modas. Tenía la voz cansada, susurrante y descontenta. Todos se habían levantado cuando ella entraba, y

Mrs. Lackersteen se sentó exhausta en la silla que había mejor situada bajo el punkah, abanicándose con una mano tan delgada como la de un tritón.

—¡Dios mío, qué calor, qué calor! Mr. Macgregor vino y me trajo en su coche. Todo un detalle por su parte. Tom, el granuja que conduce el jinrikisha finge estar enfermo de nuevo. En serio, creo que deberías darle una buena azotaina y dejarle las cosas bien claras. Es horrible tener que caminar cada día con este sol.

Mrs. Lackersteen, a la que poco importaba que la distancia entre su casa y el Club fuera de un cuarto de milla, había hecho traer un jinrikisha desde Rangún. A excepción de los carros de bueyes y el coche de Mr. Macgregor, era el único vehículo rodado que había en Kyauktada, pues el distrito entero no tenía ni diez millas de carretera en total. En la jungla, con tal de no dejar solo a su marido, Mrs. Lackersteen era capaz de soportar todos los horrores que representaban tiendas de campaña con goteras, mosquitos y comida de lata, pero una vez en la colonia se resarcía protestando por pequeñeces.

—En serio, la vagancia de estos criados se está volviendo escandalosa —suspiró—. ¿No está de acuerdo, Mr. Macgregor? Parece como si hoy en día no tuviéramos ninguna autoridad sobre los nativos, con todas esas espantosas reformas y la insolencia que aprenden en los periódicos. En cierto modo, están volviéndose tan horribles como la gente de las clases bajas en Inglaterra.

—Oh, eso es casi imposible, espero. Aunque me temo que no hay duda de que el espíritu democrático va ganando terreno también aquí.

—Y no hace tanto tiempo, apenas un poco antes de la guerra, eran tan amables y respetuosos. Cómo nos decían salaam cuando pasábamos por los caminos, era realmente encantador. Recuerdo que pagábamos a nuestro mayordomo nada más que doce rupias al mes, y el hombre nos quería tanto como un perro. En cambio ahora piden cuarenta y cincuenta rupias, y he descubierto que la única manera que tengo para conservar a un criado es pagándole con unos cuantos meses de retraso.

—Los criados como los de antes están desapareciendo —convino Macgregor—. En mis tiempos, cuando uno de tus criados te faltaba al respeto, le mandabas a la cárcel con una nota que dijera «Por favor, den al portador quince latigazos». Ah, bueno, ¡hehe fugaces! Me temo que aquellos días ya no volverán nunca.

—Ahí tienes razón —dijo Westfield pesimista—. No habrá quien viva aquí nunca más. El Raj británico está acabado por lo que a mí respecta. El Dominio Perdido y todo eso. Va siendo hora de que nos larguemos.

Tras decir eso, hubo un murmullo de asentimiento por parte de todos los que estaban en la habitación, incluso de Flory, a quien los demás consideraban un bolchevique por sus opiniones, y hasta de Maxwell, que apenas había pasado tres años en el país. Ningún anglo-indio ha negado ni negará jamás que la India se estaba echando a perder, pues la India, como el Punch, ya no era lo que fue.

Mientras tanto, Ellis había desclavado la polémica nota que Mr. Macgregor tenía a su espalda, y la sujetaba delante de él, diciendo con tono ácido:

—Macgregor, hemos leído este aviso y todos creemos que esa idea de admitir a un nativo como miembro del Club es completamente... —Ellis iba a decir completamente idiota, pero recordó que Mrs. Lackersteen estaba presente y se corrigió—, es completamente inadecuada. A fin de cuentas, este Club es un lugar al que venimos a pasar un buen rato, y no queremos tener nativos figoneando por aquí. Nos gusta creer que aún queda un lugar en el que estamos libres de ellos. Todos los demás están totalmente de acuerdo conmigo.

Volvió la vista hacia el resto.

—¡Eso, eso! —dijo Mr. Lackersteen de repente. Sabía que su esposa se daría cuenta de que había estado bebiendo, y pensó que mostrar sonoramente su opinión le disculparía.

Mr. Macgregor cogió la nota con una sonrisa. Vio el "b.f." escrito con lápiz junto a su nombre y pensó para sí que el comportamiento de Ellis era muy poco respetuoso, pero dio la vuelta al tema con una broma. Se tomaba muchas molestias tanto en ser un buen socio como en conservar mientras estaba de servicio la respetabilidad que su cargo suponía.

—¿Entiendo —dijo—, que nuestro amigo Ellis no ve con buenos ojos a sus hermanos, ejem, arios?

—No, no lo hago —dijo Ellis ásperamente—. Ni tampoco a mis hermanos mongoles. No me gustan los negros, por decirlo en pocas palabras.

Mr. Macgregor pegó un respingo al oír la palabra negros, que resultaba generalmente ofensiva en la India. No tenía ningún prejuicio hacia los orientales; es más, les tenía una profunda simpatía. Siempre y cuando no se les concedieran libertades, a él le parecían las personas más encantadoras del mundo. Le dolía siempre que presenciaba cómo se les insultaba sin ningún motivo.

—¿No es un error —dijo con firmeza—, llamar a estas gentes negros (un calificativo que, como es natural, les ofende) cuando es evidente que no lo son en absoluto? Los birmanos son mongoles, los indios son arios o dravidianos, y todos son a su vez muy distintos...

—¡Oh, tonterías! —dijo Ellis, al que el estatus oficial de Mr. Macgregor no impresionaba tanto—. Llámalos negros, arios o lo que más te guste. Lo que estoy diciendo es que no quiero ver a ningún moreno en este Club, Si lo sometes a votación te darás cuenta de que todos estamos en contra; a no ser que Flory quiera admitir a su querido amigo Veraswami —añadió.

—¡Eso, eso! —repitió Mr. Lackersteen—. Puedes contar con mi bola negra contra todos ellos.

Mr. Macgregor apretó los labios pensativo. Se encontraba en una situación delicada, pues la idea de admitir a un nativo como miembro no era suya, sino que le había sido transmitida por el Comisionado. No obstante, no le gustaba tener que recurrir a excusas, así que dijo en tono conciliador:

—¿Posponemos esta discusión hasta la próxima asamblea general? Entretanto, cada uno podrá madurar su opinión sobre el tema. Y ahora —añadió, dirigiéndose a la mesa—, ¿a quién le apetece un pequeño, ejem, refrigerio líquido?

Se llamó al camarero y se pidió el “refrigerio líquido”. Hacía incluso más calor que antes, y todos tenían mucha sed. Mr. Lackersteen estaba a punto de pedir que le sirvieran una copa, pero cuando sintió la mirada de su mujer sobre él, rectificó y dijo malhumorado “no”. Se sentó con las manos sobre las rodillas, observando con una expresión que rayaba lo patético a Mrs. Lackersteen tragar un vaso de limonada con ginebra. Mr. Macgregor, a pesar de haber sido él quien firmó la factura de las bebidas, tomaba limonada sola. Era el único de todos los europeos de Kyauktada que cumplía la norma de no beber antes de la puesta de sol.

—Me parece muy bien —farfulló Ellis, los antebrazos sobre la mesa y jugueteando con su vaso. La disputa con Mr. Macgregor le había dejado inquieto de nuevo—. Me parece muy bien, pero mantengo lo dicho. ¡Nada de nativos en este Club! Es porque cedemos en pequeñas cosas como éstas que hemos arruinado el Imperio. Este país se pudre de sedición porque hemos sido demasiado blandos con ellos. El único sistema posible es tratarles como la escoria que son. Es un momento crítico, y necesitamos conservar hasta el último resto de prestigio. Tenemos que permanecer unidos y decir, «¡Nosotros somos los señores, y vosotros, pordioseros...!» —Ellis apretó su pequeño pulgar como si estuviera aplastando un gusano— «vosotros, pordioseros, quedaros donde estáis!»

—Imposible, querido amigo —dijo Westfield—. Del-todo imposible. ¿Qué puedes hacer con toda esta cinta roja atándote las manos? Esos pordioseros conocen la ley mejor que nosotros. Te insultan a la cara y salen corriendo justo cuando vas a pegarles. No puedes hacer nada a no ser que te pongas firme. Y, de todos modos, ¿cómo lo haces, si no tienen lo que hay que tener para plantarte cara?

—Nuestro burra sahib de Mandalay siempre decía —intervino Mrs. Lackersteen—, que al final abandonaremos la India sin más. Los jóvenes no querrán venir hasta aquí para pasarse toda la vida trabajando y no obtener a cambio nada más que insultos e ingratitud. Nos iremos sin más. Cuando los nativos vengan luego pidiéndonos que nos quedemos, les diremos: «No, tuvisteis vuestra oportunidad y no la supisteis aprovechar. Hala, gobernarnos por vuestra cuenta». Así sí que aprenderían una buena lección.

—Es todo este orden público que hemos traído —dijo entristecido. La ruina del Imperio por culpa de tantas leyes era un tema al que acudía con frecuencia Westfield.

Según él, nada excepto una rebelión a gran escala y la consiguiente imposición de la ley marcial, podía salvar al Imperio de la decadencia—. Demasiado papeleo. Los babus locales son los que de veras manejan actualmente este país. Aquí no tenemos nada que hacer. Lo mejor que podemos hacer es coger nuestros bártulos y dejarles que se pudran.

—No estoy de acuerdo, en absoluto —dijo Ellis—. Si quisiéramos, podríamos poner las cosas en su sitio en un mes. Sólo hace falta un poco de coraje. Fíjate en Amaritsar. Mira cómo se hundieron después de aquello. Dyer supo qué era lo que había que darles. ¡Pobre Dyer! Vaya una jugada. Quedan algunos cobardes en Inglaterra que aún nos deben unas cuantas explicaciones.

Hubo algo así como un suspiro general, igual que si en una reunión de católico-romanos se hubiera mentado a María Tudor. Incluso Mr. Macgregor, que detestaba el derramamiento de sangre y la Ley Marcial, hizo un gesto de pesadumbre con la cabeza al oír el nombre de Dyer.

—¡Pobre hombre! Sacrificado por los diputados de Paget. Bueno, se darán cuenta de su error para cuando ya sea demasiado tarde.

—Mi antiguo patrón solía contar una historia sobre eso —dijo Westfield—. Había un viejo havildar de un regimiento nativo al que alguien preguntó qué sucedería si los británicos abandonaban la India. El pobre viejo contestó...

Flory echó hacia atrás la silla y se levantó. No debía, no podía; ¡no, sencillamente no tenía que aguantarlo por más tiempo! Debía salir de esta habitación rápidamente, antes de que se le pasara algo por la cabeza y comenzara a golpear muebles y lanzar botellas a los cuadros. ¡Cerdos, borrachos, idiotas, descerebrados! ¿Cómo era posible que semana tras semana, año tras año, continuaran repitiendo palabra por palabra las mismas perversas tonterías, como una parodia de una de las historias de quinta categoría que aparecían en Blackwood's? ¿No se le ocurría a ninguno nada nuevo que decir? ¡Oh, qué lugar, qué gente! ¡Qué civilización ésta la nuestra; una civilización sin creencias basada en el whisky, Blackwood's y los cuadros con perros! Dios tenga piedad de nosotros, porque todos tenemos nuestra parte de culpa.

Flory no dijo nada de esto y temía que la expresión de su rostro le traicionase. Estaba de pie al lado de la silla, un poco de perfil respecto a los otros, con la media sonrisa de quien no está nunca seguro de su popularidad.

—Me temo que he de irme —dijo. Tengo cosas que hacer antes del desayuno, desgraciadamente.

—Quédate y tómate otro trago, hombre —dijo Westfield—. Aún es pronto. Tómate una ginebra. Date un capricho.

—No, gracias, tengo que irme. Venga, Fio. Adiós Mrs. Lackersteen. Adiós a todos.

—Ahí va Booker Washington, el defensor de los negros —dijo Ellis mientras Flory desaparecía. De Ellis siempre se podía esperar que dijera algo desagradable de

cualquiera que acabara de abandonar la habitación—. Supongo que iré a ver a Veryslimy. O a lo mejor se ha largado para no tener que pagar una ronda.

—Venga, hombre, no es un mal tipo —dijo Westfield—. A veces tiene cosas de bolchevique. Pero me imagino que no dice en serio ni la mitad.

—Oh, sí, un buen hombre, por supuesto —dijo Mr. Macgregor—. Todos los europeos de la India son buenas personas ex officio, o más bien ex colore, a no ser que hagan algo escandalosamente ofensivo. Es un privilegio innato.

—Es un poco demasiado bolchevique para mi gusto. No puedo tolerar a un tipo que alterna con nativos. No me debería ni extrañar que sea en cierto modo de la misma calaña. Eso explicaría la marca negra que tiene en la cara. Caballo pío. Y parece un amarillo, con el pelo tan negro, y la piel como la de un limón.

Hubo algo de revuelo inconexo alrededor de la figura de Flory, aunque no demasiado, pues a Mr. Macgregor no le gustaban los escándalos. Los europeos se quedaron tiempo suficiente para otra ronda. Mr. Macgregor contó su anécdota del paseo marítimo, la cual podía insertarse prácticamente en cualquier contexto. Y entonces la conversación retomó el anterior y siempre inagotable tema: la insolencia de los nativos, la debilidad del Gobierno, los añorados días en que el Raj británico era el Raj británico y por favor denle quince latigazos al portador de la nota. Este tema nunca se abandonaba por mucho tiempo, en gran parte debido a la insistencia de Ellis. Además, había que comprender la acritud de los europeos. Vivir y trabajar entre orientales podía acabar con la paciencia de un santo. Y todos ellos, en especial los oficiales, sabían lo que era que se les faltase al respeto y se les insultase. Casi a diario, cada vez que Westfield o Macgregor, o incluso Maxwell, iba por la calle, los chicos de la escuela secundaria, con sus caras jóvenes y amarillas —caras planas como monedas de oro, hinchidas de ese desquiciante desdén que con tanta facilidad aparece en el rostro mongol— se mofaban de ellos a su paso; nada más darse la vuelta se reían a carcajadas de ellos, como hienas. La situación de los oficiales anglo-indios no era tan buena como podía parecer. Pasándose la vida en campamentos incómodos, en oficinas en las que se achicharraban, en lóbregos bungalows de dak que olían a polvo y arcilla, se habían ganado, quizá, el derecho a ser un poco antipáticos.

Iban a dar las diez, y el calor había pasado el límite de lo tolerable. Gotas claras de sudor aparecían en las caras de todos, y en los antebrazos desnudos de los caballeros. Una mancha húmeda crecía más y más en la espalda de la chaqueta de seda de Mr. Macgregor. La luz deslumbrante que había afuera parecía filtrarse a través de las persianas de bambú, cegando los ojos y haciendo sentir que faltaba el aire. Todos se acordaron con malestar de los pesados desayunos y de las largas horas que quedaban por llegar. Mr. Macgregor se levantó suspirando y se ajustó las gafas, que con el sudor de la nariz se le habían resbalado.

—Qué pena que una reunión tan agradable tenga que concluir. Debo irme a casa para desayunar —dijo—. El Imperio me llama. ¿Llevo a alguien? Mi chofer está esperando con el coche.

—Oh, se lo agradeceríamos mucho si nos pudiera llevar a Tom y a mí —dijo Mrs. Lackersteen—. Menudo alivio no tener que andar con este calor.

Los demás se pusieron en pie. Westfield estiró los brazos y bostezó por la nariz.

—Creo que hay que moverse. Acabaré durmiéndome si me quedo aquí sentado. ¡No quiero ni pensar el calor que va a hacer hoy en aquella oficina! Montones de papeles. ¡Dios mío!

—No os olvidéis de que hay tenis por la tarde —dijo Ellis—. Maxwell, maldito vago, no te escaquees otra vez. Aquí con la raqueta a las cuatro y media en punto.

—Apres vous, madame —dijo Mr. Macgregor galantemente desde la puerta.

—Tú delante, Macduff —dijo Westfield.

Salieron al encuentro de la cegadora luz blanca del sol. El calor rodaba por la tierra como el aliento de un horno. Las flores, que cansaban la vista, ardían con los pétalos inmóviles, corrompidas por el sol. El calor hacía que la fatiga se metiera entre los huesos. Había algo horrible en todo eso; era horrible pensar en aquel cielo azul, deslumbrante, que se extendía sobre Birmania y la India, sobre Siam, Camboya, China, sin nubes, interminable. La chapa del coche de Mr. Macgregor estaba demasiado caliente como para tocarla. El momento más infernal del día estaba comenzando, el momento, como decían los birmanos, «en el que los pies callan». Apenas ninguna criatura se movía, excepto los hombres, las columnas negras de hormigas que, animadas por el calor, marchaban por el sendero con forma de lazo, y los buitres negros, que remontaban el vuelo aprovechando las corrientes de aire.

Capítulo III

Flory torció a la izquierda una vez cruzada la verja del Club y comenzó a bajar por el camino del bazar a la sombra de los árboles. Se oía un revuelo de música a cien yardas de allí. Era una patrulla de policías militares, unos indios espigados de caqui verduzco que marchaban de regreso a sus puestos con un muchacho gorkha a la cabeza tocando la gaita. Flory iba a ver al Dr. Veraswami. La casa del doctor era un bungalow alargado de madera y arcilla, asentada sobre pilotes y rodeada por un jardín grande y descuidado que lindaba con el del Club. La parte trasera de la casa daba a la carretera, y por lo tanto al hospital, que se situaba entre ésta y el río.

Justo cuando entraba Flory al recinto se oyó un chillido de pánico femenino y cómo alguien corría apresurado al interior de la vivienda. Parecía obvio que no se había cruzado con la mujer del doctor por muy poco. Dio la vuelta hasta la parte delantera y se dirigió a la veranda:

—¡Doctor! ¿Está ocupado? ¿Puedo pasar?

El doctor, una figura blanca y negra, saltó desde el interior como un resorte. Se apresuró hacia la barandilla de la veranda exclamando efusivamente:

—¡Que si puede pasar! Por supuesto, por supuesto, pase ahora mismo. ¡Ay, Mr. Flory, qué maravilloso verle! ¿Qué quiere beber? Tengo whisky, cerveza, vermú y otros licores europeos. ¡Ay, amigo mío, cuánto ansiaba un poco de conversación con alguien culto!

El doctor era un hombre pequeño, negro, regordete, con el pelo muy encrespado y los ojos redondos y crédulos. Llevaba unas gafas con la montura de acero y vestía un traje blanco que le caía muy mal, con los pantalones arrugados y doblándose como una concertina sobre sus botas negras. Su voz sonaba inquieta y rebosaba con un siseo. Mientras Flory subía los escalones, el doctor salió disparado de nuevo hacia el otro extremo de la veranda y revolvió en una fresquera grande de estaño, sacando enseguida botellas de todos los tipos. La veranda era amplia y oscura, con aleros bajos de los que colgaban tiestos con helechos, que le daban al lugar una apariencia similar a la de una cueva situada tras una catarata de luz solar. Estaba amueblado con sillones de mimbre de los que hacían en la cárcel, y a uno de los lados había una librería que contenía una biblioteca tirando a poco apetecible, principalmente libros de ensayos en

la línea de Emerson, Carlyle y Stevenson. Al doctor, un gran lector, le gustaba que sus libros tuvieran lo que él llamaba un "contenido moral".

—Bueno, doctor —dijo Flory para cuando éste ya le había sentado en un sillón, sacado el reposapiernas para que se pudiera recostar, y dispuesto cigarrillos y cerveza a su alcance—. Bueno, doctor, ¿cómo va todo? ¿Qué tal está el Imperio Británico? ¿Padeciendo de parálisis como de costumbre?

—Sí, Mr. Flory, está muy bajo de moral, muy bajo. Están surgiendo complicaciones graves: septicemia, peritonitis y endurecimiento de los ganglios. Me temo que tendremos que llamar a los especialistas. Eso es.

Lo de pretender que el Imperio Británico era una anciana paciente del doctor era una broma entre ellos dos. Al doctor le había hecho gracia desde hacía dos años y no se había llegado a aburrir aún del chiste.

—¡Ah, doctor! —dijo Flory tendido en el sillón—. ¡Qué alegría más grande estar aquí después de haber pasado por ese condenado Club! Cuando vengo a su casa me siento como un pastor no-conformista que se escabulle de la ciudad y se marcha a casa con una fulana. Necesitaba descansar de ellos —señaló con el tacón en dirección al Club—, de mis queridos compañeros, los baluartes del Imperio. El prestigio británico, la carga que tiene que soportar el hombre blanco, el pukka Sahib sans peur et sans reproche..., ya me entiende. Menudo alivio estar alejado de toda esta porquería por un rato.

—¡Amigo mío, amigo mío, venga, por favor! Eso es una barbaridad. No debe decir cosas así de honorables caballeros ingleses.

—Usted no tiene que oír hablar a los honorables caballeros ingleses, doctor. Esta mañana aguanté tanto cuanto pude. Ellis con su perpetuo "negro asqueroso", Westfield, sus chistes, Macgregor, sus citas en latín y aquello de «por favor denle quince latigazos al portador»... Pero cuando empezaron con esa historia del viejo havildar, ya sabe, el viejo havildar que dijo que si los británicos abandonaban la India no quedaría ni una rupia ni una virgen en todo el...; ya sabe usted la historia; pues eso, que no pude aguantarlo por más tiempo. Ya va siendo hora de que el pobre viejo havildar pase a la reserva. Lleva diciendo lo mismo desde el jubileo del 87.

El doctor comenzó a revolverse por dentro, como hacía siempre que Flory criticaba a los miembros del Club. Estaba de pie, dejando entrever las redondeces que desvelaba su traje blanco, balanceándose contra la barandilla y gesticulando de vez en cuando. Cuando no encontraba la palabra que quería decir juntaba su pulgar e índice negros, como si quisiera atrapar una idea que anduviera flotando en el aire.

—Verdaderamente, Mr. Flory, no debía hablar usted de ese modo. ¿Por qué es que siempre insulta a los pukka Sahibs, como usted les llama? Son la sal de la tierra. Acuérdesse de las cosas tan buenas que han hecho, de los excelentes funcionarios que han convertido la India británica en lo que ahora es. Acuérdesse de Clive, Warren

Hastings, Dalhousie, Curzon. Fueron tales esos hombres, y cito a su inmortal Shakespeare, y tan grandes en todo su ser, que no encontraremos ya otros que se les parezcan.

—¿Acaso querría tenerles de nuevo entre nosotros? Yo no.

—¡Pero piense en la nobleza del caballero inglés! ¡La gloriosa lealtad que profesa a los suyos! ¡El espíritu de sus colegios y universidades! Incluso aquellos cuyos modales son poco afortunados, puesto que reconozco que algunos ingleses son arrogantes, poseen las extraordinarias, encomiables, cualidades de las que carecemos los orientales. Bajo su tosco exterior, sus corazones son de oro.

—Dorados, querrá decir. Hay algo así como una camaradería espuria entre el inglés y la gente de este país. Es costumbre emborracharse juntos, intercambiar invitaciones a comidas y fingir ser amigos, aunque se odien los unos a los otros como al veneno. Confraternizar, lo llamamos, pero no es más que una necesidad política. Por supuesto, es la bebida lo que hace que la máquina siga en marcha. Si no fuera por eso nos volveríamos locos y nos mataríamos los unos a los otros en una semana. Sería un buen tema para alguno de sus elevados ensayistas, doctor: la bebida como cemento del Imperio.

El doctor sacudió la cabeza.

—De veras, Mr. Flory, no sé qué es lo que le ha hecho ser tan cínico. ¡Resulta tan inapropiado por su parte! ¡Que usted, un caballero inglés de elevadas virtudes y moral intachable, esté vertiendo opiniones sediciosas propias del Burmese Patriot!

—¿Sediciosas? —dijo Flory—. No soy sedicioso. No quiero que los birmanos nos echen de este país. ¡Dios lo impida! Estoy aquí para ganar dinero, como todos los demás. Lo único de lo que me quejo es de esa tontería complaciente de que el hombre carga con una pesada responsabilidad, la actitud del pukka Sahib. Resulta terriblemente aburrida. Hasta esos malditos idiotas del Club podrían ser una mejor compañía si no estuviéramos todos viviendo una mentira constante.

—Pero, querido amigo mío, ¿qué mentira están viviendo?

—Pues, obviamente, la mentira de que estamos aquí para contribuir a elevar la condición de nuestros pobres hermanos negros en lugar de para robarles. Supongo que es una mentira necesaria. Sin embargo nos corrompe, lo hace de maneras que usted no puede ni imaginarse. Se tiene la perpetua sensación de que se es un cobarde y un mentiroso, y eso nos atormenta y hace que nos justifiquemos día y noche. Eso es lo que en el fondo motiva parte de nuestra brutalidad con los nativos. Los anglo-indios podríamos ser casi soportables si tan sólo admitiéramos que somos unos ladrones y siguiéramos robando sin tapujos.

El doctor, muy complacido, juntó el pulgar y el dedo índice.

—El punto débil de su argumento, querido amigo mío —dijo regocijándose en su propia ironía—, el punto flaco es que ustedes no son ladrones.

—Querido doctor...

Flory se incorporó en la butaca, en parte debido a que el sarpullido que tenía en la espalda a causa del calor le había hecho sentir como si le clavaran mil agujas, y en parte debido a que su discusión favorita de las que tenía con el doctor estaba a punto de empezar. Esta discusión, de carácter vagamente político, tenía lugar tantas veces como los dos hombres se reunían. Era un diálogo totalmente al revés, pues el inglés era implacable contra los suyos y el indio fanáticamente leal al Imperio. El Dr. Veraswami sentía una admiración incondicional por lo británico, que ni un millar de desaires por parte de los ingleses había conseguido que se tambaleara. Sostenía con fervor que él, como indio, pertenecía a una raza inferior y degenerada. Su fe en la justicia británica era tan enorme que incluso cuando tenía que asistir en la prisión a una paliza o una ejecución y volvía a casa con su rostro negro fundido en gris y se recetaba a sí mismo whisky, su celo no se quebraba. Las sediciosas opiniones de Flory le escandalizaban, pero también le proporcionaban un cierto placer que le hacía vibrar, igual que le sucede a un creyente piadoso cuando oye el Padrenuestro recitado hacia atrás.

—Mi querido doctor, ¿cómo es posible que ignore que no estamos con otro propósito más que el de robar? ¡Está tan claro! El funcionario sujeta al birmano mientras el hombre de negocios le vacía los bolsillos. ¿Acaso cree que mi compañía, por ejemplo, podría conseguir sus contratas madereras si el país no estuviera en manos de los británicos? ¿Y no ocurre lo mismo con las otras compañías madereras, petrolíferas, mineras, agrícolas o comerciales? ¿Cómo podría el Rice Ring continuar desplumando al desgraciado campesino si no fuera porque el Gobierno está detrás de él? El Imperio Británico es tan sólo un invento para conceder monopolios comerciales a los ingleses, o, mejor dicho, a pandillas de judíos y escoceses.

—Amigo mío, es patético oírle hablar así. Es realmente patético. ¿Dice que están aquí para hacer negocios? Naturalmente. ¿Serían capaces los birmanos de hacer negocios por su cuenta? ¿Es que pueden ellos fabricar maquinaria, construir barcos, y ferrocarriles, abrir carreteras? Sin ustedes están desamparados. ¿Qué sucedería a los bosques birmanos si no estuviesen los ingleses aquí? Se venderían inmediatamente a los japoneses, que los arrasarían y los dejarían inprovechables. En lugar de eso, en manos inglesas están incluso mejor de lo que estaban antes. Y además, mientras sus hombres de negocios potencian los recursos de nuestro país, sus funcionarios nos están civilizando, poniéndonos a su nivel, todo por puro espíritu cívico. Es un magnífico ejemplo de sacrificio desinteresado.

—Majaderías, querido doctor. Enseñamos a los jóvenes a beber whisky y jugar al fútbol, lo admito, pero muy poco más. Fíjese en nuestras escuelas, fábricas de empleados baratos. No hemos enseñado a los indios ni un solo manual sobre comercio que pueda resultarles útil. No nos atrevemos; tenemos miedo a la

competencia en la industria. Incluso hemos aplastado varias industrias nativas que funcionaban bien. ¿Dónde están ahora los indios musulmanes? Allá por los cuarenta construían barcos en la India para travesías marítimas, y también los tripulaban. Ahora no podrían ni construir un bote de pesca que estuviera en condiciones de navegar. En el siglo XVIII los indios fabricaban armas de fuego que estaban a la altura a todos los niveles del estándar europeo. Ahora, después de que llevemos ciento cincuenta años en la India, no podrían ustedes ni fabricar un cartucho de latón en todo el continente. Los únicos pueblos orientales que se han desarrollado con rapidez son los independientes. No pondré a Japón como ejemplo, pero basta con que piense en Siam...

El doctor agitó la mano con impaciencia. Siempre interrumpía la discusión llegado este punto (pues, por regla general, seguía la misma dirección siempre, casi palabra por palabra), ya que encontraba que el ejemplo de Siam minaba sus argumentos.

—Amigo mío, amigo mío, se está olvidando del carácter oriental. ¿Cómo podríamos haber progresado con nuestra apatía y todas esas supersticiones? Por lo menos han traído ustedes el Orden Público. Su inquebrantable Justicia y la Pax Britannica.

—La Pox Britannica, doctor, la sífilis británica es su nombre correcto. ¿Y, de todas formas, de quién es esa pax que usted dice? Del prestamista y el abogado. De acuerdo que mantenemos la paz en la India pero es en nuestro propio interés, ¿y a qué se reduce eso del Orden Público? Más bancos y más prisiones, eso es todo lo que significa.

—¿Qué manera de tergiversar las cosas tiene usted! —exclamó el doctor—. ¿Acaso las cárceles no son necesarias? ¿Y es que no nos han traído nada más que prisiones? Piense en Birmania en la época de Thibaw. Lleno todo de porquería, tortura e ignorancia, y vea lo que tenemos a nuestro alrededor ahora. Mire tan solamente desde esta veranda; mire aquel hospital, y a la derecha esa escuela y aquella comisaría. ¡Fíjese la corriente de progreso que ha llegado hasta aquí!

—Desde luego, no le niego —dijo Flory— que modernicemos el país en ciertos aspectos. No podemos evitarlo. De hecho, antes de que hayamos acabado de civilizarles habremos destrozado por completo la identidad cultural de Birmania. Aunque el problema es que no les estamos civilizando, únicamente estamos echándoles encima nuestra porquería. ¿Adónde va a conducir esta comente de progreso, como usted lo llama? Justamente a nuestra vieja canallesca de gramófonos y bombines. A veces pienso que en doscientos años todo esto, —y movió el pie señalando el horizonte— todo esto desaparecerá; bosques, pueblos, monasterios, pagodas, todo se habrá desvanecido. Y en su lugar, villas rosas separadas entre sí cincuenta yardas; se extenderán por aquellas colinas, allí hasta donde puede ver, villa tras villa, con todos los gramófonos tocando la misma canción. Y todos los bosques

talados, hechos pedazos hasta convertirse en pulpa de papel para el News of the World, o serrados para hacer cajas para los gramófonos. Pero los árboles se vengán, como dice el viejo de El pato salvaje. Ha leído a Ibsen, ¿no?

—No, desgraciadamente no. Ese prodigioso genio, como le ha llamado su inspirado Bernard Shaw. Es un placer que aún me queda por disfrutar. Pero, amigo mío, lo que usted no entiende es que lo más bajo de su civilización supone un adelanto para nosotros. Gramófonos, bombines, el News of the World..., todo es mejor que la indolencia del oriental. Yo veo a los británicos, incluso a los más inoportunos, como..., como... —el doctor buscaba una frase y dio con una que seguramente había leído a Stevenson—, como portadores de antorchas por la senda del progreso.

—Yo no. Yo les veo como una especie de canallas modernizados, asépticos y satisfechos de sí mismos, que se arrastran por el mundo construyendo prisiones. Construyen una y lo llaman progreso —añadió resignado, puesto que sabía que el doctor no comprendería a qué hacía alusión.

—Amigo mío, en serio, está todo el rato con la misma historia de las prisiones. Tenga en cuenta otros logros de sus compatriotas. Hacen carreteras, llevan el riego a los desiertos, acaban con las hambrunas, edifican escuelas, fundan hospitales, combaten la peste, el cólera, la lepra, la sífilis, las enfermedades venéreas...

—Que ellos mismos trajeron —apuntó Flory.

—¡No, señor! —replicó el doctor, ansioso por reclamar ese honor para sus propios compatriotas. —No, señor, fueron los indios quienes introdujeron las enfermedades venéreas en este país. Los indios introducen enfermedades y los británicos las curan. Ahí tiene usted la respuesta a toda su rebeldía y su pesimismo.

—Bueno, doctor, nunca nos pondremos de acuerdo. La cuestión es que a usted le gusta todo ese asunto de la corriente de progreso, mientras que yo veo las cosas de un modo algo más séptico. Supongo que me habría encontrado más cómodo en la Birmania de Thibaw. Como le dije antes, si somos una influencia civilizadora es solamente para robar a mayor escala. Si no nos renta, deberíamos abandonar el país lo suficientemente rápido.

—Amigo mío, usted en realidad no piensa así. Si de verdad censurase todo lo que hace el Imperio Británico, no lo estaría diciendo aquí, en privado. Lo proclamaría desde lo alto de los tejados. Le conozco, Mr. Flory, mejor de lo que se conoce a usted mismo.

—Lo siento, doctor; no me conviene denunciar nada desde lo alto de los tejados. Yo «aconsejo un innoble descanso», igual que Belial en El paraíso perdido. Es más seguro. En este país tienes que ser un pukka Sahib o morirte. En quince años no he hablado a nadie sinceramente salvo a usted. Mis charlas aquí son una válvula de escape; como una pequeña Misa Negra a escondidas, si entiende lo que quiero decir.

En este instante se oyó afuera un gemido desolador. El viejo Mattu, el durwan que cuidaba de la iglesia europea, se hallaba bajo el sol al pie de la veranda. Era un anciano febril, más parecido a un saltamontes que a un ser humano, y vestía unos pocos pedazos de trapo sucio. Vivía junto a la iglesia en una choza hecha de latas de keroseno aplastadas, de la cual salía a veces apresurado ante la aparición de un europeo, para hacer exageradas zalemas y gemir algo sobre su talab, que era de dieciocho rupias al mes. Mirando lastimosamente hacia la veranda, se frotaba la piel color tierra de su barriga con una mano, y con la otra hacía el gesto de poner comida en su boca. El doctor metió la mano en el bolsillo y dejó una moneda de cuatro annas sobre la barandilla de la veranda. Veraswami era conocido por su bondad y todos los mendigos de Kyauktada le convertían en su objetivo.

—Contemple la degeneración de Oriente —dijo el doctor señalando a Mattu, que se doblaba como una oruga y gemía en muestra de agradecimiento—. Fíjese en el estado lamentable de sus extremidades. Sus pantorrillas no son más anchas que las muñecas de un inglés. Fíjese en su servilismo y lo abyecto de su persona. Y su tremenda ignorancia, una ignorancia tal que en Europa no se entendería que estuviese fuera de un hogar para deficientes mentales. Una vez le pregunté a Mattu qué edad tenía. «Sahib», me dijo, «creo que tengo diez años». ¿Cómo puede fingir, Mr. Flory, que ustedes no son superiores por naturaleza a estas criaturas?

—Pobre Mattu, parece que la corriente del progreso le ha esquivado de algún modo —dijo Flory lanzando otra moneda de cuatro annas por encima de la valla—. Vamos, Mattu, gástatelo en alcohol. Sé tan degenerado como puedas. Que se aplace la Utopía.

—Ay, Mr. Flory, a veces creo que todo lo que me dice es sólo para, ¿cómo se dice?, tomarme el pelo. El famoso sentido del humor inglés... Los orientales no tenemos sentido del humor, como todo el mundo sabe.

—Tipos con suerte. Ha sido nuestra ruina, nuestro condenado sentido del humor.

Bostezó con las manos apoyadas detrás de la cabeza. Mattu se había alejado arrastrando los pies después de unos cuantos gemidos de agradecimiento.

—Supongo que debería marcharme antes de que este maldito sol esté demasiado alto. El calor va a ser infernal este año, me lo noto en los huesos. Bueno, doctor, hemos estado discutiendo tanto que no le he preguntado cómo le va todo. Llegué de la selva ayer. Debería volverme pasado mañana, aunque no sé si lo haré. ¿Ha pasado algo en Kyauktada durante mi ausencia? ¿Algún escándalo?

El doctor de repente se puso muy serio. Se había quitado las gafas y su cara, con ojos líquidos y oscuros, recordaba a la de un perro labrador negro. Miró a lo lejos, y habló en un tono ligeramente más dubitativo que antes.

—La verdad es, amigo mío, que se está tramando un asunto de lo más desagradable. Puede que se ría, suena absurdo, pero estoy en serios apuros. O mejor

dicho, corro el peligro de sufrir apuros. Es un asunto clandestino. Los europeos no oirán jamás hablar de ello directamente. En este lugar —señaló con la mano hacia el bazar— hay conspiraciones e intrigas constantes de las que no oyen nada. Pero para nosotros estos asuntos tienen mucha importancia.

—¿Qué ha sucedido?

—Es lo siguiente: se está tejiendo una conspiración contra mí. Una intriga de las más graves, que está ideada para difamar a mi persona y destruir mi carrera. Como inglés, usted no puede entender estas cosas. Me he ganado la enemistad de un hombre que probablemente tampoco conozca, U Po Kyin, el juez de subdivisión. Es un hombre muy peligroso y el daño que me puede hacer incalculable.

—¿U Po Kyin? ¿Quién es ése?

—Ese hombre tan gordo con muchos dientes. Su casa está bajando la carretera, a cien yardas de aquí.

—¿Ese gordo canalla? Le conozco bien.

—¡No, no, amigo mío, no, no! —exclamó el doctor con ansiedad—, usted nunca podría conocerle del todo. Sólo un oriental podría llegar a hacerlo. Usted es un caballero inglés, no puede penetrar en los recovecos de una mente como la de U Po Kyin. Es más que un canalla, es un..., ¿cómo lo digo?... No me salen las palabras. Me recuerda a un cocodrilo con forma humana. Tiene la astucia de un cocodrilo, su crueldad y su brutalidad. Si usted conociera la trayectoria de ese hombre, las atrocidades que ha cometido; las extorsiones y sobornos que ha practicado; las chicas a las que ha destruido, violándolas ante los mismos ojos de sus madres. Un caballero inglés no puede imaginarse cómo es un personaje así. Ése es el hombre que se ha jurado arruinarme, destrozar mi vida.

—He oído muchas cosas sobre U Po Kyin por varias fuentes —dijo Flory—. Parece un claro ejemplo de juez birmano. Un nativo me contó que durante la guerra U Po Kyin se dedicaba a reclutar soldados, y que formó un batallón sólo con sus hijos ilegítimos. ¿Es cierto?

—Difícilmente puede serlo —dijo el doctor—, pues no habrían sido lo suficientemente mayores. Pero de su vileza no cabe duda. Y ahora está decidido a destruirme. En primer lugar, me odia porque sé demasiadas cosas sobre él; y aparte de eso, es enemigo de cualquier hombre que sea razonablemente honrado. Empezará, tal es la práctica de este tipo de hombres, calumniándome. Difundirá informes sobre mí, informes con afirmaciones espantosas e inciertas. De hecho, ya está empezando a hacerlo.

—¿Pero iba a creer alguien a un tipo así en lugar de a usted? El sólo es un juez de lo más vil, y usted, en cambio, es un alto cargo de la administración.

—Ay, Mr. Flory, no conoce la astucia oriental. U Po Kyin ha acabado con hombres con cargos más importantes que el mío. Sabrá cómo hacer que le crean. Por eso me resulta tan desagradable...

El doctor dio un par de pasos por la veranda, limpiándose las gafas con su pañuelo. Estaba claro que había algo que la delicadeza le impedía decir. Por un momento, se le vio tan preocupado que a Flory le habría gustado preguntar si podía ayudarlo de alguna manera, pero no lo hizo, pues sabía de lo inútil que era meterse en las disputas de los orientales. Ningún europeo llegaba nunca al fondo de estas disputas; siempre había algo que pasaba inadvertido a la mentalidad europea, un complot tras el complot, una intriga que oculta otra intriga. Además, mantenerse al margen de los pleitos de los nativos es uno de los diez mandamientos del pukka Sahib. Dijo, vacilante:

—¿Qué es lo que le resulta tan desagradable?

—Es sólo que... Ay, amigo mío, me temo que se va a reír usted de mí. Es lo siguiente: si tan sólo me admitieran como miembro del Club Europeo, mi situación cambiaría tanto...

—¿Del Club? ¿Por qué? ¿Cómo le ayudaría eso?

—Amigo mío, en estos casos el prestigio lo es todo. U Po Kyin no me va a atacar directamente; nunca se atrevería. Me calumniará y difundirá rumores sobre mí. Y que le crean o no depende completamente de mi reputación entre los europeos. Así son las cosas en la India. Si tenemos buena reputación, ascendemos; si es mala, nos hundimos. Una ligera reverencia o un guiño pueden hacer más que un millar de informes oficiales. Y usted no se puede hacer una idea del prestigio que le da a un nativo ser miembro de un Club Europeo. Una vez en el Club, se es prácticamente un europeo más. Ninguna calumnia puede afectarle. Un socio del Club es sagrado.

Flory echó un vistazo a lo lejos desde la barandilla de la veranda. Se había levantado como para marcharse. Siempre se sentía avergonzado e incómodo cuando tenía que admitirse entre ellos dos que el doctor, por ser de piel negra, no podía entrar en el Club. Es desagradable cuando un amigo íntimo no es un igual, socialmente hablando; pero es algo inherente al mismo aire de la India.

—A lo mejor le eligen a usted en la próxima asamblea general. No se lo aseguro —dijo—, pero tampoco es imposible.

—Mr. Flory, espero que no piense que le estoy pidiendo que me proponga como socio. ¡Dios me perdone si lo hago! Sé que no puede hacerlo. Simplemente comentaba que si fuera socio del Club, pasaría a ser invulnerable desde ese momento.

Flory se caló su sombrero terai de cualquier manera y despertó a Fio con su bastón. Se había quedado dormida debajo de una silla. Flory se sintió muy incómodo. Sabía con toda certeza que si tuviera el valor de enfrentarse con Ellis, podía asegurar la elección del Dr. Veraswami. Después de todo, el doctor era su amigo, de hecho,

prácticamente el único amigo que tenía en Birmania. Habían hablado y discutido juntos un centenar de ocasiones, el doctor había cenado en su casa, e incluso había intentado presentarle a su esposa, aunque ella, una devota hindú, se había negado horrorizada. Habían ido juntos de caza en varias ocasiones, en las que el doctor, equipado con bandoleras y cuchillos de monte, se pasaba todo el tiempo jadeando al subir laderas resbaladizas y disparando su arma a la nada. Por simple cortesía, Flory debía apoyar al doctor. Pero también sabía que el doctor nunca se atrevería a pedirle ninguna ayuda, y que antes de que un oriental fuese admitido en el Club habría discusiones muy desagradables. ¡No, no podía hacer frente a esa disputa! No merecía la pena. Dijo:

—Para serle sincero, ya se ha hablado de esto. Estaban discutiéndolo esta mañana y ese animal de Ellis ya andaba pregonando su habitual monserga sobre “los asquerosos negros”. Macgregor ha sugerido elegir un miembro nativo. Me imagino que ha recibido órdenes de hacerlo.

—Sí, eso oí. Oímos todas esas cosas. Fue eso lo que me dio la idea.

—Se va a discutir en la asamblea general de junio. No sé qué se decidirá, creo que dependerá de Macgregor. Yo le votaré a usted, pero no puedo hacer más que eso. Lo siento, pero sencillamente no puedo. No se puede imaginar el revuelo que se armará. Es muy probable que le elijan a usted, pero lo harán a regañadientes y por imposición. Mantener ese Club exclusivamente con socios blancos es toda una obsesión para ellos.

—Claro, claro, amigo mío. Lo entiendo perfectamente. Que Dios no permita que usted tenga que regañar con sus amigos europeos por mi culpa. Por favor, por favor, no se busque usted complicaciones. Sólo el hecho de que se sepa que usted es amigo mío me beneficia más de lo que puede figurarse. El prestigio, Mr. Flory, es como un barómetro. Cada vez que le ven entrar en mi casa, el mercurio sube medio grado.

—Bien, pues debemos procurar mantenerlo en “buen tiempo”. Me temo que es todo lo que puedo hacer por usted.

—Y ya es mucho, amigo mío. Hay otra cosa de la que debo advertirle, a pesar de que creo que se lo tomará a risa. Se trata de que también usted debe tener cuidado con U Po Kyin. Tenga cuidado con el cocodrilo. Seguro que irá a por usted en cuanto se entere de que es amigo mío.

—De acuerdo, doctor, tendré cuidado con el cocodrilo. Aunque no creo que me pueda hacer mucho daño.

—Por lo menos lo intentará. Le conozco. Su táctica será intentar alejar de mí a mis amigos. Puede que ose difundir también libelos sobre usted.

—¿Sobre mí? ¡Dios santo! Nadie se creería nada contra mí. Chis Romanus sum. Soy inglés, estoy por encima de toda sospecha.

—De todos modos, tenga cuidado con sus calumnias, amigo mío. No le subestime. Sabrá como atacarle. Es un cocodrilo, y como el cocodrilo —el doctor apretó con

fuerza sus dedos pulgar e índice; sus imágenes a veces se confundían entre ellas—, como el cocodrilo, ataca siempre por el punto más débil.

—¿Está seguro de que atacan siempre por el punto más débil, doctor?

Ambos se rieron. Tenían la suficiente confianza como para reírse de vez en cuando del extraño inglés del doctor. Puede que, en el fondo de su corazón, el doctor se sintiera algo defraudado porque Flory no había prometido proponerle para el Club, aunque se habría muerto antes que decirlo. Flory se alegraba de dejar un tema, tan incómodo que preferiría que nunca hubiera surgido.

—Bueno, tengo que irme. Adiós, por si no le veo ya. Espero que todo salga bien en la asamblea general. Macgregor no es un mal tipo. Me atrevo a decir que insistirá en que se le elija a usted.

—Esperemos que así sea, amigo mío. Con eso puedo desafiar a cien U Po Kyins. ¡A un millar! Adiós, amigo mío, adiós.

Flory se ajustó su sombrero terai y se fue a casa para desayunar cruzando el deslumbrante maidan, aunque la larga mañana de bebidas, tabaco y conversación le había quitado el apetito.

Capítulo IV

Flory yacía dormido sobre su cama empapada de sudor, desnudo, sin más ropa que unos pantalones negros de Shan. Había pasado todo el día sin hacer nada. Permanecía aproximadamente tres semanas al mes en el campamento, y sólo iba a Kyauktada unos pocos días, principalmente para descansar, ya que apenas tenía trabajo de oficina que hacer.

El dormitorio era una amplia habitación cuadrada con paredes blancas enyesadas, las puertas abiertas y sin techo, pues sólo cubrían la estancia unas vigas sobre las que anidaban los gorriones. No había más muebles que la gran cama con los cuatro postes de los que colgaba como un dosel el mosquitero, una mesa de mimbre, una silla también de mimbre y un pequeño espejo; además, había unos estantes toscos con varios centenares de libros, todos muy estropeados por culpa de las muchas estaciones lluviosas y plagados de lepisma. Clavado en la pared, había un tuktoo, aplastado e inmóvil como un dragón heráldico. De los aleros de la veranda caía la luz brillante como aceite blanco. Unas palomas desde un matorral de bambú se arrullaban monótonamente con un ruido que armonizaba extrañamente bien con el calor; un sonido somnoliento, pero más somnífero por lo de cloroformo que por lo que de nana tenía.

A doscientas yardas de allí, en el bungalow de Macgregor, un durwan, como un reloj viviente, dio cuatro golpes en un pedazo de vía de hierro. Ko S'la, el criado de Flory, se despertó con el ruido, entró en la cocina, avivó las ascuas de la madera y colocó la tetera sobre el fuego para hervir agua. Después se puso su gaungbang rosa y su ingyí de muselina, y llevó la bandeja con el servicio de té a su señor.

Ko S'la (su verdadero nombre era Maung San Hla; Ko S'la era un diminutivo) era un birmano bajito de hombros anchos y aspecto rústico, con la piel muy oscura y la expresión cansada. Tenía bigote negro y caído, que le rodeaba la boca, pero, al igual que la mayoría de los birmanos, nada de barba en absoluto. Había sido el criado de Flory desde el primer día que éste llegó a Birmania. Sólo se llevaban un mes de edad. De jóvenes habían perseguido codo con codo víboras y patos, habían esperando juntos en los machans inútilmente la llegada de tigres que nunca aparecían, habían compartido las incomodidades de miles de campamentos y marchas; y Ko S'la le había

servido de alcahuete, pedido dinero a los prestamistas chinos en su nombre, llevado a la cama cuando estaba borracho, y atendido cada vez que caía con fiebre... A los ojos de Ko S'la, Flory, al permanecer soltero, seguía siendo un niño, mientras que él ya se había casado, tenido cinco hijos, vuelto a casar y convertido en uno de los mártires de la bigamia. Como todos los criados de hombres solteros, Ko S'la era perezoso y sucio, aunque fiel y leal a Flory. Nunca permitiría que nadie más que él sirviera a Flory en la mesa, le llevase su arma o sujetara la cabeza de su poni mientras éste montaba. Durante las marchas, si llegaban a un arroyo él cargaba con Flory a sus espaldas. Tenía tendencia a compadecer a Flory, en parte porque le veía infantil y fácil de engañar, y también por su marca de nacimiento, que a él le parecía una desgracia espantosa.

Ko S'la dejó la bandeja con el té sobre la mesa con sumo cuidado y después fue hacia la cama para hacer cosquillas en los pies a su señor. Sabía por experiencia que ésa era la única manera de despertar a Flory sin ponerle de mal humor. Flory se giró, maldijo y aplastó la frente contra la almohada.

—Han dado las cuatro, santísimo señor —dijo Ko S'la—. He traído dos tazas porque la mujer dijo que vendría.

La mujer era Ma Hla May, la amante de Flory. Ko S'la la llamaba siempre la mujer para mostrar su desaprobación; no es que desaprobara el que Flory tuviera una amante, sino que estaba celoso de la influencia que Ma Hla May tenía en la casa.

—¿Jugará el santísimo señor esta tarde al tinis? —preguntó Ko S'la.

—No, hace demasiado calor —dijo Flory en inglés—. No quiero nada de comer. Llévate esa porquería de aquí y trae whisky.

Ko S'la entendía muy bien el inglés, aunque no lo hablaba. Trajo una botella de whisky y también la raqueta de Flory, que situó con mucha intención apoyada contra la pared, enfrente de la cama. Según él, el tenis era un misterioso ritual que debían practicar todos los ingleses, y no le gustaba ver cómo su amo se pasaba las tardes sin hacer nada.

Flory apartó con un gesto de asco la tostada y la mantequilla que había traído Ko S'la, aunque puso algo de whisky en una taza con el té y se sintió mejor después de beberlo. Había estado durmiendo desde el mediodía, y le dolían la cabeza y todos los huesos. La boca le sabía como a papel quemado. Desde hacía muchos años no había disfrutado de una buena comida. Los alimentos europeos de Birmania son más bien asquerosos; el pan es una cosa esponjosa leudada con ponche de palma y con sabor a bollo pasado, la mantequilla viene en lata, y lo mismo sucede con la leche, cuando no se trata de esa porquería gris y acuosa de dudh-wallah. Cuando Ko S'la salió de la habitación se oyeron pisadas de sandalias y una voz chillona de joven birmana que decía:

—¿Está despierto mi señor?

—Pasa —dijo Flory de malhumor.

Entró Ma Hla May, quitándose las sandalias rojas en el umbral de la puerta. Se le permitía ir a tomar el té como un privilegio especial, pero no podía acudir a otras comidas ni llevar puestas las sandalias en presencia de su señor.

Ma Hla May tenía veintidós o veintitrés años, y medía alrededor de un metro y medio. Vestía un longyi de satén chino azul pálido bordado y un ingyí de muselina blanca almidonada, del que pendían varios guardapelos dorados. Su cabello se enroscaba formando un apretado cilindro negro como el ébano, adornado con flores de jazmín. Su cuerpo, pequeño, recto y esbelto, tenía tan pocas redondeces como un bajorrelieve tallado sobre un tronco. Era como una muñeca, con su cara de óvalo, tranquila, del color del cobre reciente, y sus ojos rasgados; una muñeca extraña y aun así grotescamente bella. Un olor a sándalo y aceite de coco la acompañó a la habitación.

Ma Hla May se acercó a la cama, se sentó en el borde y rodeó bruscamente a Flory con sus brazos. Apoyó su nariz plana sobre la mejilla de él, tal y como era la costumbre birmana.

—¿Por qué no me hizo llamar mi señor esta mañana? —preguntó ella.

—Estaba durmiendo. Hace demasiado calor para hacer ese tipo de cosas.

—¿Preferías dormir solo antes que con Ma Hla May? ¡Qué fea me debes creer! ¿Soy fea, señor?

—Vete —dijo, quitándosela de encima—. No te quiero ahora.

—Por lo menos tócame con los labios —(no existía una palabra en birmano para besar)—. Todos los hombres blancos hacen eso a sus mujeres.

—Ahí lo tienes. Ahora, déjame en paz. Acércame un cigarro.

—¿Por qué es que últimamente nunca me quieres hacer el amor? Ah, hace dos años era muy distinto... Tú me querías por entonces. Me dabas pulseras de oro y longyis de seda traídos desde Mandalay. Y ahora, mira —Ma Hla May extendió uno de sus pequeños brazos cubierto por la muselina—, ni una sola pulsera. El mes pasado tenía treinta y ahora están todas empeñadas. ¿Cómo puedo ir al bazar sin mis pulseras y vistiendo una y otra vez el mismo longyi? Me siento humillada delante de las otras mujeres.

—¿Es culpa mía que hayas empeñado tus pulseras?

—Hace dos años las habrías desempeñado por mí. ¡Ya no quieres a Ma Hla May!

Volvió a rodearle con los brazos y le besó, una costumbre europea que él le había enseñado. El pelo de la muchacha desprendía un perfume mezcla de sándalo, ajo, aceite de coco y los jazmines que llevaba en el pelo. Era un olor que siempre le hacía estremecerse. Prácticamente sin darse cuenta, echó la cabeza de ella sobre la almohada y observó desde arriba su extraño y juvenil rostro; tenía los pómulos altos, los párpados tersos y los labios pequeños y bien formados. Se podía decir que sus dientes eran bonitos, bonitos como los de un gatito. La había comprado a sus padres

por trescientas rupias hacía dos años. Comenzó a acariciarle la piel morena a la altura de la garganta, que se erguía desde el ingyi sin cuello como un tallo suave y esbelto.

—Sólo te gusto —dijo él— porque soy un hombre blanco y tengo dinero.

—Señor, te quiero, te quiero más que a nada en este mundo. ¿Por qué dices eso? ¿No te he sido siempre fiel?

—Tienes un amante birmano.

—¡Puaj! —Ma Hla May fingió repugnancia ante la idea—. ¡Sólo de pensar en las manos oscuras de esos hombres tocándome, me entran nauseas! ¡Me moriría si me tocara un birmano!

—Mentirosa.

Flory puso su mano sobre el pecho de ella. A Ma Hla May que hiciera esto en realidad no le gustaba, ya que le recordaba que sus pechos existían; el ideal de belleza de la birmana es una mujer sin pechos. Se quedaba tumbada y le dejaba hacerle lo que él quisiera, quieta y sin embargo satisfecha y ligeramente sonriente, como un gato que permite que lo acaricien. Los abrazos de Flory no significaban nada para ella (Ba Pe, el hermano pequeño de Ko S'la, era su amante en secreto), aunque se sentía muy herida cuando él se los negaba. A veces había llegado incluso a poner filtros de amor en la comida de Flory. Lo que a ella le gustaba era la vida ociosa de la concubina, las visitas a su aldea vestida refinadamente, el poder alardear de su posición como bokadaw, la mujer de un hombre blanco. Y es que había convencido a todo el mundo, incluido a sí misma, de que era la esposa legal de Flory.

Cuando Flory hubo terminado con ella, se dio la vuelta, hastiado y avergonzado, y se quedó tumbado y en silencio cubriéndose la marca de nacimiento con la mano izquierda. Siempre se acordaba de su marca de nacimiento cuando había hecho algo de lo que se sentía avergonzado. Asqueado, hundió la cara en la almohada, que estaba húmeda y olía a aceite de coco. El calor era tremendo, y afuera las palomas seguían haciendo el mismo ruido monótono. Ma Hla May, desnuda, estaba de rodillas al lado de Flory, dándose aire suavemente con un abanico de paja que había cogido de la mesa.

Al poco rato, ella se levantó, se vistió y encendió un cigarrillo. Después, volviendo a la cama, se sentó y comenzó a acariciar el hombro desnudo de Flory. Le fascinaba la blancura de su piel, por lo exótico y la sensación de poder que le transmitía. Flory se apartó bruscamente para quitarse de encima la mano que ella tenía sobre su hombro. En instantes como esos ella le resultaba repugnante e inaguantable. Lo único que deseaba entonces era perderla de vista.

—Vete —dijo él.

Ma Hla May se quitó el cigarro de la boca e intentó ofrecérselo a Flory.

—¿Por qué se enfada siempre el señor conmigo cuando me ha hecho el amor? —preguntó ella.

—Vete —repitió.

Ma Hla May continuó acariciando el hombro de Flory. Nunca había llegado a tener la inteligencia de dejarle solo en estos momentos. Creía que la lujuria era una forma de brujería que daba poderes mágicos a la mujer sobre el hombre, hasta que lograba debilitarle y le convertía en un esclavo semi idiota. Cada sucesivo abrazo minaba la voluntad de Flory y fortalecía el hechizo. Así era su creencia. Comenzó a insistirle para hacerlo otra vez. Dejó el cigarrillo y le rodeó de nuevo con los brazos, intentando ponerle frente a ella para besar la cara que él tenía apartada, mientras le reprochaba su frialdad.

—¡Largo, largo de aquí! —dijo enfadado—. Busca en los bolsillos de mis pantalones. Hay dinero. Coge cinco rupias y vete.

Ma Hla May encontró el billete de cinco rupias y se lo metió en el escote de su ingyi, pero seguía sin marcharse. Rondó la cama, molestando a Flory hasta que le sacó de sus casillas y se levantó de un salto.

—¡Vete de esta habitación! ¡Te lo ordeno! No quiero que te quedes aquí una vez haya acabado contigo.

—¡Menuda manera de hablarme! Me tratas como si fuera una prostituta.

—Es lo que eres. Fuera de aquí —dijo empujándola por los hombros fuera de la habitación. Sacó sus sandalias a patadas tras ella. Sus encuentros acababan muy a menudo de ese modo.

Flory se quedó en medio del dormitorio, bostezando. ¿Debería bajar al Club para jugar al tenis después de todo? No, eso significaba afeitarse y no se veía capaz de realizar semejante esfuerzo sin haberse metido antes unas cuantas copas en el cuerpo. Se tocó la barbilla sin afeitarse y se acercó al espejo para examinarla, pero retrocedió. No quería ver el rostro cetrino y desgastado que le devolvería la mirada. Durante algunos minutos permaneció inmóvil, con las extremidades muertas, observando cómo el tuktoo acechaba a una polilla que había encima de los estantes. El cigarrillo que había dejado Ma Hla May se consumía dejando un olor acre y oscureciendo el papel. Flory cogió un libro de los estantes, lo abrió y después lo lanzó irritado. No tenía energías ni para leer. Oh, Dios, Dios, ¿qué iba a hacer el resto de la tarde?

Fio entró en la habitación correteando, moviendo la cola y pidiendo que la sacaran de paseo. Flory se metió de mala gana en el pequeño cuarto de baño con suelo de piedra que daba al dormitorio, se lavó con agua tibia y se puso la camisa y los pantalones cortos. Tenía que hacer un poco de ejercicio antes de que se pusiera el sol. En la India resulta algo perverso pasar un día sin empaparse al menos una vez de sudor. Le da a uno la sensación de que es un pecado peor que un millar de actos lascivos. Al llegar la noche, después de un día ocioso, el aburrimiento alcanza un punto que le pone a uno frenético, al borde del suicidio. El trabajo, las oraciones, los libros,

la bebida, la conversación..., nada pueden hacer contra el hastío; sólo se puede expulsar sudándolo a través de los poros de la piel.

Flory salió de su casa y siguió el camino colina arriba, en dirección a la selva. Al principio sólo había matorrales y los únicos árboles que se podían ver eran mangos medio silvestres que sostenían pequeñas frutas del tamaño de ciruelas. Luego la senda se metía entre árboles más altos. La selva estaba seca y sin vida durante esa época del año. Los árboles, con las hojas de un apagado verde oliva, se alineaban siguiendo la carretera en hileras polvorientas. No se veían pájaros, salvo algunas criaturas parduscas que parecían tordos desaliñados, las cuales brincaban torpemente detrás de los arbustos. A lo lejos, algún otro pájaro emitía un grito como «¡Ah ja já! ¡Ah ja já!»; un sonido solitario y hueco que se asemejaba al eco de una carcajada. Se respiraba un olor pernicioso, como de yedra, que emanaba de las hojas aplastadas. Aún hacía calor, aunque el sol iba perdiendo fuerza y la luz que proyectaba ya era amarilla.

Tras dos millas, el camino acababa en el vado de un arroyo poco profundo. La selva se volvía más verde en este punto debido a la cercanía del agua, y los árboles eran más altos. A la orilla del riachuelo había un enorme árbol pyinkado muerto, engalanado con retorcidas orquídeas, y también algunos arbustos de lima con flores blancas que parecían de cera. Desprendían un aroma intenso como el de la bergamota. Flory había caminado deprisa y el sudor había empapado su camisa y se le deslizaban gotas en los ojos, haciendo que éstos escocieran. Sudar le había puesto de mejor humor. Además, siempre le animaba contemplar este arroyo; su agua era bastante clara y eso era algo rarísimo en un país tan sucio. Cruzó el riachuelo pisando en unas piedras que hacían de puente, mientras Fio chapoteaba detrás de él. Después se metió por una senda que ya conocía y avanzó entre los arbustos. Era un paso que había abierto el ganado para ir a beber al arroyo, y que pocos humanos transitaban. Conducía a una charca que había a unas cincuenta yardas del riachuelo. Aquí crecía un peepul, un enorme contrafuerte de unos seis pies de ancho que parecía un gran cable de madera retorcido por un gigante, pues el tronco lo formaban innumerables fibras entrelazadas. Las raíces del árbol formaban una cueva natural bajo la cual borboteaba el agua verdosa. Por encima y en torno al denso follaje se detenía la luz, convirtiendo el lugar en una gruta verde con paredes de hojas.

Flory se quitó la ropa y se metió en el agua. Estaba un poco más fría que el aire. Cuando se sentó, el agua le cubrió hasta el cuello. Bancos de mahseer plateados, no mayores que sardinas, llegaron para curiosear y mordisquear su cuerpo. Fio también se había zambullido en el agua y nadaba con sus patas tranquilamente, como una nutria. Conocía bien la charca, ya que venían a menudo cuando Flory se hallaba en Kyauktada.

Algo se movía en lo alto del árbol peepul y se podía oír un ruido como el de pucheros hirviendo. Ahí arriba había un grupo de palomas verdes que estaban

comiéndose unas bayas. Flory miró hacia la gran cúpula verde, intentando distinguir a los pájaros; pero eran invisibles, se camuflaban perfectamente con las hojas. Sin embargo, todo el árbol rebullía con ellas, como si lo agitaran los espíritus de otros pájaros. Fio descansaba apoyada sobre las raíces y gruñía a las invisibles criaturas. Entonces, una paloma verde batió sus alas y se posó en una rama inferior. No sabía que la estaba observando. Era algo delicado, más pequeña que una paloma doméstica, con el lomo verde jade, tan suave como el terciopelo, y el torso y el cuello de colores iridiscentes. Sus patas eran como la cera rosa que usan los dentistas.

La paloma se balanceaba sobre la rama hinchando las plumas de su torso brillante y picoteando entre ellas con su pico coralino. Flory se estremeció. ¡Solo, solo, la amargura de hallarse solo! A menudo le pasaban cosas parecidas encontrándose en lugares solitarios, cuando contemplaba algo, un pájaro, una flor, un árbol, más hermoso de lo que las palabras pueden expresar. ¡Si al menos hubiera algún alma con la que compartirlo! La belleza no tiene sentido si no se puede compartir. Si tuviera a una persona, sólo una, para poder sobrellevar mejor su soledad. De pronto la paloma vio al hombre y al perro abajo y salió disparada como un proyectil con un sonoro batir de alas. No es corriente ver palomas verdes tan de cerca cuando están aún vivas. Son aves de vuelo muy alto, que viven en las copas de los árboles y no bajan al suelo más que para beber. Cuando se las dispara, si no mueren al instante, se agarran a las ramas mientras agonizan, y sólo caen cuando uno se ha cansado de esperar y se ha marchado.

Flory salió del agua, se vistió y volvió a cruzar el arroyo. En vez de regresar a casa por el camino de antes, siguió una senda que penetraba en la selva hacia el sur, con la intención de dar un rodeo y pasar por una aldea que estaba en la linde de la jungla y no muy lejos de su hogar. Fio correteaba entre los arbustos, ladrando cada vez que se le enganchaban las orejas en las espinas. Una vez había cazado por allí una liebre. Flory andaba despacio. El humo de su pipa se elevaba recto, flotando como penachos inmóviles. Estaba alegre y en paz después del paseo y el agua clara. Hacía más fresco ahora, salvo por las bocanadas de calor que aún quedaban debajo de los árboles más tupidos, y la luz era más suave. A lo lejos chirriaban plácidamente las ruedas de un carro de bueyes.

Al poco rato los dos se habían perdido en la selva y vagaban entre una maraña de árboles muertos, lianas y arbustos enredados unos con otros. Llegaron a un lugar sin salida en el que el sendero estaba cortado por unas plantas inmensas y espantosas como aspidistras exageradísimas, cuyas hojas terminaban en largos látigos armados con espinas. Una luciérnaga resplandecía en el interior de un matorral; estaba oscureciendo allí donde la maleza era más espesa. En esos momentos se oyó más próximo el chirriar de las ruedas del carro de bueyes, que pasaba por una vía paralela a la de Flory.

—¡Oye, saya gyi, saya gyi! —gritó Flory al tiempo que agarraba a Fio del collar para evitar que se escapara.

—¿Ba le-de? —respondió el birmano con otro grito. Se oyeron las voces que se daban a los bueyes y el ruido de los cascos.

—¡Acérquese, hágame el favor, oh venerable y sabio señor! ¡Nos hemos perdido! ¡Deténgase un momento, oh constructor de pagodas!

El birmano bajó del carro y se abrió paso entre la selva, cortando las enredaderas con su dah. Era un hombre de mediana edad, rechoncho y tuerto. Les condujo al camino y Flory se subió al incómodo carro de bueyes. El birmano tomó las riendas, dio una voz a los bueyes, les golpeó con un bastón en las raíces de las colas y el carro arrancó con un gemido de sus ruedas. Los carreteros birmanos rara vez engrasan los ejes de los carros, probablemente porque piensan que ese chirriar aleja a los malos espíritus, aunque si se les pregunta responderían que son demasiado pobres como para poder comprar grasa.

Pasaron frente a una pagoda de madera enjalbegada escondida entre las enredaderas de no más altura que la de un hombre y medio. Luego el sendero seguía hasta el pueblo, compuesto por veinte chozas de madera desvencijadas, con tejados de paja y un pozo bajo unas cuantas palmeras secas. Las garcetas que habían estado posadas en las hojas de palma se dirigían en bandada hacia sus hogares volando por encima de las palmeras como flechas blancas lanzadas al aire. Una mujer gruesa de tez amarilla con su longyi amarrado debajo de las axilas, perseguía a un perro alrededor de una choza, golpeándole con una caña de bambú y riéndose. El perro también parecía reírse a su manera. El pueblo se llamaba Nyaunglebin, “los cuatro árboles peepul”, aunque allí ya no quedaban árboles de ese tipo. Probablemente los habían talado y olvidado hacía un siglo. Los aldeanos cultivaban una estrecha franja de tierras que existía entre la aldea y la selva, y también fabricaban carros de bueyes que vendían en Kyauktada. Las ruedas de carreta estaban amontonadas por todas partes; objetos gigantescos de cinco pies de diámetro con los radios tosca pero sólidamente tallados.

Flory se apeó del carro y le dio al conductor cuatro annas de propina. Algunos chuchos parduscos salieron corriendo de debajo de las casas para olisquear a Fio, y un enjambre de niños desnudos, de barrigas prominentes y cabellos recogidos en moños sobre la cabeza, apareció también para observar al hombre blanco, aunque manteniendo cierta distancia. El cacique de la aldea, un anciano con aire de brujo, salió de su choza y se produjo un rumor general. Flory se sentó en los escalones de la casa del cacique y volvió a encender su pipa. Tenía sed.

—¿Se puede beber el agua de tu pozo, thugyi-min?

Rascándose la pantorrilla izquierda con la uña del pulgar del pie derecho, el cacique reflexionó por un momento.

—Aquéllos que la beben, la beben, thakin. Y aquéllos que no la beben, no la beben.

—¡Ah! Eso es lo que yo llamo sabiduría.

La mujer gruesa que había estado antes persiguiendo al chucho trajo una tetera de barro ennegrecida y un cuenco sin asas, y le dio a Flory un poco de té verde pálido que sabía a madera quemada.

—Tengo que irme, thugyi-min. Gracias por el té.

—Dios te acompañe, thakin.

Flory llegó a su casa por un camino que desembocaba en el maidan. Ya había oscurecido. Ko S'la se había puesto un ingyi limpio y estaba esperándole en el dormitorio. Había calentado dos barreños de agua, encendido las lámparas de petróleo y sacado una camisa y un traje limpios para Flory. La ropa limpia pretendía ser una indirecta a Flory para indicarle que debía afeitarse, vestirse y bajar al Club después de cenar. Algunas veces se pasaba la noche en calzoncillos, tumbado en un sillón con un libro, lo que a Ko S'la le parecía muy mal. Odiaba ver que su señor se comportaba de un modo diferente al de los otros blancos. El hecho de que Flory volviese frecuentemente borracho del Club, mientras que permanecía sobrio cuando se quedaba en casa, no cambiaba en nada la opinión de Ko S'la, pues veía como algo normal y disculpable en un hombre blanco el que se emborrachara.

—La mujer se ha marchado al bazar —anunció satisfecho, como hacía siempre que Ma Hla May abandonaba la casa—. Ba Pe la ha acompañado con una linterna, para guiarla cuando regrese.

—Bien —dijo Flory.

Sin duda alguna se había ido a gastarse sus cinco rupias; a jugárselas, seguramente.

—El baño del santísimo señor está listo.

—Espera —dijo Flory—, tenemos que atender primero al perro. Trae el cepillo.

Los dos hombres se sentaron en cuclillas en el suelo y cepillaron el sedoso pelo de Fio, quitándole también las espinas que se le habían clavado en las pezuñas. Lo tenían que hacer todas las tardes. Se le agarraban muchas garrapatas durante el día, cosas grises espantosas del tamaño de cabezas de alfiler cuando le picaban, y que crecían después hasta alcanzar el tamaño de un guisante. Cada garrapata que le quitaban, Ko S'la la ponía en el suelo y la aplastada cuidadosamente con el pulgar del pie.

Después, Flory se afeitó, se bañó, se vistió y se sentó para cenar. Ko S'la, de pie detrás de la silla de su señor, le iba pasando los platos sin dejar de abanicarle. Había colocado en el centro de la pequeña mesa un florero con hibiscos escarlatas. La comida era pretenciosa y mala. Los cocineros mug, descendientes de los criados a los que instruyeron los franceses en la India hace varios siglos, pueden hacer cualquier cosa con la comida menos lograr que sea comestible. Después de la cena, Flory bajó al

Club para jugar al bridge y emborracharse casi por completo, como hacía la mayoría de las noches que pasaba en Kyauktada.

Capítulo V

A pesar del whisky que había bebido en el Club, Flory durmió poco aquella noche. Los perros vagabundos aullaban a la luna. Se hallaba tan sólo en cuarto creciente y muy baja para ser medianoche, pero los perros se pasaban el día durmiendo con el calor, y a pesar de ser muy pronto ya habían comenzado para entonces sus coros a la luna. Un perro le había cogido manía a la casa de Flory y había convertido en costumbre el ponerse a aullar allí sistemáticamente. Sentado sobre sus patas traseras a cincuenta yardas de la entrada, dejaba escapar ladridos secos, uno cada medio minuto, con la regularidad de un reloj. Seguía así dos o tres horas, hasta que los gallos comenzasen a cantar.

Flory se movía de un lado a otro de la cama con dolor de cabeza. Algún idiota ha dicho que no se puede odiar a un animal; debería pasar unas pocas noches en la India, de éstas en las que los perros se quedan aullándole a la luna. Finalmente, Flory no pudo aguantarlo por más tiempo. Se levantó, revolvió en el baúl de latón que se encontraba bajo su cama hasta encontrar un rifle y un par de cartuchos, y salió hacia la veranda.

Había bastante luz con luna creciente. Pudo distinguir al perro y situarse con previsión. Se apoyó contra el pilar de madera de la veranda y apuntó con cuidado; luego, al sentir la dura culata de vulcanita contra su hombro desnudo, se arredró. El rifle tenía un retroceso considerable y dejaba un moretón cada vez que se disparaba. La sensible piel de su hombro se estremeció. Bajó el rifle. No tenía el valor de disparar al perro a sangre fría.

Era inútil intentar dormir. Flory se puso la chaqueta, cogió unos pocos cigarrillos, y comenzó a pasearse de acá para allá por el camino del jardín que delimitaban las fantasmales flores. Hacía calor; los mosquitos lo advirtieron y acudieron zumbando tras él. Espíritus de perros se perseguían en el maidan unos a otros. A la derecha las lápidas del cementerio inglés brillaban blanquecinas, bastante siniestras, y se veían los túmulos cercanos, que era los vestigios de las antiguas tumbas chinas. Se decía que la ladera estaba encantada, y los chokras del Club lloraban de pánico cuando se les enviaba de noche por aquel camino.

—Chucho inmundo —pensó Flory para sus adentros sin exaltarse demasiado, pues estaba acostumbrado a guardarse para sí ese tipo de pensamientos—, chucho flojo, vago, borracho, fornicador, autocompasivo, hipócrita... Todos esos idiotas del Club, esos brutos torpes de los que tanto te gusta creer que estás por encima, todos ellos, sin excepción, son mejores que tú. A su manera zafia, por lo menos son hombres. Ni son unos cobardes ni unos mentirosos, ni están medio muertos ni pudriéndose por dentro. Sin embargo, tú...

Tenía motivos para insultarse a sí mismo. Aquella noche había tenido lugar en el Club una escena muy desagradable, realmente horrible. Desde luego no era nada fuera de lo habitual, sino bastante acorde con lo que allí solía ocurrir, pero aún así no dejaba de ser sombrío, cobarde y vergonzoso.

Cuando Flory había llegado al Club sólo estaban allí Ellis y Maxwell. Los Lackersteen habían ido a la estación en el coche de Macgregor, que gentilmente se lo había prestado, para recoger a su sobrina, que llegaba en el tren de la noche. Los tres hombres estaban jugando al bridge a tres manos amigablemente, cuando llegó Westfield con la cara roja de rabia y trayendo una copia de un periódico birmano llamado Burmese Patriot. En él aparecía un artículo calumnioso que atacaba a Mr. Macgregor. La indignación de Ellis y Westfield fue mayúscula. Estaban tan enfadados que Flory tuvo que hacer esfuerzos ímprobos para fingir un enojo que les dejara satisfechos. Ellis se pasó cinco minutos soltando improperios, y luego, por una extraña asociación de ideas, llegó a la conclusión de que el Dr. Veraswami andaba detrás del artículo. Y al instante ya se le había ocurrido una manera de contraatacar. Pondrían un aviso en el tablón, una nota que respondiera y llevara la contraria a la que había puesto Macgregor un día antes. Ellis la escribió inmediatamente con su letra clara y diminuta:

«En vista del cobarde insulto dirigido recientemente a nuestro comisario delegado, los abajo firmantes queremos expresar que éste es el momento menos indicado para estudiar la elección de negros como miembros de este Club...»

Westfield puso reparos a la palabra "negros". Se tachó con una simple y delgada línea y se substituyó por "nativos". La nota la firmaron: «R. Westfield, P.W. Ellis, C.M. Maxwell y J. Flory».

Ellis estaba tan contento de haber tenido esa idea que su ira prácticamente se evaporó. Por sí misma, la nota no suponía nada, pero la noticia de su existencia correría velozmente por la ciudad y llegaría al Dr. Veraswami al día siguiente. Eso era lo que entusiasmaba a Ellis. Durante el resto de la velada apenas pudo apartar la vista del tablón de avisos, y cada pocos minutos exclamaba con regocijo:

—Esto dará qué pensar a ese gordo pequeñajo, ¿eh? Así se enterará ese desgraciado de qué es lo que pensamos de él. Ésa es la manera de ponerles en su sitio, ¿eh?, etc, etc.

De modo que Flory había firmado un insulto público a su amigo. Lo había hecho por la misma razón por la que había hecho mil cosas como esa durante toda su vida: porque carecía de la pequeña pizca de coraje que se necesitaba para oponerse a algo. Porque, por supuesto, podía haberse negado a firmar si hubiera querido; aunque, naturalmente, negarse habría supuesto una discusión con Ellis y Westfield. Y, ¡oh, cómo odiaba discutir! Sólo pensar en ello le hacía estremecerse; podía notar su marca de nacimiento más patente sobre su mejilla, y algo en su interior hacía que la voz se le apagara y sonase culpable. ¡Todo menos eso! Era más sencillo insultar a su amigo, aún siendo perfectamente consciente de que su amigo habría de saberlo.

Flory llevaba quince años en Birmania, y en Birmania se aprende a no enfrentarse con la opinión general. Aunque su verdadero problema venía de antiguo. Había empezado cuando aún estaba en el vientre de su madre, cuando la fortuna quiso poner en su mejilla aquella marca de nacimiento morada. Comenzó a pensar en alguna de las primeras consecuencias de su antojo. Su llegada a la escuela el primer día, cuando tenía nueve años; las miradas y, pasados unos días, los insultos que le gritaban los otros niños; el mote “Caramorada”, que se mantuvo hasta que el poeta de la escuela (ahora un crítico que escribía artículos bastante buenos en el Nation, recordó Flory) le sacó el siguiente pareado:

La marca, que Flory tiene es tan rara,
que el culo de un mono parece su cara.

Y desde entonces su mote pasó a ser “Culomono”. Y así continuó durante los años siguientes. Los sábados por la noche los chicos más mayores jugaban a lo que ellos llamaban “La Inquisición española”. Para algunos de ellos, su tortura favorita era sujetar a alguien con una llave muy dolorosa, sólo conocida por unos pocos “elegidos” y llamada Togo Especial, mientras que otro le golpeaba con una castaña de indias atada a un trozo de cuerda. A pesar de todo, Flory había conseguido que se olvidase con el paso del tiempo lo de “Culomono”. Era mentiroso y buen futbolista, las dos únicas cosas que se necesitan para tener éxito en la escuela. En el último trimestre, él y otro chico agarraron al poeta de la escuela utilizando la Togo Especial, mientras que el capitán del equipo de fútbol le atizaba con una bota de tacos por haberle pillado escribiendo un soneto. Era un periodo de formación.

De la escuela pasó a un colegio privado barato, de tercera división. Era un lugar pobre y con pretensiones. Imitaba a las grandes instituciones docentes en sus tradiciones de anglicanismo de clase alta, cricket y versos en latín, y hasta tenía un himno titulado La melée de la vida en el que aparecía Dios como el Gran Árbitro. Pero carecía de la virtud principal de los grandes colegios privados: su atmósfera de

erudición. Los chicos no aprendían casi nada. No había castigos ni golpes de vara que pudieran hacer que los estudiantes se tragaran la pesada y monótona porquería que ordenaban sus horrendos planes de estudio, y los profesores, espantosos y mal pagados, no eran de éstos que contagiaban sabiduría sin pretenderlo. Flory salió del colegio hecho un ignorante y un vago. Y sin embargo, aún tenía intactas ciertas opciones, algo de lo que era sabedor; opciones que por otra parte, podían traerle grandes preocupaciones, a las que pronto puso remedio. Un muchacho no pasa en balde por el trance de haber comenzado su vida social con el mote de “Culomono”.

No había cumplido aún los veinte años cuando llegó a Birmania. Sus padres, dos buenas personas que se preocupaban mucho por él, le habían conseguido un puesto en una compañía maderera. Habían tenido muchas dificultades para procurarle una colocación y habían pagado, para lograrlo, una cantidad mayor de lo que se podían permitir; Flory más tarde les había recompensado respondiendo a sus cartas con garabatos descuidados e intervalos de varios meses entre envío y envío. Los primeros seis meses en Birmania los pasó en Rangún, en donde se suponía que iba a aprender la parte burocrática del negocio. Vivió en “compadreo” con otros cuatro jóvenes que dedicaban todas sus energías a correrse juergas. ¡Y qué juergas! Bebían whisky, aunque en realidad no les gustase ni lo más mínimo; pasaban horas en torno al piano berreando canciones de una estupidez y obscenidad inimaginables y derrochaban sus rupias por cientos con viejas putas judías con cara de cocodrilo. También aquél fue un periodo de formación.

De Rangún marchó a un campamento en la selva, al norte de Mandalay, en el que se dedicaban a extraer teca. La vida en la selva no estaba del todo mal a pesar de las incomodidades, la soledad y, lo que prácticamente era lo peor de Birmania, la poca variedad e ínfima calidad de la comida. Por entonces era muy joven, lo bastante joven como para tener ídolos, y contaba con amigos entre los compañeros de la empresa en la que trabajaba. También se iba de caza, pesca y, con suerte, una vez al año se escapaba a Rangún; de excusa, una visita al dentista. ¡Cuánto se divertía en aquellos viajes a Rangún! Yendo a toda prisa a la librería Smart y Mookerdum a por las últimas novelas que llegaban de Inglaterra, cenando en Anderson’s filetes de ternera y mantequilla que habían viajado ocho mil millas entre hielo, las magníficas bebidas... Era demasiado joven para darse cuenta de lo que esta vida le reservaba. No veía que se le acercaban años de soledad y aburrimiento.

Se acabó aclimatando a Birmania. Su cuerpo se adaptó a los peculiares ritmos de las estaciones tropicales. Todos los años, entre febrero y mayo, el sol brillaba deslumbrante en el cielo como un dios enfurecido, y luego, de pronto, el monzón soplaba hacia el oeste, primero con violentos y breves aguaceros, y después con una lluvia incesante que lo calaba todo. Ni la ropa, ni la cama, ni tan siquiera la comida parecían secarse nunca. Además, seguía haciendo calor, un calor sofocante y

vaporoso. Los senderos de la selva se transformaban en ciénagas, y los arrozales en grandes pantanos de agua estancada, que desprendían un hedor viciado e infecto. Los libros y las botas se ponían mohosos. Birmanos desnudos con descomunales sombreros de palma araban los campos de arroz, mientras conducían a los búfalos con el agua hasta las rodillas. Más tarde, las mujeres y los niños plantaban las verdes plántulas de arroz, clavando cada una con pequeños tridentes en el barro. En julio y agosto apenas cesaba de llover un solo día. Entonces, una noche, a mucha altura, se oía a unos pájaros invisibles graznar. Las agachadizas volaban al sur, procedentes de Asia Central. Las lluvias se iban deteniendo para terminar del todo en octubre. Los campos se secaban, el arroz quedaba listo para la cosecha, los niños birmanos salían a jugar a la rayuela con semillas de gonyin y volaban cometas con los vientos ya frescos. Era el inicio del corto invierno, la temporada en la que Birmania parecía hechizada por el espíritu de Inglaterra. Flores silvestres surgían por doquier, que aunque no eran exactamente iguales que las inglesas, resultaban muy similares; madreselva en arbustos espesos, rosas de campo que olían a dulces de peras, y hasta violetas en los rincones más oscuros del bosque. El sol se quedaba bajo y por las noches y madrugadas hacía un frío glacial, con una neblina blanca que se extendía por el valle igual que vapor de teteras inmensas. Entonces era la época de ir a cazar patos y agachadizas. Había incontables miríadas de éstas últimas y gran cantidad de bandadas de gansos salvajes, que salían entre el jeel haciendo un ruido como el de un tren de mercancías cruzando un puente de acero. El arroz ya granado, amarillo y que llegaba a la altura del pecho, parecía trigo. Los birmanos iban a sus trabajos con la cabeza abrigada, los brazos cruzados sobre el pecho, y sus caras entumecidas y todavía más amarillas por el frío. Por la mañana, marchaba uno entre la neblina, por esas inexplicables tierras yermas, claros con césped húmedo casi igual que el inglés, y árboles pelados a cuyas ramas más altas se encaramaban los monos, esperando al sol. Por la noche, de regreso al campamento por frías veredas, uno se topaba con rebaños de búfalos conducidos por muchachos. Los enormes cuernos de estos animales surgían de entre la niebla como medialunas. Había que poner tres mantas en la cama y los pasteles que se hacían con las piezas de caza sustituían al perpetuo pollo. Después de cenar, se tomaba asiento sobre un leño al calor de la gran fogata, se bebía cerveza y se hablaba de caza. Las llamas danzaban como acebo rojo, arrojando un círculo de luz en cuyos bordes se sentaban en cuclillas criados y coolies, demasiado prudentes como para perturbar a los blancos con su intromisión, pero aproximándose como perros. Ya acostado, se podía oír el gotear del rocío que caía de los árboles en cantidad aunque suavemente. Era una vida aceptable mientras uno era joven y no pensaba demasiado ni en el futuro ni en el pasado.

Flory tenía veinticuatro años y le correspondía un permiso para cuando estalló la guerra. Había eludido el servicio militar, cosa que no resultaba difícil y parecía por

entonces lo más normal. Los que tenían cargos civiles en Birmania se escudaban en la complaciente teoría de que el verdadero patriotismo consistía en «no abandonar sus puestos» (gran paradoja de la lengua, se dice puestos como si fueran lugares donde en efecto se defiende algo). Había incluso por parte de estas personas una hostilidad latente hacia los que dejaban sus trabajos para alistarse en el ejército. En realidad, Flory había evitado la guerra porque Oriente ya le había corrompido y no quería cambiar su whisky, sus criados y sus muchachas birmanas por el sopor de la plaza de armas y el agotamiento de las marchas inhumanas. La guerra pasó como una tormenta más allá del horizonte. Hirviendo de calor y alejado del peligro, el país vivía con la sensación de haber quedado aislado y en el olvido. Flory se dedicó a leer vorazmente, y aprendió a vivir en los libros cuando la propia vida se volvía fastidiosa. Estaba madurando y, cansado como estaba de los placeres juveniles, aprendió, quisiéramos o no, a pensar por sí mismo.

Celebró su vigésimo séptimo cumpleaños en el hospital, cubierto de pies a cabeza de repugnantes pústulas que llamaban “del fango”, pero que probablemente habían motivado el whisky y la mala dieta. Le dejaron unas hendiduras en la piel que no desaparecieron hasta dos años más tarde. De pronto, había comenzado a parecer y sentirse mucho más viejo de lo que era. Su juventud había terminado. Ocho años de vida oriental, la fiebre, la soledad y el consumo impenitente de alcohol habían dejado huella en él.

A partir de entonces, cada año había resultado más duro y solitario. Lo que ocupaba sus pensamientos ahora y lo envenenaba todo, era el odio cada vez más pronunciado que le provocaba la atmósfera de imperialismo que vivía. Y es que a medida que se desarrollaba su cerebro (pues es imposible detener el desarrollo del cerebro, y ésta es una de las tragedias a las que se enfrentan los que poseen una semi cultura adquirida tarde, cuando ya se encuentran tan comprometidos con un estilo de vida), había ido comprendiendo la verdad sobre los ingleses y su Imperio. Y el Imperio en la India es un despotismo benévolo, de eso no cabe duda, pero despotismo a fin de cuentas, con el robo como fin último. En cuanto a los ingleses que había en Oriente, los sahiblog, Flory había llegado a odiarlos tanto de vivir entre ellos, que no podía juzgarlos objetivamente. Porque, después de todo, aquellos pobres diablos no eran peores que cualquier otros. Llevan vidas nada envidiables; no es ningún chollo pasar treinta años mal retribuidos en un país ajeno y volver a casa después con el hígado destrozado y la espalda como una piña de tanto estar sentado en sillas de mimbre, sin más perspectiva que convertirse en el plomo de algún Club de segunda categoría. Por otra parte, no conviene idealizar a los sahiblog. Existe la opinión muy extendida de que los hombres que ocupan “las avanzadas del Imperio” son, cuando menos, capaces y trabajadores. Es falsa. Sin contar a los de los servicios científicos —el Departamento Forestal, el Departamento de Obras Públicas y similares— ningún

funcionario inglés necesita realizar sus tareas competentemente. Pocos de ellos trabajan tan duro o con tanta inteligencia como lo hace un jefe de correos de cualquier ciudad inglesa de provincias. El auténtico trabajo administrativo lo realizan los subordinados nativos, y la verdadera espina dorsal del despotismo no la constituyen los funcionarios, sino el ejército. Los funcionarios y los hombres de negocios pueden ir tirando tranquilamente aún siendo tontos. Y la mayoría de ellos de hecho lo son. Gente anodina y respetable que se ocultan y se hacen fuertes tras un cuarto de millón de bayonetas.

Viven en un mundo entontecedor y alienante en el que cada palabra y pensamiento son censurados. En Inglaterra apenas puede nadie llegar a imaginarse una atmósfera semejante. Todos son libres en Inglaterra, vendemos nuestras almas públicamente y volvemos a comprarlas en privado, cuando estamos entre amigos. Pero ni siquiera la amistad puede existir cuando cada hombre blanco es un diente en la rueda del despotismo. La libertad de expresión resulta impensable. El resto de formas de libertad, sin embargo, están permitidas. Se es libre para ser un borracho, un vago, un cobarde, una persona maldiciente, un fornicador; pero no se es libre para pensar por uno mismo. La opinión sobre cualquier tema imaginable está dictada de antemano por el código de los pukka sahibs.

Al final, el haber guardado en secreto la rebeldía te envenena como una enfermedad secreta. Toda tu vida está plagada de mentiras. Año tras año, te pasas horas sentado en pequeños Clubes envueltos por el espíritu de Kipling, con el whisky a tu derecha y el Pink'un a la izquierda, escuchando y asintiendo entusiasmado mientras el coronel Bodger de turno expone su teoría de que habría que meter en aceite hirviendo a esos malditos nacionalistas. Oyes cómo a tus amigos orientales se les llama babas grasientos y admites disciplinadamente que de hecho son babus grasientos, o contemplas cómo unos mequetrefes recién salidos de la escuela tratan a patadas a criados ya canosos. Llega un momento en el que se arde por dentro de odio a los propios compatriotas, y se acaba por desear que algún nativo se subleve para que el Imperio se ahogue con su propia sangre. Y en esa actitud no hay nada honorable, ni tan siquiera algo de sinceridad, puesto que, au fond, ¿qué te importa a ti que el Imperio sea un despotismo, o que a los indios se esclavice y explote? Lo único que te molesta es que se te niegue el derecho a la libertad de expresión. No eres más que una criatura del despotismo, un pukka sahib, amarrado más fuerte por un inquebrantable sistema de tabúes que un monje o un salvaje.

El tiempo fue pasando y cada año Flory se sentía más a disgusto en el mundo de los sahibs, con mayor tendencia a meterse en problemas cada vez que hablaba seriamente sobre cualquier tema. De ahí que hubiera aprendido a vivir para adentro, en secreto, en libros y pensamientos íntimos que no podrían ser exteriorizados. Incluso sus tertulias con el doctor eran en cierto modo como conversaciones consigo mismo,

pues el doctor, a pesar de ser una excelente persona, comprendía poco de lo que se le decía. Pero vivir hacia dentro es algo que desgasta. Se debería vivir a favor de la corriente de la vida, no contra ella. Es preferible ser el pukka sahib más estúpido, ése que siempre está hipando, que vivir silenciosa y solitariamente, consolándose en mundos secretos y estériles.

Flory no había regresado ya nunca a Inglaterra. No podría haber explicado el porqué, aunque lo sabía perfectamente. Al principio causas ajenas a él se lo habían impedido. Primero fue la Guerra, y cuando ésta acabó, su compañía disponía de tan pocos empleados con experiencia que no le permitirían marchar hasta dos años más tarde. Estaba desando volver a Inglaterra, pero por otra parte temía hacerlo como se teme encontrarse a una chica bonita cuando se va sin afeitarse y sin corbata. Cuando se fue de casa era un niño, un niño prometedor y guapo a pesar de su marca de nacimiento; ahora, sólo diez años después, estaba amarillento, delgado, casi siempre borracho y parecía prácticamente un hombre de mediana edad por sus costumbres y su aspecto. Aún así, tenía muchas ganas de volver a Inglaterra. El barco zarpó en dirección al Oeste sobre un vasto mar que parecía plata quebrada, con el viento invernal tras de sí. La debilitada sangre de Flory se fortaleció con la buena comida y el olor del mar. Incluso se le ocurrió pensar que aún era lo bastante joven como para empezar de nuevo; un pensamiento que había realmente olvidado envuelto en el viciado aire de Birmania. Viviría un año en una sociedad civilizada, encontraría a alguna chica a la que no le importara su marca de nacimiento (una chica civilizada, no una pukka memsahib). Se casaría con ella y aguantarían diez o quince años más en Birmania. Después se retiraría con su esposa y le quedarían unas doce o quince mil libras de pensión. Comprarían una casita de campo y se rodearían de amigos, hijos, libros, animales... Se desprenderían para siempre de esa odiosa peste colonial de lo pukka sahib. Olvidaría Birmania, ese horrible país que estuvo a punto de acabar con él.

Cuando el barco atracó en el puerto de Colombo, se encontró con un telegrama aguardándole. Tres empleados de su compañía habían muerto repentinamente de malaria. La compañía sentía interrumpir su viaje, pero le rogaban que regresara a Rangún de inmediato. Le concederían un permiso en cuanto fuera posible.

Flory embarcó en el primer barco con destino a Rangún, maldiciendo su suerte, y tomó el tren de vuelta a su puesto. Aún no estaba en Kyauktada, sino en otra ciudad del norte de Birmania. Todos los criados le esperaban en el andén. Se los había entregado "en bloque" a su sucesor, quien había muerto. ¡Era tan extraño toparse de nuevo con esos rostros conocidos! Hace tan sólo diez días se había marchado de allí a toda velocidad, casi viéndose ya en Inglaterra, y de pronto estaba de nuevo en su antiguo escenario, rodeado por los coolies negros y desnudos que se peleaban por llevar su equipaje y oyendo a un carretero azuzar con gritos a sus bueyes.

Los criados se apiñaron en torno a él, formando un anillo de simpáticas caras morenas, ofreciéndole presentes. Ko S'la le había traído una piel de sambhur y los indios algunos dulces y una guirnalda de maravillas. Ba Pe, que entonces era un niño, le llevó una ardilla en una jaula de mimbre. Unos carros de bueyes esperaban el equipaje. Flory fue a pie hasta su casa, con un aspecto completamente ridículo con la guirnalda colgando del cuello. La luz de la fría tarde era amarillenta y agradable. En la puerta de su casa, un viejo indio, con la piel del color de la tierra, segaba la hierba con una pequeña hoz. Las mujeres del cocinero y el mali estaban de rodillas frente a las dependencias de los criados, moliendo pasta de curry sobre la losa de piedra.

A Flory le dio un vuelco el corazón. Se trataba de uno de esos momentos en los que uno se da cuenta de que va a producirse un gran cambio para peor en su vida. Porque, de repente, había descubierto que se alegraba de estar de vuelta. Este país que tanto odiaba era ya el suyo, su hogar. Había vivido aquí diez años y cada partícula de su cuerpo estaba impregnada de tierra birmana. Escenas como aquéllas, la amarillenta luz del atardecer, el viejo indio cortando la hierba, el chirriar de las ruedas del carro, las bandadas de garcetas..., le eran más familiares que las de la propia Inglaterra. Había echado raíces, quizá las más profundas que nunca había tenido, en un país extranjero.

Desde entonces ni siquiera había solicitado permiso para regresar a Inglaterra. Su padre murió, luego lo hizo su madre, y sus hermanas, unas mujeres desagradables con cara de caballo que nunca le habían gustado, se casaron y prácticamente había perdido todo contacto con ellas. No tenía ningún lazo con Europa, salvo el que los libros proporcionaban. Puesto que se había dado cuenta de que volver a Inglaterra no iba a remediar su soledad, decidió comprender la especial naturaleza del infierno reservado a los anglo-indios. ¡Ah, esos pobres desechos parlantes que quedan en Bath y Cheltenham! ¡Esas pensiones que son como tumbas repletas de anglo-indios en cada uno de los distintos estados de descomposición, hablando todos ellos sin cesar de lo que sucedió en Boggleywalah en el 88! Pobres diablos, saben muy bien lo que significa dejarse el corazón en un país que no es el suyo y además odian. Flory vio claramente que sólo había una salida posible: encontrar a alguien con quien compartir su vida en Birmania. Pero hacerlo de verdad, compartir su vida interior, su intimidad, alguien que tuviera las mismas impresiones de Birmania que él. Alguien que amase y odiase este país como él lo amaba y lo odiaba, que le ayudara a vivir sin ocultar ni dejar de expresar nada. Alguien que le comprendiese: un amigo, eso es lo que le hacía falta.

Un amigo. ¿O era una mujer, esa "ella" inalcanzable? ¿Alguien como Mrs. Lackersteen, por ejemplo? Quizá alguna condenada memsahib amarillenta y delgaducha, aficionada al chismorreo en los cócteles, que riñera a los criados y viviese

veinte años en el país sin aprender ni una palabra del idioma. No, por Dios, de esas no.

Flory se apoyó en la verja. La luna desaparecía detrás de la densa pared que formaba la selva, aunque los perros continuaban aullando. Le vinieron a la mente unos versos de Gilbert, una cancioncilla tonta y vulgar pero muy apropiada para la ocasión; era algo así como «discurra usted sobre su complicado estado de ánimo». Gilbert era un granujilla con mucho talento. ¿Se reducían entonces sus problemas a eso? ¿Sólo gimoteos que poco decían de su hombría, cosas como de “pobre niña rica”? ¿No era más que un gandul que empleaba su ocio en inventar desgracias imaginarias? ¿Una Mrs. Witterly más espiritual? ¿Un Hamlet sin el verso? Puede. Y en caso de que así fuera, ¿hacía eso que resultara más soportable? No lo hacía menos amargo, porque es culpa de uno mismo el verse perdido, pudriéndose, entre el deshonor y la terrible inutilidad, mientras se sabe que en algún rincón dentro de uno mismo existe la posibilidad de ser una persona decente.

Bueno, Dios nos libre de la autocompasión. Flory volvió a la veranda, cogió el rifle y, vacilando un poco, disparó al perro vagabundo. Un estruendo retumbó y la bala se enterró en el suelo del maidan, muy lejos del blanco. Un cardenal del color de las moras recorrió el hombro de Flory. El perro soltó un aullido de terror, se levantó y, después de volver a sentarse cincuenta yardas más lejos, comenzó una vez más a aullar rítmicamente.

Capítulo VI

La luz de la mañana se inclinaba sobre el maidan hasta golpear amarilla como el oro contra la fachada blanca del bungalow. Cuatro cuervos negros azabache volaron en picado y fueron a posarse sobre la barandilla de la veranda, aguardando la ocasión de colarse en la casa y robar el pan y la mantequilla que Ko S'la había dispuesto al lado de la cama de Flory. Éste apartó el mosquitero, gritó a Ko S'la que le trajera algo de ginebra y luego se dirigió hacia el cuarto de baño. Se sentó un rato en la bañera de zinc, llena ya de un agua que no estaba tan fría como debiera. Sintióse mejor después de la ginebra, se afeitó. Por regla general, dejaba el afeitado para la noche, pues tenía la barba cerrada y le crecía deprisa.

Mientras Flory permanecía sentado malhumoradamente en la bañera, Mr. Macgregor, en calzones y camiseta, sobre una esterilla de bambú colocada a tal efecto en su dormitorio, se esforzaba por realizar los números 5, 6, 7, 8 y 9 del Ejercicios Físicos para Sedentarios de Nordenflycht. Mr. Macgregor nunca o casi nunca se perdía sus ejercicios matutinos. El número 8 (espalda contra el suelo, levantar las piernas hasta posición perpendicular sin doblar las rodillas) era realmente duro para un hombre de cuarenta y tres años; el número 9 (espalda contra el suelo, levantarse poco a poco hasta quedar sentado y tocar los pies con las puntas de los dedos) era aún peor. ¡Da igual, hay que mantenerse en forma! Mientras Mr. Macgregor arremetía penosamente en dirección a los dedos de sus pies, una sombra roja como el ladrillo le subía desde el cuello y se le congestionaba el rostro igual que si le amenazase una apoplejía. El sudor brillaba sobre su pecho amplio y carnoso. ¡Aguanta, aguanta! Hay que mantenerse en forma a toda costa. Mohammed Ali, el porteador, con las ropas limpias de Macgregor al brazo, le observaba a través de la puerta entornada. Su alargado y amarillento rostro árabe no expresaba ni comprensión ni curiosidad. Había presenciado estas contorsiones (un sacrificio, imaginaba de manera confusa, a algún dios misterioso y exigente) todas las mañanas durante los últimos cinco años.

También al mismo tiempo, Westfield, que había salido temprano de casa, se apoyaba sobre la mesa mellada y manchada de tinta de la comisaría de policía, mientras el obeso subinspector interrogaba a un sospechoso al que custodiaban dos agentes. El sospechoso era un hombre de cuarenta años, de rostro gris y timorato, y

llevaba puesto únicamente un longyi harapiento que le llegaba hasta las rodillas, debajo del cual se le veían las espinillas, demacradas y encorvadas, que estaban salpicadas con picaduras de araña.

—¿Quién es este tipo? —preguntó Westfield.

—Ladrón, señor. Le cogimos en posesión de este anillo con dos esmeraldas muy caras. Ninguna explicación. ¿Cómo puede éste, pobre cooli, tener un anillo de esmeraldas? Lo ha robado.

Se volvió ferozmente al acusado, acercó su rostro felino hasta que prácticamente le rozaba la cara y rugió con voz estruendosa:

—¡Robaste el anillo!

—No.

—¡Tienes antecedentes!

—No.

—¡Has estado en la cárcel!

—No.

—¡Date la vuelta! —gritó el subinspector, al que se le había ocurrido una idea—. ¡Agáchate!

El sospechoso volvió su rostro grisáceo hacia Westfield, que miró hacia otro lado. Los dos oficiales le agarraron, le giraron e hicieron que se inclinara; el subinspector le arrancó el longyi, dejando al descubierto sus nalgas.

—¡Fíjese en esto, señor! —señaló unas cicatrices—. Le han azotado con cañas de bambú. Tiene antecedentes. Por lo tanto, robó el anillo.

—Muy bien, enciérralo en el calabozo —dijo malhumorado Westfield mientras se alejaba distraídamente de la mesa con las manos en los bolsillos. En el fondo de su corazón detestaba detener a estos pobres diablos, que no eran más que ladrones comunes. A los que pertenecían a bandas, a los dacoits, a los rebeldes, bueno, pero no a estas ratas asustadas.

—¿Cuántos tienes encerrados en el calabozo, Maung Ba?

—Tres, señor.

La celda estaba en el piso de arriba, una jaula rodeada por barrotes de madera con un grosor de seis pulgadas que vigilaba un oficial armado con una carabina. Era un lugar muy oscuro, de un calor sofocante y sin más mueble que una letrina de tierra que apestaba terriblemente. Dos prisioneros se apoyaban contra los barrotes, manteniéndose a distancia de un tercero, un cooli indio que estaba cubierto de tiña de pies a cabeza como si se hubiera abrigado con una saca. Una gruesa birmana, mujer de un oficial, estaba arrodillada fuera de la jaula sirviendo arroz y dahl aguado en unas escudillas de lata.

—¿Es buena la comida? —preguntó Westfield.

—Es buena, santísimo —dijeron al unísono los prisioneros.

El Gobierno tenía destinados dos annas y media por hombre y ración para la comida de los prisioneros, de las cuales la mujer del oficial procuraba sacarse un anna de ganancia.

Flory salió y merodeó por el recinto, golpeando con su bastón las malas hierbas del suelo. A esa hora todo tenía un color agradable y difuminado, el verde tierno de las hojas, el marrón rosáceo de la tierra y los troncos de los árboles, como una acuarela que fuera a disolverse con los próximos rayos del sol. En el maidan, bandadas de pequeñas palomas volaban bajo y se perseguían las unas a las otras de aquí para allá, y los abejarucos verde esmeralda evolucionaban como lentas gaviotas. Una hilera de barrenderos, cada uno con su carga medio escondida bajo la indumentaria, marchaba hacia alguno de los vertederos que existían al borde de la selva. Miserables famélicos con las extremidades que parecían palos y las rodillas demasiado débiles como para permitirles enderezarse, envueltos en andrajos del color de la tierra, parecían una procesión andante de esqueletos amortajados.

El mali preparaba el suelo para un nuevo arriate para las flores que crecían junto a la verja. Se trataba de un joven hindú carente de vigor y medio retrasado que vivía prácticamente en completo silencio, ya que hablaba algún dialecto manipur que nadie más entendía, ni tan siquiera su mujer zerbadi. Además, tenía la lengua un poco más grande del tamaño de su boca. Hizo una honda reverencia a Flory, cubriéndose la cara con la mano para luego blandir su mamootie de nuevo e impactarlo contra el suelo con golpes torpes y duros, mientras los músculos de la espalda se estremecían.

Un grito agudo y áspero que sonaba como "¡kwaa!" llegó de las dependencias de la servidumbre. Las mujeres de Ko S'la ya habían empezado sus riñas matutinas. El gallo de pelea domesticado bajaba zigzagueando por el sendero, con miedo a Fio, y Ba Pe apareció con un tazón de arroz con el que dio de comer a Nero, así llamaban al gallo, y a las palomas. Se oían más gritos procedentes de las dependencias de los criados y también las voces, más roncas, de los hombres, que intentaban detener la pelea. Ko S'la sufría bastante por culpa de sus esposas. Ma Pu, la primera de ellas, era una mujer de facciones duras y demacrada, nervuda y enjuta de haber criado a tantos niños, mientras que Ma Yi, la "mujercita", era como una gata gorda y perezosa. Las dos discutían incesantemente en cuanto Flory se marchaba y quedaban juntas. En una ocasión, cuando Ma Pu perseguía a Ko S'la con una caña de bambú, éste se había refugiado detrás de Flory buscando protección, y el amo acabó recibiendo un golpe en la pierna.

Mr. Macgregor subía por la carretera, andando enérgicamente a zancadas y agitando en el aire un bastón de paseo. Vestía camisa caqui de pagri, pantalones cortos y un topi de caza. Además de sus ejercicios, daba todas las mañanas que tenía tiempo libre un paseo de dos millas a buen ritmo.

—¡Buenos días nos dé Dios! —le dijo a Flory con voz jovial y matutina, forzando su acento irlandés. Ponía un especial empeño en adoptar una actitud estimulante, energética, eufórica, a aquella hora de la mañana. Además, el injurioso artículo del Burmese Patriot que había leído la noche anterior le había herido y se esforzaba por aparentar una especial alegría para ocultar su malestar.

—¡Buenos días! —respondió Flory lo más cordialmente que pudo.

«¡Asqueroso saco de grasa!», pensó mientras veía a Mr. Macgregor por la carretera. ¡Cómo le sobresale el trasero con esos pantalones caqui ajustados! Parecía uno de esos jefes de exploradores ya mayores, casi todos homosexuales, que se ven en las fotografías de las revistas ilustradas. Vestirse con esas ropas ridículas y dejar a la vista sus rodillas gordinflonas y con hoyuelos, sólo porque hacer ejercicio es lo que se espera de un pukka sahib... ¡Qué lamentable!

Un birmano subía por la colina como una mancha blanca y morada. Era el secretario de Flory, que venía de la pequeña oficina, la cual no se encontraba lejos de la iglesia. Al llegar a la puerta saludó y tendió un sobre mugriento, sellado al estilo birmano en la punta del cierre.

—Buenos días, señor.

—Buenos días. ¿Qué ocurre?

—Carta local, señoría. Vino con el correo de la mañana. Carta anónima, creo, señor.

—Vaya. Está bien, bajaré a la oficina a eso de las once.

Flory abrió la carta. Estaba escrita en un folio y decía:

«Mr. John Flory:

»Señor, yo el abajo firmante le ruego me permita aconsejar y advertir a su señoría que existen ciertas informaciones que podrían resultarle de sumo interés, señor.

»Señor, se ha notado en Kyauktada la gran amistad y alto grado de intimidad que su señoría tiene con el doctor Veraswami, el cirujano civil, lo mucho que le frecuenta, invita a su casa, etc. Señor, le rogamos nos crea si le decimos que el tal doctor Veraswami no es una buena persona y de ningún modo merece la amistad de un caballero europeo. El doctor es manifiestamente deshonesto, desleal y un funcionario público corrupto. Agua teñida es lo que está recetando a sus pacientes del hospital, y vende drogas para lucrarse, sin contar los sobornos, extorsiones, etc., que lleva a cabo. A dos prisioneros ha azotado con cañas de bambú, amenazando con martirizarles más todavía si sus parientes no le envían dinero. Por si fuera poco, está vinculado con el Partido Nacionalista y recientemente facilitó material para un pérfido artículo que publicó el Burmese Patriot en el que se atacaba a Mr. Macgregor, el honorable comisario delegado. También fuerza a acostarse con él a algunas pacientes del hospital.

»De ahí que tengamos la esperanza de que su señoría se abstenga de alternar con el dicho doctor Veraswami y no se relacione más con personas que no pueden hacer sino perjudicar la buena reputación de su señoría.

»Rezando por siempre para que su señoría goce de salud y prosperidad, (firmado) un amigo».

La carta estaba escrita con la letra temblorosa y redondilla de los escribanos del bazar, y parecía un ejercicio de caligrafía infantil copiado por un borracho. Sin embargo era evidente que al escribano nunca se le habrían ocurrido palabras como "abstenga". La carta debía haber sido dictada por algún administrativo o empleado, y no había duda alguna de que su remitente último era U Po Kyin. De parte del "cocodrilo", se dijo a sí mismo Flory.

No le gustó el tono de la carta. Tras su aparente servilismo había una amenaza velada. «Aléjate del doctor o te lo haremos pasar mal», era lo que de hecho venía a decir. No es que le perturbara en exceso; ningún inglés se siente nunca realmente amenazado por un oriental.

Flory, con la carta entre las manos, titubeó por un momento. Se pueden hacer dos cosas ante una carta anónima. Una es no decir nada de ella y otra es enseñársela a quien afecta. Lo indicado y decente era dar la carta al doctor Veraswami y dejar que él diera los pasos que conviniera.

Sin embargo, lo más prudente era mantenerse al margen de este asunto. Es muy importante (quizá el más importante de los Diez Mandamientos del pukka sahib) no inmiscuirse en las disputas de los nativos. Con los indios no debe existir lealtad ni verdadera amistad. Afecto, incluso amor, sí. A menudo los ingleses toman cariño a los indios; funcionarios nativos, guardabosques, cazadores, empleados, criados... los cipayos lloran como niños cuando su coronel se jubila. Hasta la intimidación es tolerable a su debido momento. Pero la alianza, tomar partido por ellos, ¡eso nunca! El simple hecho de reconocer lo acertado y equivocado de cada una de las partes en una disputa entre nativos supone una pérdida de prestigio.

Si hacía pública la carta se produciría un escándalo y se ordenaría una investigación oficial, y entonces sí que tendría que decantarse del lado del doctor contra U Po Kyin. No es que le preocupara lo más mínimo U Po Kyin, pero ahí estaban los europeos; si él, Flory, se ponía de un modo demasiado evidente de parte del doctor, tendría que pagar las consecuencias. Era mucho mejor fingir que la carta nunca le había llegado. El doctor era un buen hombre, pero llegar a convertirse en su defensor y hacer frente a las iras de toda la comunidad de pukka sahibs... ¡de ninguna manera! ¿De qué le sirve a un hombre salvar su alma si pierde el mundo entero? Flory empezó a romper la carta. El riesgo de que llegase a las manos de alguien era escaso, muy vago. Sin embargo, hay que guardarse mucho de los peligros vagos en la India. El prestigio, el aliento de

la vida, es muy vago en sí mismo también. Rompió la carta en pedacitos y los arrojó por encima de la cerca.

En este momento se oyó un grito terrible, un grito que se podía diferenciar perfectamente de los de las mujeres de Ko S'la. El mali bajó su mamootie y dirigió la vista hacia el lugar del que venía el grito, y Ko S'la, que también lo había oído, llegó corriendo destocado desde las habitaciones de los criados, mientras que Fio se incorporó y pegó un ladrido agudo. El grito se repitió. Procedía de la selva a la que daba la parte trasera de la casa, y era una voz inglesa, de una mujer que chillaba de miedo.

El recinto no tenía salidas traseras. Flory intentó trepar por la verja sin éxito y bajó con una rodilla sangrando por culpa de una astilla. Rodeó corriendo la valla del recinto y penetró en la selva, con Fio siguiéndole. Justo detrás del edificio, pasada la primera línea de arbustos, había un hueco con agua estancada al que acudían los búfalos de Nyaunglebin a beber. Flory se abrió paso entre los matorrales. En la hondonada una muchacha inglesa de rostro pálido se encogía de miedo tras un arbusto mientras un enorme búfalo la amenazaba con sus cuernos en forma de media luna. Detrás del animal quedaba un peludo becerro, sin duda el motivo del incidente. Otro búfalo, hundido hasta el cuello en el fango de la charca, contemplaba la escena con su apacible y prehistórica cara, como preguntándose qué era lo que sucedía.

—¡Rápido, rápido! —exclamó con el tono urgente y agitado de los que están asustados—. ¡Por favor, ayúdeme, ayúdeme!

Flory estaba demasiado pasmado como para preguntar nada. Se apresuró a auxiliarla y, a falta de un palo, golpeó con el puño lo más fuerte que pudo al búfalo en el hocico. La enorme bestia, con un movimiento tímido y brusco, pegó media vuelta y se alejó pesadamente seguido por el ternero. El otro búfalo logró salir con dificultad del fango y se marchó también con parsimonia. La muchacha se dejó caer en los brazos de Flory cegada por el pánico.

—¡Gracias, gracias! ¡Qué criaturas tan espantosas! ¿Qué son?

—Son simplemente búfalos de agua. Vienen de una aldea que hay allí arriba.

—¿Búfalos?

—No son búfalos salvajes; a éstos les llamamos bisontes. Sólo son el ganado que tienen aquí los birmanos. Ya veo que le han dado un susto tremendo. Lo siento.

La muchacha continuaba aferrada a su brazo y sintió como temblaba. Intentó mirarla a la cara, pero sólo podía ver su coronilla sin sombrero, con el pelo rubio y tan corto como el de un chico. Distinguía una de las manos de la joven sobre su brazo. Era alargada, esbelta, juvenil, con la muñeca de una colegiala y salpicada de pecas. Hacía muchos años que Flory no había visto una mano como aquella. Sintió la suavidad y juventud del cuerpo que tenía apretado contra el suyo, y percibió la calidez que desprendía; en ese instante algo pareció deshelarse y tornarse tibio en su interior.

—No pasa nada, ya se han marchado —dijo—. No tiene usted nada que temer.

La muchacha se fue recomponiendo y se apartó un poco de él, aunque no soltaba la mano de su brazo.

—Ya estoy bien —dijo ella—. No ha sido nada. No estoy herida, ni siquiera me tocaron. Era sólo que tenían un aspecto terrible.

—La verdad es que son completamente inofensivos. Tienen los cuernos tan atrás que no pueden embestir con ellos. Son bestias muy bobas. Sólo hacen amago de luchar cuando tienen crías.

Se separaron del todo y una repentina vergüenza invadió a ambos. Flory ya se había colocado de manera que su marca de nacimiento quedara fuera de la vista de ella. Dijo:

—Bueno, qué presentación tan extraña. Ni siquiera le he preguntado aún cómo llegó hasta aquí. ¿De dónde ha salido, si me permite que se lo pregunte?

—Venía del jardín de mi tío. Hacía una mañana tan agradable que me apeteció dar un paseo, y entonces aparecieron esos bichos horribles. Debe tener en cuenta que llevo poco tiempo aquí.

—¿Su tío? ¡Ah, claro! Usted es la sobrina de Mr. Lackersteen. Sabíamos que iba a venir. ¿Quiere que salgamos al maidan? Tiene que haber un sendero por aquí. ¡Vaya una manera de comenzar su primer día en Kyauktada! Me temo que se va a formar una muy mala imagen de Birmania.

—No, no. Es que aquí todo resulta bastante extraño. ¡Qué espesos son los arbustos! Todo está tan revuelto y se ve tan distinto. Aquí se pierde uno en un instante. ¿Es esto la selva?

—Selva no muy profunda. Birmania es jungla casi toda ella; un país verde y antipático digo yo. Le aconsejo que no ande sobre esa hierba. Las semillas se le meterán dentro de las medias y se le introducirán en la piel.

Dejó que la muchacha caminase delante de él, pues estaba más cómodo si ésta no le podía mirar a la cara. Era alta para ser una chica, esbelta y llevaba un vestido de algodón color lila. Por su manera de andar le dio la impresión de que no podía tener mucho más de veinte años. Todavía no había visto su rostro. Lo único que había notado era que llevaba unas gafas de concha y un pelo tan corto como el suyo propio. Nunca había visto antes, sólo en las fotografías de las revistas, a una mujer con el cabello cortado.

Cuando salieron al maidan quedó al nivel de la joven y ésta le miró. Tenía la cara ovalada, de facciones delicadas y bien proporcionadas; puede que no fuese bonita, pero sí lo parecía estando allí, en Birmania, donde todas las inglesas están amarillentas y flacas. A pesar de que su marca quedaba al otro lado, Flory apartó la cara. No podía soportar que le mirasen tan de cerca su cara desgastada. Sentía sus ojeras marchitas

como si fuesen heridas. Pero recordó que aquella mañana se había afeitado y eso le infundió valor. Dijo:

—Supongo que debe de estar un poco conmocionada después de lo ocurrido. ¿Le gustaría venir a mi casa y descansar antes de volver a la suya? Además, es un poco tarde para andar sin sombrero.

—Oh, se lo agradezco —dijo la muchacha. No conocía, pensó él, nada sobre lo que resultaba o no decente según los cánones indios.

—¿Es ésta su casa?

—Sí. Tenemos que dar la vuelta para entrar por la puerta de delante. Haré que mis criados le traigan una sombrilla. Este sol. Es muy peligroso para alguien como usted que lleva el pelo corto.

Subieron por la senda del jardín. Fio correteaba alrededor, intentando llamar su atención. Siempre ladraba a los orientales que no conocía, pero el olor de los europeos le gustaba. El sol pegaba cada vez más fuerte. Un aroma a grosella llegó de las petunias que había junto al sendero, y una paloma se posó en el suelo para volverse a elevar en cuanto Fio intentó atraparla. Flory y la muchacha se detuvieron a contemplar las flores sin decir nada. Una inexplicable sensación de felicidad se apoderó de ellos.

—Créame, no debería salir con ese sol sin llevar sombrero —insistió, y al decirlo sintió que había en ello cierta intimidad. No podía evitar referirse al pelo corto de ella que tan bonito le parecía. Hablar de él era para Flory como tocarlo con las manos.

—¡Pero si está sangrando por la rodilla! —dijo la muchacha—. ¿Se lo hizo cuando venía a ayudarme?

Tenía un hilillo púrpura de sangre que le llegaba hasta el calcetín caqui.

—No es nada —dijo él, aunque ambos tenían la sensación en ese instante de que sí era algo realmente trascendental. Comenzaron a charlar con una fluidez extraordinaria sobre botánica. La joven dijo que le “encantaban” las flores y él la condujo por el sendero mientras le hablaba nerviosamente de una y otra planta.

—Fíjese cómo crecen esas phloxes. En este país florecen durante seis meses. Nunca tienen demasiado sol. Creo que aquellas amarillas son del mismo color que las primaveras. Hace quince años que no he visto primaveras, ni tampoco alhelíes. Aquellas zinnias son bonitas, ¿verdad? Parecen flores pintadas, con esos colores tan vivos. Éstas son maravillas africanas. Son algo bastas, casi hierbajos, pero se ven tan alegres y fuertes que es imposible que no le gusten a uno. Los indios les tienen un cariño especial; por donde quiera que han pasado se encontrará usted maravillas, incluso después de que hayan transcurrido muchos años y la selva ya haya borrado cualquier huella de ellos. Pero quiero que vea las orquídeas que tengo en la veranda. Algunas parecen totalmente campanas de oro, lo que se dice de oro. Y tienen un olor a miel intensísimo. Es casi lo único bueno de este país, que es extraordinario para las

flores. Supongo que a usted le gustará la jardinería, ¿no? Es el mayor consuelo que tenemos aquí.

—A mí la jardinería me encanta —dijo la muchacha.

Llegaron a la veranda. Ko S'la se había puesto a toda prisa el ingyi y su mejor gaungbang de seda rosa, y salió de la casa llevando una bandeja con una jarrilla de ginebra, vasos y una caja de cigarrillos. Dejó la bandeja sobre la mesa y mirando a la chica con cierto recelo, juntó las palmas de las manos para hacer una reverencia.

—Supongo que es inútil ofrecerle a usted una bebida a estas horas de la mañana —dijo Flory—. No puedo meterle en la cabeza a mi criado que existen ciertas personas que no necesitan tomar ginebra antes del desayuno.

Flory se incluyó dentro de ese grupo rechazando la bebida que le ofrecía Ko S'la. La muchacha se sentó en la silla de mimbre que el criado había dispuesto para ella al fondo de la veranda. Las doradas orquídeas de hojas oscuras colgaban por detrás de su cabeza, despidiendo un intensísimo perfume a miel. Flory, de pie, se apoyaba en la barandilla, casi de frente a la chica, aunque cuidándose de ocultarle su mejilla marcada.

—¡Qué vista tan maravillosa tiene desde aquí! —dijo ella mirando hacia la pendiente de la colina.

—¿Verdad? Es espléndida, con esta luz amarillenta justo antes de que el sol se ponga demasiado alto. Me encanta este color amarillo sombrío que coge el maidan, y aquellos mohures dorados, como pequeñas gotas de carmesí. Y esos montes que se ven en lontananza, que parecen casi negros —añadió.

La muchacha, que era hipermétrope, se quitó las gafas para poder ver a lo lejos. Flory se fijó en que sus ojos eran de un azul muy claro, más claro que el de las campánulas. Y advirtió también la suavidad de la piel que le rodeaba los ojos, casi como la de un pétalo. Todo eso le recordó su propia edad y lo arrugado de su rostro, por lo que ocultó un poco más aún su cara. Obedeciendo a un impulso que no pudo controlar dijo:

—¡Qué suerte que haya venido usted a Kyauktada! No se puede figurar lo que supone para nosotros una cara nueva por estos lugares después de meses y meses encerrados en nuestras propias miserias. Sólo algún funcionario de inspección o trotamundos americanos remontando el Irrawaddy cargados con sus cámaras pasan por aquí. Me figuro que habrá venido usted directamente de Inglaterra, ¿no?

—Bueno, no precisamente de Inglaterra. Vivía en París antes de venir aquí. Mi madre era artista, ¿sabe usted?

—¡París! ¿De veras ha vivido en París? ¡Caramba, de París a Kyauktada! Es realmente complicado creer que efectivamente existen ciudades como París estando en un sitio como éste.

—¿Le gusta París? —preguntó la muchacha.

—Nunca he estado allí, pero, Dios mío, ¡cuántas veces me lo he imaginado! París viene a mi mente como un revoltijo de imágenes; cafés, bulevares, estudios de artistas, Villon, Baudelaire, Maupassant, todo entremezclado. No se puede hacer usted una idea de cómo nos suenan por aquí los nombres de esas ciudades europeas... ¿De veras vivió en París? ¿Se sentaba en los cafés con estudiantes de arte extranjeros mientras bebía vino blanco y charlaba sobre Marcel Proust?

—Bueno, me imagino que hacía cosas así-dijo la joven riéndose.

—¡Qué distinto va a encontrar usted todo esto! Aquí no hay vino blanco, ni oír hablar de Marcel Proust. Whisky y Edgar Wallace, todo lo más. Aunque si alguna vez quiere usted libros, quizá encuentre algo de su interés entre los míos. En la biblioteca del Club no hay más que porquería. Aunque usted ya habrá leído todo.

—No, no, aunque en efecto me encanta leer.

—¡Qué alegría dar con alguien a quien le interesan los libros! Me refiero, claro está, a libros de verdad y no a la bazofia que hay en las estanterías de los Clubes. Espero que me disculpe si la abrumo con mi verborrea. Cuando me topo con alguien que sabe de libros, me disparo como el tapón de una botella de champagne. Es un defecto que tiene que perdonar por estos lares.

—¡Pero si me encanta hablar de libros! Creo que la lectura es algo maravilloso..., es más, ¿qué sería de la vida si no pudiéramos leer? Sería como, como...

—Como vivir condenado en Alsacia...

Se sumieron en una conversación entusiasta y prolongada, primero sobre libros y después sobre caza, por la que la muchacha parecía sentir cierto interés y sobre lo que ella le indujo a hablar. Le produjo escalofríos su descripción de cómo había matado a un elefante algunos años atrás. Flory apenas se dio cuenta, y puede que ella tampoco, de que era él quien monopolizaba la conversación. No podía detenerse, pues la alegría de conversar era un placer tan grande para él, y la muchacha estaba dispuesta a escucharle. Después de todo, le había salvado de aquel búfalo y ella no se había convencido del todo aún de que esas criaturas son inofensivas; él era a ojos de ella un héroe. Cuando uno consigue algo de crédito en esta vida, suele ser por algo que uno no ha hecho. Era una de esas ocasiones en las que la conversación transcurre con tanta facilidad, tan naturalmente, que se podría seguir charlando toda la vida. Pero de repente su alegría se evaporó y se quedaron callados. Habían notado que ya no estaban solos.

Al otro extremo de la veranda, por entre las barras de la valla, una cara negra como el carbón y con bigote les espiaba con una enorme curiosidad. Era el viejo Sammy, el cocinero mug. Detrás de él estaban Ma Pu, Ma Yi, los cuatro hijos mayores de Ko S'la, un niño desnudo al que nadie reclamaba y dos viejas que habían bajado de la aldea al oír que había una ingaleikma a la vista. Como estatuas talladas en teca, con puros enormes clavados en sus caras de madera, las dos viejas miraban fijamente a la

ingaleikma igual que los palurdos de algún pueblo inglés hubieran contemplado a un guerrero zulú con todos sus atavíos.

—Esa gente... —dijo la muchacha incómoda mirándoles.

Sammy, viéndose descubierto se sintió muy culpable y fingió estar arreglándose su pagri. El resto de los espectadores estaban algo avergonzados, excepto las dos ancianas de cara de madera.

—¡Qué poca vergüenza! —exclamó Flory. Una punzada de pesar le atravesó. A fin de cuentas, la muchacha no se quedaría por mucho más tiempo en su veranda. Simultáneamente, ambos habían recordado que eran completos desconocidos. Ella se ruborizó un poco y se volvió a colocar las gafas.

—Me temo —dijo— que ver a una inglesa supone una novedad para ellos. No pretendían molestarle ni hacerle ningún daño. ¡Fuera de aquí! —gritó irritado mientras agitaba la mano al público, tras lo cual se esfumaron.

—Si me disculpa, creo que debería marcharme —dijo ella ya de pie—. He estado fuera mucho tiempo y puede que se estén preocupando.

—¿En serio? Es muy temprano aún. No creo que deba volver a casa sin ponerse nada en la cabeza con el sol que está haciendo.

—De veras, tengo que... —comenzó a decir de nuevo.

Se detuvo al mirar a la puerta de la casa. Ma Hla May salía de allí hacia la veranda.

Ma Hla May avanzó con la mano sobre la cadera. Había salido de la casa con un aire tranquilo que reafirmaba su derecho a estar allí. Las dos muchachas quedaron la una frente a la otra, separadas por menos de dos metros.

Ningún otro contraste podría haber resultado más extraño; una del color del manzano en flor y la otra oscura, con un brillo casi metálico en el cilindro que formaba su cabello ébano y el rosa chillón y vulgar de su longyi de seda. Flory pensó que nunca antes se había dado cuenta de lo oscura que tenía la cara Ma Hla May y de lo extravagante de su pequeño y tieso cuerpo, rígido como el de un soldado, sin más curvas que las de sus caderas, que se asemejaban a las de un jarrón. Se apoyó en la barandilla y observó a las dos chicas sin hacer nada. Durante algo más de un minuto ninguna de las dos pudo apartar la vista de la otra; no se podría decir a cuál de ambas resultaba el espectáculo más grotesco e increíble.

Ma Hla May se volvió hacia Flory con sus cejas negras y delgadas fruncidas.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó enfadada exigiendo una explicación.

Él respondió despreocupadamente, como si estuviera dando una orden a un criado:

—Vete de aquí ahora mismo. Si causas algún problema cogeré una caña de bambú y te golpearé hasta que no te quede ni una costilla entera.

Ma Hla May vaciló, encogió sus pequeños hombros y desapareció. La otra, mientras la veía alejarse, preguntó con curiosidad:

—¿Era un hombre o una mujer?

—Una mujer —respondió Flory—. Una de las mujeres de los criados, creo. Vino a por la colada, nada más.

—Ah, con que así es como son las mujeres birmanas. ¡Qué criaturillas tan extrañas! Vi muchas de ellas en el tren de camino aquí, pero ¿sabe qué?, creí que eran muchachos. ¿Verdad que parecen muñecas holandesas?

Se dirigía a los escalones de la veranda; una vez hubo desaparecido, había perdido todo interés en Ma Hla May. Él no la detuvo, pues sabía que Ma Hla May era muy capaz de volver y armar un escándalo. No es que importara tampoco mucho, ya que ninguna de las chicas entendía ni una palabra del idioma de la otra. Flory llamó a Ko S'la y éste llegó corriendo con un gran parasol de seda con varillas de bambú. Con mucha educación, lo abrió al pie de la escalinata y lo sujetó cubriendo con él la cabeza de la joven mientras ésta bajaba. Flory la acompañó hasta la puerta de la valla. Allí se detuvieron para darse la mano, mientras Flory se ponía ligeramente de lado, escondiendo así su marca de nacimiento.

—Mi hombre la acompañará a su casa. Ha sido usted muy amable al entrar un rato. No puedo expresarle la alegría que me ha producido conocerla. Con usted aquí, la vida en Kyauktada será mucho más agradable para todos nosotros.

—Adiós, Mr... ¡Vaya, qué curioso, ni siquiera sé su nombre!

—Flory, John Flory. Y usted es Miss Lackersteen, ¿no es así?

—Sí, Elizabeth. Adiós, Mr. Flory, y muchas gracias por todo. Aquel búfalo tan horrible... Me salvó usted la vida.

—No fue nada. Espero verla esta tarde en el Club. Creo que sus tíos se iban a pasar por allí. Hasta luego entonces.

Se quedó de pie junto a la puerta, observando como se alejaban. Elizabeth, un nombre precioso, poco común hoy en día. Ojalá lo escribiese con "z". Ko S'la trotaba tras ella de un modo absurdo, manteniendo la sombrilla sobre la cabeza de la muchacha pero apartando su cuerpo todo lo posible de ella. Una ráfaga fresca de viento subió por la colina. Era uno de esos vientecillos ocasionales que soplan a veces en Birmania, que llegan de no se sabe dónde y que le llenan a uno de nostalgia, le hacen añorar los fríos paisajes marinos, los abrazos de las sirenas, las cascadas, las cuevas de hielo... Susurraba a través de las amplias copas de los mohures dorados y hacía revolotear los fragmentos de la carta anónima que había arrojado por encima de la verja media hora antes.

Capítulo VII

Elizabeth estaba tendida sobre el sofá del salón de los Lackersteen, con los pies en alto y la cabeza apoyada sobre un cojín, mientras leía *Esa gente encantadora*, de Michael Arlen. Por lo general, Michael Arlen era su autor favorito, aunque prefería a William J. Locke cuando le apetecía algo serio.

La sala era una estancia fresca pintada en tonos claros. Aunque espaciosa, parecía más pequeña de lo que realmente era, debido en gran parte a la acumulación de mesitas auxiliares y bronceos de Benarés. Olía a cretona y flores muertas. Mrs. Lackersteen estaba en el piso de arriba, durmiendo. Afuera, los criados descansaban tumbados en silencio en sus cuartos, con la cabeza pegada contra las almohadas de madera, víctimas del sueño mortal que provoca el mediodía. Probablemente, Mr. Lackersteen estaba también durmiendo en su pequeña oficina de madera, camino abajo. Nadie se movía excepto Elizabeth y el chokra, que tiraba del punkah de la habitación de Mrs. Lackersteen desde el exterior y había metido el talón en el lazo de la cuerda para poder tumbarse mientras la abanicaba.

Elizabeth acababa de cumplir veintidós años y era huérfana. Su padre había sido algo menos borracho que el hermano de éste, Tom, aunque era hombre de cuño semejante. Comerció con té y su fortuna fluctuaba enormemente, lo cual no era óbice para que gozara por naturaleza de un optimismo desmesurado que le impedía ahorrar dinero cuando atravesaba épocas de prosperidad. La madre de Elizabeth había sido una mujer incapaz, irresponsable, autoindulgente y vana que eludía todas las obligaciones normales de la vida diaria con el pretexto de que no estaban hechas para una mujer de una cierta sensibilidad, de la cual carecía por completo. Después de pasar años entretenida en asuntos como el sufragio femenino y otras elevadas cuestiones intelectuales, y realizar numerosas tentativas frustradas de escribir literatura se había dedicado finalmente a la pintura. La pintura es la única de las bellas artes que puede practicarse sin talento y sin trabajo duro. La actitud de Mrs. Lackersteen era la de una artista exiliada entre "los filisteos" (entre los que no es necesario decir se encontraba su marido), lo que le daba licencia prácticamente ilimitada para ser un constante fastidio.

Durante el último año de la Guerra, Mr. Lackersteen, que se las había apañado para eludir la llamada a filas, reunió una cantidad considerable de dinero y, poco después del armisticio, se mudaron a una casa nueva, enorme y bastante desahogada en Highgate con invernaderos, jardines, establos y pistas de tenis. Mr. Lackersteen había contratado una legión de criados y, tan grande era su optimismo, hasta un mayordomo. Enviaron a Elizabeth dos trimestres a un internado carísimo. ¡Qué alegría, que alegría tan inolvidable la que vivió durante esos dos trimestres! Cuatro niñas del colegio ostentaban el título de "honorable"; casi todas tenían ponis de su propiedad, a los cuales tenían permiso para montar los sábados por la tarde. Hay un breve periodo en la vida de todas las personas en el que la personalidad se asienta; en el caso de Elizabeth, fue durante esos dos trimestres en los que se codeó con los ricos. De ahí en adelante todo su código vital se resumía en una creencia muy sencilla. Era que lo Bueno ("precioso" lo llamaba ella) era sinónimo de lo caro, lo elegante, lo aristocrático; mientras que lo Malo ("horrible") es lo barato, lo humilde, lo de aspecto pobre, lo laborioso. Es muy posible que la razón de ser de los caros internados de señoritas sea la de inculcar esta creencia. Este sentir se fue destilando a medida que Elizabeth se hizo mayor y llegó a impregnar todas y cada una de sus opiniones sobre las cosas. Todo, desde unas medias a un alma humana, era clasificable como "precioso" u "horrible". Y, desgraciadamente, pues la prosperidad de Mr. Lackersteen fue pasajera, lo que había predominado en su vida era lo horrible.

La inevitable quiebra llegó a finales de 1919. Sacaron a Elizabeth del colegio para que continuase su educación en una serie de escuelas baratas y horribles, con espacios en blanco de uno o dos trimestres en aquellos momentos en los que su padre no podía permitirse pagar las cuotas. Mr. Lackersteen murió cuando ella tenía veinte años, de gripe. Las dos mujeres, con Mrs. Lackersteen como administradora, no podían vivir con tres libras a la semana en Inglaterra. Se mudaron a París, en donde la vida resultaba más barata y Mrs. Lackersteen pensaba encontrar más facilidades para dedicarse por completo al Arte.

¡París! ¡Vivir en París! Flory estaba un poco equivocado cuando se imaginaba aquellas conversaciones interminables con artistas con barba bajo los verdes árboles. La vida de Elizabeth en París no se había parecido demasiado a eso. Su madre había alquilado un estudio en el barrio de Montparnasse y pronto reincidió en su habitual estado de miserable y desordenada pereza. Era tan disparatada con el dinero que sus ingresos no cubrían ni los gastos básicos, y durante algunos meses Elizabeth no tuvo siquiera lo suficiente para comer. Al poco tiempo encontró un empleo como profesora particular de inglés en la familia de un jefe de banco francés. La llamaban notre mees Anglaise. El jefe de banco vivía en el decimosegundo distrito, a mucha distancia de Montparnasse, y Elizabeth había alquilado una habitación en una pensión cercana. Estaba en un edificio estrecho de fachada amarilla en un callejón, enfrente de una

pollería que por lo general estaba decorada con los pestilentes cadáveres de jabalís, que frecuentaban cada mañana señores mayores para olerlos profunda y ansiosamente, como sátiros decrepitos. Junto a la pollería había un café infecto en cuyo letrero se podía leer Café de l'Amitié. Bock Formidable. ¡Cómo había llegado a aborrecer aquella pensión! La patronne era una vieja arpía que se pasaba la vida subiendo y bajando de puntillas por la escalera con la esperanza de pillar a las huéspedes lavándose las medias en los lavabos. Casi todas ellas eran viudas intratables de lengua afilada que acosaban y perseguían al único varón del establecimiento, un personaje calvo y apacible que trabajaba en La Samaritaine, como gorriones ansiosos por un mendrugo de pan. Durante las comidas todas se fijaban en los platos de las otras para ver a quién le servían la mayor ración. El cuarto de baño era una madriguera oscura con paredes que se caían a pedazos y un desvencijado calentador de agua que escupía cinco centímetros de agua tibia en la bañera y de pronto se empecinaba en no funcionar más. El jefe de banco a cuyos hijos Elizabeth daba clase era un hombre de cincuenta años, con la cara gorda y arrugada, y una calva amarillenta que parecía un huevo de avestruz. Al segundo día de haber llegado a aquella casa, entró en la habitación en la que se daba clase a los niños, se sentó al lado de Elizabeth y le pellizcó en el brazo. Al tercer día le volvió a pellizcar esta vez en la pantorrilla, al cuarto detrás de la rodilla y al quinto por encima de ésta. A partir de entonces, cada tarde se producía una batalla silenciosa entre los dos, con la mano de ella por debajo de la mesa, esforzándose y esforzándose por apartar de su cuerpo aquella mano que parecía un hurón.

Era una existencia miserable y horrible. De hecho, alcanzó unos niveles de horripilancia que Elizabeth no había sospechado nunca antes que pudieran llegar a darse. Pero lo que más le deprimía, lo que más le hacía sentir que se hundía en un mundo inferior, era el estudio de su madre. Mrs. Lackersteen era una de esas mujeres que se vienen completamente abajo cuando se ven privadas de servicio. Vivía una pesadilla incesante entre la pintura y las labores domésticas, y nunca se dedicaba ni a lo uno ni a lo otro. De vez en cuando acudía a una escuela en la que pintaba grises naturalezas muertas bajo la tutela de un maestro que basaba su técnica en el uso de pinceles sucios; el resto del tiempo lo pasaba ocupada embarullando en su casa miserablemente entre teteras y sartenes. El estado del estudio le resultaba algo más que deprimente; era infernal, diabólico. Una pocilga fría y sucia, atiborrada con pilas de libros y papeles tirados por el suelo, con varias generaciones de sartenes grasientas que descansaban sobre la oxidada cocina de gas, la cama que se pasaba sin hacer todo el día, botes de pintura que olían terriblemente a aguarrás y teteras medio llenas de té frío por todas partes; esparcidos todos por aquellos lugares en los que se podían pisar o tropezar contra ellos. Bastaba levantar un cojín para encontrar un plato con los

restos de un huevo escalfado. En cuanto Elizabeth entraba por la puerta, estallaba indignada:

—Madre, madre querida, ¿cómo puedes vivir así? Fíjate en el estado de esta habitación. ¡Es espantoso vivir así!

—¿La habitación, querida? ¿Qué le pasa? ¿Está desordenada?

—¿Desordenada? Madre, ¿qué necesidad tenías de dejar ese plato de gachas encima de la cama? ¡Y esas sartenes! ¡Esto es horroroso! Imagínate que alguien viniese.

Entonces el rostro de Mrs. Lackersteen adoptaba la expresión de no entender nada, de estar en otro planeta, que era lo que reflejaba cada vez que se le sugería algo relacionado con el trabajo.

—A mis amigos no les importaría, cariño. Somos todos bohemios, artistas. No puedes entender hasta qué punto estamos absorbidos por nuestro arte. No tienes mentalidad de artista, querida.

—Tengo que fregar unas cuantas sartenes por lo menos. No puedo soportar verte viviendo así. ¿Qué has hecho con el cepillo de fregar?

—¿El cepillo de fregar? Déjame que piense, sé que lo he visto por alguna parte... ¡Ah, sí! Lo utilicé ayer para limpiar mi paleta. Pero quedará perfecto con que lo laves un poco con aguarrás.

Mrs. Lackersteen se sentaba y continuaba manchando papeles de esbozos con un carboncillo mientras Elizabeth trabajaba.

—¡Qué maravillosa eres, cariño! ¡Eres tan apañada! No sé de quién lo has podido heredar. Por lo que a mí respecta, el Arte lo es simplemente todo. Lo siento como un inmenso mar que estuviera brotando de mi interior. Hunde todo lo mezquino y mediocre hasta que desaparece por completo. Ayer almorcé poniendo la comida sobre el Nash's Magazine para ahorrarme el tener que fregar platos. ¡Fue una idea estupenda! Cuando quieres un plato nuevo no tienes más que arrancar una hoja y ya está.

Elizabeth no tenía amigos en París. Los de su madre eran mujeres del mismo tipo que ella o ancianos solteros incapaces de vivir con pequeñas rentas y que practicaban semi-artes desdeñables como el grabado en madera o la pintura sobre porcelana. En cuanto al resto, Elizabeth no veía más que extranjeros y a ella no le gustaban los extranjeros en bloc; especialmente los hombres. Todos con esas ropas baratas y sus asquerosos modales en la mesa. Tenía por entonces un único y gran consuelo. Acudía a la biblioteca americana de la Rué de l'Elysée para ojear las revistas ilustradas. A veces los domingos o cuando tenía la tarde libre, se sentaba allí durante horas frente a una mesa enorme y reluciente, soñando despierta mientras pasaba las páginas del Sketch, el Tatlor, el Graphic o el Sporting and Dramatic.

¡Qué escenas se imaginaba al contemplar aquellas revistas! «Jaurías de perros en la pradera de Charlton Hall, la encantadora mansión en Warwickshire de Lord

Burrowdean»; «La honorable Mrs. Tyke-Bowlby en el parque con su magnífico caballo alsaciano, Kublai Khan, que consiguió el segundo premio en Cruft este verano»; «Bronceándose en Cannes. De izquierda a derecha: Miss Barbara Pilbrick, Sir Edward Tuke, Lady Pamela Westrope, el Capitán "Tuppy" Benacre».

¡Un mundo dorado y adorable, realmente adorable! Hubo dos ocasiones en las que la cara de una antigua compañera del colegio le devolvió la mirada desde las páginas de las revistas. Le dolió el pecho al verlo. Allí estaban todas ellas, sus antiguas compañeras, con sus caballos, sus coches y sus maridos alistados en la caballería; y aquí estaba ella, atrapada en esa pensión infame, haciendo tareas infames, teniendo que vivir con su infame madre. ¿Era posible que no hubiera manera de escapar de aquello? ¿Estaría condenada para siempre a tan sórdida mezquindad, sin esperanza alguna de volver nunca al mundo decente?

No era de extrañar que, con el ejemplo de su madre presente, Elizabeth sintiese una saludable antipatía por el arte. De hecho, cualquier alarde de inteligencia ("cerebrismo" lo llamaba ella) solía ser a sus ojos parte de lo "horrible". La gente normal, las personas decentes, creía ella, los que cazaban patos, acudían a Ascot, se iban navegando en sus yates a Cowes, no eran intelectuales. No se les ocurría la estupidez de escribir libros ni malgastaban su tiempo pintarrajeando lienzos, ni se ponían a reflexionar sobre el Socialismo y todas esas ideas tan intelectualoides. Y cuando sucedía, pues ocurrió una o dos veces, que daba con un artista auténtico que estaba dispuesto a pasarse trabajando toda la vida sin ganar un penique, antes que venderse a un banco o una compañía de seguros, lo despreciaba mucho más incluso que a los aficionados que formaban parte del círculo de su madre. Que un hombre rechazase deliberadamente todo aquello que era bueno y decente, y se sacrificara a sí mismo por una tontería que no conducía a ningún sitio, le resultaba vergonzoso, degradante y espantoso. Tenía pavor a quedarse soltera, pero lo prefería mil veces antes que casarse con un hombre así.

Cuando Elizabeth llevaba cerca de dos años en París su madre murió repentinamente de una intoxicación alimenticia, aunque lo increíble era que no hubiera muerto mucho antes. Elizabeth quedó sola en el mundo con algo menos de cien libras por todo capital. Sus tíos le mandaron enseguida un cable desde Birmania, invitándole a quedarse con ellos y comunicándole asimismo que pronto le llegaría carta de ellos.

Mrs. Lackersteen estuvo pensándose durante mucho tiempo qué ponerle en la carta. Con la pluma entre los labios contemplando la hoja desde arriba, su rostro triangular tenía la expresión de una serpiente meditabunda.

—Supongo que debemos tenerla con nosotros por lo menos un año. ¡Yaya lata! Aunque bueno, normalmente se casan en menos de un año a poco que sean algo guapas. ¿Qué le digo a la chica entonces, Tom?

—Pues dile que aquí encontrará marido mucho más rápido que en Inglaterra. Algo por el estilo, ya sabes.

—¡Pero, Tom! Dices unas cosas...

Mrs. Lackersteen escribió:

«Lo cierto es que éste es un puesto colonial muy pequeño y pasamos en la selva la mayor parte del tiempo. Me temo que lo encontrarás terriblemente aburrido comparado con los encantos de París, pero, en cierto modo, estos pequeños puestos tienen sus ventajas para una chica joven como tú. Enseguida te puedes convertir en algo así como la reina del lugar. Los solteros están tan solos que aprecian extraordinariamente la compañía de una joven...»

Elizabeth se gastó treinta libras en vestidos de verano y embarcó inmediatamente. El barco, en cuyo escudo figuraban marsopas enroscadas, cruzó el Mediterráneo, bajó el canal de Suez sobre un mar tranquilo de azul esmaltado, adentrándose después en las vastas inmensidades verduzcas del océano índico, en el que bandadas de peces voladores se apartaban aterrorizados ante la proximidad del casco de la nave. Por la noche, las aguas fosforescían y la estela de la proa era como una punta de flecha en movimiento incendiada con fuego verde. A Elizabeth le "encantaba" la vida a bordo del barco. Adoraba el baile que había por las noches, los cócteles a los que todos los hombres a bordo parecían ansiosos por invitarle, los juegos en cubierta, de los que se cansó más o menos al mismo tiempo que los integrantes más jóvenes de la tripulación. No le afectó demasiado que su madre hubiera muerto apenas hacía dos meses. Nunca le había importado excesivamente su madre y además, los pasajeros nada sabían sobre sus asuntos. Después de dos desgraciados años, era maravilloso respirar de nuevo el aroma de la riqueza. No es que toda la gente fuera rica, pero a bordo todo el mundo se comportaba como si de hecho lo fuese. Le iba a encantar la India, lo sabía. Se había formado una imagen de la India a través de lo que le contaban los otros pasajeros; incluso había aprendido algunas de las palabras que más iba a necesitar en indostaní como *idher ao*, *jaldi*, *sahiblog*, etc. Ya saboreaba incluso antes de llegar la agradable atmósfera de los Clubes, con el abanicar de los *punkahs* y chicos descalzos con turbantes blancos saludando con reverencias; también podía ver los *maidans* en los que bronceados ingleses con los bigotitos bien recortados galopaban de un lado a otro jugando al polo. La manera que la gente tenía de vivir en la India era casi tan agradable como ser rico.

Entraron majestuosamente en Colombo, en unas aguas de un verde vidrioso en las que flotaban inmóviles tortugas y serpientes negras. Una flota de sampanes llegaron a toda velocidad al encuentro del barco impulsados por hombres negros como el carbón y labios más rojos que la sangre debido al zumo de betel. Chillaban y se agitaban en

torno a la pasarela mientras los pasajeros descendían. Cuando Elizabeth y sus amigas bajaban, dos sampan-wallah (remeros) que habían colocado sus proas frente a la pasarela les suplicaban a gritos:

—¡No se embarque con él, señorita! ¡Con él no! ¡Él hombre malo, no propio para señoritas!

—¡No escuche sus mentiras, señorita! ¡Persona sucia y baja! ¡Trucos sucios él hace! ¡Trucos sucios de nativo!

—¡Ja, já! ¡Él no es nativo entonces tampoco! ¡No, no! ¡Él ser hombre europeo, piel blanca igual que señorita! ¡Ja, já!

—Dejad ya de discutir o le daré una patada a uno de los dos —dijo el marido de una amiga de Elizabeth, un plantador. Se embarcaron en uno de los sampanes, que les llevó hasta los soleados muelles. El sampan-wallah se giró y descargó sobre su rival un escupitajo que debía haber estado guardándose desde hacía mucho tiempo.

Esto era Oriente. Aromas de aceite de coco y sándalo, canela y cúrcuma, flotaban sobre el agua en aquel aire cálido y húmedo. Los amigos de Elizabeth la llevaron al monte Lavinia, donde se bañaron en un mar de aguas tibias que hacía espuma como la Coca-Cola. Regresó al barco por la tarde y llegó a Rangún una semana más tarde.

Al norte de Mandalay, el tren, alimentado de leña, avanzaba lentamente a veinte kilómetros por hora a través de una vasta y reseca llanura rodeada en sus límites más remotos por colinas. En el paisaje, garcetas blancas permanecían serenas, inmóviles, como garzas reales, y montones de chiles se secaban provocando destellos carmesí según les golpeaba el sol. De vez en cuando una pagoda blanca se alzaba en el llano como el pecho de una gigante tendida. La temprana noche del trópico se asentaba y el tren continuaba con su traqueteo, deteniéndose en pequeñas estaciones en las que surgían alaridos bárbaros desde la más profunda oscuridad. Hombres medio desnudos, con sus largas cabelleras recogidas en un nudo en la parte de atrás de su cabeza, se movían de un lado a otro a la luz de las antorchas. A ojos de Elizabeth parecían espantosos demonios. El tren se sumergió en el bosque y ramas invisibles rozaban las ventanas al pasar. Eran alrededor de las nueve cuando llegaron a Kyauktada, donde esperaban los tíos de Elizabeth con el coche de Macgregor y unos cuantos criados que llevaban antorchas. Su tía se adelantó y tomó a Elizabeth por los hombros con sus delicadas y reptíleas manos.

—Imagino que tú eres nuestra sobrina Elizabeth. Nos alegra tanto verte —dijo para después besarla.

Mr. Lackersteen se asomó por encima del hombro de su esposa para mirar a la luz de una antorcha. Pegó un pequeño silbido, exclamó “¡Yaya!”, agarró fuertemente a Elizabeth y la besó, más afectuosamente de lo que debería haberlo hecho, pensó ella. Nunca había visto antes a ninguno de los dos.

Después de cenar, Elizabeth y su tía charlaron un rato en el salón, debajo del punkah. Mientras, Mr. Lackersteen daba un paseo por el jardín supuestamente para oler los jazmines, aunque en realidad lo que hacía era tomarse una copa que le había sacado a escondidas un criado por la parte de atrás de la casa.

—Querida, eres una auténtica preciosidad. Déjame que te mire bien —dijo mientras la sujetaba por los hombros—. El pelo a lo garçon te va mucho. ¿Te lo hicieron en París?

—Sí, todo el mundo se lo está cortando así. Queda muy bien si se tiene la cabeza pequeña.

—¡Precioso! Y esas gafas de concha de tortuga..., ¡qué cosa tan moderna! Me han contado que todas las ehm... demi-mondaines de Sudamérica han comenzado a usarlas. No tenía ni idea de que tenía por sobrina a una belleza tan encantadora. ¿Cuántos años me dijiste que tenías, querida?

—Veintidós.

—¡Veintidós! ¡Cómo se van a quedar de impresionados todos los señores cuando te llevemos mañana al Club! Los pobrecillos están muy solos y nunca ven caras nuevas. ¿Y entonces pasaste dos años enteros en París? No comprendo cómo los hombres de allí te han dejado escapar.

—Me temo que no he tratado a muchos hombres, tía. Sólo extranjeros. Teníamos que llevar una vida muy tranquila y sosegada. Y además, como trabajaba... —añadió como si estuviera confesando algo vergonzoso.

—Claro, claro —suspiró Mrs. Lackersteen—. Por todas partes una oye la misma historia. Jóvenes encantadoras que se ven obligadas a trabajar para ganarse la vida. ¡Es una vergüenza! Es tan tremendamente egoísta por parte de esos hombres que prefieren quedarse solteros existiendo como existen pobrecillas que buscan marido, ¿no te parece? —Elizabeth no respondió a esta pregunta y Mrs. Lackersteen añadió de nuevo con un suspiro—. Estoy convencida de que si yo fuera joven me casaría con cualquiera, lo que se dice cualquiera.

Las dos mujeres se miraron a los ojos. Mrs. Lackersteen quería decir mucho más de lo que decía, aunque no tenía intención de hacer nada más que sugerirlo indirectamente. Así, gran parte de aquella conversación se articulaba con alusiones soterradas; aunque por lo general, se las arreglaba para ser razonablemente clara. Como si estuvieran hablando de un asunto muy común, dijo en un tono bastante impersonal:

—Desde luego, tengo que reconocer que existen casos en los que si las muchachas no logran casarse es por su propia culpa. Incluso aquí a veces sucede. Recuerdo que hace no mucho pasó aquí una joven un año con su hermano y recibió ofertas de matrimonio por parte de todo tipo de hombres; policías, funcionarios, empleados de empresas madereras con gran porvenir... Pues los rechazó a todos, quería casarse con

alguien del I.C.S., según me contaron. Pero ¿qué esperabas, chica? Su hermano no iba a estar manteniéndola toda la vida. He oído que ahora está en Inglaterra la pobre, trabajando como dama de compañía, casi igual que una criada. Y cobrando quince chelines a la semana. ¿No te parece un espanto que sucedan cosas así?

—¡Un espanto! —repitió Elizabeth como un eco.

No hablaron más del asunto. A la mañana siguiente, cuando volvía de la casa de Flory, Elizabeth les relató su pequeña aventura a sus tíos. Estaban desayunando en la mesa llena de flores, mientras el punkah les abanicaba lentamente por encima de sus cabezas y el cigüeñudo y espigado mayordomo musulmán permanecía detrás de Mrs. Lackersteen bandeja en mano y vestido con traje blanco y pagri.

—Ah, tía, se me olvidaba algo muy curioso. Una muchacha birmana subió a la veranda. No había visto a ninguna aún, o al menos no lo había hecho sabiendo que fuesen chicas. Era tan extraña, igualita que una muñeca con esa cara redonda y amarilla y el pelo moreno fijado en la coronilla. No tenía más de diecisiete años. Mr. Flory dijo que era su lavandera.

El alargado cuerpo del mayordomo indio se puso rígido. Miró de reojo a la muchacha con sus enormes y blanquísimos globos oculares que destacaban en su cara negra. Hablaba y comprendía bien el inglés. Mr. Lackersteen se quedó con el tenedor a medio camino y su enorme boca abierta.

—¿Lavandera? —preguntó—. ¡Lavandera! Caramba, ahí tiene que haber algún error. No hay lavanderas en este país. Ese trabajo aquí sólo lo hacen hombres. Creo que...

Y se detuvo de repente, casi como si alguien le hubiese pisado el pie por debajo de la mesa.

Capítulo VIII

Aquella tarde Flory le dijo a Ko S'la que llamase al barbero. Era el único que había en la ciudad, un indio que se ganaba la vida afeitando a los coolies a razón de ocho annas al mes por un afeitado en seco un día sí y uno no. Los europeos, a falta de otro, acudían a él. El barbero le estaba esperando en la veranda cuando Flory regresó de jugar al tenis. Éste último esterilizó las tijeras con agua hirviendo y líquido Candy, y dejó que le cortara el pelo.

—Saca mi mejor traje de verano —ordenó a Ko S'la—, y también una camisa de seda y mis zapatos de piel de sambhur. Y también la corbata nueva, ésa que me trajeron de Rangún la semana pasada.

—Ya lo he hecho, thakin —aunque lo que quería decir era que lo haría. Cuando Flory entró en el dormitorio encontró a Ko S'la junto a la ropa que le había preparado con el gesto torcido. Era obvio que Ko S'la sabía la razón por la que Flory se estaba arreglando (esperaba encontrarse a Elizabeth) y no lo aprobaba.

—¿Qué estás esperando? —preguntó Flory.

—Es para ayudarlo a vestirse, thakin.

—Esta tarde lo haré yo mismo. Te puedes marchar.

Iba a afeitarse por segunda vez aquel día y no quería que Ko S'la le viese llevar su cuchilla y el resto de los útiles al cuarto de baño. Hacía muchos años desde la última vez que se había afeitado dos veces el mismo día. Pensó que había sido providencial que hubiera encargado una corbata nueva la semana pasada. Se vistió con mucho esmero y pasó casi un cuarto de hora cepillándose el cabello, que era muy crespo y se ponía muy rebelde cada vez que se lo cortaban.

Poco después, casi sin darse cuenta, se encontró bajando con Elizabeth por el camino del bazar. La había encontrado sola en la "biblioteca" del Club y en un súbito arrebató de valor le pidió que diera un paseo con él. Ella accedió con un buen talante que le sorprendió, sin comunicárselo siquiera a sus tíos. Flory llevaba tanto tiempo en Birmania que había olvidado las costumbres inglesas. Estaba muy oscuro bajo los árboles del camino del bazar y el follaje ocultaba la luna en cuarto creciente, aunque algunas estrellas resplandecían entre los huecos que dejaban las hojas, blancas y muy bajas, como lámparas colgadas de hilos invisibles. Sucesivas ráfagas de aroma les

llegaban meciéndose, primero la empalagosa dulzura de los jazmines de las Antillas, y luego un frío y putrefacto hedor a estiércol que provenía de las chozas que había frente al bungalow del Dr. Veraswami. A poca distancia de allí latían unos tambores.

Al oírlos Flory recordó que se estaba celebrando un pwe camino abajo y no muy lejos de donde estaban, justo delante de la casa de U Po Kyin. De hecho, era el propio U Po Kyin quien había organizado el pwe, a pesar de que alguien más lo había costado. A Flory se le ocurrió una idea osada. ¡Llevaría a Elizabeth al pwe! A ella le encantaría, eso seguro; nadie puede resistirse a un baile pwe. Probablemente se armaría un escándalo cuando regresaran al Club después de una ausencia tan prolongada; pero, qué demonios, ¿a quién le importaba? Ella era distinta de aquel atajo de idiotas que había en el Club. ¡Y sería tan divertido ir los dos juntos al pwe...! En ese momento la música estalló con un horrible estruendo; un estridente pitido de flautas, un castañeteo y el sonido ronco y seco de tambores, y por encima de todo, una voz de hombre que retumbaba poderosamente.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Elizabeth deteniéndose—. Suena igual que una banda de jazz.

—Música indígena. Están celebrando un pwe, una especie de obra de teatro mezcla de drama histórico y revista musical, por muy raro que le pueda parecer. Creo que le resultaría interesante verlo. Es aquí mismo, no hay más que seguir hasta donde se dobla el camino.

—Bueno —murmuró ella nada convencida.

Torcieron el recodo y les iluminó una luz deslumbrante. El público que asistía al pwe bloqueaba unos treinta metros del camino. Iluminado por unas lámparas de aceite humeantes, se podía ver al fondo un escenario al lado del cual la orquesta tocaba atronadoramente. Sobre las tablas dos hombres vestidos con una indumentaria que recordaba a Elizabeth las pagodas chinas, adoptaban posturas afectadas mientras sostenían cimitarras. El camino era un mar todo él de espaldas de mujeres vestidas con muselina blanca, pañuelos rosas echados sobre los hombros y cilindros de cabello moreno. Algunas estaban tumbadas en sus esterillas, profundamente dormidas. Un viejo chino con una bandeja de cacahuets se abría camino entre la multitud al tiempo que pregonaba con tono lúgubre:

—¡Myaype! ¡Myaype!

—Si le parece bien nos podemos quedar aquí y verlo un rato.

La deslumbrante luz y el tremendo jaleo que armaba la orquesta habían dejado algo aturdida a Elizabeth, aunque lo que más le confundía era contemplar a aquella multitud sentada en medio de la carretera como si aquello fuera la platea de un teatro.

—¿Representan sus obras siempre en medio de la carretera? —preguntó ella.

—Por regla general sí. Improvisan un escenario y lo desmontan a la mañana siguiente. El espectáculo dura toda la noche.

—¿Y se les permite que corten la carretera de este modo?

—Sí, claro. Aquí no tienen código de circulación. No hay ninguna circulación que regular, como usted comprenderá.

A ella aquello le pareció de lo más extraño. Para entonces ya casi todo el público se había vuelto para observar a la ingaleikma. En medio de la muchedumbre había media docena de sillas, ocupadas por funcionarios y empleados. U Po Kyin estaba entre ellos, y se esforzaba por girar su elefantiásico cuerpo y saludar a los europeos. Al detenerse la música Ba Taik se acercó a ellos e hizo una reverencia con su cara picada de viruela y su aire timorato.

—Santísimo, mi señor U Po Kyin le pregunta si querría acompañarle y ver nuestro pwe un rato. Tiene sillas preparadas para ustedes.

—Nos están invitando a sentarnos —tradujo Flory a Elizabeth—. ¿Le apetece? Es bastante entretenido. Los dos tipos que hay ahora sobre el escenario se marcharán y habrá una danza. Siempre que no le parezca aburrido, claro...

Elizabeth no sabía qué hacer. Por un lado, no le parecía muy bien, ni siquiera seguro, meterse entre aquella multitud de nativos malolientes. Aunque por el otro, confiaba en Flory, que seguramente sabía lo que era más oportuno, y dejó que le condujese finalmente hasta donde estaban las sillas. Los birmanos se apartaron un poco para que pudieran pasar, sin dejar en ningún momento de observarlos y cuchichear; las espinillas de Elizabeth rozaron los cuerpos cubiertos de muselina, los mismos que hedían un tufo silvestre. U Po Kyin se inclinó sobre Elizabeth haciendo una reverencia tan bien como su cuerpo se lo permitía y dijo con voz nasal:

—Es muy amable al venir a sentarse, señora, y un gran honor el conocerla. ¡Buenas noches, Mr. Flory! Qué placer tan inesperado. Si hubiéramos sabido que iba a honrarnos con su presencia habríamos traído whisky y otras bebidas europeas. ¡Ja, já!

Se rio y sus dientes teñidos de rojo por betel brillaron a la luz de la lámpara como papel de plata encarnado. Era tan inmenso y repugnante que Elizabeth no pudo evitar retroceder unos pasos ante él. Un jovencito esbelto y vestido con un longyi púrpura se inclinaba hacia ella mientras sujetaba una bandeja con dos vasos de sorbete helado y amarillo. U Po Kyin dio unas palmadas secas y diciendo «¡Hey haung galay!» llamó a un chico que tenía a su lado. Le dio algunas instrucciones en birmano y el chico avanzó abriéndose paso hasta el escenario.

—Está diciéndoles que saquen a la mejor bailarina en nuestro honor —dijo Flory—. Mire, ahí viene.

Una muchacha que había estado antes sentada en cuclillas, fumando en la parte trasera del escenario, se adelantó hasta uno de los focos.

Era muy joven, estrecha de hombros, sin apenas pecho, y llevaba puesto un longyi de satén azul claro que le tapaba los pies. Los faldones de su ingyi se abultaban a la altura de las caderas, asemejándose a unas pequeñas alforjas, tal y como dictaba la

antigua costumbre birmana. Eran como los pétalos de una flor que miraba hacia abajo. Arrojó el cigarro con languidez a uno de los hombres de la orquesta y luego, estirando uno de sus delgados brazos, lo retorció como si se estuviera soltando los músculos.

La orquesta estalló en una súbita algarabía. Había flautas que sonaban como gaitas, un extraño instrumento que consistía en unas placas de bambú que un hombre golpeaba con un pequeño martillo, y en el centro había un individuo rodeado por doce tambores de distintos tamaños. Pasaba de uno a otro muy rápidamente, golpeándolos con la palma de las manos. La muchacha empezó a bailar poco después de empezada la música. Aunque al principio no era un baile propiamente dicho, sino una serie de movimientos rítmicos; asentía con la cabeza, adoptaba posturas extrañas y retorció los codos como las figuras de madera de los antiguos tiovivos. De hecho, el modo que tenía de girar el cuello y los codos era exactamente igual que el de los muñecos articulados, y aún así sus movimientos resultaban increíblemente sinuosos. Sus manos, que con los dedos pegados se enroscaban como cabezas de serpiente, podían doblarse hacia atrás hasta casi tocar los antebrazos. Poco a poco sus movimientos se fueron acelerando. Empezó a brincar de un lado a otro, dejándose caer con una especie de reverencia para incorporarse de nuevo con extraordinaria agilidad, sin importar en absoluto que su largo longyi le cubriera los pies. Después bailó adoptando una pose grotesca con la que parecía como si estuviese sentada, con las rodillas encogidas, el cuerpo encorvado hacia delante, los brazos extendidos y retorciéndose, y la cabeza agitándose al ritmo de los tambores. La música se aceleraba más hasta alcanzar el clímax. La muchacha se irguió y comenzó a dar vueltas sobre sí misma como un trompo y las alforjas de su ingyí se levantaron y la cubrieron como los pétalos de una campanilla. Entonces la música paró tan bruscamente como había empezado y la muchacha se agachó de nuevo para hacer una honda reverencia, entre los escandalosos gritos del público.

Elizabeth contempló la danza con una mezcla de asombro, aburrimiento y algo parecido al horror. Se había bebido a pequeños sorbitos lo que le habían dado, que le había sabido a aceite para el pelo. En una esterilla que había a sus pies, tres niñas birmanas dormían profundamente con las cabezas apoyadas en la misma almohada, con sus caras ovaladas pegadas la una a la otra, igual que unos gatitos. Mientras sonaba la música, Flory había estado hablando al oído de Elizabeth, comentándole el baile.

—Sabía que le interesaría, por eso la traje aquí. Usted ha leído y ha vivido en sitios civilizados, no es como el resto de nosotros, que somos unos miserables salvajes. ¿No le parece que, a su manera, merecía la pena verlo? Fíjese en los movimientos de esa chica, con esa postura extraña y contorsionada como la de una marioneta; y la manera que tiene de retorcer los brazos igual que si fueran cobras a punto de atacar. Resulta grotesco, hasta feo, aunque de una fealdad premeditada. Y tiene algo de siniestro

también, incluso un punto diabólico. Y a pesar de todo, cuando uno lo observa con detenimiento, ¡qué arte, qué cultura milenaria se puede sentir que hay detrás de todo esto! Cada gesto que esa chica hace ha sido aprendido y transmitido a través de innumerables generaciones. Uno se puede dar cuenta de eso con sólo observar atentamente el arte de estos pueblos orientales: una civilización que se perpetúa una y otra vez prácticamente inalterable, hasta remontarse a tiempos en los que andábamos vestidos con hojas y hierbajos. De algún modo que no soy capaz de explicarle, todo el espíritu y el tipo de vida de Birmania se resumen en la manera que tiene la muchacha de retorcer los brazos. Viéndola se pueden ver los arrozales, las aldeas resguardadas por tecas, las pagodas, los sacerdotes con sus túnicas amarillas, los búfalos nadando en los ríos por la mañana temprano, el palacio de Thibaw...

Se interrumpió bruscamente cuando paró la música. Había ciertas cosas, y un baile pwe era una de ellas, que le hacían hablar divagando y sin medida; se dio cuenta de que esta vez había estado haciéndolo como un personaje de novela, y de una no muy buena además. Flory apartó la mirada. Elizabeth le había escuchado experimentando cierta inquietud. ¿De qué estaba hablando aquel hombre?, fue lo primero que pensó. Es más, le había escuchado pronunciar la odiosa palabra Arte en más de una ocasión. Por primera vez cayó en la cuenta de que Flory era un perfecto desconocido y que no había sido muy prudente mostrarse sola con él. Miró a su alrededor y vio aquel mar de caras oscuras y la luz excesiva de las lámparas; lo poco familiar de la escena le hizo sentir algo de miedo. ¿Qué estaba haciendo en este lugar? Seguro que no resultaba apropiado que estuviese allí sentada entre gente negra, rozándoles, soportando su olor a ajo y sudor. ¿Por qué no estaba en el Club con el resto de los blancos? ¿Por qué la había traído hasta aquí para contemplar este espantoso y salvaje espectáculo, rodeada de esta multitud de nativos?

La música se reanudó y la bailarina del pwe comenzó a danzar de nuevo. Tenía la cara tan llena de polvos que le resaltaba bajo los focos como una máscara de tiza con los ojos asomando por los huecos. Con su cara ovalada tan blanca y aquellos gestos inexpresivos parecía un demonio. La música cambió de tempo y la muchacha empezó a cantar con voz estridente. Era una canción con un rápido ritmo trocaico, alegre y a la vez furioso. La multitud la acompañó, haciendo que un centenar de voces corearan las ásperas sílabas al unísono. Sin abandonar su extraña postura inclinada, la muchacha fue girando hasta quedar con las nalgas proyectadas hacia el público. Su longyi de seda brillaba como el metal. Sin dejar de dar vueltas a las manos y los codos, meneó el trasero de un lado a otro. Después (proeza asombrosa que se podía ver perfectamente a través del longyi) comenzó a contraer las nalgas independientemente y al ritmo de la música.

El público estalló en un aplauso ensordecedor. Los tres niñas que dormían sobre la esterilla se despertaron al mismo tiempo y se pusieron a aplaudir como locas. Uno de

los empleados gritó nasalmente «¡Bravo, bravo!» en inglés en honor a los europeos presentes. En cambio, U Po Kyin frunció el ceño y sacudió la mano. Conocía perfectamente a las mujeres europeas. Para entonces, Elizabeth ya se había puesto de pie.

—Me voy. Ya deberíamos estar de regreso —dijo secamente.

A pesar de que ella estaba apartando la mirada, Flory la había visto ruborizarse. Consternado, también se levantó y se puso al lado de ella.

—Pero ¿no podría quedarse un poco más? Sé que es tarde, pero hicieron salir a esta bailarina dos horas antes de lo previsto en nuestro honor. ¿Unos minutos más?

—No puedo, debería haber vuelto hace ya mucho tiempo. No sé qué se estarán pensando mis tíos.

Elizabeth empezó a abrirse camino entre la multitud y Flory la siguió, sin tiempo siquiera para agradecer a los que habían organizado el pwe las molestias que se habían tomado. Los birmanos les dejaban pasar con gesto ofendido. ¡Qué típico de los ingleses, trastornarlo todo haciendo que salga la mejor bailarina para marcharse antes de que haya prácticamente empezado! En cuanto Flory y Elizabeth se hubieron ido, se armó una bronca de miedo, porque la bailarina se negó a seguir con su actuación y el público, en cambio, le exigía que continuara. Sin embargo, la calma se restauró al aparecer dos payasos sobre el escenario que comenzaron a lanzar buscapiés e hicieron unas cuantas bromas obscenas.

Flory seguía a la muchacha carretera arriba compungido. Ella andaba deprisa, mirando a otro lado, y durante unos minutos no dijo ni una palabra. ¡Que hubiera tenido que pasar esto, con lo bien que se estaban llevando! Flory seguía insistiendo en disculparse.

—Lo siento. No pensé que podía molestarle...

—No tiene importancia. ¿Por qué se disculpa? Tan sólo dije que ya era hora de regresar, eso es todo.

—Debía haberme dado cuenta. Uno llega a perder la noción de ese tipo de cosas estando en este país. El sentido del pudor de esta gente no es igual que el nuestro; en algunos aspectos es más estricto, aunque...

—¡No es eso, no es eso! —exclamó ella bastante irritada.

Flory vio que no estaba haciendo más que empeorarlo. Siguieron andando en silencio, él un poco más rezagado. Estaba muy triste. ¡Qué tonto había sido! Y aún después de pasado un buen rato, Flory no tenía ni idea de cuál era la razón por la que estaba enfadada con él.

No era la actuación de la bailarina del pwe lo que la había molestado, sino las cosas que le había traído a la cabeza. La experiencia por sí misma, la propia idea de querer codearse con todos aquellos asquerosos nativos, no le había gustado lo más mínimo. Estaba completamente segura de que no era así como debían comportarse los

hombres blancos. Y aquel extraño discurso inconexo que le había soltado, con palabras tan largas... ¡Casi como si estuviera recitando poesía!, pensó ella con desprecio. Hablaba del mismo modo que esos horribles artistas con los que a veces se encontraba en París. Ella le había creído un hombre de verdad hasta esta noche. Recordó después el incidente de la mañana, cómo se había enfrentado a aquel búfalo sin más arma que sus puños, y parte del enfado se evaporó. Para cuando llegaron a la verja del Club Elizabeth se sentía dispuesta a perdonarle. Flory había logrado reunir algo de valor para hablar de nuevo. Se detuvo y ella también lo hizo. Estaban en un lugar en el que los arbustos filtraban un poco de la luz de las estrellas y podía entrever la cara de ella.

—Quería decirle que espero que no esté muy enfadada por lo que ha sucedido.

—No, claro que no lo estoy. Ya le dije que no lo estaba.

—No debía haberla llevado allí. Le ruego me perdone... Sabe, no creo que sea buena idea contarle a los demás dónde ha estado. Quizá sería mejor decir que fuimos simplemente a dar un paseo, por el jardín... Algo por el estilo. Podría parecerles raro que una joven blanca fuese a un pwe. Yo no se lo contaría.

—Claro, tenga por seguro que no lo haré —consintió con una cordialidad que sorprendió a Flory. Después de aquello supo que estaba perdonado. Pero continuaba desconociendo de qué.

Por acuerdo tácito entraron al Club por separado. Decididamente, el paseo había sido un fracaso. Había un aire de gala aquella noche en salón del Club. La comunidad europea en pleno estaba esperando para dar la bienvenida a Elizabeth, y el mayordomo y los seis chokras, todos con sus mejores trajes blancos almidonados, estaban alineados a ambos lados de la entrada, sonrientes y reverenciosos. Cuando los europeos hubieron terminado de saludar a la joven, el mayordomo avanzó con una gran guirnalda de flores que los criados habían confeccionado para la "señorita-sahib". Mr. Macgregor pronunció un discurso cómico de bienvenida con el que fue introduciendo a todos. Presentó a Maxwell como «nuestro especialista arbóreo local», Westfield era «el guardián de la ley y el orden y —ejem— terror de los bandidos», y así uno por uno. Todos se rieron mucho. La presencia de una mujer bonita había puesto a todo el mundo de tan buen humor, que hasta les parecían divertidas las palabras de Mr. Macgregor, las cuales, a decir verdad, había pasado preparando casi toda la tarde.

A la primera ocasión que tuvo, Ellis, con un aire malicioso, cogió a Flory y Westfield por el brazo y los llevó a la sala de juego. Estaba de mucho mejor humor que de costumbre. Pellizó el brazo de Flory con sus pequeños y duros dedos, dolorosa aunque cómplicemente.

—Bueno, muchacho, todos hemos estado buscándote. ¿Dónde te habías metido?

—Pues estaba dando un paseo.

—¡Un paseo! ¿Y con quién?

—Con Miss Lackersteen.

—¡Lo sabía! ¿Así que eres tú el tonto que ha caído en la trampa, a que sí? Te has tragado el anzuelo antes de que nadie más tuviera ni tiempo para verlo. Pensé que eras ya zorro viejo para que te sucediesen cosas así.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir? Fíjate en él, fingiendo que no sabe lo que estoy diciendo. Pues que mamá Lackersteen ya te ha marcado para que seas su querido sobrino político, está claro. Eso si no te andas con cuidado. ¿A que sí, Westfield?

—Exacto, amigo. Joven, soltero y buen partido. Carne de matrimonio. Ya han puesto sus ojos sobre ti.

—No sé de dónde habéis sacado esa idea. La muchacha apenas lleva aquí veinticuatro horas.

—Tiempo suficiente para que la hayas llevado a pasear por el jardín, ¿no? Ándate con cuidado. Tom Lackersteen será un borrachín, pero no es tan idiota como para querer tener a una sobrina colgada al cuello el resto de su vida. Y está clarísimo que la chica sabe cómo pintan las cosas. Así que ándate con ojo y no metas la cabeza en el lazo que te están tendiendo.

—No tenéis ningún derecho a hablar de la gente así, maldita sea. Después de todo, no es más que una niña...

—A ver, tontito —dijo cogiéndole por las solapas de la chaqueta Ellis, que ahora que había encontrado un nuevo tema del que chismorrear, le trataba más cariñosamente—; tontito mío, no te vayas ahora a creer esa música celestial. Crees que esa chica es cosa fácil, pero no lo es. Las que vienen de la Madre Patria son todas iguales. «Mucho prometer hasta llegar al altar, pero después poco y mal», ése es su lema, el de todas ellas sin excepción. ¿Para qué crees que ha venido hasta aquí?

—¿Por qué? No sé. Pues digo yo que porque querría.

—¡Qué ingenuo eres! Ha venido para clavar las garras a un marido, por descontado. ¡Como si no lo supiera todo el mundo! Cuando una mujer ha fracasado en el resto de lugares, lo intenta como último recurso en la India, donde todos los blancos suspiran por ver a una mujer de su raza. El mercado indio del matrimonio, lo llaman. Mercado de carne sería más apropiado. Barcos enteros de mujeres así llegan cada año como si fueran reses, esperando abalanzarse sobre solteros desesperados como tú. Las conservan entre hielos, así las traen aún jugosas.

—Eso que estás diciendo es repulsivo.

—Carne inglesa alimentada con los mejores pastos —dijo Ellis divirtiéndose mucho—. Remesas frescas. Con garantía de buen estado.

Y empezó a simular que examinaba una pieza de carne y la olía. Lo más probable es que la broma durase mucho; sus bromas casi siempre se prolongaban más de la

cuenta, y no había nada que le produjera un placer mayor que mancillar el nombre de una mujer.

Flory no vio mucho más a Elizabeth esa noche. Todos estaban en el salón y charlaban de las naderías intrascendentes que solían en ocasiones semejantes. Flory nunca conseguía seguir el hilo de ese tipo de conversaciones durante mucho rato. Pero por lo que a Elizabeth respectaba, la atmósfera civilizada del Club, con todas esas caras blancas a su alrededor y la reconfortante presencia de revistas ilustradas y cuadros con perros, le devolvían la calma tras el incierto episodio del pwe.

Cuando los Lackersteen abandonaron el Club, no fue Flory sino Macgregor quien los acompañó, caminando tranquilamente como un monstruo bonachón al lado de Elizabeth entre las sombras tenues y sinuosas de los mohures dorados. Había encontrado un nuevo público para la anécdota del paseo marítimo y las demás. Cualquiera recién llegado era susceptible de soportar una buena ración de charla de Mr. Macgregor, ya que el resto de gente del Club le consideraban un pesado sin parangón y tenían por costumbre interrumpir sus historias. Sin embargo, Elizabeth era por naturaleza una persona a la que se le daba bien escuchar. Mr. Macgregor pensó que pocas veces se había topado con una chica tan inteligente.

Flory se quedó en el Club un poco más bebiendo con los otros. Hubo muchos comentarios obscenos sobre Elizabeth. La disputa sobre la elección del Dr. Veraswami quedó olvidada. Además, la nota que Ellis había puesto la noche anterior había desaparecido. Mr. Macgregor, que la había visto durante su visita habitual de la mañana al Club, con su manera de ser calmada y razonable, había insistido en su retirada. De modo que la nota había sido eliminada; aunque no sin antes haber cumplido su objetivo.

Capítulo IX

Durante los siguientes quince días ocurrieron muchas cosas.

El enfrentamiento entre U Po Kyin y el Dr. Veraswami se encontraba ahora en pleno apogeo. La ciudad entera estaba dividida en dos bandos, con todos los nativos, desde los jueces hasta los barrenderos del bazar, decantados por una de las partes, y todos listos para calumniar en cuanto la ocasión lo reclamase. Aunque, de las dos facciones, la del doctor era mucho menos numerosa y eficaz a la hora de difamar. El director del Burmese Patriot había sido procesado por sedición y libelo, y se le había negado la libertad bajo fianza. Su detención había provocado un pequeño motín en Rangún, que fue sofocado por la policía con sólo dos víctimas mortales entre los rebeldes. En la cárcel, el director del periódico se declaró en huelga de hambre; sin embargo la abandonó a las seis horas de haberla iniciado.

En Kyauktada habían pasado también cosas. Un dacoit llamado Nga Shwe O se había escapado de la cárcel en circunstancias misteriosas. Además habían comenzado a correr toda una serie de rumores acerca de una rebelión indígena que se estaba planificando en el distrito. Los rumores, que eran aún muy vagos, se concentraban en una aldea llamada Thongwa, no muy lejos del campamento del que Maxwell sacaba la teca para su compañía. Se decía que un weiksa o mago que había surgido de la nada, estaba profetizando el fin de la hegemonía inglesa y que distribuía unos chalecos antibalas mágicos.

Mr. Macgregor no tomó muy en serio los rumores, aunque solicitó refuerzos para la policía militar. Se comentaba que pronto enviarían a Kyauktada una compañía de infantería india con un oficial británico al mando. Por descontado, Westfield había acudido a Thongwa en cuanto atisbo el primer indicio o, mejor dicho, esperanza de conflicto.

—Dios, si al menos por una vez se levantaran o se sublevaran en condiciones —le dijo a Ellis—, pero será un desastre como de costumbre. Siempre es la misma historia con estas rebeliones; se quedan en nada casi antes de que hayan empezado. ¿Te puedes creer que todavía no he disparado a nadie con mi pistola, ni a un dacoit? Once años y, sin contar la guerra, no he matado a nadie. Es deprimente.

—Bueno —dijo Ellis—, si al final no pasan a la acción siempre puedes coger a los cabecillas y darles una buena tunda con cañas de bambú sin que nadie se entere. Es mejor que tenerles mimados en esas cárceles nuestras que más parecen clínicas de reposo.

—Hmm, puede que sí. De todas formas, tampoco puedo hacer eso hoy en día. Si somos tan bobos que hacemos estas leyes de guante blanco, supongo que no tenemos más remedio que cumplirlas.

—¡Al infierno las leyes! Lo único que sirve con los birmanos es azotarlos con cañas de bambú. ¿Te has fijado cómo se quedan después de que les den una buena tunda? Yo sí. Los sacan de la cárcel en carretas, gritando de dolor, con sus mujeres poniéndoles emplastes de plátano machacado sobre el trasero. Eso sí que lo entienden. Si me dejaran hacerlo a mí, yo les daría en las plantas de los pies igual que hacen los turcos.

—Bueno, esperemos que por una vez tengan agallas suficientes para plantarnos cara de verdad. Entonces ya sacaremos a la policía militar, con los rifles y todo lo demás. Bastaría con cargarse a unas cuantas docenas, con eso los pondríamos en su sitio.

Sin embargo, la ansiada oportunidad no llegó. Westfield y la docena de policías que se había llevado con él a Thongwa, alegres muchachos gurkhas que estaban deseando usar sus kukris contra alguien, encontraron el distrito desconsoladoramente pacífico. Por ninguna parte se atisbaba el menor indicio de rebelión; tan sólo la resistencia anual, tan regular y periódica como el monzón, de los vecinos a pagar los impuestos.

Cada día hacía más y más calor. Elizabeth había visto cómo le salían sus primeros sarpullidos por culpa del sol. La práctica del tenis en el Club había cesado; después de jugar un lánguido set, se derrumbaban sobre las sillas y engullían pintas de zumo de lima tibio. Tibio porque el hielo venía de Mandalay tan sólo dos veces por semana y se derretía a las veinticuatro horas de llegar. No podía hacer ya más calor en la selva. Las birmanas untaban a sus niños un cosmético para protegerles del sol hasta que los hacían parecer hechiceros africanos. Bandadas de palomas verdes y de palomas imperiales tan grandes como patos acudían para comer las bayas de los árboles que había junto al camino del bazar.

Entretanto, Flory había echado de su casa a Ma Hla May.

Fue una treta despreciable y sucia. Encontró una excusa lo suficientemente buena para hacerlo: le había robado su pitillera de oro y la había empeñado en la tienda de Li Yeik, el tendero chino que también era prestamista ilegal. Aunque no dejaba de ser un pretexto. Tanto Flory, como Ma Hla May y todos los criados, sabían que se estaba deshaciendo de ella por Elizabeth. Por «la ingaleikma del pelo teñido», como la llamaba Ma Hla May.

Ma Hla May no montó al principio ninguna escena violenta. Se quedó escuchando malhumorada mientras él le firmaba un cheque por cien rupias (Li Yeik o el chetty indio lo harían efectivo) y le decía que estaba despedida. Flory se sentía más avergonzado de lo que lo estaba ella; no la podía ni mirar a la cara y su voz sonaba débil y culpable. Cuando la carreta de bueyes llegó para recoger sus pertenencias, Flory se encerró en el dormitorio, escondiéndose hasta que la escena terminó.

Las ruedas del carro chirriaron y se oyó cómo un grupo de hombres gritaba. Entonces, de repente, se armó un jaleo terrible. Flory salió. Estaban peleándose todos bajo el sol, alrededor de la verja. Ma Hla May se agarraba con todas sus fuerzas a uno de los postes de la entrada y Ko S'la trataba de ponerla de patitas en la calle. Ella volvió su rostro lleno de furia y desesperación hacia Flory, gritando una y otra vez «¡Thakin! ¡Thakin! ¡Thakin! ¡Thakin! ¡Thakin!» Le dolió en el alma que le siguiera llamando thakin aún después de haberla despedido.

—¿Qué pasa? —preguntó Flory.

Por lo visto, había un postizo de pelo que Ma Hla May y Ma Yi reclamaban ambas como suyo. Flory le dio la razón a Ma Yi y compensó a la otra con dos rupias. El carro arrancó con ella sentada junto a dos cestas de mimbre, con la espalda erguida, gesto arisco y acariciando a un gatito que tenía sobre las rodillas. Hacía sólo dos meses que Flory le había regalado aquel animalito.

Ko S'la, que había deseado durante mucho tiempo la marcha de Ma Hla May, no estaba del todo contento ahora que había sucedido. Y lo estuvo mucho menos aún cuando vio a su señor acudiendo a la iglesia o, como él la llamaba, la “pagoda inglesa”, pues Flory seguía todavía en Kyauktada para cuando el padre llegó, y fue al servicio con los demás. Se congregaron doce personas, incluyendo a Mr. Francis y seis nativos cristianos. Mrs. Lackersteen tocó Aguarda conmigo en el pequeño armonio de un solo pedal. Era la primera vez en diez años que Flory acudía a la iglesia, si no contaba los funerales. La idea que tenía Ko S'la de lo que pasaba en el interior de la “pagoda inglesa” era vaga en extremo; pero comprendía que ir a misa significaba ser respetable, una cualidad que, como todos los criados de solteros, odiaba con toda el alma.

—Se avecinan problemas —dijo desalentadoramente a los otros criados—. He estado observándole (refiriéndose a Flory) estos últimos diez días. Ha reducido a quince los cigarrillos que fuma diariamente, ha dejado de tomar ginebra antes del desayuno y se afeita todas las tardes a pesar de que el tonto de él se cree que no lo sé. ¡Y ha encargado media docena de camisas de seda! Tuve que andar encima del dirzi y hasta llamarle bahinchut para que estuvieran listas a tiempo. ¡Malos augurios! Le doy como mucho tres meses más y después habrá que decir adiós a la paz en esta casa.

—¿Se va a casar? —preguntó Ba Pe.

—Estoy seguro. Cuando un blanco comienza a ir a la pagoda inglesa se puede decir que es el principio del fin.

—He tenido muchos señores durante mi vida —dijo el viejo Sammy—. El peor fue el sahib Coronel Wimpole, que solía ordenar a su asistente que me sujetara inclinado sobre la mesa mientras él venía corriendo por detrás para darme una patada con sus botazas por servir plátanos fritos demasiado a menudo. Otras veces, cuando estaba borracho, disparaba su revolver contra el techo de las habitaciones de los criados, justo por encima de nuestras cabezas. Aunque, a pesar de todo, viviría antes diez años con el sahib Coronel Wimpole que una semana a las órdenes de una memsahib con todas sus manías. Si nuestro señor se casa, yo me iré ese mismo día.

—Yo no me marcharé; llevo siendo su criado desde hace quince años. Aunque sé lo que nos espera cuando llegue aquí esa mujer. Nos gritará en cuanto vea una mota de polvo sobre los muebles, nos despertará cuando estemos durmiendo la siesta por la tarde para que le llevemos tazas de té, y andará por la cocina a todas horas quejándose de que las sartenes están sucias y de que hay cucarachas en el cubo de la harina. Yo creo que estas mujeres se pasan despiertas toda la noche ideando nuevas maneras de martirizar a sus criados.

—Llevan un librito rojo —dijo Sammy— en el que anotan el dinero que se gasta en el bazar, dos annas por esto, cuatro annas por aquello, para que así uno no pueda ni sisarles un penique. Montan más escándalo por el precio de una cebolla que un sahib por cinco rupias.

—¡Ah, como si no lo supiera! —añadió con algo parecido a un suspiro de resignación—. Será peor que Ma Hla May. ¡Mujeres!

Los demás se hicieron eco del suspiro, incluso Ma Pu y Ma Yi. Ninguna de las dos tomó las palabras de Ko S'la como un insulto a su propio sexo, puesto que a las inglesas se las consideraba de otra especie distinta. Probablemente ni siquiera las tenían por seres humanos, de ahí que no haya que extrañarse si el matrimonio de un inglés provoca a menudo la huida de todos los criados de su casa, incluso de aquéllos que llevan con él muchos años.

Capítulo X

En realidad, la alarma de Ko S'la era muy prematura. Después de diez días tratando a Elizabeth, Flory había intimado con ella muy poco más de lo que lo hizo el día que se conocieron.

Tal como se dieron las circunstancias (la mayoría de los europeos tenían que permanecer en la selva), la tuvo prácticamente en exclusiva para él solo. Flory no tenía ningún motivo para quedarse perdiendo el tiempo en la ciudad, puesto que en esta época del año la tarea de extraer la madera era especialmente frenética. Durante su ausencia, todo se venía abajo y el muy incompetente del eurasiático que tenía como encargado era incapaz de hacer nada para solucionarlo. A pesar de todo, Flory se había quedado en Kyauktada con la excusa de que tenía fiebre, mientras seguían llegando casi a diario cartas desesperadas del capataz informándole de nuevas catástrofes. Uno de los elefantes estaba enfermo, la locomotora del pequeño ferrocarril que se usaba para llevar troncos de teca se había estropeado, quince coolies se habían marchado. Pero Flory continuaba dilatándose, incapaz de encontrar el modo de salir de Kyauktada mientras Elizabeth estuviera allí, en su continuo e infructuoso intento de que se reviviera aquella sencilla y adorable amistad de la que había disfrutado durante su primer encuentro.

Era cierto que se veían todos los días, por la mañana y por la tarde. Cada atardecer jugaba con ella al tenis en el Club; un individual, puesto que Mrs. Lackersteen se encontraba con pocas fuerzas y a Mr. Lackersteen le dolía mucho el hígado en esta época del año. Después, se sentaban los cuatro juntos en la sala, jugaban al bridge y charlaban. Pero a pesar de que pasaba tantas horas en compañía de Elizabeth, y a menudo incluso se quedaban a solas los dos, nunca se sentía del todo a gusto con ella. Hablaban entre ellos, siempre y cuando no abandonaran el terreno de lo trivial, con suma libertad, aunque no dejaban de sentirse distantes, como dos extraños. Flory estaba tenso en su presencia, no conseguía olvidarse de su marca de nacimiento; la barbilla le picaba y el cuerpo le pedía a gritos whisky y tabaco, pues había intentado beber y fumar menos cuando estaba junto a ella. Tras diez días no parecía que la relación que él quería hubiera avanzado nada.

Por alguna razón, nunca había podido hablar con ella como él ansiaba. ¡Hablar, simplemente hablar! Parece tan poco, y sin embargo significa tanto. Cuando se está a punto de llegar a la mediana edad en la más amarga soledad, entre personas a las que tu sincera opinión sobre cualquier tema les suena a blasfemia, hablar se convierte en la mayor de las necesidades. Pero con Elizabeth resultaba imposible entablar una conversación trascendente. Era como si pesara sobre ellos un conjuro que hacía que todo lo que hablaban cayera en lo banal; discos de gramófono, perros, raquetas..., en fin, la clásica charla insustancial de Club. Ella no parecía querer hablar de otras cosas que no fueran ésas. En cuanto Flory tocaba cualquier tema que creyera de interés, de su boca salía sólo una evasiva: «No me va demasiado». Cuando Flory descubrió los gustos literarios de Elizabeth se llevó una gran decepción. De todas formas, se recordó a sí mismo, es joven, y ¿acaso no ha bebido vino blanco y hablado de Marcel Proust bajo los árboles de París? Sin duda, con el tiempo ella llegaría a comprenderle y se convertiría en el tipo de compañera que él necesitaba. Quizá era únicamente que aún no había sabido ganarse su confianza.

Tampoco tenía demasiado tacto con ella. Igual que todos los hombres que han vivido mucho tiempo solos, le costaba bastante menos manejarse con las ideas que con las personas. Por eso, a pesar de la superficialidad de sus temas de conversación, la irritaba en algunas ocasiones, no tanto por lo que decía, sino por lo que daba a entender. Entre ellos existía una tensión mal definida que a menudo les ponía al borde de la riña. Cuando dos personas, una de las cuales lleva viviendo mucho tiempo en el país al que el otro acaba de llegar, se ven juntos accidentalmente, es inevitable que el primero actúe como cicerone del segundo. Elizabeth durante estos días estaba conociendo Birmania y era Flory, como es natural, quien hacía las veces de intérprete, explicándole esto, comentándole algo sobre aquello, etc. Las cosas que decía, o la manera que tenía de decirlas, provocaban en ella una vaga aunque profunda discrepancia. Y es que se daba cuenta de que cuando Flory hablaba de los "nativos" lo hacía casi siempre a favor de ellos. Alababa continuamente las costumbres y el carácter birmanos; llegaba incluso a compararlos con los ingleses, saliendo beneficiados los primeros. Todo eso la inquietaba. Los nativos, a fin de cuentas, sólo eran eso, nativos; pintorescos, sin duda, pero no son más que un pueblo "dominado", una gente inferior con la cara negra. Flory no podía ni imaginarse aún lo distintos que eran él y Elizabeth. Deseaba enormemente que ella amase Birmania como él lo hacía, que no la viese con los ojos ignorantes e indiferentes de una memsahib. Había olvidado que la mayoría de la gente sólo se encuentra a gusto en un país extranjero cuando desprecia a los que lo habitan.

Tenía demasiada prisa en interesarla por todo lo oriental. Por ejemplo, intentó persuadirla para que aprendiera birmano, aunque la idea no prosperó (la tía de Elizabeth le había explicado que sólo las misioneras lo hablaban y que las mujeres

decentes tenían suficiente con algunas de las palabras que se emplean para la cocina). Entre ellos había incontables pequeños motivos de desacuerdo como ése. Elizabeth se fue dando cuenta de que las opiniones de Flory no eran las que se esperaba de un inglés. Y con mayor claridad comprendió que él le estaba pidiendo que le gustasen e incluso admirase a los birmanos. ¡Que admirase ella a ese pueblo de negros prácticamente salvajes cuya sola presencia le hacía estremecerse!

El tema surgía de cien maneras. Un grupo de birmanos pasaba junto a ellos por la carretera y ella, aún poco acostumbrada, se los quedaba mirando con una mezcla de curiosidad y rechazo, y le decía a Flory como se lo habría dicho a cualquier otro:

—¡Qué asquerosamente fea es esta gente!, ¿no le parece?

—¿Sí? El caso es que a mí los birmanos siempre me han parecido una gente más bien atractiva. Tienen unos cuerpos espléndidos. Fíjese en los hombros de aquel tipo, parece una estatua de bronce. Piense usted en el aspecto que ofrecerían nuestros compatriotas si en Inglaterra la gente fuera medio desnuda igual que aquí.

—¡Pero si tienen unas cabezas espantosas, con los cráneos sobresaliendo como los de los gatos...! Y esas frentes inclinadas hacia atrás les dan un aire diabólico... Recuerdo haber leído en una revista algo sobre la forma de la cabeza de la gente. Decía que las personas con la frente saliente son del tipo criminal.

—Oh, vamos, eso es generalizar demasiado. Alrededor de la mitad de la gente que hay en el mundo tiene la frente así.

—Bueno, eso es si usted cuenta a la gente de color...

O bien pasaba una hilera de mujeres camino del pozo; campesinas corpulentas de un color cobrizo, muy tiesas bajo las jarras que llevaban en la cabeza, con sus fuertes nalgas sobresaliendo. Las mujeres birmanas le producían todavía más repugnancia que los hombres. Sentía la semejanza que la unía a ellas y odiaba la idea de que esas negras también fueran mujeres.

—¿Verdad que son espantosas? Tan bastas que parece que fueran animales. ¿Cree usted que alguien las puede encontrar atractivas?

—Me imagino que los hombres de su raza, ¿no?

—Supongo que así será. Aunque no sé como nadie puede aguantar esa piel tan negra.

—Uno acaba acostumbrándose a la piel morena pasado un tiempo. De hecho dicen, y yo lo comparto, que después de unos cuantos años en este tipo de países una tez morena llega a parecer más natural que una blanca. Después de todo, es que es más natural. Fíjese en el mundo, es una excentricidad ser blanco.

—¡Menudas ideas tiene usted!

Y así una y otra vez. Ella siempre encontraba algo impropio o equivocado en las cosas que él decía. Fue especialmente así la tarde que pudo ver a Flory a la puerta del

Club entablando una conversación con Mr. Francis y Mr. Samuel, los dos bastardos eurasiáticos.

Dio la casualidad de que Elizabeth había llegado al Club unos minutos antes que Flory, y cuando oyó su voz en la puerta, salió a su encuentro. Los dos eurasiáticos se habían acercado a Flory furtivamente y le habían arrinconado como un par de perros que quieren jugar. Francis era el que hablaba la mayor parte del tiempo. Era un hombre enjuto y nervioso, del color del tabaco, hijo de una mujer del sur de la India. Samuel, cuya madre había sido una karen, tenía la piel de un amarillo apagado y el pelo rojizo. Ambos iban vestidos con trajes de dril y se cubrían con enormes topis, bajo los cuales sus delgados cuerpos parecían tallos de setas venenosas.

Elizabeth se asomó a tiempo de oír fragmentos de una extensa y complicada biografía. Hablar con blancos, por poner un ejemplo, de sí mismo era la mayor alegría que podía llevarse Francis. Cuando, pasados algunos meses, se encontraba con un europeo dispuesto a escucharle, brotaba como un torrente la historia de su vida. Tenía una voz nasal y cantarina, y hablaba a una velocidad increíble.

—De mi padre, señor, recuerdo poco, sólo que era un hombre colérico y que nos pegaba mucho. Tanto a yo como a medio-hermano pequeño y dos madres. También cuando la visita del obispo, medio-hermano pequeño y yo nos vestimos con longyis y nos enviaron con los otros niños birmanos para pasar inadvertidos. Mi padre nunca ascendió a obispo, señor. Sólo cuatro conversiones en veintiocho años, y además le gustaba demasiado el licor chino de arroz, lo que mucho le perjudicó la venta de un panfleto de mi padre titulado La plaga del alcohol, publicado con la editorial baptista de Rangún a una rupia y ocho annas. Mi medio-hermano pequeño murió con una ola de calor, siempre tosiendo, tosiendo...

Los dos eurasiáticos notaron la presencia de Elizabeth. Ambos se quitaron los topis y saludaron inclinando la cabeza y mostrando ampliamente sus brillantes dentaduras. Probablemente hacía ya muchos años desde la última vez que habían tenido la oportunidad de hablar con una inglesa. Francis se puso a hablar de nuevo, aunque ahora más efusivamente que nunca. Hablaba con evidente temor, pues sabía que le podían interrumpir en cualquier momento y que la conversación terminaría en ese instante.

—¡Buenas tardes, señora, buenas tardes, buenas tardes! ¡Es un honor conocerla, señora! El calor es sofocante estos días, ¿no cree? Aunque es lo normal estando en abril. No sería de extrañar que esté sufriendo sarpullidos. Tamarindo machacado aplicado en la zona aquejada es infalible. Yo mismo sufro muchos dolores cada noche. Es muy frecuente entre nosotros, los europeos.

Pronunció europeo, como Mr. Chollop en Martin Chuzzlewit. Elizabeth no respondió. Miraba a los eurasiáticos un tanto fríamente. Sólo tenía una vaga idea de quiénes o qué eran, y le pareció de lo más impertinente que se dirigieran a ella.

—Gracias, tendré en cuenta lo del tamarindo —dijo Flory.

—Concretamente lo sé por un renombrado doctor chino, señor. Además, señor, señora, he de recomendarles que en abril no se cubran sólo con terais. No es juicioso, señor. Para los nativos está bien, sus cráneos son muy duros. Pero para nosotros la insolación siempre es una amenaza. Este sol es mortal para los cráneos europeos. ¿Acaso es que la retengo, señora?

Francis dijo esto con un tono que sonó desilusionado. De hecho, Elizabeth había vuelto la espalda a los eurasiáticos. No entendía por qué Flory les permitía seguir hablando. Se dirigió hacia la pista de tenis y dio un golpe imaginario con la raqueta, insinuándole a Flory que tenían un partido pendiente. Él vio aquello y la siguió bastante a disgusto, pues no quería hacer un desaire al desdichado Francis, por muy pesado que fuera.

—Tengo que marcharme —dijo—. Buenas tardes, Francis. Buenas tardes, Samuel.

—¡Buenas tardes, señor! ¡Buenas tardes, señora! ¡Buenas tardes, buenas tardes! —dijo Francis y se retiraron sin dejar de elevar los sombreros en señal de saludo.

—¿Quiénes son esos dos? —preguntó Elizabeth a Flory cuando se le acercó—. ¡Qué tipos tan extraños! Estaban en la iglesia el sábado. Uno de ellos parece casi blanco. Pero, naturalmente, no es inglés, ¿verdad?

—No, son eurasiáticos, hijos de padre blanco. Les llamamos cariñosamente amarillos.

—¿Y qué están haciendo aquí? ¿Dónde viven? ¿Trabajan en algo?

—Hacen algo en el bazar, pero no sé exactamente el qué. Creo que Francis es empleado de un prestamista indio, y Samuel trabaja para algún procurador. Aunque probablemente se morirían de hambre de no ser por la caridad de los nativos.

—¿Los nativos? ¿Quiere usted decir que gorronean a los nativos?

—Me imagino que sí. Sería muy sencillo conseguirlo si uno se molestara en intentarlo. Los birmanos no dejan morir de hambre a nadie.

Elizabeth no había escuchado nunca antes algo similar. La idea de que existieran hombres blancos, aunque lo fuesen sólo en parte, que vivían en la pobreza y entre “nativos” le chocó tanto que se tuvo que detener en el camino, por lo que el partido de tenis se retrasó unos cuantos minutos.

—¡Pero eso es terrible! Quiero decir, es un pésimo ejemplo. Es casi como si uno de nosotros se viera en la misma situación. ¿No podría hacerse algo por esos dos? ¿Organizar una suscripción para mandarles a otra parte o algo por el estilo?

—Me temo que eso no serviría de mucho. Adonde quiera que fuesen les pasaría lo mismo.

—Pero ¿no pueden encontrar un trabajo adecuado?

—Lo dudo. Mire, estos eurasiáticos, gente que ha crecido en el bazar y no tiene ninguna educación, están condenados desde el momento en que nacen. Los europeos

no les tocarían ni con un palo y no les está permitido acceder ni a los servicios de menos categoría de la Administración. Lo único que podrían hacer para dejar de vivir de la caridad, sería renunciar a toda aspiración de ser europeos. Y eso no lo harán nunca estos pobres diablos. El único bien que poseen es su gotita de sangre blanca. Pobre Francis, siempre que me lo encuentro tiene que sacar el tema de sus sarpullidos. Como comprenderá, los nativos se supone que no tienen ese problema; bobadas, de acuerdo, pero es lo que la gente cree. Sucede lo mismo con las insolaciones. Por eso llevan esos topis gigantescos, para que nadie se olvide de que también tienen cráneos europeos. Como una especie de escudos de armas. Se podría decir que es un chifladura siniestra.

Esta explicación no satisfizo a Elizabeth. Comprobó que, como de costumbre en él, sentía una ligera simpatía hacia los eurasiáticos. En cambio a ella la irrupción de aquellos dos hombres le había provocado un especial sentimiento de rechazo. Acababa de caer en la cuenta de a quién le recordaban. Parecían dagoes (latinos), como esos mejicanos o italianos que interpretan el mauvais role en tantas películas.

—Parecían unos individuos tremendamente degenerados, ¿no cree? Tan delgados, enclenques y serviles... Y no tenían cara de ser del todo honrados. Supongo que los eurasiáticos son de lo más degenerado, ¿no? He oído que los mestizos siempre heredan lo peor de cada raza. ¿Es eso cierto?

—No sé si lo es. La mayoría de los eurasiáticos no son demasiado buenos, aunque resulta difícil que lo sean con la educación que reciben. Además, nuestra actitud hacia ellos es horrible. Siempre hablamos de ellos como si brotaran del suelo igual que hongos y trajeran innatos consigo todos sus defectos. Y para ser sinceros, nosotros somos los responsables de su existencia.

—¿Los responsables de su existencia?

—Bueno, comprenderá usted que todos ellos tienen padres.

—Ah, claro, eso desde luego... Aunque, después de todo, usted no tiene ninguna culpa de esto. Es decir, sólo un hombre muy miserable tendría, ejem, algo que ver con una nativa. ¿No cree usted?

—Oh, sí, completamente. Aunque los padres de aquellos dos eran sacerdotes con los votos hechos si no me equivoco.

Flory se acordó de Rosa McFee, la muchacha eurasiática que sedujo en Mandalay en 1913. Recordó cómo se colaba clandestinamente en la casa escondido en gharry con las cortinas echadas; los tirabuzones como sacacorchos de Rosa; la mustia y vieja madre de ésta, que le servía el té en la sombría sala de estar en la que estaban las macetas con helechos y el diván de mimbre. Y al final, cuando dejó a Rosa, aquellas tristes cartas implorantes, escritas en papel perfumado y que acabó por dejar de abrir.

Después del partido de tenis, Elizabeth volvió a sacar el tema de Francis y Samuel.

—Esos dos eurasiáticos, ¿se trata alguien con ellos? ¿Les invitan a sus casas o algo?

—Por Dios, no. Son unos parias. En realidad, está incluso mal visto hablar con ellos. La mayoría de nosotros les damos los buenos días, pero Ellis ni les saluda.

—Pero usted habló con ellos.

—Bueno, es que de vez en cuando infrinjo las reglas. Quería decir que es poco frecuente ver a un pukka sahib hablándoles. Pero ya ve que a veces, cuando tengo el valor suficiente, procuro no comportarme como un pukka sahib.

No fue un comentario muy prudente. Para entonces Elizabeth ya conocía muy bien el significado de “pukka sahib” y todo lo que implicaba. Esa observación aclaraba aún más la idea que de él se estaba formando. Le lanzó una mirada hostil de una dureza desacostumbrada, y es que el rostro de Elizabeth a veces podía resultar áspero a pesar de su juventud y de poseer una piel delicada como una flor. Las gafas tan modernas que llevaba le concedían un aspecto muy sereno y templado. Las gafas tienen un formidable poder expresivo, casi mayor que el que tienen los propios ojos.

Hasta ese instante, Flory no había llegado a entenderla ni a ganarse su confianza. Y sin embargo, superficialmente, las cosas no habían empeorado entre ellos dos. A pesar de que la había dejado escamada en algunas ocasiones, la buena impresión que causó en Elizabeth aquella primera mañana no se había borrado. Lo más curioso era que la joven no se fijaba apenas en la mancha de su mejilla. Y había algunos temas de los que le gustaba oírle hablar. Por ejemplo, de la caza. Elizabeth parecía sentir un gran interés por la caza, lo que no dejaba de ser un cosa sorprendente en una mujer. También estaban los caballos, aunque Flory sabía mucho menos sobre ese tema. Él había prometido llevarla de caza más adelante, cuando pudiera hacer unos cuantos preparativos. Los dos esperaban con impaciencia la llegada de ese día, aunque cada uno de ellos por razones completamente distintas.

Capítulo XI

Flory y Elizabeth paseaban por la carretera del bazar. Era por la mañana, pero hacía tanto calor que caminar era como intentar atravesar un mar tórrido. Pasaban hileras de birmanos que volvían del bazar, y grupitos de cuatro o cinco chicas que marchaban animadamente y con pasos cortos mientras charlaban y sus cabellos brillantes resplandecían. Junto al camino, poco antes de llegar a la cárcel, se amontonaban las ruinas de una pagoda de piedra que las fuertes raíces de un árbol habían hecho añicos. Las caras de demonios esculpidas miraban desde entre la hierba a la que habían ido a parar. Otro árbol, un peepul, se había enroscado en torno a una palmera, arrancándola del suelo y doblándola hacia atrás, fruto de una lucha que había durado toda una década.

Siguieron caminando hasta que llegaron a la cárcel, un tosco edificio cuadrado de doscientos metros de largo y con relucientes muros de hormigón que medían siete metros. La mascota de la prisión, un pavo real, se paseaba por la barricada. Seis presos que iban con la cabeza agachada y tirando de dos pesadas carretillas cargadas de tierra se acercaron, bajo la atenta mirada de unos guardas indios. Eran presos que cumplían condenas muy largas. Tenían las extremidades muy corpulentas y llevaban puestos unos uniformes de un paño blanco áspero y basto, que se completaban con unos pequeños cucuruchos sobre sus coronillas afeitadas. Tenían la cara grisácea, acobardada y curiosamente achatada. Pasó una mujer con una cesta de pescado en la cabeza. Dos buitres volaban sobre ella describiendo círculos y se dejaban caer para picotear de cuando en cuando, a lo que la mujer respondía intentando espantarlos infructuosamente con una mano.

A poca distancia de allí se oía un jaleo de voces.

—El bazar está ahí, a la vuelta de la esquina —dijo Flory—. Creo que hoy es día de mercado. Resulta bastante curioso verlo.

Le rogó que le acompañara al bazar, asegurándole que pasaría un buen rato. Doblaron la esquina. El bazar era un recinto parecido a un gran corral para ganado, con tenderetes, la mayoría de ellos techados con hojas de palmera, colocados a su alrededor. Dentro, una multitud bullía, gritando y empujándose; la confusión de todos esos trajes de tan diversos colores era como una cascada de confeti. Algo más alejado

del bazar se podía ver el enorme y fangoso río. Ramas de árboles y flecos de espuma bajaban por él a unos diez kilómetros por hora. Junto a la orilla, una flota de sampanes con las proas afiladas como picos de ave y ojos pintados en ellas, se mecían atados a los postes del embarcadero.

Flory y Elizabeth se quedaron contemplando aquel paisaje unos momentos. Pasaban filas de mujeres con cestas de verduras balanceándose sobre sus cabezas, y niños de ojos saltones que no se apartaban de los europeos. Un viejo chino vestido con un mono desteñido pasó corriendo; apretaba entre sus manos alguna ensangrentada e irreconocible parte de las vísceras de un cerdo.

—Vamos a curiosear un poco por los puestos, ¿vale? —sugirió Flory.

—¿No nos pasará nada por pasear entre esta muchedumbre? ¡Está todo tan horriblemente sucio!

—No ocurrirá nada, nos abrirán paso. Le va a resultar muy interesante.

Elizabeth le siguió un poco contra su voluntad. ¿Por qué ese empeño suyo en traerla a este tipo de sitios? ¿Por qué la arrastraba siempre entre nativos, tratando de que se interesara por ellos y sus sucias y repugnantes costumbres? Sin embargo, le siguió al no sentirse capaz de explicarle su renuencia. Una oleada de aire infecto les golpeó; era un tufo mezcla de ajo, pescado ahumado, sudor, polvo, anís, clavo y cúrcuma. Un gentío formado por manadas de fornidos campesinos con caras color tabaco, arrugados ancianos con sus cabellos canos recogidos en un moño, madres jóvenes llevando a sus bebés desnudos a horcajadas sobre la cadera..., les rodeó. Pisaban junto a Fio y ésta ladraba lastimeramente. Hombros fuertes y bajos chocaban contra Elizabeth, que se esforzaba por avanzar entre los tenderetes, pues los campesinos estaban demasiado ocupados regateando, incluso para prestar atención a una blanca.

—¡Mire! —Flory señaló con su bastón un puesto y, aunque dijo algo, su comentario se ahogó entre los gritos de dos mujeres que se amenazaban con los puños la una a la otra por una cesta de piñas. Elizabeth había retrocedido ante el hedor y el jaleo, pero él no lo advirtió y la llevaba aún más dentro de la multitud, señalándole esto y aquello. La mercancía tenía un aspecto extraño, parecía de fuera y era bastante pobre. Había grandes pomelos como lunas verdes colgados de cuerdas, bananas rojas, cestos de gambas del color del heliotropo y el tamaño de langostas, pescado seco y quebradizo atado como legajos, chiles carmesí, patos abiertos y curados como jamones, cocos verdes, larvas de escarabajo gigante, trozos de caña de azúcar, dahs, sandalias, longyis de seda a cuadros, afrodisíacos con forma de pastilla de jabón, tinajas de loza de un metro de alto, pasteles chinos hechos con ajo y azúcar, puros verdes y blancos, berenjenas moradas, collares de semillas de placamineros, pollos piando en jaulas de mimbre, budas de latón, hojas de betel en forma de corazón, botellas de sales de Kruschen, postizos de pelo falso, cazuelas de arcilla roja, herraduras para bueyes,

marionetas de papel maché, tiras de piel de caimán con propiedades mágicas... La cabeza de Elizabeth empezaba a dar vueltas. Al otro extremo del bazar, se filtraba el sol a través de la sombrilla de un sacerdote, dejando un fuerte color rojizo como si estuviera la luz atravesando la oreja de un gigante. Delante de un puesto, cuatro mujeres dravidianas estaban moliendo cúrcuma en un gran mortero de madera. El polvo amarillo de la especia llegó hasta la nariz de Elizabeth y le hizo estornudar. Comprendió que no podía aguantar en este lugar ni un segundo más. Tocó a Flory en el brazo.

—Esta multitud, el calor... es insoportable. ¿Podríamos ponernos un momento a la sombra?

Flory se dio la vuelta. A decir verdad, había estado demasiado ocupado hablando, mucho de lo cual se había perdido con el follón, como para darse cuenta de que el calor y los malos olores la estaban mareando.

—Lo siento muchísimo. Salgamos de aquí enseguida. ¿Sabe qué le digo?, iremos a la tienda del viejo Li Yeik, el tendero chino, y él nos dará algo de beber. Hace un calor tirando a sofocante por aquí.

—Tantas especias le dan a una náuseas. ¿Y qué es ese olor tan espantoso que huele como a pescado?

—No es más que una salsa que hacen con gambas. Las entierran y luego las sacan al cabo de unas semanas.

—¡Qué repugnancia!

—Pues tengo entendido que es muy sano. ¡Deja eso! —añadió dirigiéndose a Fio, que estaba husmeando en una cesta con un pescado similar a los gobios, que tenía algo que parecían espinas en las agallas.

La tienda de Li Yeik estaba justo frente al otro extremo del bazar. Lo que Elizabeth en realidad habría deseado era volver lo antes posible al Club, pero la apariencia europea de la tienda del chino, con las camisas de algodón de Lancashire y los relojes alemanes increíblemente baratos apilados a la entrada, la tranquilizó de algún modo tras la barbarie del bazar. Estaba a punto de subir los escalones para entrar, cuando un delgado muchacho de unos veinte años vestido con un longyi, un blazer azul marino y unos zapatos amarillos relucientes, y con el pelo engominado y peinado "a la moda ingaleik" se destacó de entre el gentío y se les acercó. Saludó a Flory con un ligero y extraño movimiento, como si se tuviera que contener para no hacer una reverencia.

—¿Qué sucede? —preguntó Flory.

—Carta, señor —respondió sacando un arrugado sobre.

—¿Me disculpa un momento? —dijo Flory a Elizabeth mientras abría la carta. Era de Ma Hla May, o mejor dicho, se la habían escrito y ella la había firmado con una cruz; le exigía cincuenta rupias de un modo vagamente amenazador.

Flory se llevó aparte al joven.

—¿Hablas inglés? Dile a Ma Hla May que la veré luego. Y dile también que si intenta chantajearme no verá ni un céntimo más. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—Y ahora vete. No me sigas o te meterás en problemas.

—Sí, señor.

—Un empleado que buscaba colocación —explicó Flory a Elizabeth mientras subían los escalones—. Le molestan a uno a todas horas.

Pensó Flory que el tono de la carta era muy curioso, pues no se había esperado que Ma Hla May comenzase a chantajearle tan pronto; sin embargo, no tenía tiempo ahora para preguntarse qué podía significar todo aquello.

Entraron en la tienda, que estaba oscura o al menos así lo parecía si se comparaba con la luz que había afuera. Li Yeik, que se encontraba fumando entre sus cestas de mercancía (no había mostrador), cojeó con esfuerzo hacia ellos cuando vio quién había entrado. Flory era amigo suyo. Era un anciano encorvado vestido de azul, con coleta y un rostro amarillo sin apenas barbilla en el que sólo había pómulos; un cráneo amistoso, en definitiva. Saludó a Flory con unos sonidos nasales que él creía birmano y enseguida fue cojeando a la parte trasera de la tienda para pedir unos refrescos. Flotaba en el aire un olor dulzón a opio. En las paredes había colgadas unas largas tiras de papel rojo con inscripciones negras y a un lado estaba un pequeño altarcito con un retrato de dos personas de aspecto sereno ataviadas con vestidos bordados, que tenía delante un par de barras de incienso. Dos mujeres chinas, una mayor y otra muy joven, estaban sentadas sobre una esterilla liando cigarrillos con paja de maíz y un tabaco que parecía crines de caballo. Llevaban pantalones negros de seda y sus pies, con los empeines abultados e hinchados, estaban embutidos en unas zapatillas rojas de madera con tacón, no más grandes que las de una muñeca. Un chiquillo desnudo gateaba lentamente por el suelo como una rana amarilla.

—¡Mire los pies de esas mujeres! —susurró Elizabeth tan pronto Li Yeik se dio la vuelta—. ¡Qué espanto! ¿cómo los meterán ahí? No pueden ser así de pequeños de una manera natural, ¿verdad?

—No, los deforman artificialmente. Tengo entendido que en China ya no se hace, pero los chinos de aquí están aún un poco atrasados. La coleta de Li Yeik es otro anacronismo. Según los cánones de belleza chinos, los pies pequeños son bonitos.

—¿Bonitos? Son tan horribles que me cuesta mirarlos. ¡Es un pueblo de auténticos salvajes!

—¡No, todo lo contrario! Son muy civilizados; en mi opinión, mucho más que nosotros. La belleza no es más que una cuestión de gustos. Hay una tribu en este país, los Palaung, que sienten admiración por los cuellos largos en las mujeres. Las muchachas llevan unos aros de cobre para estirárselo, y se van poniendo más y más

hasta que al final les queda el cuello como el de las jirafas. No es muy distinto a la antigua moda de vestir miriñaques o crinolinas.

En aquel preciso momento volvió Li Yeik acompañado de dos muchachas birmanas gruesas y de cara redonda, sin duda hermanas, que reían nerviosas y llevaban entre las dos un par de sillas y una gran tetera china azul. Las dos jóvenes eran o habían sido concubinas de Li Yeik. El anciano había sacado una caja de bombones y levantaba la tapa mientras les sonreía paternalmente, dejando a la vista los tres dientes largos y ennegrecidos por el tabaco que tenía. Elizabeth se sentó y se sintió muy violenta. Tenía la absoluta certeza de que no estaba bien visto aceptar la hospitalidad de esta gente. Una de las jóvenes birmanas se había colocado enseguida detrás de las sillas y se puso a abanicar a Flory y Elizabeth, mientras la otra, arrodillada a sus pies, servía las tazas de té. Elizabeth se sentía como una boba con aquella muchacha abanicándole el cogote y el anciano chino enfrente, sonriéndole continuamente. Parecía como si Flory la metiera siempre en este tipo de situaciones incómodas. Cogió un bombón de la caja que le ofrecía Li Yeik, pero fue incapaz de dar las gracias.

—¿Está bien esto? —le murmuró a Flory.

—¿Bien?

—Quiero decir que si estará bien visto que estemos sentados en la casa de esta gente. ¿No es un poco... denigrante?

—No con los chinos. En este país son una raza muy bien considerada. Y de mentalidad muy democrática. Es preferible tratarles más o menos como a iguales.

—Este té tiene un aspecto horrible. Es totalmente verde. Por lo menos podrían ponerle un poco de leche, ¿no cree?

—No está tan malo. Es un té especial que traen a Li Yeik directamente de China. Me parece que tiene flores de naranja.

—¡Puaj! Sabe a tierra —dijo al probarlo.

Li Yeik permanecía inmóvil sujetando su pipa, que tenía medio metro de largo y un cuenco de metal del tamaño de una bellota, y observaba a los europeos para cerciorarse de que les gustaba su té. La muchacha que estaba detrás de las sillas dijo algo en birmano, a lo que las dos jóvenes se rieron. La que estaba arrodillada en el suelo alzó la vista y se quedó mirando a Elizabeth con un aire de cándida admiración. Luego se dirigió a Flory y le preguntó si la dama inglesa usaba corsé. Esto último lo pronunció colsé.

—¡Tsch! —chistó Li Yeik escandalizado y dándole un puntapié a la muchacha para hacerla callar.

—No puedo preguntárselo —dijo Flory.

—¡Thakin, por favor, pregúnteselo! Nos morimos de ganas por saberlo.

Se entabló una discusión a la que se sumó la que los abanicaba, olvidándose por completo de su tarea. Por lo visto, las dos jóvenes se habían pasado toda la vida

queriendo ver un colsé auténtico. Habían oído tantas historias sobre esta prenda; que estaban hechos de acero y que apretaban el cuerpo de la mujer que le desaparecían los pechos. ¡Le desaparecían! Las dos muchachas se aplastaban las costillas con las manos a modo ilustrativo. ¿Sería tan amable Flory de preguntárselo a la dama inglesa? En la parte de atrás de la tienda había un cuarto al que podía pasar con ellas para desvestirse. ¡Durante tanto tiempo estaban queriendo ver un colsé!

Entonces la conversación se interrumpió repentinamente. Elizabeth estaba sentada muy tiesa, sosteniendo su diminuta taza de té, que no se atrevía a seguir bebiendo, y mostraba una sonrisa que más parecía una mueca. Los orientales sintieron un escalofrío; se dieron cuenta de que la joven inglesa, que no podía intervenir en su conversación, no se encontraba a gusto. Su elegancia y belleza extranjera que les habían encantado un momento antes, comenzaban a acobardarles un poco. Incluso Flory sentía lo mismo. Era una de esas terribles situaciones que se dan con los orientales, cuando todos evitan la mirada de los demás, esforzándose inútilmente por encontrar algo que decir. Entonces el niño desnudo, que había estado examinando algunos cestos en la trastienda, gateó hasta donde estaban sentados los europeos. Observó sus zapatos, calcetines y medias con gran curiosidad y luego, tras mirar hacia arriba y ver los rostros blancos, se asustó. Comenzó a gritar desconsolado y se hizo pis en el suelo.

La anciana china alzó la vista, dio un chasquido con la lengua y continuó liando cigarrillos. Nadie más prestó la menor atención. Empezó a formarse un charquito en el suelo. A Elizabeth le horrorizó tanto aquello que dejó precipitadamente su taza y derramó el té. Tiró del brazo de Flory y dijo:

—¡Ese niño! Mire lo que está haciendo. ¿Nadie va a...? ¡Qué espanto!

Por un momento, todos miraron asombrados y comprendieron qué era lo que sucedía. En el ambiente se respiró nerviosismo y se oyó un chasquido generalizado de reprobación. Nadie había atendido al niño (era un incidente demasiado normal como para concederle importancia) y ahora se sentían tremendamente abochornados. Todos empezaron a echarle la culpa al niño. Se oyeron exclamaciones como «¡qué vergüenza de crío!» o «¡qué asco de niño!». La vieja china se llevó al pequeño, que seguía berreando, hacia la puerta y lo sostuvo afuera, igual que si estuviera exprimiendo una esponja de baño. Para ese mismo instante, Flory y Elizabeth ya habían salido de la tienda. Flory iba detrás de ella por el camino del bazar, mientras Li Yeik y el resto les seguían consternados con la mirada.

—¡Si eso es lo que usted llama gente civilizada...! —exclamaba ella.

—Lo siento —dijo Flory débilmente—. No esperaba...

—¡Son repugnantes!

Estaba irritadísima. Al sofocarse su cara había tomado un delicado y maravilloso tono sonrojado, como el de un capullo de amapola que se había abierto un día antes.

Ése era el color más fuerte que su rostro era capaz de mostrar. La siguió, dejando atrás el bazar y regresando al camino principal, y no se atrevió a hablar de nuevo hasta que habían andado unos cincuenta metros.

—¡Cuánto siento que haya sucedido esto! Li Yeik es un tipo amable y decente. Se llevaría un gran disgusto si creyera que la ha ofendido. La verdad es que habría sido mejor quedarse unos minutos más. Aunque fuese sólo para darles las gracias por el té.

—¿Las gracias? ¿Después de eso?

—Sinceramente, no debería usted darle tanta importancia. Por lo menos, no en este país. La manera de ver las cosas de esta gente es completamente diferente de la nuestra. Tenemos que adaptarnos. Suponga, por poner un ejemplo, que retrocedemos a la Edad Media.

—Prefiero no hablar más sobre este tema.

Era la primera vez que habían reñido en serio. Flory se sentía demasiado desgraciado incluso para preguntarse los motivos por los que se había ofendido Elizabeth. No se daba cuenta de que su constante esfuerzo por despertar interés hacia todo lo oriental en la joven, a ésta le resultaba algo perverso, rufianesco, un afán morboso por lo repugnante y “horrible”. Ni siquiera después de este episodio Flory había logrado comprender con qué ojos veía Elizabeth a los “nativos”. Lo único que sabía era que cada vez que intentaba compartir con ella su vida, sus opiniones, su idea de lo bello, etc..., ella le rehuía como un caballo atemorizado.

Caminaron por la carretera, él a la izquierda y un poco rezagado. Observaba la mejilla de ella que tenía a su alcance y los pelillos dorados de la nuca que sobresalían por debajo del ala del terai. ¡Cómo la quería, cómo la quería! Era como si nunca antes la hubiese amado de verdad hasta ese instante en el que caminaba tras ella derrotado, sin atreverse siquiera a mostrar su rostro desfigurado. Hizo ademán de hablar varias veces, pero se contuvo. No se notaba la voz firme y no sabía qué podía decirle sin arriesgarse a molestarla de nuevo. Por fin, sacando un tema sin importancia, dijo llanamente:

—Hace un calor horrible, ¿verdad?

Con una temperatura de cuarenta grados a la sombra, no parecía un comentario brillante. Pero para gran sorpresa suya, ella se aferró a sus palabras con mucho entusiasmo. Se volvió hacia él y sonrió de nuevo.

—¡Es como si estuviéramos metidos en un horno!

Con eso hicieron las paces. La tonta y banal observación que les había devuelto a la tranquilizadora charla de Club, la había calmado como un conjuro. Fio, que se había quedado algo retrasada, se les acercó con la lengua fuera y babeando; al segundo, estaban hablando, algo bastante habitual, sobre perros. Charlaron sobre perros durante el resto del camino a casa, prácticamente sin parar en ningún momento. Los perros era un tema inagotable. ¡Perros, perros!, pensó para sí Flory mientras subían por

la recalentada pendiente y el sol les abrasaba los hombros bajo sus finas ropas cual aliento del fuego. ¿Hablarían alguna vez de otra cosa que no fueran perros? ¿O a falta de perros, pasarían a conversar sobre discos de gramófono y raquetas de tenis?

Y a pesar de todo, ¡con qué facilidad y en qué tono tan amistoso hablaban de estas tonterías!

Pasaron ante la reluciente pared blanca del cementerio y llegaron a la verja de la casa de los Lackersteen. En torno a la casa crecían mohures dorados y había un seto de malvas de dos metros de alto salpicado de flores rojas y redondas como las caras de chiquillas coloradotas. Flory se descubrió al llegar a la sombra y se abanicó con el sombrero.

—Bueno, hemos vuelto antes que llegase lo más caluroso del día. Me temo que nuestra excursión no fue del todo un éxito.

—¡Al contrario! Me ha gustado mucho, de veras.

—No... No sé el porqué, pero parece como si siempre tuviera que suceder algo inoportuno... Ah, por cierto, ¿no habrá usted olvidado que pasado mañana nos vamos de caza? ¿Le viene bien ese día?

—Sí, y mi tío me va a prestar su escopeta. ¡Será muy divertido! Tendrá usted que enseñarme todo sobre la caza. Tengo tantas ganas de ir...

—Yo también. Es una época malísima para ir de caza, pero haremos lo que podamos. Hasta luego, entonces.

—Adiós, Mr. Flory.

Ella le seguía llamando Mr. Flory, a pesar de que él la llamaba Elizabeth. Se separaron y cada uno marchó pensando en la jornada de caza, que ambos confiaban en que contribuiría a que todo se arreglase entre ellos definitivamente.

Capítulo XII

Sumido en el pegajoso y soporífero bochorno del salón de estar, casi a oscuras por las cortinas de cuentas, U Po Kyin se paseaba arrogante de un lado para otro. De vez en cuando se metía la mano por debajo de la camiseta y se rascaba sus pechos sudorosos que, por la cantidad de grasa que acumulaban, eran grandes como los de una mujer. Ma Kin estaba sentada en su esterilla fumando unos finos cigarrillos blancos. A través de la puerta entreabierta se podía ver una esquina de la enorme cama cuadrangular de U Po Kyin, un catafalco con postes de teca tallados sobre el que había cometido innumerables abusos.

Ma Kin escuchaba ahora por primera vez el relato del "otro asunto" que subyacía al ataque de U Po Kyin contra el Dr. Veraswami. A pesar de lo poco que estimaba la inteligencia de ella, U Po Kyin solía confiarle sus secretos tarde o temprano. Era la única persona de su círculo inmediato que no le tenía miedo y, por lo tanto, a quien más disfrutaba impresionando.

—Bueno, Kin Kin —dijo él—, ya ves como todo ha salido de acuerdo con lo que había planeado. Ya van dieciocho cartas anónimas y todas ellas son auténticas obras maestras. Te recitaría de memoria algunas si no supiera que eres incapaz de apreciar su valor.

—Pero supón que los europeos no hacen caso a tus anónimos. ¿Qué harás entonces?

—¿Que no les hacen caso? No te preocupes por eso, creo que conozco al menos un poco la mentalidad de los europeos. Debes saber, Kin Kin que si algo sé hacer bien es redactar anónimos.

Era cierto. Las cartas de U Po Kyin ya habían surtido efecto y especialmente sobre su principal objetivo: Mr. Macgregor.

Apenas dos días antes de que esta conversación tuviera lugar, Mr. Macgregor había pasado una tarde muy angustiado intentando dilucidar si el Dr. Veraswami era o no culpable de deslealtad al Gobierno. Desde luego, no se trataba de ninguna actuación manifiestamente desleal por su parte; eso estaba fuera de todo lugar. La cosa era saber si el doctor podía ser de esa clase de personas que sostienen opiniones sediciosas. En la India a uno no se le juzga por lo que hace, sino por lo que es. La

menor sospecha de traición puede arruinar la carrera de un funcionario oriental. Mr. Macgregor era por naturaleza demasiado ecuánime como para condenar sin ambages a nadie, incluso tratándose de un oriental. Estuvo dándole vueltas al asunto hasta entrada la medianoche, estudiando un montón de informes confidenciales, además de los cinco anónimos que había recibido y los otros dos que le había confiado Westfield, los cuales estaban prendidos con una espina de cactus.

No se trataba solamente de las cartas. Por todas partes se oían rumores acerca del doctor. U Po Kyin comprendió muy bien que no bastaba con llamar traidor al doctor; hacía falta atacar su reputación desde todos los ángulos posibles. Al doctor se le acusaba no sólo de sedición, sino también de extorsión, violaciones, torturas, efectuar operaciones ilegales, intervenir estando borracho perdido, envenenamientos, llevar a cabo ritos de magia negra, comer carne de vaca, vender certificados de defunción a asesinos, llevar los zapatos puestos dentro de la pagoda y hacer proposiciones homosexuales al chico que tocaba el tambor en la policía militar. Oyendo lo que de él se decía, cualquiera habría imaginado al doctor como una mezcla de Maquiavelo, Sweeny Todd y el Marqués de Sade. Mr. Macgregor al principio no había concedido mucho crédito a estas acusaciones. Estaba demasiado acostumbrado a ese tipo de cosas. Pero con la última carta anónima, U Po Kyin había conseguido superarse a sí mismo en astucia.

Tenía que ver con la fuga de Nga Shwe O, el dacoit, de la cárcel de Kyauktada. Nga Shwe O, que llevaba cumplida la mitad de una pena de siete años ganada a pulso, había estado preparando su huida durante unos cuantos meses, y sus amigos del exterior habían sobornado a uno de los carceleros indios. El guardián recibió cien rupias por adelantado, pidió permiso en la prisión para visitar a un pariente que se estaba muriendo y se fue varios días a disfrutar de los burdeles de Mandalay. Pasó el tiempo y el día para la fuga tuvo que aplazarse unas cuantas veces. Entretanto, el carcelero no podía quitarse de la cabeza los burdeles que había frecuentado. Por eso, finalmente, decidió ganarse un dinero extra revelándole el plan a U Po Kyin. Éste, como en él era habitual, vio la posibilidad de sacarle partido al asunto. Amenazó al carcelero con que lo pagaría muy caro si hablaba de aquello a alguien más, y la misma noche en la que estaba planeada la fuga, cuando era ya demasiado tarde para hacer nada, envió otro anónimo a Mr. Macgregor avisándole de que alguien estaba planeando escaparse. No hace falta decir que en la carta se afirmaba que el Dr. Veraswami, superintendente de la prisión, había sido sobornado para llevar a cabo el plan con su connivencia.

A la mañana siguiente hubo un gran alboroto y mucho trajín con carceleros y policías de un lado para otro pues, efectivamente, Nga Shwe O se había fugado. (Para entonces ya había recorrido un gran trecho río abajo, en un sampán que le había facilitado U Po Kyin). Esta vez Mr. Macgregor quedó desconcertado. Quienquiera que

hubiese escrito aquella carta tenía que ser alguien que conocía el complot de cerca, y seguramente decía la verdad en lo relativo a la connivencia del doctor. Era un asunto muy serio. Un responsable de una cárcel que acepta sobornos para dejar escaparse a un prisionero, puede ser capaz de cualquier cosa. Por lo tanto (quizá la secuencia lógica no quedaba demasiado clara, aunque sí lo suficiente a juicio de Mr. Macgregor), por lo tanto, la acusación de sedición, que era el principal cargo que existía contra el doctor, comenzaba a resultar mucho más verosímil.

Al mismo tiempo, U Po Kyin se había ocupado de los demás europeos. Flory, que era amigo del doctor y su más importante fuente de prestigio, se había asustado tan fácilmente que supo que no había que preocuparse más por él. Con Westfield costó un poco más. Westfield, al ser policía, sabía mucho sobre U Po Kyin y estaba en condiciones de estropearle sus planes. Los policías y los magistrados son enemigos acérrimos naturales. Pero U Po Kyin había sabido cómo volver incluso esa circunstancia adversa a su favor. Había acusado, anónimamente por supuesto, al doctor de estar confabulado con el notorio canalla y corrupto U Po Kyin. Por lo que a Ellis respectaba, no necesitó en este caso de carta anónima alguna; nada podía hacerle tener una opinión del doctor peor de la que ya albergaba.

Incluso había mandado uno de sus anónimos a Mrs. Lackersteen, pues sabía del poder que ostentan las mujeres europeas. El Dr. Veraswami, se decía en la carta, estaba incitando a los nativos a raptar y violar sistemáticamente a las damas europeas; no se daba ningún tipo de detalles, aunque no resultaban en absoluto necesarios. U Po Kyin había tocado la fibra sensible de Mrs. Lackersteen. Para ella las palabras "sedición", "nacionalismo", "rebelión" o "autonomía" sólo le evocaban una cosa, y era la imagen de sí misma siendo violada por una manada de negros coolies con los ojos en blanco y fuera de sus órbitas. Era una idea que a veces le quitaba el sueño. Fuera cual fuese la estima en la que los europeos podían haber tenido al doctor, se estaba desmoronando rápidamente.

—Así que ya ves —dijo satisfecho U Po Kyin—, ya ves cómo he socavado su confianza. Es como un árbol serrado por la base. En tres semanas como mucho le habré dado el empujoncito final.

—¿Cómo?

—Estoy a punto de llegar a esa parte. No entiendes de estas cosas, pero al menos sabes mantener la boca cerrada. ¿Has oído hablar de la rebelión que se está tramando cerca de la aldea de Thongwa?

—Sí, menudos idiotas están hechos esos campesinos. ¿Qué pueden hacer con sus dahs y lanzas contra los soldados indios? Los matarán a tiros como a animales.

—Naturalmente. Si hay algún enfrentamiento aquello será una masacre. Pero, bueno, no son más que un montón de campesinos supersticiosos. Han depositado

toda su fe en esos chalecos antibalas que les están repartiendo. Tanta ignorancia me provoca desprecio.

—¡Pobrecillos! ¿Por qué no intentas detenerlos, Ko Po Kyin? No hace falta siquiera que arrestes a nadie. Sólo tienes que ir a la aldea y decirles que estás al corriente de sus planes, y ya verás como no se atreven a seguir adelante.

—Claro que podría hacerlo si quisiera. Pero no me conviene. Tengo mis razones. Verás, Kin Kin, y por favor guárdalo en absoluto secreto, ésta va a ser, por decirlo de alguna manera, mi propia rebelión. La preparé yo mismo.

—¿Qué?

Ma Kin dejó caer su cigarro. Había abierto tanto los ojos que se le veía toda la pupila. Se había quedado horrorizada. Exclamó:

—Pero, Ko Po Kyin, ¿qué estás diciendo? No puedes decirlo en serio. ¿Tú organizando una revuelta? No puede ser cierto.

—Pues sí que lo es. Y nos está quedando muy bien. Ese brujo que traje de Rangún es un tipo listo. Ha recorrido toda la India como prestidigitador de un circo. Los chalecos se compraron en los almacenes de Whiteaway Laidlaw a una rupia con ocho annas cada uno. Todo esto me va a costar un ojo de la cara, ya te lo digo yo.

—¡Pero, Ko Po Kyin, una rebelión! ¡Habrás combates y tiros, y todos esos pobres hombres morirán asesinados! ¿No te habrás vuelto loco? ¿No temes que también te disparen a ti?

U Po Kyin se detuvo. Parecía asombrado.

—Dios mío, mujer, ¿qué parte es la que no has comprendido? ¿No pensarás que yo me estoy rebelando contra el Gobierno? ¡Yo, un servidor del Gobierno desde hace treinta años! ¡Cielo santo, no! Lo que dije es que yo había comenzado la rebelión, no que vaya a tomar parte en ella. Los que van a jugarse ahí el pellejo son esos aldeanos idiotas, no yo. Nadie podría pensar ni por asomo que yo tuviese algo que ver con ese asunto, aparte de Ba Sein y otros dos.

—Pero ¿no me dijiste que eras tú quien los estaba convenciendo para que se subleven?

—Claro. He acusado a Veraswami de organizar una rebelión contra el Gobierno, por lo que necesito tener una preparada para demostrarlo, ¿no?

—Ya entiendo. Y cuando estalle, dirás que el Dr. Veraswami es el responsable, ¿no es así?

—¡Que tonta eres! Hasta un idiota se daría cuenta de que estoy promoviendo esta rebelión para aplastarla yo mismo. Soy..., ¿cómo lo llama Mr. Macgregor?, un agent provocateur. Tú no lo entiendes porque es latín. Soy el agent provocateur. Primero convenzo a esos bobos de Thongwa de que se subleven y luego les arresto por rebeldes. Justo cuando empiece todo, me abalanzaré sobre los cabecillas y los meteré a todos en la cárcel. Es muy posible que se produzcan disturbios. Unos cuantos

morirán y a otros les enviarán a las Islas Andamanas. Pero entretanto, yo, U Po Kyin, apareceré como el hombre que sofocó a su debido tiempo un levantamiento peligrosísimo. Seré el héroe del distrito.

U Po Kyin, orgulloso de su plan, comenzó a pasearse de nuevo de un lado a otro de la habitación con las manos detrás de la espalda. Ma Kin pensó en silencio sobre el plan por un tiempo. Al fin, dijo:

—Sigo sin comprender por qué haces esto, Ko Po Kyin. ¿A qué te conduce todo esto? ¿Y qué tiene que ver aquí el Dr. Veraswami?

—No sé por qué me esfuerzo en intentar enseñarte algo. ¿Acaso no te dije al principio del todo que Veraswami se interpone en mi camino? Esta rebelión es principalmente para librarme de él. Naturalmente, no vamos a probar que es el responsable del levantamiento, pero qué más da eso. Todos los europeos darán por sentado que anda metido en ese tema de una u otra forma. Así es como funcionan sus cabezas. Veraswami quedará desacreditado para el resto de la vida. Y su caída supone mi ascenso. Cuanto peor logre hacerle parecer, más digna de alabanza les resultará mi conducta. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, lo entiendo. Y creo que es un plan vil y mezquino. Me asombra que no te avergüences de contármelo.

—¡Venga ya, Kin Kin! ¿No irás a empezar de nuevo con todas esas tonterías?

—Ko Po Kyin, ¿por qué sólo logras estar feliz cuando eres cruel?

¿Por qué todo lo que haces tiene que perjudicar siempre a alguien? Piensa en el pobre doctor, que perderá su puesto, y en los aldeanos que morirán, o serán azotados o encerrados en la cárcel de por vida. ¿Es necesario que hagas algo así? ¿Para qué quieres más dinero si ya eres rico?

—¿Dinero? ¿Quién habla de dinero? Algún día te darás cuenta, mujer, de que en el mundo hay otras cosas además de dinero. La fama sin ir más lejos. La grandeza. ¿No ves que el gobernador de Birmania me pondrá una condecoración en el pecho por mi lealtad en este asunto? ¿No te sentirías incluso tú orgullosa ante un honor de ese calibre?

Ma Kin negó con la cabeza sin dejarse impresionar.

—¿Cuándo caerás en la cuenta de que no vas a vivir mil años, Ko Po Kyin? Recuerda lo que les ocurre a los que han vivido de un modo cruel. Te puedes reencarnar en una rana o una rata, por ejemplo. Y también puedes ir al infierno. Un sacerdote me contó en una ocasión algo que había traducido de las escrituras Pali sobre el infierno, y sonaba realmente terrible. Me dijo: «Una vez cada mil años dos lanzas ardiendo se encuentran en tu corazón y entonces te dices a ti mismo “Mil siglos de mi tormento han transcurrido y queda tanto por llegar como lo que ya he padecido”». ¿No te parece espantoso, Ko Po Kyin?

U Po Kyin soltó una carcajada e hizo un gesto burlón con la mano que quería decir “pagodas”.

—Bueno, ¡ojalá puedas seguir riendo cuando llegue el fin de tus días! Por lo que a mí respecta, no tendré que cargar nunca con el peso de haber llevado una vida semejante.

Ma Kin volvió a encender su puro y dio la espalda a U Po Kyin en señal de desaprobación, sin que éste dejara de pasear de un lado a otro de la habitación. Cuando al fin habló, lo hizo con tono mucho más serio, e incluso con un punto de inseguridad.

—Sabes, Kin Kin, hay algo más detrás de todo esto. Algo que no le he contado ni a ti ni a nadie. Ni tan siquiera Ba Sein lo sabe. Pero creo que te lo voy a confesar.

—No quiero oírlo si se trata de alguna otra vileza.

—No, no. Me preguntabas antes cuál era la verdadera finalidad de todo este asunto. Crees, o eso supongo, que estoy arruinando la vida de Veraswami simplemente porque no me gusta o porque su opinión acerca de los sobornos me resulta un problema. No se trata únicamente de eso. Se trata de algo más y mucho más importante que eso, y nos atañe tanto a ti como a mí.

—¿Y qué es?

—¿No has sentido nunca, Kin Kin, un anhelo por alcanzar cosas más elevadas? ¿No te ha llamado la atención que después de todos nuestros éxitos (mis éxitos, mejor dicho), sigamos prácticamente en la misma posición que cuando empezamos? Yo diría que valgo unas doscientas mil rupias, y fijate en el tipo de vida que tenemos que llevar. ¡Mira este cuarto! Objetivamente, no es mejor que el de un campesino. Estoy cansado de comer con los dedos y relacionarme exclusivamente con birmanos (gente inferior y pobre) y vivir, qué diríamos, como un miserable funcionario local. No basta con el dinero; me gustaría sentir que también he ascendido socialmente. ¿A veces no desearías vivir de un modo más... elevado, por decirlo de alguna manera?

—No sé cómo podríamos querer más de lo que ya tenemos. Cuando era una niña y estaba en mi aldea, nunca pensé que llegaría a vivir en una casa como ésta. No hay más que mirar estas sillas inglesas; nunca me he sentado en una de ellas, pero estoy muy orgullosa de poder mirarlas sabiendo que me pertenecen.

—¡Tsch! ¿Para qué saldrías de ese pueblo tuyo, Kin Kin? Sólo sirves para chismorrear junto al pozo con un cántaro sobre la cabeza. Pero yo soy más ambicioso, gracias a Dios. Y te voy a decir la verdadera razón que me mueve a intrigar contra Veraswami. Tengo pensado lograr algo realmente magnífico. ¡Algo glorioso y noble! El mayor honor que puede alcanzar un oriental. Supongo que ya sabes a qué me refiero.

—No, ¿de qué se trata?

—¡Vamos! ¡El mayor triunfo de mi vida! ¿No lo adivinas?

—Ah, ya sé: vas a comprar un automóvil. Pero, Ko Po Kyin, por favor, ¿no esperarás que monte en él?

U Po Kyin dejó caer los brazos en señal de desesperación.

—¿Un automóvil! Tienes el cerebro de un vendedor de cacahuetes del bazar. Podría comprarme veinte automóviles si quisiera. ¿Para qué me iba a servir un coche en este lugar? No, es algo muchísimo más distinguido.

—¿El qué entonces?

—Es lo siguiente: sucede que dentro de un mes los europeos van a elegir a un nativo como miembro de su Club. No quieren hacerlo, pero tienen órdenes del comisario y le obedecerán. Como es natural, iban a votar a Veraswami, que es el funcionario nativo más importante del distrito. Pero ya me he ocupado de difamarle lo suficiente, de modo que...

—¿Qué?

Por un instante U Po Kyin no respondió. Miró a Ma Kin, con su cara grande y amarilla, ancha mandíbula e incontables dientes, que se había suavizado de tal manera que parecía un crío. Hasta podrían haberse visto algunas lágrimas de emoción en los ojos leonados de U Po Kyin. Con voz inaudible, casi con temor reverencial, como si la grandeza de lo que iba a decir le sobrecogiera, dijo:

—¿No lo entiendes, mujer? ¿No comprendes que si Veraswami pierde su buena reputación me elegirán a mí como miembro del Club?

El efecto de estas palabras fue aplastante. No hubo ya por parte de Ma Kin ningún argumento más. La grandeza del proyecto de U Po Kyin la había hecho enmudecer.

Y no sin razón, pues todo lo que él había logrado en su vida era una insignificancia comparado con esto. Era un auténtico triunfo (doblemente tratándose de Kyauktada) que un funcionario de tercera categoría se abriese paso hasta llegar al Club Europeo. El Club Europeo, ese remoto y misterioso templo, ese portal místico de acceso más difícil que el mismo Nirvana. ¡Po Kyin, el golfillo desnudo de Mandalay, el empleado ladronzuelo y oscuro funcionario entraría en ese lugar sagrado, llamaría "amigo mío" a los europeos, bebería whisky con soda y golpearía bolas blancas de un lado para otro sobre la mesa verde! Ma Kin, la pueblerina que había vislumbrado por primera vez los rayos del sol a través de la techumbre hecha con hojas de palmera de una choza, se sentaría en un sillón y llevaría los pies embutidos en medias de seda y zapatos de tacón (¡sí, vestiría zapatos en aquel lugar!) mientras hablaba con damas inglesas en indostaní de ropita para bebés. Era una perspectiva como para deslumbrar a cualquiera.

Durante un rato, Ma Kin permaneció en silencio, con la boca abierta, pensando en el Club Europeo y en las maravillas que contendría. Por primera vez en su vida contemplaba las intrigas de U Po Kyin sin desaprobárselas. Quizá haber sembrado un

grano de ambición en el apacible corazón de Ma Kin era una proeza aún mayor que el hecho mismo de irrumpir en el Club.

Capítulo XIII

Cuando Flory cruzó la puerta del recinto del hospital cuatro barrenderos harapientos pasaron junto a él transportando a un cooli muerto y envuelto en sacos para enterrarlo en alguna fosa improvisada en la selva. Flory atravesó el patio de tierra rojiza que había entre los pabellones del hospital. A lo largo de las amplias verandas, hileras de hombres con rostros macilentos, callados e inmóviles yacían sobre lechos sin sábanas. Unos cuantos chuchos de aspecto inmundo, de los que se decía que devoraban los miembros amputados, dormitaban o se sacudían las pulgas entre los pilotes de los edificios. Todo el lugar tenía un aire asqueroso e infecto. El Dr. Veraswami se esforzaba por mantenerlo limpio, pero no se podía hacer nada contra el polvo, la falta de una buena red de aguas y la pereza y dejadez de los barrenderos y los desmotivados enfermeros.

A Flory le dijeron que el doctor estaba en la consulta. Era una habitación con paredes de yeso, una mesa y dos sillas, y un polvoriento retrato de la Reina Victoria por todo mobiliario. Una procesión de campesinos de músculos nudosos y cubiertos con harapos desfilaba por la habitación y hacía cola delante de la mesa. El doctor estaba en mangas de camisa y sudaba en abundancia. Se levantó instantáneamente con una exclamación de alegría y con su habitual y acelerada disposición, colocó a Flory en la silla vacía y sacó una pitillera del cajón de la mesa.

—¡Qué agradable visita, Mr. Flory! Por favor, póngase cómodo, si es que se puede hablar de comodidad en un sitio así, ja, ja, ja... Después, cuando estemos en mi casa, ya podremos hablar confortablemente mientras tomamos unas cervezas. Le ruego que sea tan amable de disculparme mientras atiendo a toda esta prole.

Flory se acomodó en la silla e inmediatamente comenzó a sudar, llegando a empapar su camisa. El calor de la habitación era agobiante. Los campesinos desprendían olor a ajo por todos sus poros. Cada vez que se acercaba a la mesa un hombre, el doctor saltaba de su silla, daba unos palmaditas al paciente en la espalda, pegaba su oreja morena al pecho, le formulaba una serie de preguntas en birmano popular, y después volvía a su silla y escribía una receta. Los pacientes se las llevaban luego al farmacéutico, que les entregaba botellas llenas de agua y con algunas sustancias vegetales. El farmacéutico se ganaba la vida en gran parte gracias a la venta

de drogas, ya que el Gobierno apenas le pagaba veinticinco rupias al mes. Sin embargo, el doctor no estaba al corriente de esto.

La mayoría de las mañanas, el doctor no tenía tiempo para atender a los pacientes externos él mismo y confiaba esta tarea a alguno de sus ayudantes. Los métodos de diagnóstico de éstos eran muy breves. Se limitaban a preguntar al paciente «¿Dónde te duele, en la cabeza, la espalda o la barriga?», y según la respuesta le entregaban una receta previamente redactada de las que tenían apiladas en tres montones distintos. Los pacientes preferían este método al del doctor, que tenía la manía de preguntarles si padecían enfermedades venéreas (una pregunta que no venía a cuento, poco caballerosa) y a veces les metía miedo sugiriendo la conveniencia de operar. “Cortar barrigas” era como lo llamaban los nativos.

Cuando el último paciente hubo desaparecido, el doctor se hundió en la silla abanicándose con el cuaderno de las recetas.

—¡Qué calor! Hay mañanas que creo que no lograré quitarme de la cabeza este pestazo a ajo. Es increíble cómo hasta la sangre se les impregna con ese tufo. ¿No está usted asfixiado, Mr. Flory? Ustedes los ingleses tienen el sentido del olfato muy sensible, quizá demasiado para un país como éste. ¡Menudo tormento deben sufrir en nuestro asqueroso Oriente!

—Dejen sus narices antes de entrar aquí. Tendrían que poner un letrero que dijera eso en el Canal de Suez. Parece usted muy ocupado esta mañana.

—Igual de ocupado que siempre. Ay, amigo mío, qué desalentadora es la labor de un médico en este país. ¡Estos campesinos son unos puercos salvajes e ignorantes! Lo más que podemos hacer es convencerlos de que vengán hasta el hospital, pues prefieren morir de gangrena o cargar con un tumor del tamaño de un melón durante diez años antes que ver un bisturí. Por no hablar de las medicinas que les dan sus médicos de confianza: hierbas recogidas con luna nueva, bigotes de tigre, cuerno de rinoceronte, orina, flujo menstrual... ¿Cómo puede nadie beberse algo así?

—De todas formas, resulta bastante curioso. Debería usted recopilar una farmacopea, doctor. Sería tan interesante como la de Culpeper.

—Borregos, borregos —dijo el doctor mientras trataba de enfundarse su chaqueta blanca—. ¿Vamos a mi casa? Tengo cervezas y espero que aún queden unos cuantos pedazos de hielo. A las diez tengo una operación muy urgente, una hernia estrangulada. Pero hasta entonces estoy libre.

—Estupendo. De hecho hay algo de lo que me gustaría hablarle.

Cruzaron el patio y subieron los escalones que daban acceso a la veranda del doctor. Éste, una vez hubo comprobado que el hielo de la cubitera se había derretido y ya no era más que agua tibia, abrió una cerveza y llamó nerviosamente a los criados para que pusieran más botellas a refrescar en la cesta de paja húmeda. Flory estaba de pie contemplando la vista desde la barandilla con el sombrero todavía puesto. Lo

cierto es que había ido allí para disculparse. Se había pasado quince días evitando al doctor, justo desde el mismo día en que firmó la insultante nota del Club. De ahí que sintiera la necesidad de pedirle perdón. U Po Kyin podía conocer bien a los hombres, pero se había equivocado al suponer que dos cartas anónimas bastarían para alejar a Flory de su amigo definitivamente.

—Doctor, se imaginará usted lo que he venido a decirle, ¿no?

—¿Yo? No.

—Sí, lo sabe. Se trata de la mala pasada que le jugué a usted hace una semana. Cuando Ellis puso aquella nota en el tablón de Club que también firmé yo. Estoy seguro de que se lo han contado. Me gustaría poder explicarle...

—No, no, amigo mío; no, no —el doctor estaba tan disgustado que fue raudo hacia Flory y le cogió por el brazo—. ¡Usted no tiene que explicarme nada! ¡Ni lo mencione, por favor! Lo entiendo perfectamente, en serio.

—No, no puede usted comprenderlo. Nunca podría. Usted no puede saber el tipo de presión que se ejerce sobre uno para que haga cosas así. No había nada que justificase el que firmara la nota. Si me hubiera negado no me habría ocurrido nada. No existe ninguna ley que nos obligue a comportarnos de ese modo despreciable con los orientales, más bien todo lo contrario. Pero el caso es que uno no se atreve a ser fiel a un oriental cuando eso significa tener que enfrentarse al resto. No está bien visto. Si me hubiera empeñado en no firmar la nota, me habrían hecho la vida imposible durante una o dos semanas. Así que cedí como de costumbre.

—Por favor, Mr. Flory, por favor. Le aseguro que si continúa me hará sentirme muy incómodo. Comprendo perfectamente la situación en la que se encuentra.

—Ya sabe que nuestro lema es: «En la India, haz lo que los ingleses hagan».

—Desde luego, desde luego. Y me parece muy noble. «Permanecer unidos», que dicen ustedes. Ése es el secreto de su superioridad sobre nosotros.

—En fin, nunca sirve de demasiado decir cuánto lo siente uno. Aunque lo que vine a decirle es que ya no sucederá nunca más. En realidad...

—Ya está, Mr. Flory; quedaré muy agradecido si no habla más del tema. Está concluido y olvidado. Y haga el favor de beberse su cerveza antes de que esté tan caliente que parezca té. Además, tengo algo que contarle. No me ha preguntado aún si tengo alguna noticia que transmitirle.

—Ah, eso... ¿Qué tiene que contarme pues? ¿Cómo le va todo? ¿Qué tal está mamá Bretaña? ¿Sigue moribunda?

—¡Muy débil, muy débil! Aunque no tanto como yo. Estoy metido en apuros, amigo mío.

—¿Cómo? ¿U Po Kyin de nuevo? ¿Sigue calumniándole?

—Si sólo fuera eso. Ahora está tramando algo diabólico. Amigo mío, ¿ha oído usted hablar de esa rebelión que está a punto de estallar en el distrito?

—He oído muchas cosas al respecto. Westfield salió dispuesto a hacer una matanza, pero creo que no consiguió encontrar ni un rebelde. Solamente lo de siempre, los Hampdens de la aldea que no quieren pagar los impuestos.

—¡Ah, miserables idiotas! ¿Sabe a cuánto asciende el impuesto que la mayoría de ellos se ha negado a pagar? ¡A cinco rupias! Se cansarán dentro de poco tiempo y no tendrán más remedio que pagar lo que deben. Todos los años sucede lo mismo. Pero en cuanto a la rebelión, la presunta rebelión, ha de saber, Mr. Flory, que tiene más miga de lo que parece.

—¿Cómo?

Para gran sorpresa de Flory, el doctor hizo un gesto de ira tan violento que derramó casi toda la cerveza. Dejó el vaso sobre la barandilla y estalló:

—¡Es ese U Po Kyin otra vez! ¡Ese canalla incalificable! ¡Ese cocodrilo que carece de cualquier humanidad! ¡Ese..., ese...!

—Siga, siga: «Ese baúl obscuro cargado de porquería, ese paquete hinchado con sobornos, esa madriguera que se alimenta de repugnancias...» ¿Qué es lo que ha hecho ahora?

—Una villanía sin precedentes.

El doctor resumió la trama para orquestar ese falso levantamiento, más o menos igual que U Po Kyin se lo había explicado a Ma Kin. El único detalle que se le escapó, pues lo desconocía, fue la intención última de U Po Kyin de ser elegido miembro del Club Europeo. No podía decirse sin faltar a la verdad que el rostro del doctor enrojeciera de indignación, pero sí que surgieron algunas sombras aún más negras que su piel debido a la ira. Flory se quedó tan estupefacto que permaneció quieto y de pie todo el rato.

—¿Qué endemoniadamente astuto! ¿Quién habría pensado que andaba detrás de esto? Pero ¿cómo se las ha apañado usted para descubrir esta intriga?

—Me quedan algunos amigos. Pero ¿se percata usted, amigo mío, de la ruina que me aguarda? Ya me ha calumniado de todas las maneras posibles, y cuando estalle esta absurda rebelión utilizará todo su poder para relacionarme con el levantamiento. Y le aseguro que la más ligera sospecha sobre mi lealtad puede acabar conmigo. Si se llega a sugerir siquiera que simpatizo con esta revuelta, será mi fin.

—Pero, maldita sea, eso es ridículo. Seguro que puede usted defenderse de algún modo.

—¿Y cómo iba a defenderme si no puedo probar nada? Sé que todo es cierto, ¿pero de qué sirve? Si planteo la cuestión ante las autoridades, por cada testigo que sea capaz de aportar, U Po Kyin presentará cincuenta. Usted no se hace a la idea de la influencia que tiene ese hombre en el distrito. Nadie se atreve a decir nada en su contra.

—¿Y qué necesita usted probar? ¿Por qué no va a hablar con el bueno de Macgregor y le cuenta todo esto? A su manera, es un hombre justo y le permitirá que se explique.

—Es inútil, inútil... Usted no piensa como un conspirador. Qui s'excuse s'accuse, ¿no es así? No sirve de nada proclamar por ahí que existe una trama contra uno mismo.

—Bueno, ¿y entonces qué piensa usted hacer?

—No hay nada que esté en mi mano. Sólo esperar y confiar en que mi prestigio no quede dañado. En asuntos como éste en los que está en juego la reputación de un funcionario nativo, no se trata de probar o demostrar nada. Todo depende de la consideración en que le tengan los europeos. Si es buena, no me creerán capaz de algo así; si en cambio es mala, creerán cuanto se diga de mí. El prestigio lo es todo.

Se quedaron en silencio por un momento. Flory sabía de sobra que «el prestigio lo es todo». Estaba acostumbrado a estos turbios conflictos en los que las sospechas cuentan más que las pruebas y la reputación de una persona tiene más peso que un millar de testimonios. De repente le vino a la cabeza una idea, un pensamiento incómodo y comprometido que nunca se le habría ocurrido tres semanas antes. Era uno de esos instantes en que uno ve con toda claridad cuál es su deber y, a pesar de querer rehuirlo con todo el alma, se siente arrastrado a hacer lo que es justo. Flory dijo:

—Supongamos por un instante que le eligieran a usted como miembro del Club; ¿beneficiaría eso en algo su imagen?

—¿Si me aceptasen en el Club? ¡Por supuesto que sí! ¡El Club! Es una fortaleza inexpugnable. Una vez allí dentro la gente prestaría tan poco crédito a estas historias sobre mí como si fueran sobre usted, Mr. Macgregor o cualquier otro caballero europeo. Pero ¿cómo voy a esperar que me voten después de que les hayan metido esas mentiras acerca de mí en la cabeza?

—Bueno, escuche un momento lo que voy a decirle, doctor. Propondré su nombre en la próxima asamblea general. El tema tiene que salir, y si alguien propone un candidato estoy seguro de que nadie excepto Ellis se opondrá. Y mientras tanto...

—¡Amigo mío, mi querido amigo! —el doctor estaba tan emocionado que se sofocaba. Agarró a Flory de la mano—. ¡Qué noble por su parte, amigo mío! ¡Es realmente noble! Pero es demasiado. Me temo que se metería en problemas con sus amigos europeos. Por ejemplo, Mr. Ellis; ¿toleraría él que usted presentase mi nombre?

—Bah, no se preocupe de Ellis. Aunque espero que comprenda que no puedo prometerle que le vayan a elegir seguro. Depende de lo que diga Macgregor y de lo predispuestos que se hallen los demás. Puede que no logremos nada.

El doctor seguía con la mano de Flory cogida entre las suyas, que eran regordetas y húmedas. Se le habían saltado las lágrimas y sus ojos líquidos y aumentados por la lentes, se clavaban sobre Flory como los de un perro.

—¡Ay, querido amigo, si me aceptasen todos mis problemas terminarían! Pero, como ya le dije, no se precipite usted con este asunto. Tenga mucho cuidado con U Po Kyin. Estoy seguro de que ya le cuenta entre sus enemigos. E incluso para usted la antipatía de ese hombre puede suponer un peligro.

—Por Dios, no puede hacerme nada. Hasta ahora lo único que ha hecho ha sido mandarme un par de estúpidos anónimos.

—Yo me andaría con cuidado. Tiene maneras muy sutiles de atacar.

Y tenga por seguro que removerá cielo y tierra para impedir que yo sea admitido en el Club. Si tiene usted un punto débil, protéjase, amigo mío. Dará con él. Siempre ataca a la gente por sus puntos débiles.

—Como los cocodrilos —sugirió Flory.

—Como los cocodrilos —convino el doctor con tono grave—. De todas formas, qué grato sería convertirme en miembro de su Club Europeo. ¡Qué gran honor ser asociado con los caballeros europeos! Pero hay otro asunto, Mr. Flory, que no me molesté en mencionarle anteriormente. Se trata de que, espero que quede lo suficientemente claro, no tengo intención de utilizar el Club en modo alguno. Ser miembro es todo cuanto deseo. Incluso si resulto admitido, no pienso acudir jamás al Club.

—¿No irá usted nunca al Club?

—No. Nunca se me ocurriría obligar a los caballeros europeos a soportar mi compañía. Me limitaría a pagar mis cuotas de socio. Para mí ya es un privilegio bastante grande. Espero que me comprenda usted.

—Perfectamente, doctor, perfectamente.

Flory no pudo evitar reírse cuando subía la colina de regreso a casa. Estaba completamente decidido a proponer la elección del doctor. Se armaría tal revuelo cuando los demás le oyeran decirlo; ¡menuda bronca! Sin embargo, lo más asombroso es que la idea le divertía. La perspectiva que un mes antes le habría aterrorizado, ahora incluso le resultaba excitante.

¿Por qué? ¿Y por qué se había comprometido con el doctor? Era un riesgo mínimo, no había nada de heroico en él, y aún así era impropio de Flory. ¿Por qué rompía, de pronto y después de tantos años comportándose como un pukka sahib, todas las reglas establecidas?

Él conocía el porqué. Era por Elizabeth, que al entrar en su vida la había cambiando de tal manera que parecía como si todos aquellos años mezquinos y miserables nunca hubieran existido. La presencia de ella había dado un giro total a su forma de pensar. Le había devuelto la atmósfera de Inglaterra; de esa querida patria en la que se puede

pensar libremente y no le condenan a uno a representar continuamente la danse du pukka sahib para someter a las razas inferiores. «¿Qué había sido de la vida que llevaba antes?», se preguntó. Sólo con su existencia ella había hecho posible que incluso actuar dignamente le surgiera de un modo natural.

«¿Qué había sido de la vida que llevaba antes?», pensó de nuevo cuando atravesaba la verja del jardín. Era feliz, muy feliz. Se había dado cuenta de que las almas piadosas tenían razón cuando afirmaban que la salvación existe y que se puede empezar de nuevo. Caminó por el sendero y le pareció que su casa, sus flores, sus criados y en general toda la vida que hasta hacía bien poco estaban impregnadas de hastío y nostalgia, se convertían en algo totalmente distinto, gozoso y de una belleza inagotable. ¡Qué estupendo podía llegar a ser aquello si tuviera al menos alguien con quien compartirlo! ¡Cuánto se podía amar este país si no se estaba solo! Nero se encontraba afuera, desafiando al sol para comerse unos granos de arroz que había dejado caer el mali cuando llevaba la comida a las cabras. Fio se abalanzó jadeando sobre el gallo, que pegó un respingo y revoloteó hasta posarse en el hombro de Flory. Éste entró en la casa llevando al gallo colorado en brazos, acariciando su sedoso cuello y sus suaves plumas traseras con forma de diamante.

No había pisado aún la veranda cuando comprendió que Ma Hla May estaba en la casa. No le hizo la falta que Ko S'la saliese corriendo con la cara descompuesta para saberlo. Flory había oído el aroma mezcla de sándalo, ajo y aceite de coco, y también del jazmín con el que se adornaba el pelo. Dejó a Nero sobre la barandilla.

—La mujer ha vuelto —dijo Ko S'la.

Flory había palidecido. Cuando lo hacía, la marca de nacimiento le afeaba más todavía. Un escalofrío como un filo de hielo le había recorrido las entrañas. Ma Hla May apareció en el umbral del dormitorio. Tenía la cabeza agachada y le miraba de soslayo avergonzada.

—Thakin —dijo ella en voz baja.

—¡Vete! —gritó Flory irritado a Ko S'la descargando sobre él la indignación y el miedo que sentía.

—Thakin —dijo de nuevo—, ven al dormitorio. Tengo que decirte una cosa.

La siguió hasta el dormitorio. En una semana, pues sólo había pasado una semana, el aspecto de la joven había empeorado increíblemente. Tenía el cabello grasiento. No había ni rastro de sus guardapelos, y llevaba un longyi de algodón con flores estampadas que valía dos rupias y ocho annas. Se había empolvado tanto la cara que parecía un payaso y contrastaba con las partes de piel morena que había sin maquillaje junto a las raíces del cabello. Parecía una fulana. Flory era incapaz de mirarla, así que se quedó con la vista fijada en lo que se veía de la veranda a través de la puerta.

—¿Qué pretendes viniendo aquí de esta manera? ¿Por qué no estás en tu pueblo?

—Me he quedado en Kyauktada, en la casa de mi primo. ¿Cómo quieres que vuelva a mi aldea después de lo que ha pasado?

—¿Y a santo de qué me envías a nadie exigiéndome dinero? ¿Cómo te atreves a pedirme más cuando hace sólo una semana ya te di cien rupias?

—¿Cómo quieres que vuelva? —repitió ella haciendo oídos sordos a lo que acababa de decir Flory. Elevó tanto la voz que Flory se giró inmediatamente. Ma Hla May estaba completamente histérica, con el ceño fruncido y el gesto enfurruñado.

—¿Por qué no puedes regresar?

—¿Después de lo que me has hecho?

Y de pronto, soltó una incontenible diatriba. Su voz se elevó hasta alcanzar un grado de histerismo que más parecía el de las mujeres del bazar cuando discuten entre ellas.

—¿Para qué? ¿Para que se burlen de mí y me señalen esos estúpidos y miserables campesinos a los que desprecio? ¿Yo, que he sido una bo-kadaw, la mujer de un blanco, regresando a casa de mi padre para remover el arroz junto a viejas brujas y mujeres que no pueden encontrar marido de tan feas como son? ¡Qué humillación, qué humillación! He sido tu mujer durante dos años, me quisiste y cuidaste, y un día de buenas a primeras, sin ningún motivo, me echaste de aquí como a un perro. Y encima quieres que me vuelva a mi pueblo, sin dinero y sin mis joyas ni mis longyis de seda, para que así todo el mundo me señale y diga «Ahí va Ma Hla May, que se creyó más lista que nosotros. Miradla ahora que su hombre blanco le ha hecho lo que hacen siempre a las nativas los europeos». ¡Estoy acabada, acabada! ¿Qué hombre se querría casar conmigo después de haber vivido en tu casa durante dos años? Me has robado la juventud. ¡Qué humillación, qué humillación!

No podía mirarla a la cara, se le veía impotente, pálido y abochornado. Todo lo que Ma Hla May decía era cierto, y no veía la manera de explicarle que lo que había hecho era lo único que podía hacer dada la situación en la que se encontraba. ¿Cómo podía hacerle entender que habría sido un escándalo, un pecado, seguir siendo su amante? Se amedrentó ante ella y sintió la mancha sobre su rostro amarillento más pesada que nunca. Cambiando de tema drásticamente, habló de un modo instintivo de dinero, pues eso nunca había fallado jamás con Ma Hla May.

—Te daré dinero. Tendrás las cincuenta rupias que me pediste, y más adelante te daré otra cantidad. Hasta el mes que viene no tendré más.

Era la verdad. Entre las cien rupias que le había dado a ella y la ropa que se había comprado, había gastado casi todo el dinero que tenía. Para gran consternación de Flory, Ma Hla May rompió a llorar estruendosamente. La mascarilla que formaban los polvos se quebró y las lágrimas le cayeron por las mejillas. Antes de que él pudiera impedirlo, Ma Hla May ya se había arrodillado delante de él y estaba dedicándole reverencias tocando el suelo con la frente, como prueba de la más baja humillación.

—¡Levántate, levántate! —exclamó Flory.

Siempre le había horrorizado que se rebajasen así, doblando el cuello y el cuerpo como ofreciéndose para ser golpeados.

—No puedo soportar que hagas eso. Levántate ahora mismo.

Ella gimió de nuevo e hizo el intento de abrazarse a sus tobillos. Flory se apresuró a apartarse.

—Levántate de una vez y deja de hacer ese odioso ruido. No sé qué motivos ibas a tener para llorar.

No se levantó, pero se incorporó sobre las rodillas y le dijo entre sollozos:

—¿Por qué me ofreces dinero? ¿Crees que sólo vengo aquí a por dinero? ¿Crees que fue el dinero lo único que me importó cuando me echaste de tu casa como a un perro?

—Levántate —repitió. Se había alejado un par de pasos para que no se le agarrara de nuevo—. ¿Qué puedes desear sino dinero?

—¿Por qué me odias? —gimió ella—. ¿Qué daño te he hecho? Te robé la pitillera, pero no te enfadaste por eso. Te vas a casar con esa blanca. Lo sé yo y lo sabe todo el mundo. Pero ¿por qué me tienes que echar? ¿Por qué me odias?

—No te odio. No sabría explicártelo. Levántate, por favor, levántate.

Ma Hla May lloraba ahora sin ningún pudor. A fin de cuentas, no era más que una cría. Ella le miró con los ojos húmedos, buscando desesperadamente en él alguna muestra de compasión. Entonces, protagonizando un espectáculo horrible, se tendió cuan larga era boca abajo.

—¡Levántate, levántate! —gritó Flory en inglés—. No puedo soportar todo esto. ¡Ya está bien!

La muchacha no se levantó, aunque se arrastró como un gusano hasta los pies de Flory. Su cuerpo dejó un rastro en el suelo polvoriento. Yacía postrada ante él con la cara oculta y los brazos extendidos, igual que si estuviera ante el altar de un dios.

—Señor, señor —clamaba—, ¿me podrás perdonar? ¡Esta vez, sólo por esta vez! Admite de nuevo a Ma Hla May. Seré tu esclava, incluso menos que tu esclava. Lo que sea con tal de que no me echés.

Había conseguido finalmente rodearle los tobillos con sus brazos, y le estaba besando los zapatos. Flory la miraba sin saber qué hacer desde arriba con las manos metidas en los bolsillos. Fio entró en la habitación y, acercándose a donde Ma Hla May estaba tumbada, olfateó su longyi. Movié la cola al reconocer el olor. Flory no podía aguantarlo por más tiempo. Se agachó y la cogió por los hombros hasta que ésta quedó de rodillas.

—Venga, arriba —dijo—. Me duele verte así. Haré lo que pueda por ti. Llorar no sirve de nada.

Al momento la joven exclamó con esperanzas renovadas:

—Entonces, ¿me admitirás de nuevo? Señor, acepta a Ma Hla May en tu casa. Nadie lo sabrá. Me quedaré aquí cuando la mujer blanca venga, y se pensará que soy la mujer de uno de los criados. ¿Me dejarás volver?

—No puedo. Es imposible —dijo volviéndole de nuevo la espalda.

Ella entendió por su tono de voz que Flory no estaba dispuesto a que volviera y emitió un grito estremecedor y áspero. Se tiró de nuevo, golpeándose la frente al caer contra el suelo. Todo aquello era horrible. Y lo peor de todo, lo que más dolor provocaba a Flory en su fuero interno, era la bajeza, la falta de dignidad detrás de estas súplicas. Porque en todo aquello no había ni una pizca de amor hacia él. Si ella se arrastraba y lloraba era exclusivamente para recuperar su puesto de amante, la vida ociosa, las ropas caras y la posición de superioridad respecto a los criados. Aquella situación daba una lástima mayor de lo que las palabras pueden expresar. Si Ma Hla May le hubiese amado, Flory la podría haber echado de su casa con muchos menos escrúpulos. Pero las penas que no tienen ni rastro de nobleza resultan siempre más amargas. Flory se agachó y la levantó.

—Escucha, Ma Hla May —dijo—; no te odio y no me has hecho ningún mal. Soy yo el que he sido injusto contigo, pero ya no tiene remedio. Debes irte a casa, y más adelante te enviaré dinero. Si quieres, puedes poner una tienda en el bazar. Eres joven, y esto no te importará lo más mínimo cuando tengas dinero y puedas encontrar marido.

—¡Estoy perdida! —gimió de nuevo—. Me mataré. Me tiraré al río. ¿Cómo voy a seguir viviendo después de esta deshonra?

Flory la tenía cogida entre los brazos, casi acariciándola. Ella se apretaba contra él, hundiendo el rostro en su camisa mientras los sollozos le sacudían el cuerpo. El aroma a sándalo llegaba a Flory hasta penetrarle. Quizá creyera Ma Hla May que con sus brazos rodeándole y su cuerpo pegado al de él, conseguiría recobrar el poder de atracción que antes había ejercido sobre Flory. Pero éste se fue separando de ella suavemente y luego, al ver que no se caía de nuevo sobre sus rodillas, se alejó de ella.

—Ya está bien. Tienes que irte. Te voy a dar ahora mismo las cincuenta rupias que te prometí.

Sacó de debajo de la cama su baúl de latón y cogió cinco billetes de diez rupias. Ella se los guardó sin hablar en el escote de su ingyi. Sus lágrimas habían cesado de un modo asombrosamente repentino. Sin pronunciar ni una palabra, Ma Hla May entró al baño un momento y volvió con la cara lavada y el cabello y el vestido recompuestos. Se la veía triste, aunque ya no había ni rastro del histerismo de antes.

—Por último vez, thakin: ¿no me dejas volver? ¿Es tu última palabra?

—Sí. No puedo hacer otra cosa.

—Entonces me voy, thakin.

—Muy bien. Que Dios te acompañe.

Apoyado contra la base de madera de la veranda, Flory la vio alejarse por el sendero bajo la intensa luz del sol. Caminaba muy erguida, se le notaba incluso de espaldas que cargaba con el peso de haberse sentido ofendida. Era cierto lo que había dicho: él le había robado la juventud. Flory sintió cómo las rodillas le temblaban. Ko S'la se colocó detrás de su señor sin ser advertido. El criado tosió ligeramente para llamar la atención de Flory.

—¿Qué pasa ahora?

—El desayuno del santísimo se está enfriando.

—No quiero desayunar. Tráeme algo de beber... ginebra.

¿Qué había sido de la vida que llevaba antes?

Capítulo XIV

Como largas agujas curvas enhebrándose en un bordado, las dos canoas que transportaban a Flory y Elizabeth se abrían paso a través de la ensenada que conducía tierra adentro desde la orilla oriental del Irrawaddy. Era el día que se iban de caza; una excursión de un solo día, pues no podían quedarse juntos en la selva de noche. Cazarían un par de horas por la tarde, cuando se suponía que “refrescaba” un poco, y estarían de vuelta en Kyauktada a tiempo para la cena.

Las canoas, hechas cada una de un tronco vaciado, se deslizaban velozmente, sin apenas rizar la oscura superficie del agua marrón. Los jacintos acuáticos, con su profuso y esponjoso follaje y sus flores azules, habían invadido de tal modo el río que el canal quedaba reducido a una serpeante cinta de un metro de ancho. La luz se filtraba verdosa a través de las ramas entrelazadas. A veces se oía a los loros chillando encima, aunque no aparecía ninguna criatura salvaje. Sólo vieron una vez a una serpiente que nadaba a toda prisa y se perdía entre los jacintos.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al pueblo? —preguntó dando un grito Elizabeth a Flory. Él iba en una canoa mayor detrás, con Fio, Ko S’la y una arrugada anciana vestida con harapos que iba remando.

—¿Cuánto queda, abuela? —dijo Flory a la remera.

La anciana se sacó el cigarro de la boca y descansó el remo sobre las rodillas para reflexionar un momento.

—La distancia del grito de un hombre —dijo después de meditarlo.

—Algo menos de un kilómetro —tradujo Flory.

Habían recorrido tres kilómetros. A Elizabeth le dolía la espalda. Las canoas tendían a volcarse al menor movimiento imprudente, y era preciso mantenerse muy erguido, sentado en el estrecho banquillo y manteniendo los pies tan lejos como fuera posible del pantoque, en el que había gambas muertas y parecía a punto de hacer agua por todos lados. El birmano que remaba la canoa de Elizabeth tenía sesenta años, aunque su cuerpo semidesnudo era tan perfecto como el de un jovencito. Su rostro, curtido por la edad, era amable y simpático. Su mata negra de pelo, más bonita de lo que cabía esperar en un birmano, estaba recogida a un lado en un moño que dejaba caer uno o dos mechones sobre la mejilla. Elizabeth tenía sobre el regazo la escopeta de su

tío. Flory se había ofrecido a llevársela, pero ella no quiso; la verdad era que le gustaba tanto sentir el contacto con el arma que no podía dejar de acariciarla ni por un momento. Nunca había tenido entre sus manos una escopeta hasta el día de hoy. Vestía una falda áspera, zapatos gruesos de cuero y una camisa de seda como las de caballero, atuendo que completado con el sombrero terai sabía positivamente le sentaba bien. A pesar del dolor de espalda y las picaduras de los mosquitos que zumbaban en torno a sus tobillos, era feliz.

El arroyo se iba estrechando y las capas de jacintos dejaban su lugar a bancos de brillante barro del color del chocolate. Junto a la orilla, unas chozas de tejados desvencijados hundían sus cimientos en el cauce del río. Un niño desnudo que estaba entre dos de las cabañas jugaba con un escarabajo atado a un hilo como si de una cometa se tratara. Gritó al ver a los europeos y acto seguido salieron más niños de ninguna parte. El viejo birmano condujo la canoa hasta un embarcadero hecho con un tronco de palmera medio hundido en el fango, cubierto de percebes y con asideros, y desembarcó para ayudar a bajar a Elizabeth. Les siguieron los de la otra canoa con las mochilas y los cartuchos, y Fio, como hacía siempre en estas ocasiones, se lanzó al barro para hundirse en él hasta casi el cuello. Un anciano enjuto que llevaba un paso violeta y tenía en su mejilla una verruga de la que brotaban cuatro pelos grises y kilométricos, se adelantó haciendo reverencias y soltando algún coscorrón en la cabeza a los niños que había arremolinados alrededor de los europeos.

—Es el cacique de la aldea —dijo Flory.

El viejo los llevó a su casa, andando por delante de ellos tan encorvado que parecía una letra "l" boca abajo; era el resultado del reumatismo combinado con las constantes reverencias que tiene que hacer todo cargo inferior de la Administración. Una multitud de críos correteaba siguiendo a los europeos, a los que se sumaban más y más perros, todos ellos ladrando y asustando a Fio, que se encogía de miedo y no se separaba de las faldas de Flory. A la entrada de cada choza, racimos de caras redondas y rústicas miraban boquiabiertos a la ingaleikma. La aldea estaba a la sombra del denso follaje. Durante la época de las lluvias, la crecida del río convertía la parte baja del poblado en una primitiva Venecia de madera en la que los vecinos tenían las canoas amarradas a la puerta de sus cabañas.

El cacique vivía en una casa algo mayor que las del resto, que además contaba con tejado de calamina que, a pesar del estruendo insoportable que causaba cuando llovía, era su principal motivo de orgullo. Para poder permitírselo había tenido que renunciar a construirse una pagoda, con lo que disminuyeron ostensiblemente sus posibilidades de gozar del Nirvana. Subió los escalones a toda prisa y dio una patada en las costillas a un joven que dormía en la veranda. Luego se volvió e hizo nuevas reverencias a los europeos, rogándoles que entraran en su casa.

—¿Quiere usted que entremos? —preguntó Flory a Elizabeth—. Creo que tendremos que esperar una media hora.

—¿No podría pedirle que nos sacase unas sillas afuera? —sugirió ella.

Tras su experiencia en la casa de Li Yeik había decidido que no pasaría de nuevo al hogar de un nativo si podía evitarlo.

Se armó un revuelo en el interior de la casa y el cacique, el joven y unas cuantas mujeres sacaron dos sillas decoradas de un modo extrañísimo con hibiscos rojos y también les llevaron unas begonias plantadas en latas de keroseno. Estaba claro que habían preparado allí dentro una especie de doble trono para los europeos. Después que Elizabeth se hubo sentado, el cacique reapareció con una tetera, un manojo de bananas verdes enormes y seis cigarros negros como el carbón. Pero cuando le sirvieron el té, Elizabeth sacudió la cabeza al ver que su aspecto era incluso peor que el del que les había ofrecido Li Yeik.

El cacique quedó abatido y se frotó la nariz desconcertado. Se volvió hacia Flory y le preguntó si la thakinma querría tomar un poco de leche con el té. Si le gustaba más así, mandaría a algún vecino a que ordeñase una vaca para ella. Pero Elizabeth se negó también a tomar el té con leche sin hervir; sin embargo, tenía sed y pidió a Flory que le fuera a buscar una de las botellas de soda que Ko S'la había traído para ellos. Al ver esto, el cacique se marchó sintiéndose culpable ante lo insuficiente de sus preparativos, y dejó la veranda a los europeos.

Elizabeth seguía con la escopeta acunada sobre su regazo, mientras que Flory, acodado en la barandilla, hacía como que fumaba uno de los espantosos cigarros del cacique. Elizabeth estaba ansiosa porque empezase la jornada de caza y le acribillaba a preguntas.

—¿Cuándo empezaremos? ¿Cree usted que tenemos cartuchos suficientes? ¿Cuántos hombres llevaremos? Ojalá tengamos buena suerte. ¿Cree que cazaremos algo?

—Lo más seguro es que no encontremos nada espectacular. Unos pocos pichones, algún ave exótica si hay suerte... No es temporada, pero no pasa nada si disparamos a las perdices. Dicen que hay un leopardo por aquí cerca que mató a un buey de la aldea hace una semana.

—¡Vaya, un leopardo! ¡Sería estupendo si lo cazáramos!

—Pero me temo que es muy poco probable. La única regla que vale cuando se va de cacería en Birmania es que no tiene que hacerse uno muchas ilusiones. Por lo general, siempre resulta decepcionante. En la selva hay una cantidad increíble de animales, pero muchas veces no se tiene ni tan siquiera la oportunidad de disparar.

—¿Y a qué se debe eso?

—La jungla es muy densa. Un animal puede estar a cinco metros sin ser visto y la mitad de las veces consiguen burlar a los oteadores. Incluso cuando los ves, sólo es

por un instante. Y además, hay tanta agua por todas partes que ningún animal se ve obligado a volver a ningún lugar en concreto para beber. Por ejemplo, un tigre puede alejarse cientos de kilómetros si le conviene. Y como también encuentran presas allá donde van, no necesitan regresar a un determinado lugar si notan algo sospechoso. Cuando era niño me pasaba noche tras noche sentado entre apestosas vacas muertas esperando que llegaran tigres, pero nunca venían.

Elizabeth apretó los omoplatos contra el respaldo de la silla. Era un gesto que solía hacer cuando algo la complacía en extremo. Le encantaba Flory, de veras le encantaba cuando se ponía a hablar de esa manera. El comentario más trivial sobre caza le hacía estremecerse. ¡Si hablara tan sólo de eso en vez de sobre libros, Arte y esa odiosa poesía! En un súbito impulso de admiración, decidió que Flory era un hombre guapo a su manera. Tenía un aspecto tan viril con su camisa pagri con el cuello abierto, sus pantalones cortos, sus medias y sus botas de caza... Y también estaba su cara, bronceada por el sol y curtida como la de un soldado. Su mejilla marcada quedaba al otro lado, donde ella no la podía ver. Le empujó a que siguiera hablando.

—Cuénteme más sobre cómo se cazan tigres. ¡Es apasionante!

Flory le describió la vez que atrapó hacía unos años un ejemplar especialmente peligroso que había matado a uno de sus coolies. Le habló de cómo le aguardaron en un machan plagado de mosquitos, de los ojos del tigre evolucionando a través de la oscura selva como grandes linternas verdes; y del resuello, el sonido jadeante que emitía mientras devoraba el cuerpo del cooli. Flory le contó todo esto un poco por encima, ahorrándose la pesadísima verborrea que el anglo-indio emplea siempre que habla de cazar tigres, lo cual no impidió que Elizabeth retorciera complacida una vez más los hombros. Flory no se daba cuenta de que este tipo de conversación era lo que más la tranquilizaba y compensaba por todas las ocasiones en las que la había aburrido y contrariado. Por el sendero bajaron seis jóvenes desgreñados que llevaban dahs apoyados sobre el hombro e iban comandados por un hombre de pelo cano, enjuto pero fuerte. Se detuvieron frente a la casa del cacique y uno de ellos lanzó un alarido ronco y acto seguido regresó el caudillo de la aldea para explicarles que éstos eran los oteadores. Estaban preparados y dispuestos para salir inmediatamente si a la joven thakinma no le parecía excesivo el calor.

Se pusieron en camino. El lado del pueblo opuesto a la ensenada estaba protegido por un seto de cactus de dos metros de altura y casi cuatro de ancho. Atravesaron un sendero estrecho rodeado de más cactus, y después siguieron por un camino para carretas lleno de baches y a cuyos lados crecían bambúes tan altos como mástiles. Los batidores marchaban en cabeza formando una fila india, con sus largos dahs pegados al antebrazo. El viejo cazador iba justo delante de Elizabeth. Llevaba el longyi amarrado a la cintura como un taparrabos y tenía sus flacos muslos cubiertos de tatuajes tan enrevesados que parecía que llevase unos calzoncillos de ese color. Un

bambú del grosor de un brazo había caído y estaba en medio del camino. El oteador que marchaba el primero lo partió con un machetazo de su dak; el agua que la caña contenía salió a borbotones con un brillo diamantino. Después de andar media milla llegaron a campo abierto; todos estaban sudando muchísimo, pues habían andado bastante deprisa y el sol pegaba fuerte.

—Allí es donde vamos a cazar —dijo Flory.

Señaló una polvorienta explanada llena de rastros, dividida en parcelas de uno o dos acres. Era un lugar llanísimo y lo único vivo que había allí eran unas garcetas blancas. Al fondo surgía abruptamente una selva de árboles enormes, como un acantilado verde oscuro. Los oteadores se dirigieron hacia un arbolito parecido a un espino que había a unos veinte metros. Uno de ellos hacía reverencias al árbol puesto de rodillas murmurando algo incomprensible, mientras que el cazador mayor vertía una botella con un líquido turbio sobre el suelo. Los demás miraban con expresión seria y aburrida, la misma que tienen los hombres en la iglesia.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Elizabeth.

—Un sacrificio a los dioses locales. Nats les llaman ellos; algo así como ninfas o duendes de los bosques. Les rezan para que nos den buena suerte.

El cazador volvió y con la voz cascada explicó que tenían que batir una arboleda cercana antes de entrar en la selva propiamente dicha. Por lo visto el Nat lo había aconsejado así. Indicó a Flory y Elizabeth cuál era el lugar al que tenían que ir con su dah. Los seis oteadores desaparecieron entre los matorrales de la selva; desde allí se desviarían y batirían en dirección a los arrozales. Flory y Elizabeth se guarecieron entre unos rosales que había a treinta metros de la entrada de la selva, mientras Ko S'la se agachaba detrás de otro arbusto un poco apartado sujetando a Fio por el collar y acariciándola para que no ladrara. Flory siempre ordenaba a Ko S'la que se quedara a cierta distancia, pues le irritaba la manía que tenía su criado de chasquear la lengua si fallaba un tiro. Al poco tiempo comenzó a llegar un eco lejano, un ruido de pisadas y gritos huecos; la batida había empezado. Al oírlo, a Elizabeth las piernas se le pusieron a temblar tan incontrolablemente que no podía mantener fijo el cañón de su rifle. Un pájaro maravilloso, algo mayor que un zorzal, con las alas grises y el cuerpo de un escarlata resplandeciente, surgió de entre los árboles y fue hacia ellos volando bajo. Las pisadas y los gritos se acercaban cada vez más. Uno de los matorrales que había a la entrada de la selva se agitó violentamente; algún animal grande estaba saliendo de allí. Elizabeth levantó su arma e hizo amago de apuntar, pero se trataba tan sólo de un oteador desnudo dah en mano. Al comprobar que había aparecido fuera de la selva, llamó a gritos a sus compañeros para que se reunieran con él.

Elizabeth bajó el arma.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Ha terminado la batida.

—¿Y no han encontrado nada? —exclamó muy decepcionada.

—No se preocupe, en la primera batida nunca se encuentra nada. En la próxima tendremos más suerte.

Cruzaron el calvero saltando los linderos de barro que separaban las distintas parcelas y se situaron frente a la alta pared verde que formaba la selva. Para entonces Elizabeth ya había aprendido a cargar el arma. Apenas había comenzado la segunda batida cuando Ko S'la pegó un silbido agudo.

—¡Atención! —gritó Flory—. ¡Rápido, ahí vienen!

Una bandada de palomas verdes volaba hacia ellos a gran velocidad, a unos cuarenta metros por encima de sus cabezas. Eran como un montón de piedras arrojadas por una catapulta al cielo. Elizabeth estaba tan emocionada que no sabía ni qué hacer. Se quedó paralizada por un instante, después apuntó con la escopeta al aire sin fijarse demasiado y apretó con fuerza el gatillo. No sucedió nada; lo que en realidad había apretado era la protección del gatillo. Justo cuando pasaban sobre ellos las aves logró encontrar los gatillos y apretó ambos al mismo tiempo. Se produjo un ruido ensordecedor y Elizabeth salió disparada hacia atrás con la clavícula punto de rompersele. Había disparado a treinta metros de donde estaban los pájaros. En ese preciso momento vio cómo Flory se giraba y apuntaba con su arma. De pronto, dos palomas dejaron de volar y cayeron en picado y se clavaron en el suelo como un par de flechas. Ko S'la gritó de alegría y salió corriendo con Fio en busca de ellas.

—¡Mire —dijo Flory—, una paloma imperial! ¡Vamos a por ella!

Un ave de gran tamaño que volaba mucho más despacio que las demás, batía sus alas por encima de ellos. Elizabeth no se molestó en disparar tras su anterior fallo. Se fijó en cómo Flory metía un cartucho en la recámara, elevaba la escopeta y dejaba escapar un hilo de humo blanco del cañón. El pájaro planeó con un ala rota. Fio y Ko S'la acudieron corriendo y excitados. La perra llevaba la paloma imperial en la boca y Ko S'la sacó sonriente de su bolsa dos palomas verdes.

Flory cogió una de las pequeñas piezas para enseñársela a Elizabeth.

—Mírelo. ¿No son preciosas? El pájaro más bello que hay en toda Asia.

Elizabeth tocó sus suaves plumas con la punta de un dedo. Le dio una envidia malsana no haberlo cazado ella. Y sin embargo, era curioso, porque sentía casi adoración por Flory ahora que había visto que sabía manejar con maestría un arma.

—Fíjese en las plumas del pecho; parecen joyas. Es un crimen matarlas. Los birmanos dicen que cuando matamos un pájaro de estos ellos vomitan, como queriendo decirnos: «Mira, esto es todo lo que poseo y nada te he quitado a ti. ¿Por qué me matas entonces?» Aunque tengo que admitir que nunca he visto a ninguno hacerlo.

—¿Están ricas?

—Mucho. Sin embargo, siempre me da una gran pena matarlas.

—Ojalá supiese disparar como lo hace usted —dijo con envidia.

—Es sólo cuestión de práctica, enseguida le cogerá el truco. Ya sabe sujetar el arma y eso es algo que la mayoría de la gente no es capaz de hacer cuando empieza.

A pesar de todo, Elizabeth tampoco cazó nada en las dos siguientes batidas. Había aprendido a no disparar los dos cañones a la vez, pero el nerviosismo no le dejaba apuntar bien. Flory se cobró unas cuantas palomas más y un pequeño palomo con las alas de color bronce y la espalda verduzca. Las lechuzas eran demasiado astutas como para dejarse ver, aunque se las oía por todas partes. También se pudo escuchar una o dos veces a alguna perdiz, pero nada más. La luz era gris y de vez en cuando, por según qué zonas, resultaba deslumbrante. Adondequiera que se mirase uno se sentía encerrado entre incontables filas de árboles, y los arbustos y enredaderas que luchaban entre sí como lo hace el mar con los muelles. Era tan espeso, con matorrales y zarzas extendiéndose kilómetro tras kilómetro, que la vista se sentía oprimida. Algunas enredaderas eran enormes, igual que serpientes. Flory y Elizabeth avanzaban con dificultad por los resbaladizos terraplenes y los senderos trazados por los cazadores, sin poder evitar que las espinas les arañaran sus ropas. Ambos llevaban las camisas empapadas de sudor. Hacía un calor asfixiante y el olor de la hojarasca aplastada flotaba en el aire. A veces, cigarras que nadie conseguía ver se pasaban unos cuantos minutos realizando un sonido metálico parecido a la pulsación de una cuerda de guitarra y, de repente, dejaban paso a un inquietante silencio.

Cuando iba a empezar la quinta batida llegaron a un gran árbol en el que se oía el arrullo de las palomas que había en su copa. Recordaba de algún modo al mugir de las vacas. Un pájaro revoloteó hasta ir a posarse en una de las ramas que había arriba del todo; era sólo una pequeña mancha gris vista desde abajo.

—Intente darle a ese blanco —dijo Flory a Elizabeth—. Apúntele y apriete el gatillo sin pararse a pensarlo. No cierre el ojo izquierdo.

Elizabeth levantó su escopeta, que ya había empezado a temblar como antes. Los oteadores se detuvieron para observarla y algunos no pudieron evitar chasquear la lengua; les parecía extraño y chocante que una mujer manejase un arma. Con gran esfuerzo, Elizabeth mantuvo firme el cañón un segundo y apretó el gatillo. No escuchó el disparo; nunca se oye cuando uno da en el blanco. Dio la sensación de que el pájaro saltaba desde la rama y después cayó dando tumbos hasta quedar atrapado en una horcadura que había a unos diez metros del suelo. Uno de los batidores soltó su dah y calculó donde había caído la pieza; después se acercó a una liana tan gruesa como el muslo de un hombre y retorcida cual caña de azúcar que colgaba de una rama. Subió por la liana con la misma facilidad que si hubiera sido una escalera, anduvo sobre la rama y bajó el palomo. Se lo entregó a Elizabeth aún moribundo y caliente.

Estaba tan encantada de haberlo cazado que se resistía a soltarlo. Lo habría besado o abrazado contra el pecho. Flory, Ko S'la y el resto de hombres se sonrieron al ver

cómo acariciaba al pájaro. De mala gana, Elizabeth acabó por dárselo a Ko S'la para que lo guardara en la bolsa. Elizabeth sentía unas ganas desmedidas de rodear a Flory por el cuello con los brazos y besarle; de algún modo, cazar un palomo le había provocado ese deseo.

Después de la quinta batida el cazador explicó a Flory que debían cruzar un claro en el que crecían piñas y que batirían otro sector de la selva, que había pasado aquel lugar. Salieron pues al sol, que cegaba los ojos tras la penumbra de la jungla. El claro era un espacio oblongo de uno o dos acres robado a la selva a base de machetazos, con pinos que parecían cactus ordenados en hileras y cubiertos de matojos. Un seto bajo de espinos dividía el campo por la mitad. Casi habían atravesado el claro cuando de pronto oyeron un agudo quiquiriquí al otro lado del seto.

—¡Escuche! —exclamó Elizabeth parándose—. ¿Era eso un gallo salvaje?

—Sí. Salen a esta hora para comer.

—¿No podríamos intentar cazarlo?

—Si quiere usted podemos probar. Aunque le advierto que son unos animales muy astutos. Seguiremos el seto hasta que estemos a su altura. No debemos hacer ni el más mínimo ruido.

Mandó por delante a Ko S'la y los oteadores mientras ellos daban la vuelta y se pegaban agachados al seto. Tenían que inclinarse muchísimo para no ser descubiertos. Elizabeth iba primero. El sudor caliente se le escurría por la cara, haciéndole cosquillas en el labio superior, y el corazón le latía violentamente. Sintió que Flory le daba un golpecito en el tacón de sus botas por detrás. Ambos se pusieron derechos y miraron por encima del seto a la vez.

A unos diez metros, un gallito del tamaño de un bantam picoteaba enérgicamente el suelo. Era precioso, con sus largas y sedosas plumas, su cresta tiesa y su cola verde laurel dibujando un arco. Lo acompañaban seis gallinas, unas aves pardas aún más pequeñas, con plumas cortas y anchas como escamas de serpiente. Todo esto lo vieron Elizabeth y Flory en fracciones de segundo, y al instante, tras un graznido y un batir de alas, los pájaros ya volaban como balas en dirección a la selva. Al momento, de un modo prácticamente automático, Elizabeth apuntó y disparó. Fue uno de esos tiros que se hacen sin mirar, sin tener apenas conciencia de que se sostiene entre las manos un arma, en los que la mente de uno va por delante y alcanza el objetivo antes que el proyectil. Sabía que el ave estaba condenada incluso antes de apretar el gatillo. El gallo se desplomó, soltando plumas por todos lados.

—¡Buen disparo! ¡Buen disparo! —gritó Flory.

En su alegría, ambos tiraron al suelo sus armas, atravesaron el seto y corrieron a donde yacía el ave.

—¡Buen disparo! —repitió Flory tan excitado como ella—. ¡Caramba, nunca había visto a nadie matar a un pájaro en pleno vuelo su primer día de cacería! Disparó usted como un relámpago. ¡Ha sido increíble!

Estaban arrodillados el uno frente al otro con el gallo muerto entre los dos. Con sorpresa descubrieron que sus manos, la derecha de él y la izquierda de ella, estaban fuertemente entrelazadas. Habían ido corriendo cogidos de la mano sin darse cuenta.

Una súbita serenidad les invadió y sintieron que algo trascendente estaba a punto de ocurrir. Flory le tomó la otra mano y ella se la cedió gustosa y rendida. Permanecieron durante unos instantes de rodillas y con las manos cogidas. El sol les golpeaba implacablemente y sus cuerpos emanaban calor; parecían estar flotando entre nubes de calidez y júbilo. Flory la cogió por los hombros y la atrajo hacia sí.

De pronto, Flory giró la cabeza y se levantó, ayudando a Elizabeth a incorporarse. La soltó. Se había acordado de su marca de nacimiento. No se atrevía a dar ese paso. ¡Aquí no, a plena luz del día! Eso sería una desconsideración atroz. Para disimular aquella situación tan embarazosa, Flory se agachó y recogió el gallo salvaje.

—Fue un disparo magnífico —dijo—. No necesita usted que le den ninguna lección. Ya sabe todo lo que necesita saber para ser una buena cazadora. Tenemos que comenzar la siguiente batida.

Acababan de atravesar de nuevo el seto para recoger sus armas, cuando oyeron unos gritos que provenían de uno de los bordes de la selva.

—¿Qué es eso? —preguntó Elizabeth.

—No lo sé. Habrán visto algún animal. Por cómo gritan debe de ser algo bastante bueno.

—¡Genial! ¡Vamos!

Cruzaron a toda velocidad el campo, abriéndose paso entre los pinos y la abundante y espinosa mala hierba. Ko S'la y cinco oteadores formaban un corro y hablaban todos al mismo tiempo, mientras los dos restantes hacían entusiasmados señas a Flory y Elizabeth. A medida que los europeos se aproximaban, vieron que en medio del grupo había una anciana que con una mano se sujetaba su andrajoso longyi al tiempo que sacudía en el aire la otra, en la que tenía un enorme puro. Elizabeth pudo distinguir una palabra que sonaba como char y que repetían una y otra vez.

—¿Qué es lo que están diciendo? —preguntó ella.

Los oteadores rodearon a Flory hablando precipitadamente y señalando en dirección a la selva. Después de hacerles unas preguntas, Flory les hizo callar con un movimiento de la mano y se volvió hacia Elizabeth.

—Parece que hemos tenido suerte. Esta mujer pasaba por la selva y dice que cuando usted disparó hace un momento, vio a un leopardo correr por el sendero. Estos hombres saben dónde debe de estar escondido. Si nos damos prisa podremos

rodearlo antes de que se escabulla y sacarlo de su escondrijo. ¿Le apetece que lo intentemos?

—¡Sí, sí, vamos allá! ¡Qué bien! ¡Sería maravilloso cazar un leopardo!

—Pero ¿se da usted cuenta del peligro que encierra? Nos mantendremos juntos y lo más probable es que todo salga bien, pero cuando se va a pie nunca es del todo seguro. ¿Se siente preparada para algo así?

—Claro, claro. No tengo miedo. Venga, empecemos enseguida.

—Que uno de vosotros nos acompañe para guiarnos —dijo Flory a uno de los batidores—. Ko S'la, sujeta a Fio con la correa y ve con los demás. No estaría tranquila con nosotros. Tenemos que darnos prisa —añadió dirigiéndose a Elizabeth.

Ko S'la y los demás oteadores rodearon corriendo el borde de la selva. Empezarían la batida desde un poco más arriba. El oteador que se había quedado con ellos, el mismo joven que había subido al árbol para coger el palomo, se sumergió en la jungla seguido por Flory y Elizabeth. Con pasos cortos y rápidos, casi corriendo, los condujo a través de un laberinto de sendas de caza. Los arbustos eran tan espesos que a veces había que avanzar prácticamente arrastrándose, y las lianas, que colgaban de un lado a otro, parecían cuerdas colocadas para accionar trampas. El suelo polvoriento ahogaba el sonido de las pisadas. En un lugar indeterminado, el oteador se frenó, señaló el suelo para indicar que ese sitio estaría bien y se puso el dedo sobre los labios en señal de silencio. Flory sacó cuatro cartuchos de los bolsillos y cogió el arma a Elizabeth para cargarla sigilosamente.

Oyeron un leve crujido a sus espaldas y se sobresaltaron. Un chico casi desnudo con una perdigonera y venido de Dios sabe dónde, había partido una rama. Miró al batidor, sacudió la cabeza y señaló sendero arriba. Se produjo un diálogo de signos entre los dos muchachos, y finalmente el oteador pareció conforme. Sin decir una palabra, los cuatro anduvieron cuarenta metros por la senda, torcieron en un recodo y se detuvieron de nuevo. En ese mismo instante, un terrible jaleo de gritos entremezclados con los ladridos de Fio se desencadenó a algunos metros de allí.

Elizabeth sintió la mano del oteador sobre el hombro indicándole que se agachara. Todos gatearon hasta esconderse bajo un arbusto lleno de espinas, quedando los europeos en primera línea y los birmanos detrás. A lo lejos se oía tal tumulto de gritos y golpes de dah contra troncos de árbol que costaba creer que seis hombres pudieran generar ellos solos semejante estruendo. Los batidores se estaban tomando sus molestias para evitar que el leopardo retrocediera. Elizabeth se fijó en unas hormigas grandes y de un amarillo pálido que desfilaban como soldados por las espinas del arbusto. Una le cayó sobre la mano y le subió por el antebrazo. No se atrevía a moverse para quitársela de encima y rezaba en silencio:

—¡Dios mío, por favor, haz que venga el leopardo! ¡Dios mío, por favor, haz que venga el leopardo!

De repente se oyeron pisadas sobre la hojarasca. Elizabeth colocó el arma en posición, pero Flory sacudió enérgicamente la cabeza y bajó el cañón de la escopeta de la joven. No era más que una especie de pavo que atravesaba el sendero con zancadas largas y ruidosas.

Los alaridos de los oteadores no parecían acercarse apenas, y por aquel lado de la selva había el mismo silencio que en un mortuorio. La hormiga que Elizabeth tenía en el brazo le mordió con fuerza y cayó al suelo. La joven comenzaba a desesperarse; el leopardo no llegaba, les había esquivado, seguro que lo habían perdido. La decepción que sentía era tan grande que habría preferido que no les hubieran hablado nunca del leopardo. Entonces notó que el oteador le daba un golpecito en el codo. Estiraba el cuello hacia delante, quedando su mejilla lisa y amarilla a escasos centímetros de la de Elizabeth; podía olerle el aceite de coco que llevaba en el pelo. Tenía sus gruesos labios preparados como para silbar; había escuchado algo. Entonces Flory y Elizabeth lo oyeron también, un susurro levísimo, como si alguna criatura voladora se estuviera deslizándose por la selva, rozando apenas el suelo con los pies. En aquel mismo instante, la cabeza y los hombros del leopardo surgieron de entre la maleza, unos quince metros sendero abajo.

El animal se detuvo apenas pisando el camino con sus patas delanteras. Podían ver su cabeza baja con las orejas chatas, sus colmillos afilados y uno de sus gruesos y fuertes muslos. Con la sombra, no parecía amarillo, sino grisáceo. Estaba prestando mucha atención a cualquier posible sonido. Elizabeth vio a Flory incorporarse de un salto, apuntar con su arma y apretar el gatillo al instante. El disparo retumbó como un estruendo, y prácticamente al mismo tiempo se oyó a la fiera caer redonda sobre los hierbajos.

—¡Cuidado! —gritó Flory—. ¡Todavía no está muerto del todo!

Le disparó otra vez y se produjo un ruido seco al impactar la bala contra el animal. El leopardo estaba agonizando. Flory abrió el arma y se buscó en el bolsillo otro cartucho. Finalmente, los arrojó todos sobre el sendero y se puso de rodillas, revolviendo entre ellos apresuradamente.

—¡Maldita sea! —exclamó—. No hay ni un cartucho SG. ¿Dónde demonios los puse?

El leopardo se había esfumado mientras Flory seguía rebuscando entre la munición. Se arrastraba entre la maleza, igual que una serpiente herida, y emitía gruñidos amenazantes y lastimosos a partes iguales. Sus gruñidos, o sus sollozos, según se viera, se oían cada vez más próximos. Los cartuchos que Flory iba desechando tenían siempre un seis o un ocho grabados en un extremo. Lo cierto era que el resto de la munición de caza mayor se la había quedado Ko S'la. El ruido de ramas aplastadas y el jadeo se escuchaban ya apenas a cinco metros, aunque continuaban sin poder distinguir al animal debido a la espesura de la selva.

Los dos birmanos gritaban sin parar «¡Dispare, dispare, dispare!», una súplica que a medida que pasaba el tiempo más lejana sonaba, pues ya andaban corriendo en busca del primer árbol al que encaramarse. El arbusto junto al que estaba Elizabeth se agitó, de tan cerca como se encontraba del lugar del que había llegado el último crujido.

—¡Dios mío, le tenemos casi encima! —exclamó Flory—. Tenemos que espantarlo de algún modo. Dispare al aire.

Elizabeth alzó su escopeta al cielo. Las rodillas se le entrechocaban como castañuelas, pero su mano estaba firme como una roca. Disparó enseguida una, dos veces. El crujir de ramas se alejó. El leopardo huía, invisible y herido, aunque todavía ágil.

—¡Bien hecho! Le asustó usted —dijo Flory.

—¡Pero si se está escapando! —exclamó Elizabeth saltando agitada. Hizo ademán de seguir al animal, pero Flory se levantó y la frenó.

—No se preocupe, usted quédese aquí esperándome.

Introdujo dos cartuchos de caza menor en su escopeta y salió corriendo tras el leopardo. Durante unos instantes, Elizabeth perdió de vista a la fiera y al hombre, pero luego reaparecieron los dos en un pequeño claro a treinta metros. El leopardo se estaba retorciendo sobre el vientre, jadeando al arrastrarse. Flory le apuntó y le disparó a cuatro metros de distancia. El leopardo se sacudió como un cojín al que quitan el polvo, rodó por el suelo, se hizo un ovillo y quedó tendido. Flory lo tentó con el cañón del arma. No se movió.

—Ya está, muerto —anunció Flory—. Acérquese y échele un vistazo.

Los dos birmanos se bajaron de los árboles y fueron con Elizabeth hasta donde Flory. El leopardo, que era macho, yacía encogido y con la cabeza hundida entre las patas delanteras. Parecía mucho más pequeño que cuando estaba vivo; de algún modo, resultaba un poco patético, casi como un gatito muerto. Las rodillas de Elizabeth seguían temblando. Flory y ella se quedaron mirando al leopardo muy juntos, aunque sin cogerse las manos esta vez.

A continuación, llegaron Ko S'la y los demás chillando de alegría. Fio olisqueó el cadáver del leopardo, metió el rabo entre las patas y se alejó despavorida unos cincuenta metros soltando pequeños aullidos. No hubo manera de que se acercara al animal muerto de nuevo. Todos se arremolinaron en torno al leopardo para contemplarlo de cerca. Acariciaban su hermosa panza blanca, suave como la de una liebre, le apretaban las pezuñas para que salieran las garras y le abrían las fauces negras para examinar sus colmillos. Al poco rato, dos oteadores cortaron un bambú largo y ataron a él al animal por las pezuñas, llevándolo triunfalmente hasta la aldea con la cola arrastrando por el suelo. A pesar de que aún había luz, nadie se planteó el seguir de cacería. Estaban todos, los europeos incluidos, demasiado ansiosos por volver y alardear de lo que habían conseguido.

Flory y Elizabeth caminaban el uno junto al otro por el campo abierto. Los demás iban delante, a unos treinta metros, cargando con el leopardo y las armas, y Fio los seguía rezagada a bastante distancia. El sol se estaba poniendo al otro lado del Irrawaddy. La luz brillaba al nivel del suelo, dorando los tallos de las plantas e iluminando sus rostros con un rayo suave y cálido. El hombro de Elizabeth rozaba el de Flory mientras andaban. Sus camisas, empapadas antes de sudor, estaban secas de nuevo. No hablaron mucho. Estaban felices, con esa felicidad desmesurada que da la mezcla de agotamiento y triunfo con la cual nada del mundo, ninguna alegría ni del cuerpo ni de la mente, puede compararse.

—La piel del leopardo es para usted —dijo Flory cuando se aproximaban al pueblo.

—Pero si lo cazó usted.

—Da igual, la piel le pertenece por derecho. Me cuesta pensar que alguna mujer de este país hubiera tenido la serenidad que usted mostró. Cualquiera se habría puesto a chillar o se habría desmayado. Haré que curtan la piel en la cárcel de Kyauktada para usted. Hay un preso que las deja suaves como el terciopelo. Está cumpliendo una pena de siete años, razón por la que ha tenido tiempo de sobra para aprender bien el oficio.

—Bueno, pues muchísimas gracias.

No se dijo nada más. Mostrando que, una vez se quitaran todo aquel sudor y polvo, más tarde, y hubieran comido y descansado, volverían a verse en el Club. No se habían citado, pero se sobreentendía que se encontrarían allí. También parecía obvio que Flory pediría a Elizabeth que se casara con él, a pesar de que no se había hablado lo más mínimo de este asunto.

En el poblado, Flory pagó a los batidores ocho annas a cada uno, supervisó el desollamiento del leopardo y regaló al cacique una botella de cerveza y dos palomas imperiales. La piel y la cabeza del animal fueron empaquetadas y colocadas en una de las canoas. A pesar de los esfuerzos que hizo Ko S'la por custodiarlas, les habían robado todas las vergas. Algunos muchachos de la aldea se llevaron el cadáver del animal para comerse el corazón y otras vísceras que creían que les convertirían en seres tan fuertes y ágiles como el leopardo.

Capítulo XV

Cuando Flory llegó al Club se encontró a los Lackersteen de un mal humor que era poco habitual en ellos. Mrs. Lackersteen estaba como de costumbre sentada en el mejor sitio, justo debajo del punkah, y leía la lista civil, el Debrett de Birmania; se trataba de una publicación en la que se recopilaban datos sobre las distintas familias de la aristocracia. Estaba muy enfadada con su marido, que la había desafiado pidiéndose “una copa generosa” tan pronto llegó al Club, y que le seguía contrariando aún más leyendo el Pink’un. Elizabeth estaba sola en la pequeña y mohosa biblioteca, pasando las hojas de un ejemplar atrasado de Blackwood’s.

Desde que se había separado de Flory, Elizabeth había vivido una experiencia muy desagradable. Acababa de tomar un baño y empezaba a vestirse para la cena, cuando su tío irrumpió en su cuarto con el pretexto de que quería que le contara algo más sobre la jornada de caza, y empezó a pellizcarle la pierna de un modo que no llamaba a engaños. Elizabeth se quedó horrorizada. Era la primera noticia que tenía de que hay hombres capaces de hacerles el amor a sus propias sobrinas. Vivir para ver. Mr. Lackersteen intentó aparentar que se trataba de una broma, pero era demasiado torpe y estaba demasiado borracho como para conseguirlo. Por fortuna, su esposa no se encontraba cerca, porque si hubiera escuchado algo se habría desencadenado un escándalo mayúsculo.

Después de este episodio, la cena había resultado muy violenta. Mr. Lackersteen estaba enfurruñado. ¡Qué condenada manía tenían estas mujeres de darse aires e impedirle a uno que pasase un buen rato! La muchacha era lo suficientemente bonita como para recordarle las ilustraciones de *La Vie Parisienne*, y, ¡maldita sea!, ¿acaso no la estaba manteniendo él? Era una vergüenza. Pero para Elizabeth aquello la ponía en una situación muy delicada. No tenía ni un penique y el único sitio al que podía acudir era el hogar de su tío. Había recorrido doce mil kilómetros para quedarse aquí. Sería terrible que a los quince días de su llegada la casa de su tía se le hiciera inhabitable.

De ahí que una cosa en su mente estuviese más clara de lo que nunca había estado: si Flory le pedía que se casara con él (que lo haría, de eso no había duda), le diría que sí. En otras circunstancias, es posible que hubiera decidido algo diferente. Pero aquella tarde, bajo el influjo de esa maravillosa, emocionante y “preciosa”

aventura que habían vivido juntos, casi había llegado a enamorarse de Flory; tanto, claro está, como las circunstancias se lo permitían. Quizá una vez pasado el encanto de aquel episodio, era muy probable que sus dudas respecto a él volvieran a surgir. Y es que siempre había algo que le hacía no tenerlas todas consigo acerca de Flory: su edad, su marca de nacimiento, la manía extraña y contumaz que tenía de hablar de asuntos ininteligibles e inquietantes. Algunos días había llegado incluso a hacérsele muy antipático. Pero la conducta de su tío lo había cambiado todo. Fuera como fuese, tenía que salir de la casa de sus tíos lo antes posible. Sí, se casaría con Flory en cuanto él se lo propusiera.

Nada más entrar en la biblioteca, Flory vio por la expresión de su cara que ella le daría el sí. Nunca la había notado tan amable y atenta con él. Llevaba puesto el mismo vestido lila de aquella primera mañana en la que se conocieron, y verla con ese atuendo tan familiar le infundió ánimos. La sentía más próxima, desprovista de esa elegancia y actitud distante que en ocasiones enervaban a Flory.

Cogió la revista que Elizabeth estaba leyendo e hizo algún comentario, y al momento iniciaron una de esas conversaciones triviales que rara vez conseguían eludir. Es curioso cómo los insustanciales hábitos de conversación se repiten también incluso en situaciones de este tipo. Aún así, sin apenas darse cuenta, se encontraron de repente absorbidos por su charla casual y caminando fuera del edificio, pasando por debajo del gran árbol de cebo que había junto a la pista de tenis. Era una noche con luna llena. Resplandeciendo como una enorme moneda blanca, tan brillante que hacía daño a la vista, la luna se deslizaba veloz hacia arriba a través de un cielo azul humeante que unas cuantas volutas de nube amarillentas surcaban. Las estrellas permanecían ocultas. A los crotones, que de día tenían un aspecto horrible, como laureles con ictericia, los convertía la luna en fantásticos grabados blanquinegros. Dos coolies caminaban junto a la cerca del recinto, transformados por la luz de la luna, que hacía que sus andrajos blancos refulgieran como nunca. En el aire flotaba el perfume empalagoso que desprendía el árbol.

—¡Mire la luna, mírela! —dijo Flory—. Parece un sol blanco. Brilla más que el sol un día de invierno inglés.

Elizabeth miraba hacia arriba entre las ramas del árbol, que la luna había convertido en varas plateadas. La luz se proyectaba espesa, como si fuera algo tangible, sobre todas las cosas, envolviendo la tierra y la áspera corteza de los árboles con una capa de sal deslumbrante y cada hoja parecía una carga de luz sólida, de nieve. Hasta Elizabeth, tan indiferente a este tipo de cosas, estaba boquiabierta.

—¡Es maravilloso! En Inglaterra nunca se ve una luz de luna así. Es tan, tan... —y como no se le ocurría un adjetivo distinto de “brillante”, se quedó callada. Tenía la costumbre de dejar las frases sin terminar, igual que Rosa Dartle, aunque por motivos bien diferentes.

—Sí, la luna luce en este país como en ningún otro sitio. Cómo apesta este árbol, ¿verdad? ¡Este horrible clima tropical! Detesto los árboles que tienen flor todo el año, ¿usted no?

Hablaba de cosas abstractas para que le diera tiempo a perder de vista a los coolies. Cuando desaparecieron, Flory pasó el brazo por encima del hombro de Elizabeth, y después, al ver que no se sobresaltaba ni decía palabra alguna, la volvió hacia él y la estrechó entre sus brazos. Tenía la cabeza de la joven contra el pecho, y su cabello corto le rozaba los labios. Flory le puso la mano debajo de la barbilla y le levantó la cara. Elizabeth no llevaba puestas las gafas.

—¿No le importa?

—No.

—Quiero decir si no le importa que tenga esto en la cara —y giró la cabeza ligeramente para indicar que se refería a la marca de nacimiento. No se atrevía a besarla sin hacerle antes esta pregunta.

—No, no, en absoluto.

Un momento después de que se juntaran sus labios, Flory sintió cómo ella le rodeaba suavemente el cuello con sus brazos desnudos. Permanecieron abrazados, cuerpo contra cuerpo, boca contra boca, apoyados en el tronco del árbol durante un minuto o más. El perfume embriagador se mezclaba con el aroma que desprendía el cabello de Elizabeth. E incluso a pesar de que la tenía entre sus brazos, ese olor le hacía sentir cierto extrañamiento, una distancia insalvable respecto a Elizabeth. Todo lo que representaba ese exótico árbol para él, su exilio, los años perdidos y de vida secreta..., todo se le presentaba como un abismo infranqueable entre ellos dos. ¿Cómo lograría que entendiese lo que esperaba de ella? Se soltó del abrazo y, apoyándole delicadamente los hombros contra el tronco del árbol, la miró fijamente a la cara, que veía con toda claridad a pesar de estar ella de espaldas a la luna.

—Es inútil que trate de decirte lo que significas para mí —dijo—. «¡Lo que significas para mí!», estas frases tan directas... No sabes, no puedes llegar a hacerte una idea de cuánto te quiero. Pero al menos debo intentar decírtelo... Hay tantas cosas que tengo que contarte... ¿Prefieres que volvamos al Club? Puede que nos echen en falta. Podemos seguir hablando en la veranda.

—¿Tengo el pelo muy despeinado?

—Lo tienes muy bonito.

—¿Pero lo tengo despeinado o no? ¿Me lo puedes alisar, por favor?

Inclinó la cabeza y él le peinó los cortos y fríos mechones con la palma de la mano. La manera que tuvo de acercarle la cabeza le transmitió una curiosa sensación de intimidad, mayor aún que la que le había hecho sentir el beso. Era como si se viera ya su marido. Debía conseguirla, estaba claro. Sólo casándose con ella podía salvar su

vida. Se lo pediría ahora mismo. Anduvieron lentamente flanqueados por los arbustos de crotón hacia el Club. Flory la rodeaba con el brazo por encima del hombro.

—Podemos hablar en la veranda —repitió Flory—. En realidad, nunca hemos hablado tú y yo en serio. ¡Dios mío, cuánto he deseado durante todos estos años encontrar alguien con quien hablar de verdad! ¡Me podría pasar horas y horas hablando contigo interminablemente! Dicho así suena aburrido. Me temo que lo es. Tengo que rogarte que tengas un poco de paciencia conmigo al principio.

Elizabeth hizo un sonido con la boca en señal de protesta ante la palabra “aburrido”.

—Sí, de sobra sé que resultará aburrido. A los anglo-indios nos tienen siempre por unos pesados. Y es que lo somos. Pero no podemos evitarlo. Llevamos metido, ¿cómo te diría?, una especie de demonio dentro que nos empuja a hablar. Cargamos a nuestras espaldas un montón de recuerdos que estamos deseando compartir y nunca podemos hacerlo. Es el precio que pagamos por venir a este país.

Ninguna puerta daba directamente a aquel extremo de la veranda, con lo que estaban a salvo de cualquier intromisión. Elizabeth se había sentado y apoyaba los brazos encima de la mesita de mimbre, sin embargo Flory seguía paseándose de un lado a otro con las manos en los bolsillos de la chaqueta, iluminado unas veces por la luz de la luna que entraba por el alero occidental de la veranda, y hundido otras en la sombra.

—Acabo de decirte que te amo. ¡Amor! Se ha usado esta palabra tanto que ya no significa nada. Pero déjame que te explique lo que quería decir. Esta tarde, cuando estábamos cazando, pensé: «Dios mío, por fin alguien con quien puedo compartir mi vida, pero hacerlo de verdad, realmente vivir conmigo...»

Iba a pedirle que se casara con él, de hecho, pretendía pedírselo sin más dilación. Pero no le salían las palabras apropiadas, y en cambio no hacía más que hablar sin parar. No podía evitarlo. Era tan importante para él que ella comprendiese cómo había transcurrido su vida en este país, que entendiera la naturaleza de la soledad con la que quería que ella acabase para siempre. Y resultaba tan condenadamente complicado de explicar... Es terrible padecer un dolor que no tiene nombre. ¡Qué afortunados son aquéllos que sufren males clasificables! ¡Qué afortunados los pobres, los enfermos, los que sufren mal de amores, porque al menos el resto de la gente sabe qué les ocurre y pueden comprenderles! Pero ¿quién va a entender el dolor del exilio si no lo ha padecido? Elizabeth lo observaba yendo de un lado a otro, iluminado unas veces sí y otras no por la luz de la luna que plateaba su chaqueta. Todavía le seguía latiendo aceleradamente el corazón por el beso, y seguía sumida en sus pensamientos. ¿Iba a pedirle que se casara con él? ¡Tardaba tanto en decidirse! Se daba cuenta perfectamente de que le estaba contando algo acerca de la soledad. ¡Ah, claro! Le estaba advirtiendo de la soledad que tendría que sobrellevar cuando estuvieran en la

selva una vez se hubieran casado. No debía preocuparse por eso. Quizá se podía llegar a sentir sola y aburrida algunas veces allí, a tantos kilómetros de los cines y los bailes, sin nadie con quién hablar más que él, sin nada que hacer por las tardes salvo leer... Una lata, la verdad. Aunque igual podían llevarse un gramófono. ¡O incluso uno de esos aparatos de radio portátiles que pronto llegarían a Birmania! ¡Eso sería sensacional! Estaba a punto de sugerirlo cuando Flory añadió:

—¿Me he explicado con propiedad? ¿Te has hecho una idea de cómo se vive aquí? El sentirse extranjero, la soledad, la melancolía... Árboles extraños, flores extrañas, paisajes extraños, caras extrañas... Es todo tan distinto que parece que estuviéramos en otro planeta. Pero, lo que deseo que comprendas es que vivir en un planeta diferente no tiene que ser necesariamente malo, puede ser incluso la experiencia más interesante que te puedas imaginar si se tiene alguien con quien compartirla. Una persona que vea las cosas con los mismos ojos que tú. Este país ha sido algo así como un infierno para mí, lo es para la mayoría de nosotros, pero aún creo que podría ser un paraíso si uno no se encuentra solo. ¿Te parece todo esto un sinsentido?

Se había parado junto a la mesita y le cogió la mano a Elizabeth.

En la oscuridad veía de su rostro apenas un óvalo pálido, como una flor, pero al tocarle la mano supo instantáneamente que ella no había entendido ni una palabra de lo que estaba diciendo. De hecho, ¿cómo iba a hacerlo? Su discurso era tan vago y enrevesado. Se lo preguntaría de una vez por todas: «¿Te quieres casar conmigo?» ¿No tenían ya toda una vida por delante para hablar? Le cogió la otra mano y la ayudó suavemente a ponerse de pie.

—No me tengas en cuenta todas las tonterías que he estado diciéndote.

—No es nada —murmuró ella indiferente y esperando que la besase de nuevo.

—Sí, eran tonterías. Algunas cosas pueden expresarse con palabras y otras no. Además, es una impertinencia hablar tanto de uno mismo lamentándose todo el tiempo. Pero lo que intentaba decirte... Lo que quiero preguntarte es si querías...

—¡Eliz-a-beth!

Era la voz aguda y quejumbrosa de Mrs. Lackersteen que llamaba a su sobrina desde el Club.

—¡Elizabeth! ¿Dónde estás, Elizabeth?

Parecía evidente que Mrs. Lackersteen estaba cerca de la puerta delantera, y que llegaría a la veranda de un momento a otro. Flory atrajo a Elizabeth contra él. Se besaron apresuradamente. La soltó, quedándose todavía con sus manos sujetas.

—Deprisa, no hay apenas tiempo. Respóndeme a esto: ¿quieres...?

Pero la frase no llegó a terminarse. En aquel preciso instante algo extraordinario aconteció bajo sus pies; el suelo se estaba levantando y ondulando como las olas del mar. Flory se tambaleaba y finalmente cayó, dándose un fuerte golpe en el brazo contra un suelo que se precipitaba contra él. Ya en el piso, se vio sacudido de un lado

a otro violentamente como si una bestia gigantesca intentara echarse a la espalda el edificio entero.

El suelo, repentinamente ebrio, se calmó y Flory se incorporó, atontado pero sin haber sufrido daño alguno. Notó que Elizabeth gateaba a su lado y oyó gritos que procedían del Club. Del otro lado de la verja, dos birmanos pasaron corriendo a la luz de la luna, con sus largas melenas al viento. Chillaban con todo su alma:

—¡Nga Yin se está sacudiendo! ¡Nga Yin se está sacudiendo!

Flory les observó con cara de no comprender nada. ¿Quién era Nga Yin? Nga es el prefijo que antecede a los criminales. Nga Yin debía de ser un dacoit, un ladrón. ¿Qué era aquello de lo que se intentaba desprender? Entonces recordó. Nga Yin era un gigante que los birmanos creen enterrado bajo la corteza terrestre, como Typhoeus. ¡Claro, había sido un terremoto!

—¡Un terremoto! —exclamó Flory y, acordándose de Elizabeth, se dio la vuelta para ayudarla a levantarse. Pero ella ya lo había hecho; aunque no había sufrido ningún daño, se estaba frotando la nuca con gesto algo aturdido.

—¿Fue eso un terremoto? —preguntó bastante asustada.

La silueta estilizada de Mrs. Lackersteen se asomó por una esquina de la veranda, pegada a la pared como algún lagarto alargadísimo. Histérica, se desgañitaba gritando:

—¡Dios santo, un terremoto! ¡Qué impresión tan grande! ¡Mi corazón no podrá resistirlo! ¡Dios santo, un terremoto!

Mr. Lackersteen salió a trompicones detrás de su esposa con movimientos descoordinados, causados en parte por los temblores de tierra y también en parte debido a la ginebra.

—¡Maldita sea, un terremoto!

Flory y Elizabeth se recompusieron lentamente la ropa y el pelo. Todos entraron al Club de nuevo, conservado aún esa extraña sensación que se tiene en las plantas de los pies cuando se desembarca en la costa. El viejo mayordomo acudió desde las dependencias de los criados cubriéndose la cabeza con el pagri y seguido por una legión de chokras nerviosos.

—¡Terremoto, señor, terremoto! —balbuceó inquieto.

—Ya sé que ha sido un terremoto —dijo Mr. Lackersteen agachándose precavidamente para sentarse en un sillón—. Anda, trae algo de beber, mayordomo. A todos nos vendrá bien un trago después de lo que hemos pasado.

Todos tomaron un trago. El mayordomo, asustado a pesar de lo sonriente que se mostraba, se quedó cerca de la mesa con la bandeja en la mano.

—¡Terremoto, señor, terremoto! —repitió con gran entusiasmo.

El pobre hombre se moría de ganas por hablar del acontecimiento, como todos los demás. Una extraordinaria alegría de vivir se había apoderado de ellos tan pronto

habían dejado de sentir el temblor en sus piernas. Un terremoto es incluso motivo de alegría cuando ha pasado. Resulta estimulante caer en la cuenta de que no se está muerto, atrapado bajo un montón de escombros, cuando se ha estado tan cerca de abandonar este mundo. Como si se hubieran puesto de acuerdo, todos comenzaron a hablar al unísono.

—Dios mío, nunca me había llevado un susto tan grande...

—Me caí en redondo sobre la espalda...

—Era como si alguien se estuviese rascando bajo la superficie...

—Pensé que había explotado algo por alguna parte...

Y así sucesivamente; en fin, lo que se solía decir tras un terremoto. Hasta el mayordomo participaba en la conversación.

—Tú recordarás muchos terremotos, ¿verdad, mayordomo? —le dijo Mrs. Lackersteen con una cortesía que no era frecuente en ella.

—Sí, señora, muchos terremotos; 1887, 1899, 1906, 1912... Recuerdo muchos, señora.

—El de 1912 fue tremendo —apuntó Flory.

—Oh, señor, pero el de 1906 fue mayor. ¡Fue terrible! Gran ídolo pagano del templo caer encima del thathanabaing, que es obispo budista, señora, y los birmanos dicen es señal de malas cosechas y fiebre aftosa. También recuerdo mi primer terremoto, en 1887, cuando era pequeño chokra, y el sahib Mayor Maclagan estaba tendido debajo de la mesa y prometía hacerse abstemio. Él no sabía que era un terremoto. Dos vacas murió al caerle tejados...

Los europeos permanecieron en el Club hasta la medianoche y el mayordomo salió y entró media docena de veces en la sala para contar nuevas anécdotas. Lejos de hacerlo callar, los europeos incluso le animaban a seguir relatándoselas. No hay nada como un terremoto para unir a la gente. Un temblor, o quizá dos más, y habrían permitido al mayordomo sentarse a la mesa con ellos.

Mientras tanto, la proposición de Flory no avanzó más. No se puede uno declarar a alguien inmediatamente después de un terremoto. En cualquier caso, no volvió a estar a solas con Elizabeth en toda la noche. Sin embargo daba igual, sabía que era suya. Por la mañana ya tendrían tiempo de hablar. Con este pensamiento, tranquilo y agotado después del largo día, se fue a la cama.

Capítulo XVI

Los buitres, posados en las ramas cubiertas de excrementos blanquecinos de los grandes árboles que había junto al cementerio, batieron sus alas hasta equilibrarse en el aire y se elevaron dibujando espirales abiertas. Aunque era temprano, Flory ya había salido de casa. Iba al Club para esperar a que Elizabeth llegase y pedirle entonces formalmente que se casara con él. Algún instinto que no alcanzaba a comprender le impulsaba a hacerlo antes de que los demás europeos regresaran de la selva.

En cuanto cruzó la verja del recinto descubrió que había un recién llegado en Kyauktada. Un joven con una larga lanza puntiaguda galopaba en un poni blanco por el maidan. Unos cuantos sijs con aspecto de cipayos le seguían a pie llevando por las bridas otros dos ponis, uno castaño y otro bayo. Cuando llegó el jinete a la altura de Flory, éste se detuvo en el camino y le dio los buenos días enérgicamente. No conocía al joven, pero en los pequeños puestos es habitual saludar incluso a los desconocidos. El otro, al ver que le saludaban, hizo dar la vuelta más mal que bien a su poni y lo llevó hasta el borde de la carretera. Era un joven de unos veinticinco años, delgado aunque erguido, seguramente un oficial de caballería. Tenía una de esas caras de conejo tan frecuentes entre los militares británicos, ojos azul claro y un pequeño triángulo que formaban los dientes visible entre los labios; sin embargo, su aspecto era rudo, audaz e incluso brutal. Podía parecerse a un conejo, pero a uno marcial y severo. Montaba como si formase parte del animal y se le veía insultantemente joven y apuesto. Su rostro lozano estaba bronceado lo justo para hacer un bonito contraste con sus ojos claros, y resultaba tan elegante que parecía sacado de un retrato con su topi de ante y sus botas de polo, brillantes como una pipa de caoba. Flory se sintió incómodo con su presencia desde el primer momento.

—¿Cómo está usted? —dijo Flory—. ¿Acaba de llegar?

—Vine anoche, en el último tren —su voz sonaba hosca y juvenil—. Me han enviado aquí con una compañía de hombres por si la chusma local causa algún problema. Me llamo Verrall, de la policía militar —añadió sin preguntar siquiera el nombre de Flory como imponen las normas de cortesía.

—Ah, sí, oímos que iban a enviar a alguien. ¿Dónde se está alojando?

—Por ahora, en un bungalow dak. Había un asqueroso negro cuando llegué ayer por la noche; un funcionario de aduanas o algo así. Lo eché a patadas. Menudo poblacho, ¿no? —dijo haciendo un gesto con la cabeza para abarcar todo Kyauktada.

—Supongo que es igual que el resto de puestos pequeños. ¿Se quedará usted mucho tiempo?

—No, sólo un mes o así, gracias a Dios. Hasta que lleguen las lluvias. ¡Qué maidan tan descuidado tienen por aquí! Es una pena que no tengan esto segado —añadió mientras rozaba la hierba seca con la punta de su lanza—. Así no hay quien juegue al polo o a cualquier otra cosa.

—Me temo que no podrá jugar usted al polo por aquí —dijo Flory—. Al tenis todo lo más. Sólo somos ocho, y nos pasamos las tres cuartas partes del tiempo en la selva.

—¡Dios, menudo poblacho!

Después de esto se quedaron en silencio. Los altos y barbudos sijs permanecían de pie junto a las monturas, formando un grupo y mirando a Flory sin ninguna simpatía. Parecía perfectamente claro que a Verrall le estaba aburriendo aquella conversación y deseaba marcharse. Flory no se había sentido nunca tan de más, ni tan viejo ni tan mal vestido como en aquella ocasión. Observó que el poni de Verrall era una hermosa yegua árabe con el cuello erguido y la cola arqueada y ligera como una pluma; un maravilloso ejemplar blanco lechoso, valorado en unos cuantos miles de rupias. Verrall ya tenía agarradas las bridas como para marcharse, pues sin duda pensaba que ya había hablado más que suficiente para una sola mañana.

—Tiene usted un poni maravilloso —dijo Flory.

—No está mal, al menos es mejor que esa porquería de caballos que tienen en Birmania. Pasaba por aquí para ver si se podía practicar, pero es inútil intentar darle a una pelota de polo en este estercolero. ¡Hira Singh! —gritó mientras giraba su poni.

El cipayo que sujetaba al poni bayo le entregó las bridas a un compañero, corrió hasta un lugar situado a unos cuarenta metros y clavó en el suelo una estaca de madera. Verrall no prestó ya la menor atención a Flory. Levantó su lanza y se colocó como si estuviera apuntando a la estaca, mientras los indios apartaban a los demás animales y le seguían observando detalladamente. Con un movimiento casi imperceptible, Verrall hundió las rodillas en los costados del poni, que salió disparado hacia delante como una bala lanzada por una catapulta. Con la facilidad de un centauro, el delgado joven se apoyó en la silla de montar, inclinó la lanza y la clavó limpiamente en la estaca. Uno de los indios exclamó entre dientes «¡Shabash!». Verrall levantó la lanza por detrás de él, y después, frenando su montura, giró sobre sí y le dio la madera atravesada al cipayo que la había clavado en el suelo.

Verrall ejecutó dos veces más este ejercicio/pasatiempo y acertó cada una de ellas. Lo hacía con una elegancia sin igual y una solemnidad extraordinaria. Todos los hombres, el inglés y los indios, tenían su atención concentrada en la exhibición de

puntería como si se tratara de un ritual religioso. Flory seguía observando sin que le hiciera ningún caso el forastero (la cara de Verrall era una de ésas que parecen modeladas especialmente para ignorar a los desconocidos inoportunos), desaire por cual era incapaz de marcharse de allí. De alguna forma, Verrall le había producido una sensación de terrible inferioridad. Intentaba pensar en alguna excusa para reanudar la conversación, cuando vio a Elizabeth. Vestida de azul claro y saliendo de la casa de su tío. Debía de haber visto la tercera diana atravesada. Sintió cómo su corazón se estremecía de dolor. Se le ocurrió una idea, una de esas temeridades que normalmente acaban mal. Llamó a Verrall, que estaba a unos metros de él, y señaló con su bastón.

—¿Saben hacerlo también estos otros dos?

Verrall le miró por encima del hombro con arrogancia. Creía que Flory se marcharía después de haber sido ignorado.

—¿Qué?

—¿Lo saben hacer estos otros dos? —repitió Flory.

—El castaño no lo hace mal. Aunque se desboca si no se le ata corto.

—¿Me deja usted probar?

—Claro —contestó Verrall de mala gana—. Pero tenga cuidado, no vaya a cortarle la boca.

Un cipayo acercó el poni y Flory fingió examinar la mordida. En realidad sólo estaba haciendo tiempo para que Elizabeth estuviera más cerca. Estaba decidido a dar en el taco de madera justo en el momento en que pasase ella (lo cual no era demasiado difícil con los pequeños ponis birmanos, siempre y cuando galopen en línea recta), para luego acercarse a ella con el trofeo. Era la jugada adecuada. No quería que ella pensase que aquel jovencito era el único que sabía montar. Llevaba pantalones cortos, que son muy incómodos para ir a caballo, pero también sabía que, como sucede a casi todo el mundo, su aspecto ganaba mucho a lomos de una montura.

Elizabeth se aproximaba. Flory montó, cogió la lanza que le tendía el indio y la agitó para saludar a Elizabeth. A pesar de eso, ella no respondió. Probablemente se había vuelto tímida delante de Verrall. Miraba hacia otra parte, en concreto hacia el cementerio, y tenía las mejillas ruborizadas.

—Chalo —dijo Flory al indio y acto seguido hundió las rodillas en los costados del poni.

Un instante después, antes de que el animal hubiese dado dos trotes, Flory salió volando por los aires y se golpeó el hombro contra el suelo casi dislocándose. Afortunadamente, la lanza fue a caer lejos de él. Yacía sobre su espalda y veía borrosamente un cielo azul surcado por buitres. Poco después, sus ojos se fijaron en el pagri caqui y la cara morena de un sij de espesa barba que se inclinaba sobre él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Flory en inglés y se incorporó apoyándose con mucho dolor sobre un codo. El sij le respondió con un gruñido incomprensible y señaló al poni castaño, que andaba suelto por el maidan con la silla de montar colgándole por debajo de la panza. Nadie había amarrado bien la cincha y se había soltado; de ahí la caída.

Cuando Flory se levantó finalmente sintió un dolor muy agudo. El hombro derecho de su camisa estaba rasgado y cubierto de sangre, y notaba que la mejilla también le sangraba. Se había hecho unos cuantos raspones al golpearse contra el suelo. Con un terrible escalofrío se acordó de que Elizabeth estaba presente y la vio entonces venir hacia él, contemplándole en aquel estado tan lamentable. «Dios mío, Dios mío» pensó, «debo de tener una pinta de idiota terrible». La idea le hizo incluso olvidarse por unos momentos del dolor. Se tapó la marca con una mano, a pesar de que era la otra mejilla la que estaba herida.

—¡Elizabeth! ¡Hola, Elizabeth! ¡Buenos días!

La llamó con todas sus fuerzas, angustiosamente, como lo hace alguien cuando sabe que está pareciendo un idiota. Ella no respondió y, lo que resultaba todavía más difícil de aceptar, siguió caminando sin detenerse ni un segundo, haciendo como que no le había oído.

—¡Elizabeth! —volvió a llamarla desconcertado—. ¿No me viste caer? La silla se soltó. El imbécil del cipayo no la había...

Ya no cabía duda alguna de que lo había oído. Se dio un momento la vuelta y su mirada le atravesó como si no existiera. Luego fijó la vista a lo lejos, hacia el cementerio. Fue realmente duro. Flory la siguió llamando desesperado:

—¡Elizabeth! ¡Escúchame, Elizabeth!

Ella se alejó sin pronunciar palabra, sin hacer el menor gesto, sin mirarle una sola vez. Caminaba rápidamente por la carretera, dejando un ruido de tacones y dándole la espalda a Flory.

Los cipayos se habían arremolinado a su alrededor y Verrall se acercó sin descabargar hasta donde estaba Flory. Algunos de los indios habían saludado a Elizabeth. Verrall en cambio no le había hecho ningún caso; quizá ni siquiera la vio pasar. Flory se puso de pie sintiéndose las articulaciones entumecidas. Estaba muy magullado, pero no tenía ningún hueso roto. Los indios le dieron su sombrero y su bastón, aunque no se disculparon por el descuido que habían cometido. Tenían una actitud ligeramente despectiva hacia él, como si pensasen que se merecía lo que le había pasado. Podía incluso llegar a pensarse que habían aflojado la cincha adrede.

—La silla se escurrió —dijo Flory con el tono débil y aire tonto que se apodera de uno en ocasiones semejantes.

—¿Por qué demonios no la revisó antes de montar? —preguntó Verrall secamente—. Ya debía saber que estos pordioseros no son de fiar.

Con estas palabras, agitó las riendas de su poni y se alejó, dando el incidente por concluido. Los cipayos le siguieron sin despedirse de Flory. Cuando éste llegó a la entrada de su casa, miró hacia atrás y vio que ya habían alcanzado al poni castaño y le habían puesto bien la silla. Verrall lo estaba montando y había reanudado su exhibición.

La caída le había aturdido de tal manera que apenas podía ordenar sus pensamientos. ¿Qué podía inducir a Elizabeth a actuar de aquella manera? Lo había visto tirado en el suelo, sangrando y dolorido, y había pasado de largo como si se tratara de un perro muerto. ¿Cómo podía haber sucedido eso? ¿Había llegado a suceder en realidad? Costaba creerlo. ¿Estaría enfadada con él? ¿La habría ofendido de algún modo? Todos los criados lo estaban aguardando junto a la cerca. Habían salido para contemplar las proezas de Verrall y todos ellos habían sido testigos de la atroz humillación que había sufrido Flory. Ko S'la avanzó a su encuentro con gesto preocupado.

—¿Se ha herido el dios? ¿Quiere el dios que le lleve a la casa?

—No —contestó el dios—. Ve y tráeme un whisky y una camisa limpia.

Una vez ya dentro, Ko S'la ayudó a Flory a sentarse en la cama y le quitó con sumo cuidado la camisa rota, que tenía pegada al cuerpo por la sangre. Ko S'la chasqueó la lengua.

—¡Ah ma lay! Estas heridas están llenas de porquería. No debería jugar a cosas de niños y menos con ponis ajenos, thakin. No a su edad. Es demasiado peligroso.

—Se escurrió la silla —dijo Flory.

—Esos juegos —prosiguió Ko S'la— están muy bien para el joven oficial de policía, pero usted ya no tiene edad para esas cosas, thakin. Una caída a su edad puede hacerle mucho daño. Debería usted cuidarse más.

—¿Me tomas por un viejo? —dijo Flory enfurecido. Le dolía el hombro espantosamente.

—Tiene treinta y cinco años, thakin —afirmó Ko S'la cortés aunque firme al mismo tiempo.

Todo esto resultaba humillante. Ma Pu y Ma Yi, que curiosamente no estaban peleándose en esos momentos, habían traído una cazuela con un horrible ungüento que, según ellas, era bueno para las heridas. Flory le dijo a Ko S'la sin que ellas se enterasen que lo tirase por la ventana y lo sustituyera por una pomada. Luego, mientras tomaba un baño tibio y Ko S'la le limpiaba las rozaduras con una esponja, fue reconstruyendo, con la mente más clara, aunque con creciente angustia, lo que había sucedido. La había ofendido terriblemente, eso parecía obvio. Pero, si no la había vuelto a ver desde la noche anterior, ¿cómo podía haberla disgustado? No había ninguna respuesta verosímil para aquella pregunta.

Le explicó a Ko S'la varias veces que se había caído porque la silla estaba mal atada. Pero Ko S'la, a pesar de que se mostraba comprensivo, no le creyó. Flory sentía que la caída se atribuiría a su escasa destreza como jinete para el resto de su vida. Por otra parte, quince días antes había obtenido un reconocimiento totalmente inmerecido por ahuyentar a un búfalo. Al fin y al cabo, el destino quita con una mano lo que con la otra otorga.

Capítulo XVII

Flory no volvió a ver a Elizabeth hasta que bajó al Club después de cenar. No había salido a buscarla para pedirle una explicación, tal y como podía comprensiblemente haber hecho. Su rostro le desconcertó cuando lo vio reflejado en el espejo. Con la marca de nacimiento en una mejilla y los raspones en la otra resultaba tener una pinta tan desagradable, tan penosa, que no se atrevió a dejarse ver a la luz del día. Cuando entró en el Club se puso la mano sobre la mancha fingiendo que le acababa de picar un mosquito. No habría tenido valor para presentarse allí sin taparse la marca en tales circunstancias. Sin embargo, Elizabeth no se encontraba presente.

En su lugar se topó con una disputa de lo más inesperada. Ellis y Westfield estaban sentados bebiendo y con un humor de perros. Habían llegado noticias de Rangún de que el director del Burmese Patriot había sido condenado sólo a cuatro meses de cárcel por sus calumnias a Mr. Macgregor, y Ellis se estaba poniendo furioso por la escasa dureza de la sentencia. Apenas entró Flory, Ellis empezó a lanzarle pullas con comentarios acerca de "ese negrito de Very-slimy". En aquel preciso momento, una pelea era lo que menos apetecía a Flory, pero contestó imprudentemente y todo desembocó en una discusión. La conversación se acaloró, y después de que Ellis llamase a Flory "abogado de negros" y éste le respondiera con otro insulto, Westfield perdió también los estribos. Era un buen hombre, pero las ideas socialistas de Flory le sacaban de quicio algunas veces. No podía entender por qué habiendo sobre todos los temas una opinión correcta y otra equivocada, Flory parecía disfrutar escogiendo siempre la última. Le advirtió que «no empezase otra vez a hablar como uno de esos malditos agitadores de Hyde Park», y después le soltó un pequeño sermón basándose en los cinco principales mandamientos del pukka sahib, que eran:

Preservar nuestro prestigio

La mano firme (sin guante de terciopelo)

Nosotros, hombres blancos, debemos permanecer unidos

Si les ofreces la mano te tomarán el brazo y

Esprit de corps

Entretanto, la impaciencia por ver a Elizabeth corroía de tal manera el corazón de Flory que apenas podía atender a lo que le decían. Además, lo había oído ya tantas

veces (cientos, quizá miles) desde que llegó por primera vez a Rangún cuando su burra sahib (un viejo escocés bebedor de ginebra y entusiasta criador de potros de carreras, al que acabaron por prohibir la entrada al hipódromo cuando se descubrió que había utilizado varias veces el mismo caballo con distintos nombres) le vio descubrirse al pasar un cortejo fúnebre local y le dijo con tono reprobatorio:

—No olvides, chico, no olvides nunca que nosotros somos sahiblog y ellos sólo escoria.

Le ponía enfermo tener que escuchar toda esa basura. Por eso cortó en seco a Westfield exclamando:

—¡Oh, venga, cállate ya! Estoy harto de este tema. Veraswami es una excelente persona, mucho mejor que la mayoría de los blancos que conozco. Por eso voy a proponerle como miembro del Club en la próxima asamblea. Lo mismo anima un poco este maldito lugar.

Tras esa declaración, la discusión podría haberse elevado de tono de no haber acabado como la mayoría de las peleas en el Club: con la aparición del mayordomo, que había oído los gritos.

—¿Llamaban los señores?

—No. Vete al diablo —dijo Ellis irritado.

El mayordomo se retiró, pero para entonces ya había concluido la discusión. Se escucharon pasos y voces afuera; los Lackersteen estaban llegando al Club.

Cuando entraron en el salón, Flory no tuvo valor para mirar directamente a Elizabeth; a pesar de todo, advirtió que los tres se habían vestido con mayor elegancia de lo que era habitual. Mr. Lackersteen llevaba esmoquin (blanco, debido a la época del año) y estaba totalmente sobrio. Parecía como si la camisa almidonada y el chaleco le hubieran enderezado la figura y corregido su moral como un molde de yeso. Mrs. Lackersteen estaba guapa y esbelta con su vestido rojo. Daba la impresión de que se habían arreglado para recibir a algún invitado distinguido.

Una vez pedidas las bebidas, y habiendo usurpado Mrs. Lackersteen el asiento debajo del punkah, Flory se situó en una silla a cierta distancia del grupo. No se atrevía aún a abordar a Elizabeth. Mrs. Lackersteen se había puesto a decir idioteces como una energúmena sobre su querido Príncipe de Gales. Parecía una corista a la que habían ascendido temporalmente para que interpretase a una duquesa. Los demás se preguntaban qué demonios le estaría pasando a esta mujer. Flory se había colocado prácticamente detrás de Elizabeth. Llevaba un vestido amarillo muy corto y a la moda con medias de color champaña y zapatos haciendo juego. Completaba su atuendo con un gran abanico de plumas de avestruz. Tenía un aspecto tan moderno y maduro que le infundía más respeto que nunca. Le parecía increíble que la hubiese llegado a besar. Hablaba la joven con una facilidad a unos y otros, que Flory sólo se atrevió a intervenir con breves comentarios en la conversación que sostenían los demás. Elizabeth nunca

le respondía directamente y no podía saber si la muchacha le ignoraba o no a propósito.

—Bueno —dijo Mrs. Lackersteen—, ¿a quién le apetece jugar unas manos?

Lo dijo con mucha distinción. Su entonación sonaba por momentos más y más aristocrática. Resultaba difícil de explicar. Por lo visto, Ellis, Westfield y Mr. Lackersteen querían echar “unas manos”. Flory rechazó la invitación tan pronto como vio que Elizabeth no iba a jugar. Era su oportunidad de acercarse a ella estando sola. Cuando todos se hubieron marchado a la sala de juego, comprobó con una mezcla de temor y alivio que Elizabeth salía la última. Flory se detuvo en el umbral, cerrando el paso a la joven. Se había puesto palidísimo. Ella retrocedió instintivamente unos pasos.

—Perdón —dijeron ambos al unísono.

—Un momento —dijo Flory con la voz temblorosa—. ¿Puedo hablar contigo? Si no te importa, hay algo que tengo que decirte.

—¿Quiere usted dejarme pasar Mr. Flory?

—¡Por favor, por favor! Ahora mismo estamos a solas. No puedes negarte a escucharme.

—¿Qué es lo que sucede?

—Pues se trata tan sólo de lo siguiente: sea lo que sea lo que te haya podido ofender, por favor, cuéntamelo. Cuéntamelo y aclarémoslo. Antes me dejaría cortar una mano que molestarte. No permitas que siga sin saber de qué se trata.

—La verdad es que no sé de qué me está hablando. ¿Que le cuente cómo me ha ofendido? ¿Por qué tendría usted que haberme ofendido?

—Tiene que ser eso... A juzgar por cómo te has comportado...

—¿A juzgar por cómo me he comportado? No sé a qué se refiere. No entiendo por qué me habla de ese modo tan grandilocuente.

—¡Pero si ni tan siquiera me diriges la palabra! Esta mañana pasaste junto a mí como si no existiera...

—Me parece que soy muy libre de hacer lo que quiera sin tener que darle explicaciones.

—¡Por favor, Elizabeth, por favor! ¿No te das cuenta de que siento que de repente me has vuelto la espalda? Sin ir más lejos, anoche mismo...

Ella se ruborizó.

—Es totalmente... totalmente impropio de un caballero mencionar ese tipo de cosas.

—Lo sé, lo sé perfectamente. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Esta mañana pasaste de largo sin mirarme. Soy consciente de que te he ofendido de algún modo. No puedes reprocharme que quiera saber qué es lo que he hecho mal.

Como de costumbre, Flory empeoraba la situación con cada palabra que pronunciaba. Se percató de que fuera cual fuese el delito, sus esfuerzos por hablar de

ello enfadaban a Elizabeth más aún que la propia falta. No iba a darle ninguna explicación. Le volvería la espalda sin que él llegara a saber los motivos, fingiendo que no había pasado nada entre los dos: la típica maniobra femenina. Aún así, le rogó nuevamente:

—Por favor, dímelo. No puedo permitir que todo acabe entre nosotros de esta manera.

—¿Que acabe el qué? Nunca ha existido nada entre los dos —dijo Elizabeth con frialdad.

Flory se sintió profundamente herido por la rudeza de sus palabras y replicó rápidamente:

—Ésta no eres tú, Elizabeth. No está bien negar el pan y la sal a alguien que se ha portado bien contigo y no explicarle siquiera los motivos. Puedes ser sincera conmigo. Por favor, dime qué te he hecho.

Ella le lanzó una mirada llena de resentimiento, no tanto por lo que pudiera haberle hecho, sino por forzarle a hablar de ello. Aún así, estaba impaciente porque aquella escena concluyera y le dijo:

—Bueno, puesto que me obligas a hablar...

—¿Sí?

—Me he enterado de que, a la vez que fingías... en fin, cuando estabas conmigo... ¡Oh, es demasiado horrible! No puedo ni decirlo...

—Sigue.

—Sé que tienes en tu casa a una birmana. Y ahora, ¿me hace el favor de dejarme pasar?

Dicho esto, abandonó la habitación y se dirigió hacia la sala de juego dejando en el aire el susurro del roce de sus enaguas. Flory se quedó mirándola con una expresión ridícula, incapaz de articular palabra alguna.

Aquello era terrible. Después de eso no se atrevía a estar enfrente de ella. Abandonó el Club precipitadamente sin atreverse a pasar por delante de la sala de juego, por temor a que ella le viera. Entró en la sala de estar buscando una salida y finalmente saltó la barandilla de la veranda, cayendo sobre una pequeña zona de césped que se prolongaba hasta el Irrawaddy. El sudor le corría por la frente. Podría haber gritado de rabia y dolor. ¡Maldita la suerte que tenía! ¡Que le hubieran pillado en ese renuncio...! "Una birmana"... ¡Y ni siquiera era cierto! Aunque de nada habría servido negarlo. ¿Cómo demonios habría llegado aquello a oídos de la joven?

En realidad no se trataba de ninguna casualidad. La causa era concreta y explicable, la misma que había motivado el extraño comportamiento aquella noche en el Club de Mrs. Lackersteen. La noche anterior, poco antes del terremoto, Mrs. Lackersteen había estado leyendo la lista civil. En la lista se encuentran las rentas de todos los funcionarios de Birmania, y representaba para ella una fuente de interés

inagotable. Estaba sumando el salario y las dietas de un guarda forestal al que había conocido en Mandalay, cuando se le ocurrió buscar el nombre del teniente Verrall, que, según le había dicho Mr. Macgregor, llegaba al día siguiente a Kyauktada con un centenar de policías militares. Al encontrar el apellido vio delante de él dos palabras que la dejaron sin respiración.

Las palabras eran: «El Honorable».

¡El Honorable! No abundan por ahí los tenientes con ese título, y si en el ejército de la India son tan preciados e infrecuentes como diamantes, en Birmania son una especie casi desconocida. Cuando se es tía de la única joven casamentera en 75 kilómetros a la redonda y se entera de que un Honorable teniente va a llegar mañana a más tardar, pues ya se sabe lo que pasa... Con pánico, Mrs. Lackersteen recordó en aquel instante que Elizabeth estaba en el jardín con Flory, ese miserable borracho cuya paga apenas alcanzaba las setecientas rupias mensuales y que con toda seguridad se estaría declarando a su sobrina. Se apresuró a llamar a Elizabeth, pero justo en aquel momento tuvo lugar el terremoto. A pesar de todo, yendo de vuelta a casa, tuvo ocasión de hablar con su sobrina. Mrs. Lackersteen puso su mano cariñosamente sobre la de Elizabeth y le dijo con la mayor ternura que fue capaz de reunir:

—Supongo que estarás al corriente, querida, de que Flory tiene a una mujer birmana viviendo con él.

La mortífera carga tardó un rato en hacer explosión. Las costumbres del país le eran aún tan ajenas que el comentario no le provocó ninguna reacción inmediata. Para ella más o menos sonaba igual de relevante que si le hubieran dicho que Flory tenía un loro en su casa.

—¿Una birmana? ¿Para qué?

—¿Para qué? ¡Pobrecita mía! ¿Para qué va a querer un hombre a una mujer?

Y no hizo falta que se dijera nada más.

Durante un buen rato Flory permaneció junto a la orilla del río. La luna estaba en lo alto y se reflejaba en el agua. El aire fresco de aquel lugar había calmado un poco a Flory. No tenía ya ánimos para seguir disgustado. Una vez reflexionó sobre lo que le había pasado, llegó a la conclusión de que se lo merecía justamente. Durante unos momentos, le pareció como si una interminable procesión de mujeres birmanas, un regimiento de fantasmas, desfilase ante sus ojos bajo la luz de la luna. ¡Cielos, qué cantidad de ellas! Un millar; no, tantas no, pero al menos un centenar largo. «¡Vista a la derecha!», pensó marcial y falto de ánimos. Sus cabezas se volvieron hacia él, pero no tenían rostros, sólo óvalos sin rasgos. Le resultaron familiares un longyi azul por aquí, un par de pendientes de rubíes por allí, aunque apenas reconocía ningún rostro o nombre. Los dioses son ecuánimes y hacen de nuestros agradables vicios (muy agradables de hecho) instrumentos para atormentarnos. Flory había pecado más allá de lo perdonable y éste era su justo castigo.

Avanzó entre los arbustos de crotón lentamente y dio la vuelta a la sede del Club. Estaba demasiado triste como para experimentar todavía todo el dolor que acarrearía aquel desastre. Comenzaría, como lo hacen todas las heridas profundas, a dolerle pasado algún tiempo. Al llegar a la verja sintió que se agitaban unas hojas detrás de él. Se sobresaltó. Oyó el murmullo ronco de unas sílabas en birmano.

—¡Pike-san pay-like! ¡Pike-san pay-like!

Flory dio media vuelta bruscamente. El pike-san pay-like (dame el dinero) se repitió. Vio a una mujer parada de pie bajo la sombra de un mohur dorado. Era Ma Hla May. Avanzó hacia él con cautela y al mismo tiempo con aire hostil, manteniendo las distancias como si tuviera miedo de que la golpease. Tenía la cara cubierta por una gruesa capa de polvos que con la luz de la luna proyectaba una palidez enfermiza. Mostraba un aspecto tan desagradable y desafiante como el de la calavera de un cadáver.

Lo había asustado.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le dijo furioso en inglés.

—Pike-san pay-like.

—¿Qué dinero? ¿De qué me hablas? ¿Por qué me sigues?

—¡Pike-san pay-like! —repitió prácticamente chillando—. El dinero que me prometiste, thakin. Dijiste que me darías más dinero. Lo quiero ahora; ¡ahora mismo!

—¿Cómo te lo voy a dar ahora? Lo tendrás el mes que viene. Ya te he dado ciento cincuenta rupias.

La mujer se puso a chillar «¡Pike-san pay-like!» y frases similares con todas sus fuerzas para gran bochorno de Flory. Se hallaba al borde de la histeria. El volumen al que gritaba era alarmante.

—¡Cálmate! ¡Te oirán en el Club! —exclamó, y al instante lamentó haberle mencionado esto último.

—¡Ajá! Ahora ya sé qué es lo que temes. Dame el dinero inmediatamente o seguiré gritando para que vengan a socorrerme. Rápido, dámelo o me pongo a chillar.

—¡Zorra! —le dijo acercándose a ella. Ma Hla May se puso fuera de su alcance con agilidad, se quitó la zapatilla y la empuñó desafiante.

—¡Deprisa! Cincuenta rupias ahora y el resto mañana. Suéltalo ya o pegaré un grito que me oirán hasta en el bazar.

Flory maldijo. No podía permitirse en aquellos momentos una escena de este tipo. Sacó finalmente la cartera, encontró veinticinco rupias y las arrojó al suelo. Ma Hla May se abalanzó sobre los billetes y los contó.

—¡Dije cincuenta rupias, thakin!

—¿Cómo te las voy a dar si no las tengo? ¿Crees que llevo encima cientos de rupias?

—¡Dije cincuenta rupias!

—¡Venga, fuera de aquí! —exclamó en inglés empujándola.

Pero la condenada birmana no le dejaba en paz. Se puso a seguir a Flory por el camino como un perro desobediente, gritando con toda su alma «¡Pike-san pay-like! ¡Pike-san pay-like!», como si a fuerza de repetirlo el dinero fuese a aparecer. Flory aceleró el paso, en parte para alejarla del Club y también para ver si lograba desembarazarse de ella, aunque parecía dispuesta a seguirle hasta su casa si hacía falta. Después de un rato, no pudo soportarlo más y se dio la vuelta para terminar con aquello.

—¡Vete ahora mismo! Si me sigues un paso más no verás jamás ni un solo ana.

—¡Pike-san pay-like!

—Serás idiota. ¿De qué crees que te sirve todo esto? ¿cómo te voy a dar más dinero si no me queda ni un céntimo?

—¡No me lo creo!

Flory se rebuscó en los bolsillos. Estaba tan cansado que le habría dado cualquier cosa con tal de librarse de ella. Sus dedos se tropezaron con su pitillera de oro. La sacó.

—¿Si te doy esto te marcharás? Te darán treinta rupias si la empeñas.

Ma Hla May la contempló pensativa y por fin farfulló entre dientes:

—Dámela.

Flory tiró la pitillera a la hierba que había junto a la carretera. Ella se agachó a cogerla e inmediatamente se volvió a levantar, apretándola contra su ingyi, como temiendo que Flory se la fuera a arrebatarse. Él se dirigió hacia su casa, dando gracias a Dios por haber dejado de oír el odioso chillido. La pitillera era la misma que Ma Hla May le había robado diez días antes.

Al llegar a la entrada, volvió la vista atrás. Ma Hla May seguía al pie de la colina, como una estatuilla grisácea bajo la luz de la luna. Se habían quedado allí observándole como un perro que no deja de vigilar a un extraño sospechoso hasta que lo pierde completamente de vista. Aquello era muy raro. Le pasó por la cabeza la idea de que esa conducta no era en absoluto la que cabía esperar de ella; en realidad, ya había pensado lo mismo unos días antes, cuando le envió la carta en la que le chantajeaba. Estaba demostrando una tenacidad de la que Flory nunca la había creído capaz. Era como si alguien la estuviera incitando a insistir.

Capítulo XVIII

Después de la discusión que habían tenido aquella noche, a Ellis se le hacía la boca agua sólo de pensar en la semana para insultar a Flory que tenía por delante. Le había puesto el mote de “abogado” (por considerarle un abogado defensor de los negros; apodo que las mujeres del Club no entendían del todo), y ya había comenzado a inventarse algunas patrañas sobre él. Ellis siempre se sacaba de la manga escándalos inciertos sobre cualquiera con el que se peleara, los cuales iba adornando hasta casi convertirlos en seriales. El imprudente comentario que hizo Flory acerca de la excelente persona que era el Dr. Veraswami había pasado a convertirse en una declaración irreverente y de connotaciones revolucionarias.

—Palabra de honor, Mrs. Lackersteen —dijo Ellis (Mrs. Lackersteen le había tomado una súbita antipatía a Flory tan pronto hubo descubierto el secreto que guardaba Verrall, y estaba dispuesta a creerse todas las historias que contaba Ellis)—, palabra de honor que si hubiera estado usted aquí anoche para escuchar las cosas que dijo ese Flory, le habrían entrado escalofríos.

—¿De veras? Lo cierto es que siempre había pensado que ese hombre tenía unas opiniones bien extrañas. ¿Y de qué estuvo hablando? Espero que no fuera de Socialismo...

—Todavía peor.

Y así seguían hasta la extenuación. Sin embargo, para gran disgusto de Ellis, Flory no se quedó en Kyauktada para que le pudiera insultar un poco más. Se había marchado al campamento al día siguiente de sufrir el rechazo de Elizabeth. Ella por su parte se ocupó de escuchar con atención la mayoría de historias que se contaron sobre él. Ahora era cuando comprendía perfectamente cómo era él en realidad. Comprendía los motivos por los que la había aburrido e irritado. Flory era lo peor en lo que a su juicio se podía convertir una persona: un intelectualoide de la misma calaña que Lenin, A. J. Cook y esos repugnantes poetas de los cafés de Montparnasse. Antes le habría perdonado incluso lo de su “querida” que aquello. Flory le escribió tres días más tarde, enviándole la carta a casa para ser entregada en mano (su campamento estaba tan sólo a un día de distancia). Elizabeth no le respondió.

Flory tuvo la fortuna de que su trabajo le mantenía lo suficientemente ocupado como para no disponer de tiempo libre para darle vueltas a la cabeza. Su ausencia había provocado un gran desbarajuste en el campamento. Unos treinta coolies habían desaparecido, el elefante enfermo estaba peor que nunca, y una enorme pila de troncos de teca que debían haber salido hacía diez días, estaban todavía allí porque la locomotora no funcionaba. Flory, que no tenía ni idea de mecánica, revolvió en las entrañas del motor hasta que la grasa le cubrió completamente de negro y Ko S'la le echó en cara que los blancos no debían hacer "trabajo de coolies". La locomotora finalmente arrancó a regañadientes. Se descubrió que el elefante enfermo tenía la solitaria. En cuanto a los coolies, se marcharon porque les habían dejado de dar su dosis de opio y sin él no estaban dispuestos a quedarse en la selva, ya que tomaban la droga para protegerse de la fiebre. U Po Kyin, queriendo jugarle a Flory una mala pasada, había ordenado a los funcionarios de aduanas que hicieran una redada y se incautaran el opio. Flory escribió al Dr. Veraswami pidiéndole ayuda. El doctor le envió una buena cantidad de opio que se procuró ilegalmente, medicinas para el elefante y una carta con instrucciones detalladas de uso. Al animal le extrajeron una tenia que sobrepasaba los seis metros de largo. Flory estaba siempre ocupado durante doce horas al día. Al final de la tarde, si no tenía nada que hacer, se sumergía en la selva y andaba y andaba hasta que el sudor se le metía en los ojos y le sangraban las rodillas de los arañazos que le hacían los arbustos y hierbajos. Las noches eran su peor momento. La crudeza de lo que había sufrido se apoderaba de él, como suele ocurrir en estos casos, paulatinamente.

Entretanto, pasaron varios días y Elizabeth aún no había visto a Verrall de cerca. Supuso una gran decepción para los Lackersteen que el joven no se presentara en el Club la noche de su llegada. Mr. Lackersteen se enfadó muchísimo cuando se dio cuenta de que le habían hecho ponerse el esmoquin para nada. A la mañana siguiente, su mujer le hizo mandar una nota personal al bungalow de Verrall en la que le invitaban oficiosamente al Club. Sin embargo, no hubo contestación alguna por su parte. Pasaron más días y Verrall no mostró ningún interés por incorporarse a la vida social del lugar. Había incluso desatendido sus obligaciones oficiales al no presentarse en el despacho de Mr. Macgregor. El bungalow dak estaba en la otra punta de la ciudad, junto a la estación, y estaba tan cómodamente allí instalado que le daba pereza salir. Hay una normativa que obliga a abandonar estos bungaloes transcurridos unos ciertos días, pero Verrall no hizo el menor caso. Los europeos le veían tan sólo por las mañanas y a última hora de la tarde en el maidan. Al segundo día de su llegada, cincuenta de sus hombres aparecieron con hoces y segaron una buena parte del maidan, para que poco después se viera a Verrall galopando por esa parcela y jugando al polo. No prestó la más mínima atención a los europeos que pasaban por la carretera. Westfield y Ellis estaban furiosos e incluso Mr. Macgregor calificó el

comportamiento de Verrall de “poco afortunado”. Todos se habrían rendido a los pies del Honorable teniente si les hubiera tratado con un poco de cortesía. Pero había actuado de tal manera que todos excepto las dos mujeres le detestaban. Con las personas que ostentan títulos siempre ocurre lo mismo: o se les adora o se les odia. Si le reciben a uno con los brazos abiertos, son de una sencillez encantadora; si en cambio le ignoran, son unos esnobs recalcitrantes. No existe un término medio.

Verrall era el hijo menor de un par y no tenía un céntimo, aunque por el eficaz procedimiento de no pagar una factura a no ser que la reclamasen judicialmente, había conseguido ocupar su vida con las únicas cosas que le interesaban: la ropa y los caballos. Había llegado a la India en un regimiento de la caballería británica, pero se había pasado al ejército anglo-indio porque a pesar de ganarse menos dinero, le dejaba más tiempo libre para jugar al polo. Al cabo de dos años, acumulaba unas deudas tan enormes que se vio obligado a ingresar en la policía militar de Birmania, donde era más fácil ahorrar dinero; sin embargo, aborrecía Birmania (no es un país que reúna las condiciones favorables para un jinete) y ya había solicitado el reingreso en su antiguo regimiento. Era de esa clase de militares que logran traslados cuando se les antojan. Mientras tanto, debía quedarse en Kyauktada al menos un mes, y no tenía la menor intención de mezclarse con la anodina sahiblog de este distrito. Conocía las sociedades de aquellos puestos coloniales de Birmania: una gentuza desagradable, cobista, sin caballos... Los aborrecía.

Sin embargo, no eran los únicos a quienes Verrall aborrecía. Llevaría mucho tiempo enumerar a todos los que miraba con desdén. Aborrecía a toda la población civil de la India, exceptuando a unos cuantos jugadores de polo famosos. Aborrecía a todo el ejército, salvo a la caballería. Aborrecía a todos los regimientos indios; infantería y caballería a partes iguales. Era cierto que él mismo pertenecía a un regimiento nativo, pero se trataba sólo de una cuestión de conveniencia. No mostraba ningún interés por los indios, y su urdu básicamente se limitaba a insultos y groserías que sólo sabía conjugar en la tercera persona del singular. No veía grandes diferencias entre los policías militares que tenía a su cargo y los coolies. «Jesús, menuda escoria dejada de la mano de Dios», se le oía farfullar cuando les pasaba revista en sus barracones, con el subahdar siguiéndole y cargando con su espada. En algunas ocasiones, Verrall se había metido en problemas por expresar abiertamente lo que pensaba de las tropas nativas. Un coronel informó de que Verrall había faltado el respeto a uno de sus regimientos de infantería durante un pase de revista. Verrall se encontraba entre los oficiales que formaban tras el general. Un regimiento indio de infantería se aproximó desfilando.

—Los “Rifles” —dijo alguien.

—¡Y menuda pinta! —dijo Verrall con su arisca voz de adolescente.

El canoso coronel de los “Rifles” que se encontraba muy cerca enrojeció hasta la nuca y lo denunció al general.

Fue reprendido por ello, aunque el general, a su vez un funcionario del ejército británico, no fue excesivamente duro con él. De algún modo, nunca le pasaba nada serio por muy ofensivas que sus palabras fueran. Por toda la India, por dondequiera que pasase, iba dejando un rastro de gente insultada, obligaciones incumplidas y facturas sin pagar. Pero las desgracias que sembraba nunca llegaban a afectarle directamente. Tenía mucha suerte, y no se debía exclusivamente al apellido que había heredado. Había algo en su mirada ante lo que los nativos, las memsahibs burra y hasta los coroneles se amedrentaban.

Tenía unos ojos inquietantes, azul claro y algo saltones, que transmitían una autoridad aplastante. Con una sola mirada fría y escrutadora de apenas cinco segundos, parecía capaz de emitir un veredicto sobre tu persona. Si se era lo que él respetaba (es decir, oficial de caballería y jugador de polo), Verrall te aprobaba y se comportaba correctamente; si se era cualquier otra cosa, te aborrecía de un modo tan notorio que ni podía ni quería ocultarlo. Nada importaba ser rico o pobre, pues Verrall no era más esnob que el resto de la gente. Desde luego, como todos los hijos de familias con dinero, consideraba la pobreza algo desagradable y creía que los que eran pobres lo eran por elección propia. Aunque, por otra parte, también aborrecía la vida disipada de los que poseen fortunas. Gastaba, o más bien dejaba a deber, considerables sumas en ropa, lo cual no era óbice para que viviera tan ascéticamente como un monje. Se ejercitaba incesantemente, se racionaba la bebida y el tabaco, dormía en una cama de campaña (con pijama de seda) y se bañaba con agua fría en lo más crudo del invierno. Las únicas cosas a las que rendía pleitesía era a la equitación y a la forma física. Las huellas de los cascos en el maidan, la poderosa sensación de estar unido al caballo como un centauro con su bastón de polo en la mano... todo eso era su religión, lo que le daba aliento para seguir vivo. Los europeos de Birmania (vagos, mujeriegos, alcoholizados y macilentos), le ponían enfermo sólo de pensar en los hábitos decadentes que perpetuaban. En cuanto a las obligaciones sociales, las veía como algo propio de cobistas y directamente las ignoraba. A las mujeres las aborrecía también. A su juicio, eran como sirenas cuyo único objetivo era apartar a los hombres del polo y enredarles con partiditos de tenis y discusiones de sobremesa. Sin embargo, no era completamente ajeno a ellas. Era joven y mujeres de todas las clases se le insinuaban, y él sucumbía a sus encantos una y otra vez. Pero enseguida acababa asqueado y era lo suficientemente insensible como para abandonarlas sin sentir el más ligero remordimiento. Había dejado así a alrededor de una docena durante los dos años que había pasado en la India.

Transcurrió una semana entera. Elizabeth no había conseguido ni tan siquiera conocer a Verrall. ¡Era tan inaccesible! Todos los días, mañana y tarde, su tía y ella iban y venían del Club pasando por el maidan, y allí estaba Verrall, golpeando las pelotas que le lanzaban los cipayos, sin prestar ninguna atención a las dos mujeres. ¡Lo tenía

tan cerca y al mismo tiempo tan lejos! Lo peor era que ninguna de las dos habría considerado decente hablar entre ellas de este asunto. Una tarde, una pelota de polo que Verrall había golpeado demasiado fuerte, fue rodando sobre la hierba hasta detenerse junto a ellas. Elizabeth y su tía se pararon instintivamente, pero fue un cipayo el que acudió a recoger la bola. Verrall había visto a las mujeres y se mantuvo alejado.

A la mañana siguiente, Mrs. Lackersteen se frenó cuando salían de casa las dos. Últimamente había dejado de montar en el jinrikisha. Al fondo del maidan, los policías militares formaban una fila con sus relucientes bayonetas al hombro. Verrall estaba frente a ellos, aunque no llevaba puesto uniforme; rara vez se lo ponía para pasar revista por la mañana, pues pensaba que no hacía falta tratándose de meros policías militares. Las dos mujeres fingían observar lo que pasaba sin detenerse en Verrall, a pesar de que eran incapaces de quitarle los ojos de encima.

—Lo que es una lástima —dijo Mrs. Lackersteen, aparentemente sin venir a cuento—, es que tu tío no tendrá más remedio que volver a la selva dentro de poco.

—¿En serio?

—Me temo que sí. Es tan fastidioso tener que estar allí en esta época del año, con todos esos mosquitos.

—¿Y no podría quedarse un poco más? ¿Una semana más, por ejemplo?

—No creo que pueda. Lleva ya cerca de un mes sin aparecer por allí. La empresa se pondría furiosa si se enterara. Y lo peor es que nosotras dos también tendremos que marchar con él. ¡Menudo fastidio! Sólo de pensar en los mosquitos me pongo mala.

En efecto, era terrible; tenerse que ir sin que Elizabeth hubiese siquiera cruzado unas palabras con Verrall. Pero si Mr. Lackersteen se marchaba, no tendrían más remedio que acompañarle. De ninguna manera podían dejarle irse solo. Satán siempre encuentra el modo de hacer daño, incluso en la selva. Un destello como un fogonazo recorrió la fila de cipayos; les habían dado la orden de presentar sus bayonetas. La polvorienta hilera se volvió a la izquierda, saludó y marchó en columna de a cuatro. Los ordenanzas estaban llegando con los ponis y los bastones de polo. Mrs. Lackersteen tomó en ese momento una decisión heroica.

—Creo —dijo— que tardaremos menos si cruzamos el maidan. Es mucho más rápido que ir por la carretera.

Lo cierto es que era unas 50 yardas más corto, pero nadie iba nunca por ese lado a pie, pues las semillas de la hierba se le metían a uno en las medias. Mrs. Lackersteen comenzó a caminar por la hierba y, dejando a un lado cualquier pretensión de fingir que se dirigían al Club, se fue directamente a por Verrall, con Elizabeth siguiendo sus pasos. Cualquiera de las dos se habría dejado matar antes que admitir que estaban haciendo algo distinto a tomar un atajo. Verrall las vio venir, maldijo y tiró de las riendas de su poni. No podía negarles el saludo ahora que le abordaban tan

clarísimamente. ¡Qué frescura la de estas mujeres! Se acercó a ellas con parsimonia, gesto ceñudo y empujando la pelota de polo con golpecitos distraídos.

—Buenos días, Mr. Verrall —le saludó Mrs. Lackersteen zalamera desde unos veinte metros.

—...nos días —respondió malhumorado y comprendiendo al instante que se trataba de una de esas cotorras chupadas típicas de las colonias indias.

Poco después, Elizabeth llegó a la altura de su tía. Se había quitado las gafas y balanceaba el sombrero que llevaba en la mano. ¿A quién le importaba coger una insolación cuando se era consciente de lo bonito que resultaba su pelo corto? Una ráfaga de viento (una de esas benditas bocanadas de aire fresco que llegaba de no se sabe dónde en esos días sofocantes) le había pegado el vestido de algodón a su cuerpo, esbelto y firme como el tronco de un árbol. Su súbita aparición junto a la otra mujer, más vieja y chamuscada por el sol, fue toda una revelación para Verrall. Le causó tal impresión que la yegua árabe lo sintió y se revolvió, y tuvo que tirar con fuerza de las riendas para calmarla. Hasta aquel momento no tenía constancia, ni se había molestado en consultarlo, de que hubiera ninguna mujer joven en Kyauktada.

—Mi sobrina —dijo Mrs. Lackersteen.

No contestó, pero dejó caer el bastón de polo y se descubrió. Elizabeth y él se quedaron mirándose unos instantes. Sus rostros se veían limpios y frescos bajo el sol implacable. Los hierbajos comenzaron a hacerle cosquillas en las piernas hasta resultar casi insoportable, y sin las gafas puestas sólo veía a Verrall y su montura como una mancha borrosa y blanquecina. Aún así, ¡se sentía tan feliz! Su corazón palpitaba con fuerza y se le subían los colores como si fueran una fina capa de acuarela. «¡Dios mío, es un bombón!», se decía para sí Verrall sin poder quitárselo de la cabeza. Los indios, que tenían a los ponis sujetos por las bridas, observaban con curiosidad la escena, como si la belleza de los dos jóvenes hubiera causado también una honda impresión en ellos.

Mrs. Lackersteen rompió el silencio que había durado ya más de medio minuto.

—¿Sabe, Mr. Verrall —dijo dando algunos rodeos—, que nos parece de lo más cruel el abandono al que nos tiene sometidas? ¡Y nosotras que teníamos tantas ganas de ver alguna cara nueva por el Club!

Seguía mirando a Elizabeth cuando respondió, pero el cambio que se había producido en su voz era notable.

—Llevaba unos días con la intención de ir, pero he estado muy ocupado instalando a mis hombres y haciendo cosas por el estilo. Lo siento —añadió, y es que a pesar de que no acostumbraba a pedir perdón, tenía claro que la muchacha lo merecía—. Siento mucho no haber contestado a su nota.

—No es nada. Nos hacemos cargo, aunque confiamos en que venga al Club esta tarde. Eso sí —concluyó exagerando aún más el ridículo tono que había adoptado—, si

nos vuelve a decepcionar, no tendremos más remedio que empezar a pensar que es usted un joven muy malo.

—Lo siento —insistió—. Estaré allí esta tarde.

No quedaba nada más que decir y las dos mujeres se alejaron en dirección al Club. Sin embargo, apenas se quedaron allí cinco minutos. Los hierbajos estaban causando un tormento tal a Elizabeth que se vieron obligadas a regresar a casa apresuradamente para cambiarse de medias.

Verrall cumplió su promesa y acudió al Club aquella tarde. Llegó un poco antes que los demás, y a los cinco minutos de estar allí ya había dejado constancia manifiesta de su presencia. Cuando Ellis entró en el Club, el mayordomo salió a su encuentro como una bala de la sala de juego y lo abordó. Se le veía angustiado y le corrían las lágrimas por las mejillas.

—¡Señor, señor!

—¿Qué diablos te pasa ahora? —le preguntó Ellis.

—El nuevo señor me ha pegado.

—¿Qué?

—Me ha pegado, señor —y lo dijo levantando la voz con una especie de alarido desgarrador—, pe-e-egado.

—¿Que te han pegado? Te está bien empleado. ¿Y quién ha sido?

—El nuevo señor. El sahib de la policía militar. Me ha pegado con el pie, señor..., ¡aquí! —y se frotó el trasero.

—¡Maldita sea! —exclamó Ellis.

Entró en el salón. Verrall estaba leyendo el Field y sólo se le veían los bajos de sus pantalones claros y sus lustrosos zapatos negros. No se dignó en moverse al notar que alguien llegaba.

—Oiga usted, como se llame, Verrall...

¿Qué?

—¿Le ha dado usted unas patadas a nuestro mayordomo?

Los ojos azul claro y ariscos de Verrall surgieron por un extremo del Field, igual que los de un crustáceo asomándose por detrás de una roca.

—¿Qué? —repitió enseguida.

—Digo que si le ha pegado usted unas patadas a nuestro condenado mayordomo.

—Sí.

—¿Y por qué demonios lo ha hecho?

—El muy desgraciado se atrevió a replicarme. Le pedí un whisky con soda y me lo trajo caliente. Le dije que le pusiera hielo y no quiso hacerlo; me contó no sé qué estupidez sobre que tenía que reservar el último trozo de hielo. Así que le pegué una patada. Le está bien empleado.

Ellis estaba furioso. El mayordomo era propiedad del Club y ningún forastero tenía derecho a patearlo. Pero lo que más le irritaba a Ellis era que Verrall pudiese pensar que él sentía compasión por el criado, o que incluso desaprobaba el propio acto de pegarle.

—¿Que le está bien empleado? Seguro que sí. ¿Pero qué tiene que ver eso con lo que le estoy diciendo? ¿Quién es usted para golpear a nuestros criados?

—Déjese de tonterías, amigo. Le hacía falta. Tienen muy mal acostumbrados a sus criados por aquí.

—Maldito insolente engreído, usted no es nadie para decirnos qué es lo que les hace falta a nuestros criados. No es ni siquiera miembro de este Club. Castigar a los criados es cosa nuestra.

Verrall bajó el Field y miró de frente a Ellis. No cambió el tono hosco de su voz. Nunca perdía los nervios con un europeo; nunca era necesario.

—Escuche, amigo, si alguien me replica, le pateo el trasero. ¿Quiere usted que se lo demuestre?

Toda la ira de Ellis se sofocó de repente. No es que tuviera miedo, nunca en toda su vida lo había tenido; era sólo que la mirada de Verrall era demasiado fuerte para él. Esos ojos le hacían sentir como si estuviera precipitándose por las cataratas del Niágara. Los insultos se derritieron en sus labios y su habitual chorro de voz se esfumó. Añadió quejumbroso y pusilánime:

—Pero, hombre, tenía razón al no darle el último trozo de hielo. ¿Acaso cree que compramos hielo sólo para usted? No llega más que dos veces por semana.

—Menuda organización tan desastrosa entonces —dijo Verrall ocultándose de nuevo tras el Field, satisfecho tras comprobar que la discusión había concluido.

Ellis se sentía impotente. Era desquiciante la tranquilidad con la que Verrall retomaba la lectura ignorando a su interlocutor. ¿Por qué no se atrevía a darle a ese jovencito su merecido?

Lo cierto es que Ellis no le dio ningún puntapié. Verrall se había merecido muchos a lo largo de su vida, pero jamás había llegado a recibirlos, y probablemente seguiría siendo así. Ellis regresó mohíno a la sala de juego para pagar su malestar con el mayordomo, y dejó a Verrall en posesión de la sala de estar.

Cuando Mr. Macgregor llegó al Club, oyó música. La luz amarilla de los faroles se filtraba entre la enredadera que rodeaba la cancha de tenis. Mr. Macgregor estaba de muy buen humor aquella tarde. Se las prometía muy felices conversando largo y tendido con Miss Lackersteen —«una joven realmente inteligente y excepcional»—, y hasta tenía pensado contarle una anécdota muy interesante sobre un gran robo que había perpetrado una banda de dacoits en Sagaing en 1913 que, por cierto, ya había visto la luz en uno de esos articulitos que él publicaba en Blackwood's. Estaba seguro de que a Elizabeth le encantaría escucharla. Rodeó la pista de tenis con la esperanza

de encontrarla allí. Y en efecto, allí estaba, bajo la luz de la luna menguante y los faroles que había colgados de los árboles, bailando con Verrall. Los chokras habían sacado sillas y una mesa para poner encima el gramófono, y los demás europeos estaban colocados alrededor de la pareja. Mr. Macgregor se quedó parado debido a la sorpresa en una esquina de la pista y en ese instante Verrall y Elizabeth se deslizaron dibujando círculos cerca de él, apenas a un metro de distancia. Bailaban muy pegados, con el cuerpo de él inclinado sobre el de la joven. Ninguno de los dos advirtió la presencia de Mr. Macgregor.

Un sentimiento de profunda decepción se había apoderado de Mr. Macgregor. ¡Adiós a su agradable conversación con Miss Lackersteen! Tuvo que hacer un esfuerzo considerable para recuperar su habitual y ocurrente buen humor mientras se dirigía hacia la mesa.

—¡Así que tenemos una tarde terpsicórea! —comentó con un tono que pretendía ser alegre pero dejaba entrever cierto desencanto.

Nadie le contestó. Todos estaban observando a la pareja de baile. Elizabeth y Verrall, para los que los demás no parecían existir, se deslizaban girando sobre sus pies por el resbaladizo suelo de cemento. Verrall bailaba como montaba a caballo: con una elegancia sin parangón. En el gramófono estaba puesta «Muéstrame el camino a casa», que por entonces recorría el mundo entero como si de la peste se tratara, y había llegado incluso a Birmania.

Muéstrame el camino a casa,
Estoy cansado y quiero acostarme
Bebí un poquito hace una hora
Y se me ha subido a la cabeza...

La monótona y patética cantinela flotaba entre los sombríos árboles y los aromas de las flores incesantemente, pues ya se ocupaba Mrs. Lackersteen de poner la aguja al principio cada vez que la veía aproximarse al centro. La luna se elevaba amarilla en el horizonte entre tinieblas y nubes oscuras, con la misma dificultad con la que una anciana dama enferma saldría de la cama. Verrall y Elizabeth seguían bailando infatigablemente, formando juntos una mancha en la penumbra. Se movían perfectamente acompasados, como un solo ser. Mr. Macgregor, Ellis, Westfield y Mr. Lackersteen los contemplaban con las manos en los bolsillos y sin ocurrírseles nada que decir. Los mosquitos les asaeteaban los tobillos. Alguien pidió bebidas, pero el whisky les supo a ceniza. Las entrañas de los cuatro hombres maduros se revolvían de envidia.

Verrall no le pidió a Mrs. Lackersteen que bailara con él, ni prestó la menor atención a los demás europeos cuando, terminado el baile, fue a sentarse con Elizabeth. Acaparó a la joven durante media hora más y después, dándoles escuetamente las buenas noches a las Lackersteen, se marchó sin dirigirse al resto. La

larga sesión de baile había dejado a Elizabeth como en una nube. ¡La había invitado a montar con él! ¡Le iba a prestar uno de sus ponis! La joven no reparó siquiera en que Ellis, irritado por su comportamiento, se esforzaba en ser todo lo grosero que era capaz con ella. Los Lackersteen se fueron tarde a casa, pero ni Elizabeth ni su tía conseguían conciliar el sueño. Hasta pasada la medianoche estuvieron entretenidas arreglando un par de pantalones para montar a caballo y acortándolos para que le sentaran bien a Elizabeth.

—Supongo que sabrás montar, querida —dijo Mrs. Lackersteen.

—Claro, desde luego. Cuando estaba en Inglaterra montaba muy a menudo.

Había montado a caballo sólo una docena de veces en total, y cuando tenía dieciséis años. Pero ¿qué más daba eso? Habría cabalgado sobre un tigre con tal de acompañar a Verrall.

Cuando por fin terminaron de arreglar los pantalones y Elizabeth se los estaba probando, Mrs. Lackersteen suspiró al contemplarla. Estaba arrebatadora, lo que se dice arrebatadora. Y pensar que dentro de uno o dos días a lo sumo tendrían que volver a la selva para pasarse allí semanas o quizá meses, abandonando Kyauktada y perdiendo de vista a éste... qué joven... qué tan buen partido era. ¡Qué lástima! Subieron las escaleras y Mrs. Lackersteen se detuvo con su sobrina a la puerta del dormitorio. Tomó a Elizabeth por los hombros y la besó con más cariño que nunca.

—Querida, sería una verdadera pena que tuvieras que marcharte de Kyauktada justo ahora.

—La verdad es que sí.

—Pues sabes qué te digo, que no nos iremos a esa horrible selva. Que se vaya sólo tu tío. Tú y yo nos quedamos en Kyauktada.

Capítulo XIX

El calor era cada vez más insoportable. Abril estaba a punto de acabar, pero nadie esperaba que fuera a llover hasta dentro de tres o incluso cinco semanas. Ni los esplendorosos amaneceres podían hacer olvidar las interminables horas que quedaban por llegar, ésas en las que a uno le bullía la cabeza y el sol abrasador penetraba a través de los techos y se pegaba a los párpados cansados. Nadie, ni asiáticos ni europeos, eran capaces de vencer sin realizar un gran esfuerzo la soñera que provocaba el calor durante el día; y por otra parte, de noche, con los aullidos de los perros y lo que se sudaba, no había quien durmiera. Había tantos mosquitos en el Club que era necesario tener constantemente barras de incienso quemándose por todos los rincones, y las mujeres iban con las piernas envueltas en fundas de almohada. Sólo Verrall y Elizabeth permanecían indiferentes al calor. Eran jóvenes y con la sangre fresca; Verrall era demasiado estoico y Elizabeth estaba demasiado feliz como para que les afectase el clima.

Había un gran malestar en el Club por esos días. Verrall les había bajado los humos a todos. Había tomado la costumbre de acudir al Club una o dos horas, aunque ignoraba al resto de miembros, rechazaba las invitaciones que le hacían y respondía a todos los intentos de entablar conversación con monosílabos tajantes. Se sentaba debajo del punkah, justo en la silla que solía estar reservada a Mrs. Lackersteen, y leía los periódicos hasta que llegaba Elizabeth, momento en el que se ponía a bailar con ella durante una o dos horas. Después se marchaba apresuradamente sin despedirse de nadie. Entretanto, Mr. Lackersteen seguía solo en el campamento y, según los rumores que llegaron a Kyauktada, se estaba consolando con un variado repertorio de birmanas.

Elizabeth y Verrall paseaban a caballo casi todas las tardes. Por supuesto, el polo de las mañanas seguía siendo sagrado para Verrall, aunque había decidido que merecía la pena sacrificar las tardes por Elizabeth. A ella, la equitación se le daba tan sorprendentemente bien como le había sucedido con la caza; a Verrall le había llegado a contar que «había ido de caza a menudo» en Inglaterra. Él se dio cuenta enseguida de que le mentía pero no le importó demasiado, pues al menos montaba lo suficientemente bien como para no resultar un estorbo.

Solían cabalgar por el camino de tierra hasta la selva, vadeaban el riachuelo y después seguían por una estrecha senda para carretas donde la tierra era fina y sus monturas podían galopar. Hacía un calor sofocante en la polvorienta jungla y se oían a lo lejos truenos que nunca traían lluvias. Unas pequeñas aves revoloteaban entre los caballos, que permanecían inalterables, mientras atrapaban con el pico los insectos que éstos levantaban con las pezuñas. Elizabeth montaba el poni castaño y Verrall el blanco. De regreso a casa iban muy juntos, tanto que a veces la rodilla de él rozaba las piernas de Elizabeth mientras charlaban. Verrall era capaz de dejar a un lado su hosco mutismo y adoptar un tono amistoso cuando quería, y con Elizabeth así era.

¡Qué alegría cabalgar los dos juntos! ¡Qué maravilloso ir a lomos de un caballo y pensando sólo en la caza, la equitación y el polo! Si Elizabeth no hubiera encontrado otros motivos para enamorarse de Verrall, se habría enamorado de él sólo por haber traído los caballos a su vida. Ella le daba pie a que hablara de equitación como antes lo había hecho con Flory y la caza. Verrall no era muy hablador, la verdad sea dicha. Unos cuantos comentarios vacilantes sobre el polo y la caza, una lista de puestos indios y el nombre de sus regimientos, y se quedaba sin nada que decir. Sin embargo, este poco emocionaba a Elizabeth mucho más que todo el discurso interminable de Flory.

Sólo verle a caballo era más evocador que todas las palabras del mundo. A su alrededor se percibía un halo de destreza como jinete y su planta marcial. En su rostro curtido y su cuerpo erguido, Elizabeth veía a un auténtico caballero, con su vida gallarda y romántica. Divisaba la frontera noroeste, el Club militar, los campos de polo, los campamentos de barracones, los escuadrones marrones de jinetes galopando con sus lanzas en alto y los trenes traqueteando; oía las llamadas de corneta, el tintineo de espuelas y también a las bandas de los regimientos, que tocaban afuera mientras los oficiales cenaban en los comedores enfundados en sus magníficos uniformes. ¡Qué espléndido era aquel mundo poblado de caballos, qué espléndido! Y ahora era su mundo, pertenecía a él, había nacido para formar parte de él. Llevaba días viviendo, pensando y soñando con caballos, prácticamente igual que el propio Verrall. Hubo un momento en el que no sólo contaba aquella mentirijilla de que «había cazado a menudo», sino que casi llegó a creérsela ella misma.

Conectaban a la perfección en todos los sentidos. Verrall no le aburría nunca ni la sacaba de sus casillas como Flory (la verdad es que Elizabeth casi se había olvidado de Flory para entonces; cuando pensaba en él, por alguna extraña razón, lo único que recordaba era su marca de nacimiento). También les unía el desprecio que mostraba Verrall por todo lo que fuera “intelectual”, aún mayor que el que sentía Elizabeth. En una ocasión él le dijo que no había leído un libro desde que tenía dieciocho años y que los “detestaba”; «excepto, claro está, los de Jorrocks y cosas por el estilo». La tercera o cuarta tarde que salieron a montar se estaban despidiendo en la entrada de la casa de los Lackersteen. Verrall había logrado con éxito rehusar las invitaciones de

Mrs. Lackersteen para quedarse a comer. No había puesto un pie en su casa y no se le pasaba por la cabeza hacerlo. Mientras el syce, el chico que se ocupaba de los caballos, sujetaba el poni de Elizabeth, Verrall dijo:

—La próxima vez que salgamos de paseo, montarás a Belinda. Yo iré en el castaño. Creo que ya montas lo suficientemente bien y no le cortarás la boca con el freno.

Belinda era la yegua árabe. Verrall la tenía desde hacía dos años y hasta entonces no había dejado que nadie más la montase, ni siquiera el syce. No se le ocurría un favor mayor que ése, y Elizabeth, que así lo entendía, apreció muchísimo el generoso gesto de Verrall.

A la tarde siguiente, cuando volvían cabalgando, Verrall pasó el brazo por encima del hombro a Elizabeth, la sacó de la silla de montar y la atrajo para sí. Era muy fuerte. Soltó las riendas y, con la mano que le quedaba libre, le alzó la cara hasta ponerla a su altura. Se besaron en los labios. La tuvo así por un momento, y luego la dejó en el suelo y se bajó de su montura. Se abrazaron con las camisas empapadas en sudor mientras él tenía sujetas las riendas con el pliegue del codo.

Prácticamente en ese mismo instante, a treinta millas de allí, Flory decidió regresar a Kyauktada. Estaba en una punta de la selva, junto a un riachuelo seco, hasta donde había llegado para cansarse, mientras contemplaba a unos pequeños pinzones que picoteaban semillas entre la alta hierba. Los machos eran amarillos y las hembras de un pardo similar al de los gorriones. Flory observaba a los pájaros sin ningún interés y los comenzaba a aborrecer por ser incapaces de despertar en él algo de curiosidad. Aburrido como estaba, les lanzó su dah y se fueron espantados. ¡Si ella estuviera allí! Todo cuanto le rodeaba (pájaros, árboles, flores... todo) parecía que no tenía ni vida ni sentido alguno sin ella. A medida que pasaban los días, la conciencia de que la había perdido se iba haciendo más fuerte y clara, amargando cada instante de su existencia.

Regresó al corazón de la selva dando un pequeño rodeo y golpeando las lianas y las trepadoras con su dah. Se notaba las extremidades pesadas y entumecidas. Se fijó en una planta de vainilla y se inclinó para oler sus fragantes y delgadas vainas. El aroma le produjo una sensación de apatía y anquilosamiento. ¡Solo, solo y aislado entre aquel mar de vida! El dolor era tan grande que propinó un puñetazo a un árbol, descoyuntándose el brazo y haciéndose unos raspones en dos de los nudillos. Tenía que volver a Kyauktada. Era una locura, no habían pasado apenas quince días desde la última vez que se vieron en el Club, y lo único que podía hacer era darle tiempo para que olvidara aquel incidente. Sin embargo, necesitaba regresar. No podía quedarse en aquel mortífero lugar, solo con sus pensamientos y atrapado entre esa interminable y absurda vegetación.

Se le ocurrió la feliz idea de llevar a Elizabeth la piel del leopardo que estaban curtiendo en la cárcel para ella. Sería una buena excusa para verla, y además cuando uno lleva regalos generalmente es bien recibido. Esta vez no se quedaría con la

palabra en la boca. Se explicaría y le haría comprender que había sido muy injusta con él. No podía condenarle por culpa de Ma Hla May, a la que había despedido precisamente por consideración a Elizabeth. Estaba seguro de que le perdonaría en cuanto supiera la verdadera historia. Porque esta vez iba a escucharle, aunque para ello tuviera que sujetarla por los brazos mientras se lo contaba.

Emprendió el camino de vuelta aquella misma tarde. Debía recorrer algo menos de cuarenta kilómetros a través de sendas para carretas llenas de baches, lo cual no impidió que decidiera hacer camino de noche, pues adujo que no haría tanto calor como de día. Los criados estuvieron a punto de rebelarse ante semejante idea, y el viejo Sammy fingió desmayarse, debilidad que se curó ofreciéndole ginebra antes de salir. Era una de esas noches en las que apenas se ve la luna. Se alumbraron con faroles, con cuya luz los ojos de Flory destelleaban como esmeraldas y los de los bueyes como piedras lunares. Cuando salió el sol, los criados se detuvieron para hacer un fuego y preparar el desayuno, pero Flory tenía tanta prisa por llegar a Kyauktada que siguió caminando por su cuenta. No se sentía en absoluto cansado. La idea de llevarle la piel de leopardo a Elizabeth le había colmado de absurdas esperanzas. Cruzó el espejeante río a bordo de un sampán y se dirigió al bungalow del Dr. Veraswami, a donde llegó hacia las diez de la mañana.

El doctor le invitó a desayunar y, tras mandar a las mujeres a un lugar en el que no les molestaran, le condujo a su propio cuarto de baño para que Flory pudiera afeitarse y afeitarse. Durante el desayuno, el doctor le contó con gran inquietud las últimas noticias sobre “el cocodrilo”. Por lo visto, la falsa rebelión estaba a punto de estallar. Hasta que no acabaron de desayunar, no tuvo oportunidad de mencionar la piel del leopardo.

—A propósito, doctor, ¿qué ha sido de la piel que mandé a la cárcel para que la curtieran? ¿Está ya lista?

—Esto... —el médico comenzó a frotarse la nariz con aire ligeramente desconcertado. Entró en la casa (habían tenido que desayunar en la veranda, pues la esposa del Dr. Veraswami se oponía a que Flory pasase) y volvió poco después con la piel enrollada—. Lo cierto es que... —comenzó a decir mientras la extendía.

La piel había quedado hecha una lástima. La habían dejado tiesa como el cartón, con el cuero resquebrajado, descolorida y hasta con algunas partes rasgadas. Además, desprendía un pestazo insoportable. En vez de haberla curtido, la habían dejado como para tirarla a la basura.

—Pero, doctor, ¿qué desastre es éste? ¿Cómo demonios han podido dejarla así?

—Lo siento muchísimo, amigo mío. Pensaba disculparme ahora mismo con usted. Fue todo cuanto pudimos hacer. No queda nadie en la cárcel que sepa curtir pieles en estos momentos.

—Pero, maldita sea, si había un preso que lo hacía admirablemente bien.

—Sí, sí, pero se fue de la cárcel hace tres semanas.

—Pero tenía entendido que estaba cumpliendo una pena de siete años.

—¿Es posible que no se haya enterado, amigo mío? Pensé que sabía usted quién era el que se encargaba de curtir las pieles. Era Nga Shwe O.

—¿Nga Shwe O?

—El preso que se escapó bajo el amparo de U Po Kyin.

—¡Demonios!

Este contratiempo le desanimó terriblemente. A pesar de todo, por la tarde, después de darse un baño y ponerse un traje limpio fue a casa de los Lackersteen a eso de las cuatro. Era muy pronto para visitar a alguien, pero quería asegurarse de encontrar a Elizabeth antes de que ésta se fuera al Club. Mrs. Lackersteen, que acababa de despertarse de la siesta y no esperaba visitas, le recibió con poco entusiasmo y ni le invitó a sentarse.

—Me temo que Elizabeth no podrá bajar ahora. Se está vistiendo para salir a montar a caballo. ¿No preferiría dejarle una nota?

—Si no le importa, me gustaría verla. Le he traído la piel del leopardo que cazamos juntos.

Mrs. Lackersteen le dejó de pie en la salita. Fue a llamar a Elizabeth y no se contuvo y le susurró cuando ésta salía de su cuarto:

—Líbrate de este tipo lo antes posible, querida. No me apetece que ande por aquí cerca a estas horas.

Cuando Elizabeth entró en la habitación, el corazón de Flory se puso a latir tan violentamente que una bruma rojiza le nubló la visión. Iba vestida con una blusa de seda y pantalones de montar, y estaba algo bronceada. Flory no recordaba haberla visto nunca tan hermosa. Tembló al verla; en un instante se esfumó hasta la última pizca de valor que había reunido. En lugar de adelantarse hacia ella, retrocedió. Se oyó un estrépito detrás de él; había tirado una mesa auxiliar que sostenía un jarrón de zinnias, las cuales habían quedado esparcidas por el suelo.

—¡Lo siento! —exclamó horrorizado.

—No es nada, no se preocupe, por favor.

Elizabeth le ayudó a poner de pie la mesita, hablando mientras alegre y casualmente, como si no hubiera sucedido nada.

—¡Cuánto tiempo ha pasado fuera, Mr. Flory! Se ha convertido casi en un forastero. Le hemos echado tanto en falta por el Club...

Imprimía a algunas palabras el mismo sello cínico y deslumbrante que utilizan las mujeres cuando intentan eludir una obligación moral. Flory estaba aterrado. No se atrevía ni a mirarle a la cara. Ella cogió una caja de cigarros y le ofreció uno, aunque él no aceptó la invitación. Le temblaban demasiado las manos para ponerse a fumar.

—Le he traído aquella piel —dijo sin asomo de expresividad.

La desenrolló sobre la mesa que acababan de recoger del suelo. Tenía un aspecto tan andrajoso y lamentable que deseó no habérsela traído nunca. Ella se acercó a examinarla, quedando su suave mejilla a tan pocos centímetros de la de Flory, que éste pudo sentir la calidez del cuerpo de la joven. Se sentía tan intimidado ante ella, que retrocedió unos cuantos pasos sin darse cuenta. En ese preciso momento, ella también pegó un paso atrás dejando entrever una mueca de asco, pues le había llegado el espantoso hedor que desprendía la piel. Flory se sintió tremendamente avergonzado. Era como si hubiera sido su propia piel y no la del animal la que apestaba.

—Muchísimas gracias, Mr. Flory —dijo Elizabeth apartándose un poco más todavía del regalo—. Es preciosa y además enorme, ¿no cree?

—Sí, pero desgraciadamente la han echado a perder.

—No, no; me encantará tenerla. ¿Se quedará mucho en Kyauktada? ¡Qué calor tan horrible debe de hacer en el campamento!, ¿no?

—Sí, mucho calor.

Durante unos minutos hablaron del tiempo. Flory no sabía qué hacer. Todo lo que se había prometido a sí mismo que diría, todos sus argumentos y súplicas, se habían ahogado en su garganta. «Idiota —pensó—, ¿qué estás haciendo? ¿Has recorrido veinte millas para esto? Venga, dile lo que venías a decirle. Cógela en tus brazos, haz que te escuche, golpéala si es preciso... lo que sea antes de que te enrede con esta sarta de tonterías». Pero no podía hacer nada, era inútil. De su boca no salieron más que comentarios triviales. ¿Cómo iba a explicarse o a rogarle cuando la destreza conversadora de ella hacía que todo derivase hacia el tipo de charla informal que se sostenía en el Club, silenciándole antes incluso de que llegara a hablar? ¿Dónde había aprendido ella a reírse con esa condescendencia que lo tornaba todo superficial? Sin duda, debía haber sido en uno de esos internados para señoritas que hay ahora. El pedazo de carroña que había dejado sobre la mesa le abochornaba más a cada momento. Allí estaba él, casi sin voz, espantosamente feo, con la cara amarillenta y arrugada tras la noche en vela, y con esa marca de nacimiento que parecía una mancha de suciedad.

Elizabeth intentó desembarazarse de él pasados unos minutos.

—Y ahora, Mr. Flory, si no le importa, la verdad es que tengo que...

Él farfulló unas palabras:

—¿No querría usted salir conmigo de nuevo en alguna ocasión? Podríamos dar un paseo, ir de caza... algo por el estilo.

—Tengo tan poco tiempo libre últimamente. Todas las tardes las tengo ocupadas. Ahora mismo iba a montar. Con Mr. Verrall —añadió.

Era muy probable que apuntase ese dato con el único fin de hacer daño a Flory. Era la primera vez que tenía noticias de su amistad con Verrall, y no pudo evitar que en

su voz se notaran los celos que había despertado en él aquel comentario cuando habló:

—¿Sale a montar muy a menudo con Verrall?

—Casi todas las tardes. Es un magnífico jinete. Tiene una cantidad imponente de ponis de polo.

—En cambio yo no tengo ni uno solo.

Era la primera cosa medianamente relevante que había logrado decir y tan sólo había conseguido ofenderla. A pesar de todo, Elizabeth le contestó con la misma alegre indiferencia de antes y lo acompañó hasta la puerta. Mrs. Lackersteen volvió a la salita, advirtió el desagradable olor que desprendía la piel del leopardo y ordenó a los criados que se la llevaran afuera para quemarla.

Flory se entretuvo junto a la entrada de su jardín con la excusa de dar de comer a unas palomas. No podía negarse a sí mismo martirizarse contemplando a Elizabeth y Verrall marchar juntos cabalgando. ¡Con qué crueldad, con qué falta de tacto se había comportado ella! Es terrible cuando se le deja a uno sin tan siquiera la oportunidad de discutir. Verrall llegó a la casa de los Lackersteen montado en el poni blanco y acompañado por un syce que llevaba el castaño. Al cabo de un rato salieron Elizabeth y el militar juntos, él en el poni castaño y ella en el blanco, y trotaron velozmente colina arriba. Iban charlando y riéndose, pegados el uno al otro. Ninguno de los dos miró a Flory.

Cuando ya habían desaparecido entre la frondosa jungla, Flory aún continuaba merodeando por el jardín. El mali estaba arrancando las flores inglesas, la mayoría de las cuales habían muerto por el exceso de sol, y plantaba en su lugar bálsamos, zinnias y otras flores de la zona. Transcurrió una hora y un indio de color terroso y aspecto melancólico subió por el camino. Llevaba un paño amarrado a la cintura y un pagri salmón sobre el que apoyaba una especie de cesta. Puso ésta en el suelo y saludó con una reverencia a Flory.

—¿Quién eres tú?

—El book-wallah, sahib.

El book-wallah era un vendedor ambulante de libros que iba de un puesto colonial a otro por toda Birmania superior. Su sistema de intercambio era sencillo: por cada libro de los que llevaba en su cesto había que darle cuatro annas y otro libro usado. Aunque no podía ser cualquiera, pues aunque el book-wallah fuera analfabeto, había aprendido a reconocer y rechazar una Biblia.

—No, sahib —decía quejumbroso—. Este libro (y le daba vueltas con gesto de desaprobación en sus manazas morenas), este libro con tapas negras y letras doradas no lo puedo coger. No sé por qué, pero todos los sahibs me ofrecen este libro y nadie lo coge luego. ¿Qué pondrá en este libro negro? Seguramente algo muy malo.

—A ver qué porquería traes —dijo Flory.

Buscaba una buena novela policíaca, algo de Edgar Wallace, Ágata Christie o similares; cualquier cosa que disipara la tristeza de su corazón. Estaba rebuscando entre los libros cuando observó que tanto el vendedor como el malí lanzaban exclamaciones y señalaban al lindero de la selva.

—¡Dekko! —gritó el jardinero con su voz gangosa.

Los dos ponis salían de la jungla, pero sin jinetes. Se aproximaban con el aire culpable de una montura que ha abandonado a su amo, con los estribos balanceándose y golpeándoles en la panza.

Flory quedó paralizado, apretando uno de los libros contra el pecho. Verrall y Elizabeth habían desmontado. No se había tratado de un accidente, eso seguro; era imposible imaginarse a Verrall cayendo de su caballo. Habían desmontado y los ponis se habían escapado.

Pero ¿para qué iban a descabalar? Él conocía bien los motivos. No es que los sospechara, es que los conocía. Podía imaginarse lo que estaba sucediendo, lo veía con tal detalle que le costaba sobreponerse a la idea. Arrojó el libro violentamente al suelo y se metió en su casa, dejando al book-wallah pasmado. Los criados le oyeron moverse de un lado a otro y al poco rato pedir una botella de whisky. Bebió, pero eso no le ayudó a pasar el mal rato. Llenó las dos terceras partes de un vaso de whisky y le puso agua suficiente para poder bebérselo de un trago. No le había bajado la nauseabunda dosis aún por la garganta, cuando ya estaba repitiendo la operación. Ya había hecho lo mismo hacía años en el campamento una vez que tuvo un terrible dolor de muelas y el dentista más cercano estaba a cuatrocientos cincuenta kilómetros. A las siete, Ko S'la entró como de costumbre a decirle que tenía caliente el agua de baño. Flory estaba echado sobre uno de los sillones, con la chaqueta quitada y la camisa abierta.

—Su baño, thakin —dijo Ko S'la.

Flory no respondió y Ko S'la le tocó en el brazo creyéndole dormido. Estaba tan borracho que no podía ni moverse. La botella vacía había caído rodando por el suelo, dejando un reguero de gotas de whisky. Ko S'la llamó a Ba Pe y recogió la botella chasqueando la lengua.

—Fíjate en esto. Se ha bebido más de tres cuartas partes de la botella.

—¿Cómo, otra vez? ¿Pero no había dejado de beber?

—Supongo que habrá sido por esa condenada mujer. Bueno, llevémosle con cuidado a la cama. Tú cógele por los pies, que yo lo haré por los hombros. Así es. ¡Levántale ahora!

Llevaron a Flory a la otra habitación y le dejaron suavemente sobre la cama.

—¿Crees que llegará a casarse con esa ingaleikma? —le preguntó Ba Pe.

—Quién sabe. He oído que ahora es la amante de ese joven policía. Estas gentes tienen costumbres distintas a las nuestras. Creo que sé lo que le va a apetecer al señor

esta noche —añadió Ko S'la desabrochándole los tirantes a Flory, pues, como buen criado de un soltero, tenía la maña necesaria que se requiere para desvestir a su señor sin despertarlo.

Los criados recibieron en general con bastante alegría la noticia de que su señor había retomado sus hábitos de soltero. Flory se despertó a medianoche, desnudo y empapado en sudor. Sentía como si un objeto punzante metálico se le clavara en el interior de la cabeza. El mosquitero estaba levantado y una muchacha le abanicaba desde el borde de la cama. Tenía un rostro agradable, de color bronce a la luz de las velas. Le explicó que era una prostituta y que Ko S'la le había pagado diez rupias por su propia cuenta y riesgo.

A Flory le zumbaba la cabeza.

—Por lo que más quieras, alcánzame algo de beber —le dijo febrilmente a la joven.

Le trajo un poco de soda, que Ko S'la había dejado ya preparada en previsión, humedeció una toalla y se la puso sobre la frente. Era regordeta y sonriente. Le dijo que se llamaba Ma Sein Galay y que además de dedicarse a esto vendía cestos de arroz en el bazar junto a la tienda de Li Yeik. Flory se encontró algo mejor y le pidió un cigarro. Una vez se lo dio, Ma Sein Galay le preguntó con tono ingenuo:

—¿Me quito ya la ropa, thakin?

Y por qué no iba a hacerlo, pensó Flory. Le hizo hueco en la cama. Pero cuando olió el familiar aroma a ajo y aceite de coco, algo en su interior le hizo estremecerse de dolor, y con la cabeza apoyada en el rollizo hombro de Ma Sein Galay, lloró, algo que no había hecho desde que tenía quince años.

Capítulo XX

A la mañana siguiente hubo un gran revuelo en Kyauktada, pues al fin había estallado la rebelión que tanto se venía rumoreando. Flory apenas oyó algunas vagas noticias al respecto. Había regresado al campamento tan pronto se le pasó la resaca de aquella noche, y no fue hasta unos cuantos días más tarde que se enteró del verdadero alcance de la rebelión gracias a una indignada y extensa carta del Dr. Veraswami.

El estilo epistolar del doctor era un tanto extraño. Su sintaxis era deficiente, echaba mano de las mayúsculas con la misma arbitrariedad que los metafísicos del siglo XVIII y su uso de la cursiva rivalizaba con el de la Reina Victoria. Eran ocho páginas escritas con su caligrafía diminuta y desgarrada:

«mi querido amigo (rezaba la carta):

»Lamentará usted mucho enterarse de que las ardidés del cocodrilo han dado ya sus frutos. La rebelión, si es que así puede llamarse, ya está acabada y vista para sentencia. Ha sido, por desgracia, un asunto más Sangriento de lo que se esperaba dado el caso.

»Todo se ha desarrollado como le profeticé que lo haría. El día en que regresó usted a Kyauktada, los espías de U Po Kyin le habían informado de que los pobres ilusos a los que habían engañado se estaban reuniendo en la selva cerca de Thongwa. Esa misma noche partió en secreto con U Lugale, el inspector de policía, que es un Granuja tan grande como él, si es que eso es posible, y doce agentes más. Hicieron una rápida incursión en Thongwa y sorprendieron a los rebeldes, que eran sólo ¡¡siete!! metidos en una choza medio derruida en plena selva. También Mr. Maxwell, que había oído los rumores que circulaban en torno al levantamiento, acudió desde su campamento con su rifle a tiempo de unirse a U Po Kyin y los policías en su ataque a la choza. Al día siguiente Ba Sein, que es el chacal y el mandado de U Po Kyin, recibió órdenes de propagar la noticia de la rebelión del modo más Sensacionalista posible, cosa que así hizo. Mr. Macgregor, Mr. Westfield y el teniente Verrall se apresuraron en dirigirse a Thongwa llevando consigo a cincuenta cipayos armados con rifles además de la propia policía civil. Pero cuando llegaron allí todo había terminado y se encontraron a U Po Kyin sentado bajo un gran árbol de teca dándose aires y aleccionando a los habitantes del pueblo, los cuales le hacían reverencias muy

asustados y juraban que serían siempre leales al Gobierno. De modo que la rebelión había acabado por completo. Aquel supuesto weiksa, que no era más que un mago de circo y secuaz de U Po Kyin, se había esfumado, aunque seis rebeldes habían sido capturados. Y así concluyó todo.

»Además tengo que informarle de que se produjo una lamentable Muerte. Mr. Maxwell estaba demasiado impaciente, creo yo, por utilizar su Rifle y cuando uno de los rebeldes se intentó escapar, disparó y le alcanzó en el abdomen, con lo que murió. Creo que los aldeanos sienten cierto rencor hacia Mr. Maxwell por eso. Sin embargo, desde el punto de vista legal, no se le puede culpar de nada, puesto que aquellos hombres, sin ningún género de duda, estaban conspirando contra el Gobierno.

»Confío en que comprenda, amigo mío, lo catastrófico que todo esto puede ser para mí. Se hará usted cargo, espero, de la repercusión que en la Lucha que sostengo con U Po Kyin esto tendrá, el empujón final para él. Es el triunfo del cocodrilo. U Po Kyin ahora se ha convertido en el héroe del distrito. Es el favorito de los europeos. He oído que hasta Mr. Ellis ha alabado su actuación. Si usted fuera testigo de su Engreimiento y los embustes que anda contando; como que había doscientos rebeldes en vez de siete y que se abalanzó sobre ellos revolver en mano, él, que siempre se mantuvo a una distancia prudencial mientras los policías y Mr. Maxwell se aproximaban a la choza... Si usted estuviera delante, lo encontraría verdaderamente Nauseabundo, se lo aseguro. Tuvo incluso la desfachatez de redactar un informe oficial que empezaba diciendo: "Gracias a mi leal diligencia y audacia", y sé de buena tinta que tenía preparada esa Conglomeración de mentiras días antes de los hechos. Es Repugnante. Sólo de pensar que ahora que está en la Cúspide de su triunfo, comenzará de nuevo a calumniarme con todo el veneno del que dispone...»

Les confiscaron a los rebeldes todo su armamento. El arsenal con el que pretendían marchar hacia Kyauktada consistía de lo siguiente:

Artículo: una escopeta con uno de los cañones dañados, robada hace tres años a un guarda forestal.

Artículo: seis escopetas artesanales con cañones hechos con tuberías de cinc robadas del ferrocarril. Se disparaban metiendo un clavo por el percutor y golpeándolo con una piedra.

Artículo: treinta y nueve cartuchos del calibre doce.

Artículo: once pistolas de juguete talladas en teca.

Artículo: unos cuantos petardos chinos grandes que iban a usarse como distracción.

Más adelante, dos de los rebeldes fueron condenados a quince años de reclusión, tres a tres años de cárcel y veinticinco latigazos, y uno a dos años.

El patético levantamiento estaba tan claramente aplastado que los europeos no se sentían en absoluto amenazados, y Maxwell se volvió a su campamento sin escolta. Flory pensaba quedarse en la selva hasta que vinieran las lluvias, o al menos hasta que

fuera a tener lugar la asamblea general del Club. Había prometido estar allí para proponer la candidatura del doctor, aunque ahora, enfrascado en sus propios problemas como estaba, todo ese asunto entre U Po Kyin y el doctor le parecía un fastidio.

Pasaron otras semanas y el calor se volvía aún más insoportable. La lluvia se hacía esperar y parecía haber esparcido por el aire una especie de fiebre. Flory se encontraba mal y trabajaba incesantemente, preocupándose de pequeñas tareas que debía haber dejado en manos del capataz, y ganándose los odios de los coolies y también de sus criados. Bebía ginebra a todas horas, pero ni eso podía distraerle ya. La imagen de Elizabeth en los brazos de Verrall acudía a su mente provocándole el mismo dolor que una neuralgia o un dolor de oído. En cualquier momento, se le presentaba nítida y repugnante, interrumpiendo sus pensamientos, arrancándole de sus sueños más profundos, o haciendo que todo lo que comía le supiera a polvo. Algunas veces le entraban ataques de furia, y en una ocasión incluso golpeó a Ko S'la. Lo peor de todo era el detalle, el asqueroso detalle, con el que se imaginaba la escena. Le parecía que la claridad con la que lo veía todo en su mente era la prueba definitiva de que así había ocurrido.

¿Hay algo más horrible, más indigno en este mundo que desear a una mujer que nunca se tendrá? Durante todas estas semanas apenas pasaba por la cabeza de Flory un pensamiento que no fuera homicida u obsceno. Es la consecuencia natural de los celos. Al principio había amado a Elizabeth espiritualmente, ansiando más su comprensión que sus caricias; ahora, una vez que la había perdido, lo que le atormentaba era el más bajo deseo físico. Ya no la idealizaba. La veía prácticamente tal cual era (esnob, estúpida, cruel), aunque eso en nada cambiaba la atracción que por ella sentía. Por las noches, insomne y con el camastro fuera de la tienda para estar más fresco, mientras contemplaba el cielo aterciopelado y oía de vez en cuando el aullido de un gyi, se odiaba a sí mismo por las imágenes que poblaban su mente. Era tan primitivo envidiar a un hombre mejor que le había derrotado. Porque se trataba exclusivamente de envidia; hablar de celos resultaba muy generoso. ¿Qué derecho tenía él a estar celoso? Se había declarado a una muchacha que era demasiado joven y guapa para él, y como era natural, ella le había rechazado. Tenía lo que se merecía. Era un caso sin remedio; nada le podría hacer más joven, ni quitarle la marca de nacimiento, ni borrar la década de soledad y libertinaje que había vivido. Lo único que podía hacer era contemplar la felicidad de la pareja y envidiar a aquel hombre... A pesar de todo, nunca sería capaz de tomarse aquella relación con filosofía. La envidia es algo horrible. Se diferencia de todos los sufrimientos en que no se puede disfrazar ni sublimar. No es sólo dolorosa, sino sobre todo repugnante.

Pero ¿era cierto lo que él sospechaba? ¿Se había convertido realmente Verrall en el amante de Elizabeth? No había manera de saberlo, aunque todo indicaba que tal cosa

no había sucedido, pues de haber sido así, no habrían podido ocultarlo en un sitio como Kyauktada. Aunque los demás no hubieran sospechado nada, Mrs. Lackersteen lo habría supuesto. Sin embargo, una cosa era cierta: Verrall no había hecho todavía ninguna petición de matrimonio. Pasaron una, dos y hasta tres semanas, que era mucho tiempo en un pequeño puesto indio. Verrall y Elizabeth cabalgaban juntos todas las tardes y bailaban cada noche; aún así, él no había llegado nunca tan lejos como para poner un pie en la casa de los Lackersteen. Por supuesto, el comportamiento de Elizabeth dio lugar a interminables comentarios y chismorreos. Todos los orientales daban por hecho que era la amante de Verrall. Según la versión de U Po Kyin (que conseguía acertar en lo esencial aún incluso cuando estaba equivocado en los pormenores) Elizabeth había sido la concubina de Flory y le había dejado por Verrall porque éste último le pagaba más. También Ellis por su parte propagaba bulos acerca de Elizabeth que hacían estremecerse a Mr. Macgregor. Mrs. Lackersteen, al ser pariente de la joven, no se enteraba de estos chismes, aunque su nerviosismo iba en aumento. Cada tarde, cuando Elizabeth regresaba de su paseo a caballo, se le acercaba esperanzada, confiando en que le dijera «Ay, tía, ¿a que no sabes qué?», y le comunicara las buenas noticias. Pero éstas nunca llegaban y, a pesar de que escrutaba atentamente el rostro de Elizabeth, no conseguía adivinar nada.

Al cabo de tres semanas, Mrs. Lackersteen se inquietó y empezó a enfadarse de verdad. La idea de que su marido estuviera solo (o todavía peor, no lo estuviera) en el campamento, le preocupaba. Después de todo, si le había dejado ir sin ellas al campamento era para que Elizabeth tuviera la oportunidad de casarse con Verrall (aunque Mrs. Lackersteen nunca lo hubiera expresado con tanta claridad). Una noche aleccionó e incluso amenazó a Elizabeth indirectamente, como ella siempre lo hacía todo. La conversación consistió en un largo monólogo interrumpido por suspiros y largas pausas, ya que Elizabeth no intervino en ningún momento.

Mrs. Lackersteen comenzó con algunas observaciones a propósito de una fotografía que venía en el Tattle sobre esas chicas modernas que van luciéndose en traje de baño y que eran tan sumamente fáciles con los hombres. Una joven, opinaba Mrs. Lackersteen, no debía nunca comportarse así; iba a decir que por el contrario, tenía que parecer difícil, pero se dio cuenta de que no era la palabra apropiada, por lo que cambió de discurso. Se puso a hablar a Elizabeth de una carta que le había llegado de Inglaterra con más noticias de aquella pobre, pobrecilla muchacha que pasó una temporada en Birmania y que con tan poco criterio había rechazado a sus pretendientes. El sufrimiento de la desgraciada joven le partía el corazón, y venía a demostrar lo contenta que tenía que estar una mujer de casarse con cualquiera, lo que se dice con cualquiera. Por lo visto, la pobrecilla había perdido su empleo y, durante un largo periodo de tiempo, había pasado verdadera hambre. En la actualidad trabajaba en una cocina a las órdenes de una vulgar y antipática cocinera que la

trataba como a una esclava. Además, por lo que le habían contado, en la cocina había unas cucarachas enormes. ¿No le parecía a Elizabeth absolutamente terrible? ¡Cucarachas!

Mrs. Lackersteen guardó silencio un rato para dejar que las cucarachas hicieran efecto, antes de añadir:

—¡Qué lástima que Verrall nos abandone cuando lleguen las lluvias! Kyauktada se quedará vacía sin él.

—¿Y cuándo suelen llegar las lluvias? —preguntó Elizabeth con la mayor indiferencia que supo fingir.

—A principios de junio, aunque ya debía de haber llovido. Sólo queda una semana o dos... Querida, parece absurdo que insista, pero no me logro quitar de la cabeza la imagen de esa pobre muchacha metida en una cocina y rodeada de cucarachas.

Las cucarachas reaparecieron más de una vez en el discurso de Mrs. Lackersteen durante el resto de la tarde. No fue hasta el día siguiente que dejó caer sin más aparente importancia que la de un comentario casual:

—Por cierto, creo que Flory viene a Kyauktada a primeros de junio. Dijo que estaría para la asamblea general del Club. Quizá podríamos invitarle a cenar un día.

Era la primera vez que hablaban tía y sobrina de Flory desde el día en que éste había traído a Elizabeth la piel de leopardo. Después de no haberse acordado de él durante semanas, reaparecía ante las dos mujeres como último recurso.

Tres días más tarde, Mrs. Lackersteen pidió a su marido que regresase a Kyauktada. Había pasado en el campamento tiempo suficiente para ganarse un breve permiso. Volvió, más colorado que nunca (quemado por el sol, explicaba él) y con tal temblor de manos que a duras penas podía encenderse un cigarro. A pesar de todo, aquella noche celebró su regreso convenciendo a Mrs. Lackersteen para que saliera y colándose en el dormitorio de Elizabeth con la determinación de abusar de ella.

Durante todo este tiempo, y sin que nadie se enterara, se estaba tramando otro levantamiento. El weiksa (que ahora estaba vendiéndoles la piedra filosofal a los ingenuos habitantes de Martaban) por lo visto había hecho que su labor calara más hondo de lo que inicialmente se proponía. De alguna forma, existía la posibilidad de que se produjeran nuevos conflictos; conatos aislados y fáciles de sofocar con toda seguridad. Ni U Po Kyin era consciente de esta circunstancia todavía. Aunque, como de costumbre, los dioses estaban de su lado, pues cualquier otra rebelión haría que la primera cobrase más importancia de la que había tenido, aumentando de ese modo el reconocimiento del magistrado.

Capítulo XXI

Uh, viento del Oeste, ¿cuándo traerás las lluvias? Era el primer día de junio, el día señalado para la asamblea general, y aún no había caído ni una gota de agua. Mientras Flory avanzaba por el camino en dirección al Club, el sol del mediodía se le metía por debajo del ala de su sombrero quemándole la nuca sin piedad. El mali andaba tambaleándose por el sendero, con el sudor corriéndole por el pecho y cargando con dos latas de keroseno llenas de agua sujetas a una percha. Las dejó en el suelo, vertiendo un poco de agua sobre sus pies morenos, e hizo una reverencia a Flory.

—¿Qué, mali, llegarán por fin las lluvias?

El hombre hizo un gesto vago señalando al Oeste.

—Las colinas las retienen, sahib.

Kyauktada estaba rodeada casi por completo por cadenas montañosas donde se quedaban las primeras lluvias, por lo que a veces no llovía allí algunos años hasta casi finales de junio. La tierra de los arriates estaba tan seca y gris como el cemento. Flory entró en el salón del Club y se encontró a Westfield en la veranda mirando hacia el río, pues las persianas estaban recogidas. Al pie de la veranda había un chokra tumbado boca arriba al sol y con la cuerda que movía el punkah enganchada al talón. Balanceaba despacio la pierna y se cubría la cara con una ancha hoja de plátano.

—Fióla, Flory. Estás esquelético.

—Y tú también.

—La verdad es que sí. Es el maldito tiempo. No tengo nada de apetito. Lo único que me apetece es la priva. Dios, no estaré a gusto hasta que oiga croar a las ranas. Vamos a tomar algo antes de que lleguen los demás. ¡Mayordomo!

—¿Sabes quiénes van a venir a la asamblea? —preguntó Flory cuando ya les habían servido whisky con soda tibia.

—Pues creo que todos. Lackersteen volvió del campamento hace tres días. ¡Dios mío, cómo se lo ha tenido que pasar ese hombre sin su señora! Mi inspector me contó sus aventuras en la selva. Montones de fulanas por todos lados; seguro que las hizo llamar desde el campamento él mismo. Ya le caerá una buena cuando su mujer vea las facturas. Le han mandado once botellas de whisky en sólo quince días.

—¿Vendrá el joven Verrall?

—No, sólo es miembro temporalmente. Además, no le interesan nuestros asuntos en absoluto. Maxwell tampoco vendrá. Según dice, no puede marcharse del campamento en estos días. Pidió a Ellis que le representase si había que votar algo. Aunque no creo que haya ninguna necesidad de votar nada, ¿no? —añadió mirando a Flory de refilón, pues ambos recordaban la disputa que habían tenido sobre este asunto.

—Supongo que dependerá de Macgregor.

—Quiero decir que Macgregor habrá renunciado a esa maldita idea suya de elegir a un socio nativo, ¿no crees? Después de lo que ha pasado con esas rebeliones, no está el horno para bollos.

—A propósito, ¿qué se sabe del levantamiento? —preguntó Flory. No quería empezar a discutir sobre la elección del doctor todavía.

—No ha habido más noticias. ¿Crees que lo volverán a intentar?

—No. Me temo que todo ha terminado. Se han rendido tan cobardemente como era de esperar. El distrito está tan en calma que parece un colegio de niñas. Una pena.

El corazón de Flory dejó de latir por un segundo. Había oído la voz de Elizabeth en la habitación de al lado. Mr. Macgregor entró en ese preciso momento seguido de Ellis y Mr. Lackersteen. Estaban todos los que podían votar, ya que las mujeres del Club no tenían derecho al sufragio. Mr. Macgregor vestía un traje de seda y llevaba bajo el brazo el libro de cuentas del Club. Incluso a un asunto tan insignificante como las asambleas de Club le concedía un aire pseudo-oficial.

—Como, según parece, estamos ya todos aquí —dijo tras los saludos de rigor—, procederemos a, ejem, examinar los asuntos pendientes.

—Adelante, Macduff —dijo Westfield mientras se sentaba.

—Que alguien llame al camarero, por el amor de Dios —dijo Mr. Lackersteen—. No me atrevo a que mi mujer me oiga llamarle.

—Antes de empezar con el orden del día —dijo Mr. Macgregor después de que rechazara la bebida que le ofrecían y de que los demás hubiesen pedido las suyas—, confío en que desearán ustedes conocer el estado de cuentas del semestre. En realidad nadie quería, pero Mr. Macgregor, que disfrutaba con este tipo de cosas, repasó concienzudamente los números. Flory, mientras, se dedicó a pensar en otras cosas. ¡Qué escándalo iba a armarse en un rato! Se pondrían furiosos cuando supieran que él proponía al doctor después de todo lo que había pasado y se había dicho de su amigo. Y Elizabeth se encontraba en la habitación de al lado. Dios quisiera que ella no oyese nada del jaleo que se iba a montar. Le aborrecería aún más al comprobar que todos le atacaban. ¿Llegaría a verla esta tarde? ¿Le dirigiría ella la palabra? Se asomó para contemplar el río. En la orilla, al otro lado, un grupo de hombres aguardaban junto a un sampán. En el canal, junto al margen más próximo, una enorme balsa india avanzaba a una lentitud exasperante contra la corriente. A cada impulso, los diez

remeros, dravidianos famélicos, se daban prisa por hundir en el agua sus primitivos remos con palas en forma de corazón. Sacaban fuerzas de sus débiles cuerpos y luego, retorciéndose, tiraban del remo hacia atrás como agónicas criaturas negras de goma, y así la balsa adelantaba un metro o dos. Los remeros, jadeando, volvían entonces a meter de nuevo los remos en el agua antes de que la corriente les hiciera retroceder lo recorrido.

—Y ahora —anunció Mr. Macgregor con gravedad—, llegamos al punto principal del orden del día. Me refiero, claro está, al, ejem, este desagradable asunto que, por desgracia, no tenemos más remedio que abordar: la elección de un nativo como miembro de este Club. Cuando discutimos con anterioridad este asunto...

—¡Qué demonios!

Era Ellis el que había interrumpido. Se había alterado tanto que se levantó de un salto.

—¡Qué demonios! ¿No iremos a empezar otra vez? Con todo lo que ha pasado, ¿cómo vamos a hablar siquiera de meter a un maldito negro en este Club? ¡Dios santo, creía que hasta Flory había renunciado al tema al menos por esta vez!

—Nuestro amigo Ellis parece sorprendido por mi proposición, pero creo que ya hemos hablado antes de la necesidad de tratar este asunto.

—¡Y creía que ya habíamos hablado suficiente del maldito tema! Todos dijimos lo que opinábamos al respecto. Por el amor de Dios...

—Si nuestro amigo Ellis tuviera la amabilidad de sentarse un segundo... —dijo Mr. Macgregor pacientemente.

Ellis se dejó caer en el sillón exclamando:

—¡Menuda estupidez!

Flory pudo ver cómo se embarcaba un grupo de birmanos en la otra orilla. Estaban cargando en el sampán un bulto extraño. Mr. Macgregor sacó una carta de su montón de papeles.

—Puede que lo mejor sea que les explique cómo surge en principio esta cuestión. El comisario me comenta que el Gobierno ha enviado una circular en la que sugieren que en aquellos Clubes en los que no haya miembros nativos, se incorpore al menos uno; es decir, que se le admita automáticamente. La circular dice... ah, sí, aquí lo tengo: «Ofender socialmente a los nativos que ostentan altos cargos es una táctica política desacertada». Debo decir que mi postura personal no podría ser más contraria a esta resolución. Como sin duda lo es la de todos nosotros. Los que tenemos que llevar a cabo el trabajo real que supone la colonización, vemos las cosas de un modo muy diferente a cómo lo ven todos esos, ejem, burócratas, que no hacen más que interferir en nuestros asuntos desde la distancia. El comisario es de la misma opinión. Sin embargo...

—¡Todo esto es una completa idiotez! —gritó furioso Ellis—. ¿Qué tiene que ver el Comisario o cualquier otra persona con nuestros asuntos? ¿Es que no podemos hacer lo que nos venga en gana con nuestro Club? No tienen ningún derecho a darnos órdenes cuando estamos fuera de servicio.

—Cierto —dijo Westfield.

—Se me ha adelantado. Le dije al Comisario que tendría que plantear esta cuestión al resto de socios. Entonces me sugirió lo siguiente: si la idea encuentra algún apoyo en el Club, opina que lo mejor sería que presentáramos a un nativo como miembro. Por otra parte, si el Club se manifiesta unánimemente en contra de la medida, no hay más que olvidarse de ello. Eso sí, el acuerdo ha de ser necesariamente unánime.

—Pues claro que es unánime —dijo Ellis.

—¿Quiere usted decir —preguntó Westfield— que sólo depende de nosotros tener aquí a uno de éstos?

—Podría decirse que así es.

—Entonces, digamos que nos oponemos todos en pleno.

—Y dilo con firmeza, por Dios. A ver si logramos olvidarnos de una vez por todas de esta idea descabellada.

—¡Eso, eso! —gruñó Mr. Lackersteen—. Mantengamos a esos negros fuera de aquí. Esprit de corps y todo eso.

Mr. Lackersteen nunca fallaba en estas ocasiones. En realidad nunca le había importado un rábano el Raj británico, y le daba lo mismo beber con un oriental que con un blanco. Sin embargo, siempre respondía con un «¡Eso, eso!» cuando alguien sugería que se azotara a criados desobedientes o se echara aceite hirviendo a independentistas. Se jactaba de que aunque se emborrachaba de vez en cuando, siempre permanecía leal. En eso consistía su respetabilidad. A Mr. Macgregor le tranquilizó bastante el consenso general, aunque no lo manifestó. Si se nombraba a algún oriental, con toda seguridad sería el Dr. Veraswami, y desde la sospechosa fuga de Nga Shwe O de la cárcel, no se fiaba en absoluto del doctor.

—Entonces, ¿entiendo que estamos todos de acuerdo? —preguntó—. En tal caso, informaré al Comisario. Si no es así, tendremos que proponer algún candidato.

Flory se puso en pie. Tenía que cumplir su palabra. El corazón parecía habersele subido a la garganta y le estaba asfixiando. Por lo que se desprendía de lo dicho por Mr. Macgregor, estaba claro que él era el único que podía garantizar la elección de su amigo. ¡Qué fastidio, menudo embrollo! Se iba a armar un escándalo infernal. ¡Ojalá no le hubiera dado su palabra al doctor! Pero ya no había remedio; se lo había prometido y no podía faltar a su palabra. No hace mucho no le habría costado hacerlo como un bon pukka sahib. Pero ya no era capaz. Había llegado a un punto en el que ya no podía dar marcha atrás. Se puso un poco de lado para ocultar a los demás su marca de nacimiento. Antes de hablar ya notaba su voz vacilante y culpable.

—¿Tiene algo que añadir nuestro amigo Flory?

—Sí. Propongo al Dr. Veraswami para que sea admitido como miembro del Club.

Los demás pegaron tales gritos que Mr. Macgregor tuvo que golpear en la mesa y recordarles que había damas en la habitación de al lado. Ellis no le hizo ningún caso. Se había levantado como un resorte y la piel que rodeaba su nariz había engrisecido. Flory y él permanecían frente a frente, como si fueran a pegarse allí mismo.

—Ahora mismo vas a retirar eso que has dicho, maldito traidor.

—No, no lo haré.

—¡Canalla! ¡Defensor de negros! ¡Repugnante y rastrero hijo de p...!

—¡Orden! —exclamó Mr. Macgregor.

—¿Pero habéis visto? —chilló Ellis fuera de sí—. ¡Nos traiciona por un maldito negro! ¡Después de lo que se le acaba de decir! Lo único que tenemos que hacer es permanecer unidos para que ese tufo a ajo no entre jamás en este Club. Dios mío, ¿no se os revuelven las tripas viéndole comportarse como un...?

—Retíralo, Flory, hombre —dijo Westfield—. No seas idiota.

—¡Puro bolchevismo! —afirmó Mr. Lackersteen.

—No me importa lo que digáis. ¿Quién os ha preguntado? Es Macgregor el que tiene que decidir.

—Entonces, ¿se, ejem, aferra a su postura? —preguntó Mr. Macgregor con pesar.

—Sí.

Mr. Macgregor suspiró:

—Una lástima. En ese caso supongo que no tengo más remedio que...

—¡No, no y no! —chilló Ellis saltando de ira—. No cedas. Somételo a votación. Y si ese hijo de perra no pone una bola negra como todos nosotros, le echamos del Club y después... ¡Mayordomo!

—¿Sahib? —respondió el mayordomo apareciendo por la puerta.

—Trae la urna y las bolas. ¡Rápido! —añadió bruscamente.

La atmósfera se había hecho irrespirable; por alguna razón, el punkah había dejado de funcionar. Mr. Macgregor se levantó con expresión reprobatoria pero judicial y sacó las dos cajas de bolas blancas y negras de la urna.

—Hemos de proceder con orden. Mr. Flory propone al Dr. Veraswami como miembro de este Club. En mi opinión es una gran equivocación, sin embargo... Antes de someterlo a votación...

—¿Para qué tanta historia? —dijo Ellis—. Aquí va mi bola. Y otra por Mr. Maxwell.

Metió dos bolas negras en la urna. Sufrió uno de sus repentinos ataques de ira y tomando la caja de las bolas blancas, las arrojó al suelo.

—¡Venga, coge ahora una si te atreves!

—¡Insensato! ¿Crees que hacer eso mejora las cosas?

—¡Sahib!

Todos se sobresaltaron y se volvieron hacia el chokra. Les miraba con los ojos fuera de sus órbitas por encima de la barandilla de la veranda, a la que se había encaramado desde abajo. Con un brazo huesudo se asía mientras que con el otro señalaba en dirección al río.

—¡Sahib, sahib!

—¿Qué sucede? —preguntó Westfield.

Todos se agolparon frente a la ventana. El sampán que había visto antes Flory había cruzado el río y estaba atracado junto a la orilla al pie del césped del jardín, y un hombre lo amarraba a un árbol. Un birmano de los de uniforme verde desembarcaba en ese instante.

—¡Es uno de los tiradores de Maxwell! —exclamó Ellis con un tono muy distinto al de antes—. ¡Dios mío, ha ocurrido algo!

El guardabosques vio a Mr. Macgregor, saludó apresuradamente con gesto preocupado y volvió al sampán, Otros cuatro individuos, campesinos, desembarcaron y con dificultad sacaron el extraño bulto que había advertido Flory a lo lejos. Medía algo menos de metro ochenta e iba envuelto en trapos, como una momia. Algo se revolvió en las entrañas de los presentes. El tirador miró hacia la veranda, vio que no había manera de subir y condujo a los campesinos por el sendero que accedía a la parte delantera del Club. Se habían colocado el bulto sobre los hombros, como hacen los que portan los ataúdes en los funerales. El mayordomo había regresado a toda prisa al salón, e incluso su rostro estaba pálido dentro de lo que cabía; es decir, gris.

—¡Mayordomo! —exclamó Mr. Macgregor con fuerza.

—¿Señor?

—Ve enseguida a cerrar la puerta de la sala de juegos. No dejes que la abran. Las memsahibs no deben verlo.

—¡Sí, señor!

Los birmanos recorrieron con su pesada carga el pasillo. El que iba delante tropezó y estuvo a punto de caer; había pisado una de las bolas blancas que estaban esparcidas por el suelo. Los birmanos se pusieron de rodillas, dejaron su carga en el piso y se quedaron de pie con aire solemne y las manos juntas en señal de respeto. Westfield se había agachado para quitar los paños.

—¡Jesús! ¡Miradle! —exclamó con la voz entrecortada, aunque sin muestra alguna de asombro—. ¡Mirad al pobre hijo de p...!

Mr. Lackersteen se había alejado hasta el otro extremo de la habitación, muy afectado. Desde el momento en que vieron descargar el bulto, todos supieron qué contenía. Era el cuerpo de Maxwell, descuartizado a machetazos por dos parientes del hombre al que él había matado.

Capítulo XXII

La muerte de Maxwell causó una profunda conmoción en Kyauktada. Pronto se extendería por el resto de Birmania, y de aquel episodio («¿no se acuerda usted del caso de Kyauktada?») se hablaría muchos años después de que se hubiese olvidado el nombre del desgraciado joven. A pesar de todo, lo cierto es que nadie sintió la pérdida como algo personal. Maxwell había pasado por ser una persona gris, un “buen tipo” como cualquier otro de los diez mil buenos tipos blancos que hay en Birmania, y sin ningún amigo íntimo. Ninguno de los europeos de Kyauktada lloraron particularmente su muerte. Lo cual no quiere decir que no les hubiese indignado profundamente. Al contrario, pues estaban absolutamente enfurecidos. Había ocurrido algo imperdonable: un hombre blanco había sido asesinado. Cada vez que sucede eso, un estremecimiento sacude a todos los ingleses de Oriente. En Birmania mueren asesinadas en torno a ochocientas personas cada año, pero eso da igual. En cambio, el asesinato de un blanco es una monstruosidad, un sacrilegio. El pobre Maxwell sería vengado, de eso no cabía la menor duda. Tampoco eso impedía que tan sólo un criado o dos y el tirador que había traído su cadáver, que le tenía un profundo cariño, fueran los únicos que derramaron alguna lágrima por él.

Por otra parte, a nadie le complació esta muerte salvo a U Po Kyin.

—¡Esto me ha venido como un regalo caído del cielo! —afirmó a Ma Kin—. Ni yo mismo podría haber dispuesto mejor las cosas. Lo único que necesitaba para que acabasen de tomar en serio mi rebelión era un poco de sangre derramada. Y ya lo tengo. Créeme si te digo, Ma Kin, que cada día estoy más convencido de que algún poder superior obra en mi beneficio.

—Ko Po Kyin, no tienes ninguna vergüenza. No sé cómo te atreves a decir esas cosas. ¿No te hace sentir escalofríos cargar con un asesinato en tu conciencia?

—¿Cómo, yo? ¿Un asesinato? ¿De qué estás hablando? No he matado ni a un pollo en toda mi vida.

—Pero te estás aprovechando de la muerte de este pobre muchacho.

—Claro que estoy aprovechándome. ¿Y por qué no iba a hacerlo? ¿Es culpa mía que alguien decida cometer un asesinato? El pescador atrapa muchos peces y por hacerlo se condena. ¿Pero nos condenamos también los que comemos el pescado?

No. ¿Por qué no íbamos entonces a comernos los peces si ya están muertos? Deberías estudiar las escrituras con más detenimiento, mi querida Kin Kin.

El funeral tuvo lugar a la mañana siguiente, antes del desayuno. Todos los europeos estuvieron presentes, salvo Verrall, que se ejercitaba como de costumbre en el maidan, prácticamente frente al cementerio. Mr. Macgregor leyó unas palabras de despedida. El reducido grupo de caballeros permaneció de pie en torno a la tumba, con los topis en la mano, sudando bajo los trajes oscuros que habían sacado del fondo de sus baúles. La rigurosa luz de la mañana golpeaba sin piedad sus rostros, más amarillentos que nunca, haciendo un extraño contraste con los feos y desgastados trajes. Todos excepto Elizabeth parecían envejecidos y arrugados. El Dr. Veraswami y media docena de orientales estaban presentes, aunque se mantenían en un discreto segundo plano. Había dieciséis lápidas en el pequeño cementerio; supervisores de empresas madereras, funcionarios, soldados caídos en escaramuzas ya olvidadas...

«En memoria de John Henry Spagnall, de la policía imperial india, que falleció de cólera en perfecto cumplimiento de su...»

Flory recordaba a Spagnall vagamente. Había muerto repentinamente tras su segundo ataque de delirium tremens. En un rincón había varias tumbas de eurasiáticos, marcadas con cruces de madera. El jazmín, con diminutas flores naranjas, lo había cubierto todo con enredaderas. Entre el jazmín aparecían grandes agujeros por los que las ratas llegaban a las tumbas.

Mr. Macgregor concluyó el servicio con voz reverenciosa acorde a las circunstancias, y salió del cementerio con su topi gris (el equivalente oriental del sombrero de copa) contra el estómago. Flory se detuvo junto a la verja, confiando en que Elizabeth le hablaría, pero ella pasó de largo sin siquiera mirarle. Todos habían estado evitándole aquella mañana. Había caído en desgracia; el asesinato había convertido su acto de deslealtad de la pasada noche en algo horrible. Ellis había cogido a Westfield por el brazo y se quedaron cerca de la tumba abierta mientras sacaban sus respectivas pitilleras. Flory podía oír sus comentarios groseros y vulgares.

—Dios mío, Westfield, cada vez que pienso en este pobre hijo de p..., ahí enterrado... Dios mío, se me hierve la sangre. Ayer estaba tan furioso que no pude dormir en toda la noche.

—Una salvajada, desde luego. Pero no te preocupes, que te prometo que colgaremos a un par de los suyos por esto. Matan a uno nuestro, pues hacemos lo mismo con dos de los suyos; es lo único que se puede hacer.

—¿Dos? ¡Tendrían que ser cincuenta! Deberíamos remover cielo y tierra hasta que se consiga un escarmiento ejemplar. ¿No tienes aún sus nombres?

—Casi. Todo el distrito sabe quién lo hizo. Siempre nos enteramos cuando suceden casos de este tipo. Lo difícil es hacer hablar a los malditos aldeanos.

—Bueno, por el amor de Dios, haz lo que sea para que confiesen esta vez. Mételes palizas, tortúrales... lo que haga falta. Si necesitas comprar a algunos testigos, yo estoy dispuesto a poner unas doscientas o así.

Westfield suspiró resignado.

—No podemos hacer ya esas cosas. Ojalá pudiéramos. Mi gente sabe cómo apretar las tuercas a un testigo si se lo ordenas. Les atan sobre un hormiguero. De los de las rojas. Pero eso ya no se puede hacer hoy en día. Hay que respetar nuestras ridículas leyes. Pero descuida, que colgaremos a esos tipos. Conseguiremos todas las pruebas que queramos.

—Bien. Cuando los detengas, si no estás seguro de las pruebas, pégales un par de tiros, sin contemplaciones. Luego finges que se intentaron escapar y ya está. Cualquier cosa antes que dejar libres a esos hijos de p...

—No temas, que no saldrán a la calle. Nos encargaremos de ellos. Alguien lo hará por nosotros si no. Es preferible colgar a uno que no lo hizo antes que a nadie — añadió.

—Eso es. No volveré a dormir tranquilo hasta que no los haya visto ahorcados — dijo Ellis mientras se alejaban de la tumba—. ¡Jesús!, vamos a la sombra, que este sol no hay quien lo aguante. Me estoy muriendo de sed.

A todos les ocurría igual, pero les parecía poco decente ir a beber algo al Club inmediatamente después del sepelio. Cada europeo se dirigió a su respectiva casa, mientras cuatro barrenderos arrojaban tierra gris similar al cemento con los mamooties sobre la tumba hasta formar un pequeño túmulo.

Después de desayunar, Ellis salió camino de su oficina bastón en mano. Hacía un calor insoportable. Se había bañado y cambiado de ropa por otra más ligera, pero la hora que había pasado con aquel traje puesto le había provocado sarpullidos. Para entonces Westfield ya había partido en su lancha motora con un inspector y media docena de hombres para arrestar a los asesinos. Había ordenado a Verrall que le acompañase. No es que le hiciera falta su presencia, pero, como el propio Westfield dijo, no le vendría mal trabajar un poco al arrogante jovencito.

Ellis retorció los hombros. Los sarpullidos le producían un dolor inaguantable. Sentía una rabia incontenible en su fuero interno. Se había pasado toda la noche en vela pensando en lo ocurrido. ¡Habían matado a un blanco, a un hombre blanco, esas malditas ratas asquerosas, esos repugnantes cobardes! Aquellos cerdos tenían que pagarlo.

¿A quién se le habían ocurrido esas leyes tan blandas? ¿Por qué las obedecíamos? Si esto hubiera sucedido en una colonia alemana antes de la Guerra... ¡Ay, los alemanes! Ellos sí que sabían cómo tratar a los negros. ¡Represalias! ¡Mano dura! Arrasar sus aldeas, matarles el ganado, incendiar sus cosechas, diezmarles, dispararles a bocajarro...

Ellis tenía la mirada puesta en las cascadas de luz que se calaban entre los árboles. Sus ojos verdosos eran grandes y parecían afligidos. Un birmano de mediana edad apareció con un enorme bambú balanceándose sobre el hombro, que se pasó al otro al cruzarse con Ellis mientras emitía un gruñido. Ellis apretó con fuerza su bastón. Si aquel cerdo se atreviera a atacarle... Si estos perros cobardes tuvieran alguna vez valor para plantar cara... Pero no, todo lo que hacían era escabullirse, mantenerse dentro de la ley para no darle a uno pie para responderles. Ojalá hubiera una rebelión de verdad; ¡ley marcial y lucha sin cuartel! Por su mente pasaron imágenes deliciosamente sanguinarias. Montones de nativos gritando mientras los soldados los aplastaban brutalmente. Les disparaban, pasaban con sus caballos sobre ellos, los caballos les sacaban las vísceras con sus pezuñas, marcaban sus rostros a latigazos...

Cinco chicos que iban al instituto bajaban por el camino. Ellis vio venir la hilera de caras, rostros insultantemente jóvenes y tersos que le sonreían con una insolencia premeditada. Se les notaba que querían provocarle, sólo por ser blanco. Probablemente ya se habían enterado de lo del asesinato y, siendo nacionalistas como el resto de los estudiantes de allí, lo consideraban un triunfo nacional. Al cruzarse con Ellis le sonrieron con malicia. Estaban provocándole con el mayor descaro, y eran conscientes de que la ley estaba de su parte. La expresión burlona de sus caras le estaba sacando de sus casillas. Se detuvo al poco de pasarles.

—¿De qué os reís vosotros, mocosos?

Los chicos se volvieron.

—He dicho que qué demonios os hace tanta gracia.

Uno de ellos le contesto insolentemente, aunque puede que su deficiente inglés contribuyera a que le pareciera más de lo que pretendía originalmente:

—No es asunto tuyo.

Por un segundo Ellis perdió el control. Acababa de golpear con todas sus fuerzas al chico en los ojos con el bastón. El chiquillo se echó para atrás pegando un grito de dolor y al instante los otros cuatro se echaron encima de Ellis. Pero era demasiado fuerte para ellos. Se desprendió de ellos y agitó el bastón tan enérgicamente que no se atrevieron a acercarse.

—¡Manteneros alejados, hijos de p..., si no queréis que os zurre!

Aunque eran cuatro contra uno, Ellis resultaba tan temible que les entró miedo. El que había quedado herido estaba de rodillas cubriéndose la cara con las manos y gritaba:

—Estoy ciego, estoy ciego.

Inesperadamente, los otros cuatro se volvieron y se abalanzaron sobre una pila de gravilla para reparar la carretera, que se encontraba a veinte yardas de distancia. Uno de los empleados de Ellis apareció en la veranda de la oficina y comenzó a saltar agitadamente.

—Vamos, señor, venga rápido. Lo van a matar. Ellis, desdeñando la carrera, comenzó a caminar hacia los escalones de la veranda. Un trozo de grava llegó volando para estrellarse contra una columna y el empleado, de inmediato, desapareció en el interior. Pero Ellis se volvió para encarar a los muchachos, que se encontraban allí abajo con las manos llenas de gravilla. Entonces empezó a burlarse.

—¡Malditos y asquerosos negros! —vociferaba—. ¿Tenéis una sorpresita para mí? Venga, subid aquí y pelearos conmigo los cuatro. No tenéis valor. ¡Cuatro contra uno y os da miedo! ¿Y os llamáis hombres? Unas ratas inmundas, eso es lo que sois.

Empezó a insultarles también en birmano, llamándoles hijos incestuosos de cerdos. Mientras, los chicos seguían tirándole piedras, aunque sus brazos era débiles y nunca le alcanzaban. Ellis las esquivaba y celebraba con carcajadas cada fallo. Al poco rato, se oyó un jaleo que venía de la carretera. El alboroto de la pelea había llegado a la comisaría y varios guardias acudían para ver de qué se trataba. Los niños se asustaron y se marcharon corriendo, dejando a Ellis como vencedor absoluto de tan singular batalla.

Ellis se había divertido muchísimo mientras duró la refriega, pero se puso incluso más furioso que antes tan pronto ésta acabó. Escribió una nota agresiva a Mr. Macgregor en la que le decía que había sido agredido sin explicación alguna y que exigía castigo para los culpables. Envío a dos empleados que habían sido testigos de la escena y a un chaprassi a la oficina de Mr. Macgregor para que corroboraran la historia. Contaron las mismas mentiras sin olvidar ni un punto ni una coma. «Los muchachos atacaron a Mr. Ellis sin que mediara provocación por su parte, y él no hizo más que defenderse...» Para hacerle justicia, hay que reconocer que probablemente Ellis de veras pensaba que ésa era la versión auténtica de los hechos. Mr. Macgregor, que se encontraba especialmente sensible a estas cosas, ordenó a la policía que dieran con los cuatro estudiantes y los interrogaran. Los chicos, sin embargo, ya se esperaban algo similar y no se dejaron ver por ahí. La policía rastreó el bazar todo el día sin éxito. Por la tarde, el muchacho que había resultado herido fue atendido por un doctor birmano que, aplicándole un peligroso mejunje a base de hojas machacadas en su ojo izquierdo, logró dejarle ciego del todo.

Los europeos se reunieron en el Club aquella tarde como de costumbre, excepto Westfield y Verrall, que aún no habían regresado. Todos estaban de pésimo humor. Por si fuera poco el asesinato de Maxwell, el injustificado ataque que había sufrido Ellis (pues no se discutía la veracidad de la versión de éste) les había provocado una indignación sólo comparable al temor que sentían. Mrs. Lackersteen no hacía más que pensar muerta de pánico: «Nos matarán mientras estemos durmiendo». Mr. Macgregor le decía para tranquilizarla, que en caso de disturbios se resguardaba a las damas europeas siempre en la prisión hasta que pasase todo. Pero eso no pareció calmarla lo más mínimo. Ellis no cesaba de insultar a Flory, y Elizabeth le ignoraba por completo.

Había acudido al Club con la descabellada idea de arreglar las cosas con la joven, pero la actitud de Elizabeth le hizo sentirse tan sumamente mal que permaneció agazapado en la biblioteca prácticamente toda la tarde. No fue hasta las ocho, cuando ya todos habían tomado unas cuantas copas y la atmósfera estaba menos caldeada, que Ellis propuso:

—¿Por qué no enviamos a un par de chokras a nuestras casas para que nos traigan aquí la cena? Así podríamos quedarnos echando unas manitas de bridge. Es mejor que pasarse toda la noche solos y mirando a las musarañas.

Mrs. Lackersteen, que tenía miedo de volver a casa, apoyó con entusiasmo la sugerencia. A veces, cuando les apetecía quedarse en el Club hasta tarde, cenaban allí. Llamaron a dos chokras y, en cuando supieron el encargo que les estaban encomendando, rompieron a llorar. Aparentemente, tenían la certeza de que si salían a aquella hora se encontrarían con el espíritu de Maxwell. En su lugar hubo que mandar al mali. Cuando el jardinero salía del Club, Flory se dio cuenta de que era noche de luna llena de nuevo; habían pasado cuatro semanas desde aquella velada, más lejana ahora que nunca, en la que besó a Elizabeth bajo el árbol.

Acababan de sentarse en torno a la mesa de bridge, cuando se oyó un golpe seco sobre el tejado. Todos se sobresaltaron y miraron hacia arriba.

—Será un coco —dijo Mr. Macgregor.

—Aquí no hay cocoteros —dijo Ellis.

Acto seguido, sucedieron una serie de cosas y todas al mismo tiempo. Se escuchó otro golpe aún más fuerte, una de las lámparas se soltó del gancho que la sujetaba y se estrelló contra el suelo, rozando a Mr. Lackersteen, que se apartó con un alarido, a lo que su señora comenzó a chillar, y el mayordomo, destocado y con la cara del color del café rancio, llegó corriendo a la habitación.

—¡Señor, señor! ¡Vienen hombres malos! ¡Nos van a matar a todos, señor!

—¿Qué? ¿Hombres malos? ¿Qué quieres decir?

—Señor, ¡todos los del pueblo están afuera! ¡Bailando con palo y dah! ¡Van a cortar las cabezas de los señores!

Mrs. Lackersteen se echó contra el respaldo de la silla. Chillaba de tal modo que era imposible oír al mayordomo.

—¡Venga, cálese! —dijo Ellis bruscamente volviéndose hacia ella—. ¡Escuchad, escuchad eso!

De fuera llegaba un rumor profundo y terrorífico, como el gruñido de un gigante enojado. Mr. Macgregor, que se había puesto de pie, quedó rígido al oírlo y se colocó las gafas sobre la nariz con decisión.

—Aquí pasa algo. Mayordomo, recoja esa lámpara. Miss Lackersteen, ocúpese de su tía. Mire si se encuentra bien. Los demás vengan conmigo.

Todos se dirigieron hacia la puerta principal, que alguien, probablemente el mayordomo, había cerrado. Una lluvia de guijarros repiqueteaba contra la fachada insistentemente. Mr. Lackersteen, al oír aquello, se escondió detrás de los demás.

—¡Maldita sea —exclamó—, que alguien atranque esa condenada puerta!

—No, no —dijo Mr. Macgregor—. Tenemos que salir afuera. Lo peor que podemos hacer es no dar la cara.

Abrió la puerta y, con gran atrevimiento, dio un paso adelante. Había veinte birmanos en el sendero con dahs y palos en las manos. Al otro lado de la valla, extendiéndose en todas direcciones y llegando hasta el maidan, había una enorme multitud. Era un mar de gente, por lo menos dos mil personas, figuras blancas y negras bajo la luz de la luna entre las que de cuando en cuando se entreveía el destello de un dah. Ellis se había colocado junto a Mr. Macgregor con las manos metidas en los bolsillos. Mr. Lackersteen había desaparecido.

Mr. Macgregor levantó la mano para pedir silencio.

—¿Qué significa esto? —vociferó severamente.

Hubo gritos y arrojaron algunas piedras del tamaño de bolas de cricket desde la carretera, aunque afortunadamente ninguna les alcanzó. Un hombre salió de entre la multitud y agitó los brazos para indicar a los demás que no comenzasen a lanzar piedras todavía. Luego se adelantó para dirigirse a los europeos. Era un tipo fuerte y de aspecto gallardo, de unos treinta años, con bigotes caídos y que iba vestido con una camiseta de tirantes y un longyi que le llegaba hasta la rodilla.

—¿Qué significa esto? —volvió a preguntar Mr. Macgregor.

El hombre respondió alegremente y sin demasiada insolencia.

—No tenemos nada contra usted, min gyi. Hemos venido por el comerciante de maderas, Ellis (lo pronunció Ellit). El muchacho al que golpeó esta mañana se ha quedado ciego. Tiene que entregarnos a Ellit para que podamos castigarle. El resto no sufrirá ningún daño.

—Quédate con la cara de éste —le dijo Ellis por encima del hombro a Flory—. Le vamos a meter por lo menos siete años por lo que acaba de hacer.

Mr. Macgregor se había puesto muy colorado. Sentía una ira tal, que estaba a punto de explotar. Por unos instantes fue incapaz de articular palabra, y cuando lo hizo tuvo que ser en inglés.

—¿Con quién te crees que estás hablando? ¡En veinte años de carrera ésta es la mayor insolencia que he tenido que escuchar! ¡Largo de aquí ahora mismo o llamaré a la policía militar!

—Será mejor que se dé prisa, min gyi. Somos conscientes de que no podemos esperar justicia de sus tribunales, por eso tenemos que castigar por nuestra cuenta a Ellit. Entréguenoslo. Si no, tendrán que lamentarlo todos.

Mr. Macgregor movió el puño con furia, como si estuviera golpeando un clavo.

—¡Largo, hijo de perra! —exclamó pronunciando su primer insulto en muchos años.

Se produjo entre la multitud un clamor estruendoso y lanzaron tal cantidad de piedras que todos, incluso los birmanos que había en el sendero de acceso, fueron alcanzados. Una piedra le dio de lleno en la cara a Mr. Macgregor y estuvo a punto de tumbarlo. Los europeos se apresuraron a encerrarse en el Club y atrancaron la puerta. Mr. Macgregor tenía las gafas rotas y le sangraba abundantemente la nariz. Fueron al salón y se encontraron a Mrs. Lackersteen retorciéndose en un sillón como una serpiente histérica, a Mr. Lackersteen de pie en medio de la habitación sin saber qué hacer, sujetando una botella vacía, al mayordomo de rodillas en un rincón santiguándose (era católico), a los chokras llorando y a Elizabeth que, aunque era la única que conservaba la calma, estaba muy pálida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Que estamos metidos en un buen lío, eso es lo que ha pasado —dijo Ellis furioso y frotándose el cuello en la zona en la que le había golpeado una piedra—. Los birmanos nos tienen rodeados y están tirando piedras. Pero tranquilos, no se atreverán a asaltar el Club.

—Hay que llamar a la policía enseguida —dijo Mr. Macgregor aturdido mientras se taponaba la nariz con el pañuelo.

—Es imposible —contestó Ellis—. Me fijé mientras hablabas con ellos. Esos malditos desgraciados nos tienen cortado el paso. Nadie podría llegar desde aquí a los cuarteles. El recinto de Veraswami está lleno de gente.

—Entonces no tenemos más remedio que esperar. Confiemos en que acudan por su propia iniciativa. Tranquilícese, querida Mrs. Lackersteen, por favor. El peligro es casi inexistente.

No lo parecía así a juzgar por el jaleo. Los birmanos no cesaban de gritar y sonaba como si estuvieran entrando en el complejo por cientos. El estruendo pasó a adquirir tal volumen que era imposible hacerse oír si no era gritando. Habían cerrado todas las ventanas del salón y con ellas los postigos de zinc que a veces utilizaban para que no se colaran insectos. Se oyó cómo unas cuantas ventanas se rompían, a lo que después siguió una incesante lluvia de piedras que caía de todas partes, la cual sacudió las delgadas paredes del edificio hasta parecer que se iban a venir abajo. Ellis abrió una contraventana y lanzó con muy mala intención una botella vacía a la muchedumbre, pero en ese mismo instante se colaron una docena de piedras y tuvo que volver a cerrarla apresuradamente. Por lo visto, los birmanos no tenían más intenciones que las de seguir arrojando piedras, dando gritos y aporreando las paredes, pero aún así, bastaba el terrible estrépito para desesperar a cualquiera. Los europeos al principio se quedaron aturdidos. A ninguno de ellos se le pasó por la cabeza culpar a Ellis, el único responsable de lo que estaba sucediendo; el peligro al que estaban todos expuestos pareció de hecho unirles más mientras duró. Mr. Macgregor, medio ciego sin sus

gafas, estaba como atontado en el centro de la estancia y Mrs. Lackersteen se agarraba a la mano derecha que éste le tendía, mientras que un chokra lloroso se abrazaba a su pierna izquierda. Mr. Lackersteen había vuelto a desaparecer. Ellis iba de un lado a otro furioso, agitando el puño hacia donde estaban los cuarteles de la policía.

—¿Dónde está la policía, ese puñado de j... cobardes? —chilló sin importarle que hubiera mujeres delante—. ¿Por qué no vienen? ¡Dios mío, no tendremos una ocasión tan buena como ésta ni en cien años! ¡Si tuviéramos aquí diez rifles, se iban a enterar estos hijos de p...!

—¡Tienen que estar a punto de llegar! —replicó a gritos Mr. Macgregor—. ¡Les llevará unos minutos abrirse camino entre la multitud!

—¿Y por qué no usan sus rifles esos miserables hijos de perra? Acabarían con ellos en un abrir y cerrar de ojos. ¡Dios, sería una lástima que perdiéramos una ocasión así!

Una piedra atravesó uno de los postigos de zinc. Por el agujero que se abrió la siguió otra que rajó uno de los cuadros de perros, rebotó, arañó a Elizabeth en un codo y finalmente aterrizó sobre la mesa. Se escuchó un clamor triunfal afuera y después una serie de golpes tremendos en el tejado. Unos niños se habían subido a los árboles y estaban disfrutando de lo lindo deslizándose por las pendientes del tejado como si fueran toboganes. Mrs. Lackersteen superó todos sus anteriores gritos con un alarido que prácticamente ensordeció a la tremenda algarabía de fuera.

—¡Que alguien haga callar a esa bruja! —exclamó Ellis—. Cualquiera diría que se estuviera matando a un cerdo aquí dentro. Hay que hacer algo. ¡Flory, Macgregor, venid aquí! ¡Tenemos que pensar en la manera de salir de aquí!

Elizabeth había perdido la serenidad de pronto y estaba llorando. El golpe de la piedra le había hecho bastante daño. Para gran sorpresa de Flory, se dio cuenta de que ella se agarraba a su brazo con fuerza. Incluso en esas circunstancias, aquello hizo que le diera un vuelco el corazón. Había estado presenciando todo casi con indiferencia, en parte debido a lo confuso que se sentía, aunque lo cierto es que no estaba demasiado asustado. Le costaba por lo general creer que los orientales pudieran llegar a ser realmente peligrosos. No fue hasta que sintió la mano de Elizabeth sobre su brazo que se percató de lo serio de la situación.

—¡Por favor, Mr. Flory, por favor, piense en algo! ¡Usted puede! ¡Lo que sea con tal de que esos salvajes no entren!

—¡Si al menos uno de nosotros —gimió Mr. Macgregor— pudiera ir a avisar a la policía...! ¡Ha de ser un oficial británico el que se ponga al frente de ellos! En el peor de los casos, es mi obligación así que iré yo mismo.

—¡No seas insensato! —le inquirió Ellis—. ¡Sólo conseguirías que te cortasen el cuello! Saldré yo si al final hacen amago de irrumpir. Aunque sería lamentable morir a

manos de semejante escoria. ¡Eso me daría una rabia terrible! ¡Y pensar que no dejaríamos uno vivo si tuviéramos a la policía aquí!

—¿Y no podría alguno de nosotros escaparse bajando por la orilla del río? —gritó un desesperado Flory.

—¡Imposible! Hay centenares de ellos por todas partes. ¡Nos tienen rodeados; hay birmanos por los tres lados y el río cubre el único que queda libre!

—¡El río!

A Flory se le acababa de ocurrir una de esas asombrosas ideas que pasan inadvertidas de lo evidentes que son.

—¡Claro, el río! Podemos ir a avisar a la policía fácilmente por ahí.

—¿Cómo?

—Pues río abajo, por el agua. ¡Nadando!

—¡Bien pensado, chico! —exclamó Ellis dándole una palmadita en el hombro a Flory. Elizabeth apretó su brazo y entusiasmada dio un par de brincos de alegría—. Iré yo si estáis de acuerdo —propuso Ellis, a lo que Flory se negó moviendo la cabeza. Ya había comenzado a quitarse los zapatos. No había tiempo que perder. Los birmanos hasta ahora no habían hecho más que el idiota, pero nadie podía saber con certeza de qué serían capaces si finalmente irrumpían en el Club. El mayordomo, que había superado su inicial pánico, se dispuso a abrir una ventana que daba al césped. La entreabrió y comprobó que apenas había una veintena por esa zona. Habían dejado la parte trasera desguardada, creyendo que el río cortaba toda escapada.

—Corre lo más rápido que puedas —le vociferó Ellis a Flory al oído—. Y date prisa, porque se dispersarán en cuanto te vean salir.

—¡Ordena a la policía que abran fuego nada más llegar! —gritó Mr. Macgregor desde el otro extremo—. Di que vas en mi nombre.

—¡Y que disparen a matar! Que no tiren al aire. A la tripa si puede ser.

Flory saltó de la veranda, lastimándose los pies al caer sobre la dura tierra, y se plantó en la orilla del río en seis zancadas. Como Ellis había pronosticado, los birmanos dejaron de lado el Club por unos instantes cuando le vieron salir corriendo. Le lanzaron unas cuantas piedras, aunque nadie le siguió; creyeron, sin duda, que tan sólo intentaba escapar y bajo la clara luz de la luna vieron perfectamente que no se trataba de Ellis. Escasos segundos más tarde, había atravesado unos matorrales y estaba ya en el agua.

Se hundió hasta el fondo, y le costó librarse unos segundos del repugnante fango, que se le había agarrado hasta las rodillas. Cuando por fin salió a la superficie, tenía una espuma tibia, como la de la cerveza negra, alrededor de la boca, y se le había metido una cosa esponjosa en la garganta que apenas le dejaba respirar. Era un pedazo de jacinto acuático. Lo escupió y descubrió que la corriente le había arrastrado ya veinte metros. Había birmanos corriendo sin rumbo y chillando orilla arriba, orilla

abajo. Con los ojos al nivel del agua, Flory no veía la muchedumbre que asediaba el Club; a pesar de todo, podía oír el infernal clamor, que sonaba incluso más fuerte que fuera del agua. Para cuando llegó a la altura del cuartel de la policía militar, la orilla parecía libre de birmanos. Logró con mucho esfuerzo salir del río, aunque perdió el calcetín izquierdo entre el fango. En la orilla, a cierta distancia, un poco más abajo, dos ancianos estaban sentados junto a un fuego, afilando postes de vallas como si no hubiera ninguna revuelta en cien kilómetros a la redonda. Flory gateó, trepó por encima de la verja y cruzó corriendo el patio iluminado por la luna, con los pantalones cayéndosele. Por lo que pudo ver, allí no había nadie. En los establos, los caballos de Verrall relinchaban y se agitaban víctimas del pánico. Flory salió a toda velocidad a la carretera y comprendió qué era lo que había sucedido.

Todos los policías, tanto militares como civiles, en torno a unos ciento cincuenta hombres en total, habían atacado a la multitud por un flanco, armados únicamente con palos. El gentío los había engullido. La multitud era tal, que parecía un enorme enjambre de abejas furiosas en constante movimiento. Por todas partes se podía ver a policías que, impotentes, se veían atrapados entre la muchedumbre, mientras se esforzaban encarnizada aunque infructuosamente por abrirse paso, sin poder siquiera utilizar sus palos. Grupos enteros de hombres se confundían entre la maraña de pagris. Era un rumor insoportable en el que se entremezclaban palabrotas en tres o cuatro idiomas, nubes de polvo y un asfixiante hedor a sudor y maravillas; a pesar de todo, no parecía que se estuvieran produciendo heridos. Lo más probable es que los birmanos no se atrevieran a usar sus dahs por temor a que la policía echara mano de sus rifles. Flory se abrió paso entre la multitud pero, como les había sucedido a los demás, se vio inmediatamente atrapado. Un mar de cuerpos lo cercó y comenzó a zarandearle de un lado para otro, golpeándole las costillas y ahogándole con su calor animal. Avanzó a duras penas con una sensación similar a la que produce el sueño, de tan irreal y absurda como era la situación. Desde el principio todo había sido ridículo, llevándose la palma los propios birmanos que, teniéndole a su disposición y pudiéndole haber matado sin problemas, no sabían qué hacer con él. Algunos le insultaron a la cara, otros le pisaban los pies y hasta había unos cuantos que le ayudaban a abrirse paso por tratarse de un blanco. No estaba seguro de si luchaba por salvar la vida o si tan sólo intentaba atravesar una multitud cualquiera. Durante mucho tiempo estuvo atrapado, con los brazos pegados contra el cuerpo y sin poder moverse. Luego, de repente, se encontró peleando con un achaparrado birmano bastante más fuerte que él, para que después le arrastraran como una ola una docena de hombres y le metieran aún más en medio de la masa de gente. De pronto, sintió un dolor insoportable en el dedo gordo de su pie derecho; alguien con botas le acababa de pisar. Era el subahdar de la policía militar, un rajput muy grueso y con bigote al que se le había soltado el pagri. Tenía cogido a un birmano por el cuello e intentaba golpearle en la cara,

mientras el sudor le corría por la calva. Flory rodeó al subahdar por el cuello, haciendo que soltase a su oponente, y le gritó al oído. No le salía nada en urdu y vociferó en birmano:

—¿Por qué no se ha abierto fuego?

Tardó algún tiempo en escuchar la respuesta del hombre. Finalmente le oyó decir:

—Hukm ne aya (No he recibido órdenes).

—¡Idiota!

En ese momento un nuevo grupo se abalanzó sobre ellos, y durante un minuto o dos no pudieron moverse lo más mínimo. Flory se percató de que el subahdar tenía un silbato en el bolsillo y estaba intentando sacarlo. Finalmente lo consiguió y lo sopló una docena de veces, aunque era imposible reunir a sus hombres hasta que no estuviesen en un espacio abierto. Salir de aquel mogollón resultaba una tarea ardua; era como nadar con el agua al cuello en un mar viscoso. Sentía las articulaciones tan agotadas que Flory a veces se dejaba arrastrar hacia atrás por la masa. Al final, más debido al propio remolino que provocaba la gente que a su esfuerzo personal, fue a parar a un espacio despejado. El subahdar también había conseguido salir y estaba junto a diez o quince cipayos y un inspector de la policía local. La mayoría de los cipayos se apoyaban las manos en las caderas, muertos del cansancio, y cojeaban por culpa de los terribles pisotones que habían recibido.

—¡Vamos, levantaros todos! ¡Corred a los cuarteles! Que cada uno traiga un rifle y munición.

Estaba tan exhausto que no tenía fuerzas ni para hablar en birmano, aunque los hombres le entendieron igual, se pusieron de pie y se dirigieron al cuartel. Flory los siguió para que no le volviera a rodear la multitud antes de que los policías regresaran con las armas. Cuando llegó a la verja, los cipayos ya volvían con los rifles y listos para disparar.

—¡El sahib dará la orden! —dijo entrecortadamente el subahdar.

—Oiga —dijo Flory al inspector—, ¿habla indostaní?

—Sí, señor.

—Entonces dígales que disparen al aire, justo por encima de las cabezas de la gente. Y, sobre todo, que disparen todos a la vez. Ocúpese de que lo entiendan bien.

El grueso inspector, cuyo indostaní era todavía peor que el de Flory, explicó básicamente por medio de gestos lo que el blanco quería. Los cipayos alzaron los rifles, se escuchó un estruendo y el disparo resonó con eco. Por un momento Flory creyó que le habían desobedecido, porque prácticamente toda la gente que formaba parte de la multitud más próxima había caído al suelo como trigo segado. Sin embargo, sólo había sido que el miedo les hizo echarse al suelo. Los cipayos dispararon una segunda ráfaga, aunque ya no hacía falta. La muchedumbre había empezado inmediatamente a alejarse en tropel del Club como un río que cambia

repentinamente de curso. Se lanzaron carretera abajo y, al ver a los policías armados, intentaron retroceder, produciéndose de ese modo una nueva lucha entre los que había delante y los que estaban detrás. Finalmente, después de un gran barullo, acabaron por marcharse todos cruzando el maidan lentamente. Flory y los cipayos avanzaron con parsimonia en dirección al Club pisando los talones a los que se batían en retirada. Los policías que se habían visto atrapados se reincorporaban al grupo paulatinamente. Habían perdido los pagris y las vendas con que se cubrían las espinillas, pero no tenían más que arañazos y raspones. Los policías locales habían arrestado a unos cuantos alborotadores. Cuando llegaron al recinto del Club todavía encontraron birmanos saliendo de allí, un grupo interminable de jóvenes que escapaban como una procesión de gacelas por huecos abiertos en el seto. A Flory le pareció que se estaba poniendo la noche muy oscura. Una pequeña figura vestida de blanco logró zafarse del último grupo que huía y cayó rendido en los brazos de Flory. Era el Dr. Veraswami, que tenía la corbata arrancada a pesar de que las gafas habían quedado milagrosamente indemnes.

—¡Doctor!

—¡Ay, amigo mío, ay, estoy agotado!

—¿Qué hacía usted aquí? ¿Estaba usted en medio de la multitud?

—Trataba de contenerlos, amigo mío. Me fue imposible hasta que usted llegó. Al menos alguien se ha llevado un recuerdo de este embrollo.

Tendió su pequeño puño a Flory para que pudiera ver cómo le sangraban los nudillos. Pero estaba demasiado oscuro para poder distinguir nada. En ese preciso instante, Flory oyó detrás de él una voz nasal:

—Bueno, Mr. Flory, de manera que todo ya ha terminado. Una falsa alarma, como de costumbre. Usted y yo juntos éramos demasiado para esa gente, ¡ja, já!

Era U Po Kyin. Avanzó con aire marcial, blandiendo una vara larguísima y con un revolver metido en el cinturón. Iba vestido de un modo premeditadamente desarreglado (camiseta de tirantes y calzones largos), para que diera la impresión de que había salido de casa a toda prisa. En realidad, se había quedado en un rincón hasta que el peligro pasó, y acudió justo en el momento en el que podía atribuirse algo de mérito.

—¡Un buen trabajo, señor! —dijo con entusiasmo—. ¡Mire cómo huyen! Les hemos espantado del todo.

—¿Hemos? —exclamó indignado el doctor.

—¡Ah, querido doctor! No le había visto. ¿Estaba envuelto usted también en la pelea? ¿Usted arriesgando su valiosísima vida? ¡Quién lo hubiera pensado!

—Se ha tomado su tiempo para llegar, ¿no cree? —le recriminó molesto Flory.

—Bueno, bueno, señor, lo importante es que los hemos dispersado. Aunque —añadió con ironía, pues no se le había escapado la intención de las palabras de Flory—

, ahora se dirigen a las casas de los europeos, como puede usted comprobar. Supongo que pretenderán aprovechar para hacer un pequeño saqueo.

Había que admirar necesariamente la osadía de aquel hombre. Se colocó el palo debajo del brazo y se puso a andar a la altura de Flory con aire protector, mientras el doctor quedaba relegado, acobardado ante la presencia del intrigante. Los tres se detuvieron al llegar a la entrada del Club. Estaba increíblemente oscuro y la luna había desaparecido por completo. Unas nubes grises y bajas surcaban veloces el cielo en dirección al Este, como una jauría de perros. Un viento frío soplaba levantando una capa de polvo y vapor. De repente, les llegó un olor intenso a humedad. El viento comenzó a soplar más fuerte, los árboles se agitaron y sus ramas empezaron a golpearse las unas con las otras furiosamente. Del gran árbol que había junto a la cancha de tenis se desprendía una nebulosa de pétalos blancos. Los tres hombres se apresuraron a guarecerse, los orientales en sus casas y Flory en el Club. Se había puesto a llover.

Capítulo XXIII

Al día siguiente todo estaba tan calmado como una ciudad con catedral un lunes por la mañana. Es lo que acostumbra a ocurrir después de unos disturbios. Aparte del puñado de prisioneros arrestados, todos los que podían haber estado envueltos en el ataque al Club tenían una coartada. El jardín del Club había quedado como si una manada de bisontes en estampida hubiese pasado por allí, aunque al final las casas no fueron saqueadas y no hubo que contabilizar víctimas ni heridos entre los europeos, excepto Mr. Lackersteen, al que encontraron borracho debajo de la mesa de billar y con una botella de whisky. Westfield y Verrall regresaron a primera hora de la mañana, trayendo con ellos a los asesinos de Maxwell; o por lo menos, a dos individuos que iban a ser colgados en la horca por el asesinato de Maxwell. Cuando Westfield se enteró de lo ocurrido, se quedó desencantado y no tuvo más remedio que resignarse. Le había pasado de nuevo: una revuelta en condiciones y él no estaba allí para aplastarla. Parecía que su sino era no poder matar nunca a nadie. Deprimente, realmente deprimente. En cuanto a Verrall, su único comentario fue que había sido una "impertinencia" por parte de Flory, un civil, dar órdenes a la policía militar.

Entretanto, no cesaba de llover. En cuanto se despertó y oyó el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado, Flory se vistió y salió a toda prisa seguido por Fio. Cuando estuvo fuera de la vista de los demás, se quitó la ropa y dejó que el agua de la lluvia le cayera por el cuerpo desnudo. Para gran sorpresa suya, descubrió que estaba cubierto de magulladuras producto de la noche anterior. A pesar de todo, la lluvia le borró en tres minutos todo rastro de los sarpuillos que había venido padeciendo en silencio. Es maravilloso el poder curativo de la lluvia. Se encaminó a la casa del Dr. Veraswami, con los zapatos chapoteando y el agua que caía del ala de su terai corriéndole por el cuello. El cielo tenía un color plomizo e incontables torbellinos de agua se perseguían unos a otros por el maidan como escuadrones de caballería. Pasaban birmanos con sus amplios sombreros de madera fina, que no impedían que el agua corriera por sus cuerpos como sobre los dioses bronceos de las fuentes. Unos pequeños meandros lavaban los adoquines de la carretera que surgían bajo el barro. El doctor acababa de volver a casa cuando Flory llegó, y estaba sacudiendo su paraguas mojado por encima de la barandilla. Saludó a Flory con entusiasmo.

—¡Suba, Flory, suba enseguida! Llega justo a tiempo. Estaba a punto de abrir una botella de ginebra Oíd Tommy. Suba y bebamos a su salud, ¡a la salud del salvador de Kyauktada!

Conversaron largo y tendido. El doctor estaba de un humor inmejorable. Parecía como si lo sucedido anoche le hubiese hecho olvidarse de todas sus preocupaciones milagrosamente. Los planes de U Po Kyin habían fracasado. El doctor ya no se hallaba a su merced. De hecho, se habían vuelto las tornas. El doctor le explicó a Flory:

—Será consciente, amigo mío, de que los disturbios de anoche, o mejor dicho, su heroica actuación, no entraba dentro de los planes de U Po Kyin. Promovió aquella supuesta rebelión y se llevó el mérito de sofocarla, y pensaba que cualquier otra revuelta le otorgaría aún más valor a su persona. Me han contado que cuando se enteró de la muerte de Mr. Maxwell, se alegró de un modo... —el doctor apretó el pulgar contra el índice—, ¿cómo le diría yo?

—¿Obsceno?

—Eso, obsceno. Se dice que hasta hizo amago de ponerse a bailar, ¿se imagina semejante espectáculo?, y exclamó: «Ahora sí que se van a tomar en serio mi rebelión». Así es como aprecia U Po Kyin las vidas humanas. Pero se le ha acabado la racha triunfal. Lo de anoche le pilló desprevenido y ha arruinado sus planes.

—¿Cómo?

—Pues está claro. Los honores de haber aplastado los disturbios no han ido a parar a él, sino a usted. Y todo el mundo sabe que soy su amigo. Yo, por decirlo de algún modo, me beneficio de la gloria que se ha ganado usted. ¿No es acaso usted el héroe del momento? ¿No le recibieron con los brazos abiertos cuando regresó al Club la noche pasada?

—Tengo que reconocer que lo hicieron. Fue algo realmente novedoso para mí. Mrs. Lackersteen me trató como nunca lo había hecho. «Querido Mr. Flory» me llama ahora. Y en cambio, la ha tomado con Ellis. No ha olvidado que la llamó bruja y que le dijo que dejara de chillar como un cerdo.

—Es que Mr. Ellis puede ser a veces excesivo en sus expresiones. Ya me he dado cuenta.

—La única pega es que ordené a la policía que dispararan por encima de las cabezas en vez de apuntar a matar. Por lo visto, va contra todas las normas del Gobierno. Ellis estaba bastante enfadado al respecto. «¿Por qué no aprovechaste para cargarte a unos cuantos de esos hijos de p...?», me espetó. Le expliqué que eso habría significado herir a los policías que estaban atrapados entre la multitud. A pesar de eso, me respondió que daba igual, que también ellos eran unos negros. Sin embargo, me lo disculpan todo. Y Macgregor incluso citó algo en latín, de Horacio, creo.

Media hora después, Flory caminaba hacia el Club. Había prometido verse con Mr. Macgregor para discutir el tema de la elección del doctor. Ahora ya no le pondrían

ningún problema. Los demás comerían de su mano durante el tiempo que tuvieran presente el absurdo motín; podría haber ido al Club y hacer un discurso a favor de Lenin, que se habrían tenido que aguantar. La agradable lluvia seguía cayendo y le caló de pies a cabeza, llenándosele la nariz con el olor a tierra húmeda y haciéndole olvidarse de los amargos meses de sequía. Entró en el destrozado jardín, en el que el mali, encorvado y con la lluvia golpeando su espalda descubierta, abría huecos en el suelo para plantar zinnias. Casi todas las flores habían sido pisoteadas. Elizabeth se encontraba en la veranda de uno de los laterales, casi como si estuviera aguardándole. Flory se descubrió la cabeza, cayendo un chorro de agua del ala de su sombrero, y dio la vuelta para reunirse con ella.

—¡Buenos días! —dijo alzando la voz debido al intenso repiqueteo de la lluvia sobre el techo.

—¡Buenos días! ¿No va a amainar nunca? ¡Está diluviando!

—Esto aquí no es llover en serio. Espere a julio. La bahía entera de Bengala se desbordará y nos inundará poco a poco, por entregas.

Parecía que no podían encontrarse sin tener que hablar del tiempo. Sin embargo, la expresión del rostro de Elizabeth transmitía algo diferente más allá de las palabras banales. Su actitud hacia él había cambiado radicalmente desde la noche anterior. Flory se armó de valor.

—¿Qué tal está del golpe que recibió?

Ella le tendió el brazo y le permitió que lo cogiera. Se la notaba muy dulce, incluso sumisa. Flory comprendió que su hazaña le había convertido en un héroe a los ojos de la joven. Ella no podía hacerse a la idea de lo pequeño que era el riesgo que había corrido, y le perdonaba todo, hasta lo de Ma Fila May, pues había hecho gala de valor en el momento preciso. A Flory el corazón se le salía del pecho. Deslizó la mano por el brazo de ella hasta entrelazar los dedos de ambos.

—Elizabeth...

—¡Que nos van a ver! —dijo la muchacha soltándole la mano, aunque sin asomo alguno de enfado.

—Elizabeth, hay algo que quiero decirte. ¿Te acuerdas de la carta que te escribí desde la selva hace unas semanas, después de que...? —Sí.

—¿Recuerdas lo que te decía en ella?

—Sí. Perdona que no te contestase. Es sólo que...

—Entonces no podía esperar que lo hicieras. Sólo déjame recordarte lo que te escribí.

En la carta, lo único que le decía, con mucha languidez, era que la amaba y que siempre la amaría pasase lo que pasase. Estaban cara a cara, pegados el uno al otro. Movidado por un irreprimible impulso (tan rápido, que le costaba después creer que había pasado realmente), la estrechó entre sus brazos y la atrajo hacia sí. Por un

momento, ella cedió y le dejó que la besara; después, repentinamente, se echó para atrás y torció la cabeza. Puede que temiese que los vieran, y puede ser sólo que le molestara el bigote húmedo de Flory. Sin decir más, se soltó y se metió apresuradamente en el Club. En el rostro de la joven pudo percibir señales de angustia y remordimiento, aunque no se la veía disgustada.

La siguió lentamente al interior del Club y se tropezó con Mr. Macgregor, que estaba de un excelente humor. En cuanto vio a Flory, exclamó jovialmente:

—¡Ajá, aquí tenemos a nuestro héroe!

Luego, más serio, le felicitó de nuevo. Flory aprovechó para alabar de paso la actitud del doctor. Encomió con entusiasmo la conducta heroica de su amigo durante los disturbios. «Se metió entre la multitud y peleó con ellos con la fiereza de un tigre.» Tampoco exageraba demasiado, pues lo cierto es que realmente había arriesgado su vida. Mr. Macgregor quedó impresionado, igual que los demás cuando se enteraron. El testimonio de un europeo siempre cuenta más a favor de un oriental que el de mil paisanos suyos; y además, en esos momentos, el juicio de Flory tenía un peso añadido. El buen nombre del doctor quedó casi totalmente restaurado. Su entrada en el Club podía darse por hecha.

Sin embargo, no se llegó a concretar del todo, pues Flory hubo de regresar a la selva. Salió aquella misma tarde para hacer el viaje de noche, y no tuvo la oportunidad de ver a Elizabeth antes de partir. Ahora se podía viajar por la selva de noche con toda tranquilidad, ya que la fútil rebelión había terminado por completo. Rara vez se vuelve a oír hablar de levantamientos cuando llegan las lluvias. Los birmanos están demasiado ocupados arando el campo, y además los campos están demasiado anegados como para que grupos numerosos de hombres puedan atravesarlos. Flory tenía previsto regresar a Kyauktada dentro de diez días, para la visita que el padre hacía cada seis semanas. La verdad es que no le interesaba permanecer en Kyauktada mientras Elizabeth tuviera allí a Verrall. Era extraño, pero todo el resentimiento y todas aquellas imágenes obscenas que le atormentaban habían desaparecido ahora que se sabía perdonado por ella. El único obstáculo que quedaba entre los dos era Verrall. Ni siquiera la idea de que Verrall pudiera tenerla entre sus brazos le inquietaba, porque estaba seguro de que de un modo u otro todo acabaría entre el teniente y la joven. Verrall, de eso estaba seguro, nunca se casaría con Elizabeth; los jóvenes de su condición no contraen matrimonio con muchachas sin un penique a las que han conocido de pasada en insignificantes puestos coloniales. Sólo se estaba divirtiendo con Elizabeth mientras podía. Tarde o temprano la abandonaría y ella acabaría volviendo a él, a Flory. Era mejor de lo que podía esperar hacía unas semanas. Hay cierta humildad en los que profesan un amor verdadero a otra persona que puede resultar horrible a los que los contemplan desde fuera.

U Po Kyin estaba furioso. Los disturbios le habían pillado desprevenido, algo extraño teniendo en cuenta que nunca le pillaba nada por sorpresa, y era como si hubieran lanzado gravilla en la maquinaria interna de sus planes. Tenía que empezar desde cero para desacreditar al doctor. Y la nueva campaña comenzó con una avalancha tal de anónimos que Hla Pe no tuvo más remedio que ausentarse dos días de la oficina (adujo bronquitis en esta ocasión) para poder tenerlos listos. El doctor fue acusado de todos los crímenes imaginables, desde pederastia hasta robo de sellos de correos. El carcelero que había dejado escapar a Nga Shwe O había sido llevado ante los tribunales. Salió libre de cargos, pues U Po Kyin se había gastado la considerable suma de doscientas rupias comprando a los testigos. A Mr. Macgregor le llovieron nuevas cartas que probaban con todo detalle que el Dr. Veraswami, verdadero responsable de la fuga, había intentado hacer que la culpa recayera sobre un indefenso subordinado. Sin embargo, los resultados fueron decepcionantes. La carta confidencial que Mr. Macgregor redactó para el comisario sobre los disturbios fue abierta al vapor por orden de U Po Kyin, y éste comprobó que su tono era tan preocupante que no tuvo más remedio que convocar un consejo de guerra. Mr. Macgregor decía entre otras cosas que «su comportamiento había sido encomiable».

—Ha llegado el momento de dar un golpe definitivo —dijo a sus secuaces, reunidos con él en cónclave en la veranda de su casa. Allí estaban Ma Kin, Ba Sein y Hla Pe, un prometedor muchacho de dieciocho años que apuntaba algo más que maneras.

—Nos hemos topado con un muro de ladrillos —prosiguió U Po Kyin—, y ese muro es Flory. ¿Quién podía prever que ese miserable cobarde saliera en defensa de su amigo? Sin embargo, así ha sido. Mientras Veraswami cuente con su respaldo, no tenemos nada que hacer.

—He estado hablando con el mayordomo del Club, señor —dijo Ba Sein—. Me ha contado que Mr. Ellis y Mr. Westfield siguen oponiéndose a que se admita como miembro al doctor. ¿No crees que volverán a discutir con Flory en cuanto se haya olvidado lo del motín?

—Desde luego, siempre están discutiendo. Pero, entretanto, el daño ya está hecho. Suponed que ese hombre resulta finalmente elegido. Creo que me moriría de rabia si ocurriera. No, no nos queda más que una salida. Tenemos que ir a por el propio Flory.

—¿A por Flory, señor? ¡Pero si es un blanco!

—¿Y a mí qué me importa? Ya he acabado con otros blancos antes. Si convertimos a Flory en una deshonra, ése será el final del doctor. ¡Y os aseguro que lo lograré! ¡Le humillaré de tal modo, que no se atreverá a asomar jamás la cara por el Club!

—Pero, señor, se trata de un blanco. ¿De qué le vamos a acusar? ¿Quién iba a creer nuestra palabra contra la de un blanco?

—No tienes sentido de la estrategia, Ko Ba Sein. No se acusa directamente a un hombre blanco; hay que pillarle con las manos en la masa. Humillación pública, in flagrante delicto. Ya se me ocurrirá cómo hacerlo. Ahora callaos mientras intento pensar.

Hubo un silencio. U Po Kyin permaneció un rato contemplando la lluvia, con sus pequeñas manos cruzadas detrás de la espalda y reposando sobre la repisa natural de su trasero. Los otros tres le observaban desde un extremo de la veranda, atemorizados todavía ante la idea de atacar a un hombre blanco y pendientes de que se le ocurriera un plan perfecto para una situación que les superaba. Recordaba un poco a ese conocido cuadro (¿de Meissonier?) en el que sale Napoleón en Moscú analizando sus mapas mientras los mariscales aguardan expectantes con los sombreros en las manos. Pero, desde luego, U Po Kyin tenía la situación mucho más bajo control de lo que la tuvo Napoleón. Sólo tardó dos minutos en que se le ocurriera un plan. Cuando se volvió hacia ellos, su cara de luna rebosaba alegría. El doctor no había acertado al describirlo cuando dijo que en ese tipo de ocasiones U Po Kyin hacía un amago de baile. La figura de U Po Kyin no se prestaba para el baile; aunque, si lo hubiera estado, habría danzado en ese mismo instante. Hizo señas a Ba Sein para que se le acercara y le susurró algo al oído durante unos segundos.

—Esa debe ser la estrategia a seguir, ¿no? —concluyó.

El rostro de Ba Sein mostró una sonrisa amplia, incrédula y que dejaba entrever poca convicción por su parte.

—Cincuenta rupias debería ser suficiente para cubrir todos los gastos —añadió U Po Kyin radiante.

El plan fue revelado con todo detalle. Cuando los demás lo hubieron asimilado, todos ellos, incluidos Ba Sein, que rara vez reía, y Ma Kin, que desaprobaba los planes de U Po Kyin con toda su alma, estallaron en sonoras carcajadas. El plan era demasiado bueno como para resistirse a llevarlo a cabo. Era sencillamente genial.

No había dejado de llover y llover en ningún momento. El día después de que Flory regresase al campamento, estuvo lloviendo sin parar treinta y ocho horas, amainando unas veces recordando a la típica llovizna inglesa, y otras cayendo agua a cántaros de tal manera que parecía que las nubes hubieran absorbido el océano entero. El ruido de las gotas sobre el tejado comenzó a resultar desquiciante pasadas unas horas. Cuando momentáneamente escampaba, el sol salía tan implacable como de costumbre, el barro se secaba para resquebrajarse después, y los sarpullidos reaparecían en los cuerpos. Montones de escarabajos voladores habían salido de sus capullos tan pronto llegaron las lluvias; se sufrió una plaga de bichos repugnantes parecidos a los chinches, que invadían las casas en cantidades ingentes, se posaban sobre las mesas y estropeaban todos los alimentos. Verrall y Elizabeth seguían saliendo a montar por las tardes, cuando la lluvia no era demasiado intensa. A Verrall todos los

climas le parecían iguales, pero no le gustaba ver a los ponis cubiertos de barro. Así transcurrió cerca de una semana. Todo seguía igual entre ellos dos; no habían intimado ni más ni menos de lo que lo habían hecho antes. La petición de matrimonio, que aún se confiaba en que se produjera, no llegaba. Entonces, ocurrió algo alarmante. A través de Mr. Macgregor, llegó al Club la noticia de que Verrall abandonaría dentro de poco Kyauktada. La policía militar permanecería allí, pero otro oficial reemplazaría a Verrall, aunque nadie sabía cuándo sería eso. Elizabeth vivía con una incertidumbre tremenda. Lo que era seguro es que si finalmente tenía que marcharse, él le diría algo definitivo en breve. No se atrevía siquiera a preguntarle si tenía planeado partir; lo único que podía hacer era esperar a que él hablase. Verrall no dijo nada. Una tarde, sin previo aviso, no apareció por el Club. Pasaron dos días sin que Elizabeth le viera.

Aquello era horrible, pero no se podía hacer nada para remediarlo. Verrall y Elizabeth habían sido inseparables durante semanas, y sin embargo no habían dejado nunca de ser dos perfectos desconocidos. Verrall se había mantenido apartado de los demás y ni siquiera había llegado a poner un pie en la casa de los Lackersteen. No le habían tratado lo suficiente como para ir a buscarle a su bungalow dak, o mandarle alguna nota. No se le volvió a ver tampoco pasando revista por la mañana en el maidan. Sólo podían esperar pacientemente a que él decidiera hacer acto de presencia. Y cuando lo hiciese, ¿pediría finalmente a Elizabeth que se casara con él? ¡Naturalmente que sí! Elizabeth y su tía, a pesar de no haber llegado a confesarlo abiertamente, creían en ello como si fuera un artículo de fe. Elizabeth aguardaba su próximo encuentro con una impaciencia casi penosa. ¡Ojalá que volviese en menos de una semana! Si salía a montar con él tres o cuatro veces más, o incluso dos podía ser suficiente, todo saldría a la perfección. ¡Ojalá viniese a buscarla pronto! ¡Era impensable que se presentara sólo para despedirse de ella! Las dos mujeres bajaban al Club cada tarde y se quedaban allí sentadas hasta bien entrada la noche, creyendo oír los pasos de Verrall afuera mientras fingían no estar pendientes de eso. Sin embargo, el teniente no aparecía. Ellis, que era perfectamente consciente de lo que sucedía, observaba a Elizabeth divertido. Lo peor de todo era que Mr. Lackersteen no hacía más que molestar últimamente a Elizabeth. Se había vuelto muy agobiante. Incluso delante de los criados la abordaba y comenzaba a pellizcarla y acariciarla de la manera más repugnante. La única defensa que le quedaba a la muchacha era amenazarle con decírselo a su tía. Afortunadamente, Mr. Lackersteen era demasiado imbécil para darse cuenta de que nunca se habría atrevido a contárselo.

A la tercera mañana, Elizabeth y su tía llegaron al Club justo a tiempo de librarse de un violento chaparrón. Llevaban un rato sentadas en el salón, cuando oyeron unas botas chapotear por el pasillo. Los corazones de ambas se aceleraron al pensar que podía tratarse de Verrall. Entonces, un joven entró en la estancia, desabrochándose un

largo impermeable. Debía rondar los veinticinco años y era robusto, sonriente, vivaracho, con mofletes, poca frente, el pelo del color de la mantequilla y, como descubrirían más tarde, una risa ensordecedora.

Mrs. Lackersteen emitió unos sonidos incomprensibles; estaba confundida de la decepción. A pesar de eso, el joven las saludó haciendo gala de su bonhomía inmediatamente. Era una de esas personas que se comportan con una confianza pasmosa con todo el mundo.

—¡Hola, hola! —dijo—. Aquí llega el príncipe de las hadas. Espero no molestar. ¿No estaré interrumpiendo una reunión familiar o algo por el estilo?

—No, en absoluto —dijo Mrs. Lackersteen desconcertada.

—Pues es que se me ocurrió pasarme por aquí y echar un vistazo, ya saben. Para ir haciéndome al whisky local y demás. Sólo llevo aquí desde anoche.

—¿Está usted destinado aquí? —preguntó Mrs. Lackersteen perpleja, pues no esperaban a ningún forastero.

—Sí, algo así. El gusto es mío, por completo...

—Pero no teníamos noticias de... ¡Ah, claro! Usted es del departamento forestal, ¿no? Viene para sustituir al pobre Maxwell.

—¿Cómo? ¡Qué va! Yo soy el de la policía militar, ya sabe.

—¿El qué?

—El de la policía militar. Vengo a reemplazar a mi querido Verrall. El muy granuja ha recibido órdenes de reincorporarse a su regimiento. Se marcha a toda prisa y me deja un follón increíble.

El policía militar era un tipo bastante elemental, pero incluso él advirtió que Elizabeth se había mareado repentinamente. La joven no era capaz de articular una sola palabra. Hicieron falta unos segundos antes de que Mrs. Lackersteen consiguiera exclamar algo.

—¿Que Mr. Verrall se marcha? Pero no se irá ahora mismo, ¿no?

—¿Que si se marcha? Pero si ya se ha ido.

—¿Ido?

—Bueno, es un decir, su tren sale dentro de media hora. Debe andar ya por la estación. He mandado allí un pelotón para que se ocupen de meter sus caballos en el tren y todo eso.

Probablemente hubo más explicaciones por su parte, pero ni Elizabeth ni su tía oyeron una palabra de ellas. En todo caso, a los quince segundos bajaban los escalones de la entrada sin despedirse en ningún momento del policía militar. Mrs. Lackersteen llamó a gritos al mayordomo.

—¡Mayordomo! ¡Que traigan mi jinrikisha enseguida! ¡A la estación, jaldi! —añadió dirigiéndose al conductor en cuanto apareció mientras le golpeaba con la punta de su paraguas en la espalda.

Elizabeth se había puesto su impermeable y Mrs. Lackersteen se resguardaba bajo el paraguas, aunque poco podían hacer ante semejante chaparrón. El agua caía tan copiosamente, que Elizabeth tuvo el vestido calado antes de alcanzar la verja. El fuerte viento, por otra parte, estuvo a punto de volcar el jinrikisha. El hombre que tiraba de él, iba con la cabeza hundida entre los hombros y se esforzaba por avanzar mientras refunfuñaba. Elizabeth estaba angustiada. Tenía que ser un error, seguro, tenía que serlo. Le habría escrito y la carta se había perdido por el camino. ¡Era eso, debía ser eso! No podía ser que fuera a marcharse sin ni tan siquiera decirle adiós. Y en el caso de que así fuera... ¡no, no podía perder la esperanza! Cuando la viera en el andén, por última vez, sería incapaz de abandonarla. A medida que se acercaban a la estación, se apoyó contra el respaldo y se pellizó las mejillas para que estuvieran sonrosadas. Una cuadrilla de policías militares cipayos salía precipitadamente de la estación, con sus finos uniformes empapados y empujando una carretilla. Debía de ser el pelotón que había acompañado a Verrall. Gracias a Dios, todavía faltaba un cuarto de hora. El tren no tenía que salir hasta entonces. ¡Gracias a Dios, aún tenía la última oportunidad verle!

Llegaron al andén justo a tiempo de ver al tren alejarse de la estación y acelerar con una serie de bufidos ensordecedores. El jefe de estación, un negro rechoncho y pequeño, seguía pesaroso con la mirada al tren mientras se sujetaba con una mano su topi impermeable y con la otra apartaba a dos birmanos que trataban de llamar su atención sobre algo. Mrs. Lackersteen se asomó desde el jinrikisha y le llamó gritando desesperadamente bajo la lluvia:

—¡Jefe de estación!

—Sí, señora.

—¿Qué tren es éste?

—El tren a Mandalay, señora.

—¿El que va a Mandalay? ¡Eso es imposible!

—Se lo aseguro, señora. Es justamente éste.

Se acercó a ellas y se descubrió.

—Pero ¿y Mr. Verrall, el oficial de la policía? No se habrá ido, ¿no?

—Sí, señora, se ha marchado —señaló el tren con la mano, que se perdía ya tras una nube de humo y vapor.

—¡Pero si el tren no tenía que salir todavía!

—No, señora. No debía salir hasta dentro de diez minutos.

—Entonces, ¿por qué se ha ido?

El jefe de estación sacudió apesadumbrado el sombrero de un lado para otro. Parecía angustiado por la expresión de su rostro oscuro.

—Ya lo sé, señora, ya lo sé. Esto no tiene precedentes, pero el joven oficial de la policía militar me ha ordenado que diera la salida al tren. Dijo que ya estaba todo listo

y que no le apetecía tener que esperar ni un minuto más. Le hice ver que era una irregularidad. Me dijo que le daba igual que lo fuera. Insistí. Él también insistió, y como era él quien mandaba...

Hizo otro gesto elocuente, dando a entender que Verrall era de ese tipo de personas que se salen siempre con la suya, aunque para eso tengan que hacer salir un tren diez minutos antes. Se produjo un silencio. Los dos indios, creyendo que aquélla era su oportunidad, se adelantaron protestando y mostrando a Mrs. Lackersteen unas libretas mugrientas para que las examinase.

—¿Qué quieren estos hombres? —gritó Mrs. Lackersteen sin mirarles.

—Son los segadores, señora. Afirman que Verrall se ha marchado debiéndoles una gran cantidad de dinero. Al uno por el heno y al otro por el trigo. Pero eso no es asunto mío.

El tren silbó a lo lejos. Torció metiéndose por un recodo como una oruga negra y desapareció definitivamente. El viento agitaba melancólico los pantalones calados del jefe de estación. Nunca podría esclarecerse si Verrall hizo que el tren saliera antes de su hora para huir de Elizabeth o de los capataces que reclamaban su deuda.

Regresaron por donde habían venido, luchando contra un viento que a veces les hacía retroceder unos cuantos pasos. Cuando llegaron a la veranda, les faltaba el aliento. Los criados les cogieron sus impermeables y Elizabeth se sacudió el pelo. Mrs. Lackersteen rompió por fin el silencio:

—Pues vaya, no he visto en mi vida mayor desfachatez... ¡qué poca vergüenza!

Elizabeth estaba muy pálida y parecía ensimismada a pesar de la lluvia y el viento que le habían golpeado la cara. Pero sus sentimientos no le traicionaban.

—Supongo que por lo menos podía haber esperado para despedirse de nosotras —dijo la joven con cierta frialdad.

—Hazme caso, querida, de buena te has librado. Como desde el principio te dije, es un hombre realmente odioso.

Poco tiempo más tarde, cuando estaban desayunando, después de haberse bañado y con ropa seca puesta, Mrs. Lackersteen le preguntó a su sobrina:

—Vamos a ver, ¿qué día es hoy?

—Sábado, tía.

—Ah, sábado. Entonces, esta tarde llega nuestro querido párroco. ¿Cuánta gente habrá mañana en el servicio? Creo que estaremos todos. ¡Qué bien! Estará también Mr. Flory. Me parece que dijo que regresaría mañana de la selva —y añadió casi con ternura—. ¡Nuestro querido Mr. Flory!

Capítulo XXIV

Eran cerca de las seis de la tarde y la absurda campana que había instalada a dos metros escasos del suelo, repicaba tirada por el viejo Mattu. Los rayos del sol de poniente, que se colaban entre las nubes grises, inundaban el maidan con una luz brillante y preciosa. Había estado lloviendo durante casi todo el día y seguramente volvería a hacerlo más tarde. La comunidad cristiana de Kyauktada, que constaba de quince personas, se reunía a la puerta de la iglesia para el servicio religioso.

Flory ya estaba allí junto a Mr. Macgregor, con su topi gris y el resto de su atuendo para los días festivos, y Mr. Francis y Mr. Samuel, vestidos con sus trajes de dril recién lavados; la misa que se celebraba cada seis semanas era el gran evento social de sus vidas. El padre, un hombre alto, de cabello canoso, con las facciones finas y un rostro descolorido que completaban unas lentes sin patillas, aguardaba en la entrada de la iglesia vestido con la sotana y el sobrepelliz, que se había puesto en la casa de Mr. Macgregor. Sonreía amistosamente, aunque un poco desconcertado, a cuatro sonrosados cristianos karen que se le habían acercado para hacerle una reverencia. No hablaba ni una palabra de su idioma, y ellos tampoco del párroco. Había otro cristiano oriental más, un indio de aspecto lúgubre, tez oscura y raza incierta que se mantenía discretamente en un segundo término. Siempre asistía a los servicios religiosos, pero nadie sabía quién era o por qué era cristiano. Sin duda, le habían bautizado siendo aún un niño los misioneros, puesto que los indios que se convertían cuando eran ya adultos dejaban siempre de profesar la fe cristiana.

Flory vio que Elizabeth bajaba por la colina, vestida de color lila y acompañada de sus tíos. Ya la había visto aquella misma mañana en el Club. No hablaron más que un minuto a solas antes de que llegasen los demás. Flory tan sólo le hizo una pregunta.

—¿Verrall se ha marchado para siempre?

—Sí.

No hizo falta decir más. La atrajo para sí y la estrecho entre sus brazos. Ella se dejó contenta, a plena luz del día, sin importarle su rostro marcado. Por unos momentos, se abrazó a él como una niña pequeña. Era como si la hubiera salvado o estuviese protegiéndola de algo. Flory le alzó la barbilla para besarla, y descubrió para su sorpresa que ella estaba llorando. No hubo tiempo para hablar, ni siquiera para decir

«¿te casarás conmigo?». Daba igual, ya tendría tiempo para pedírselo después de la misa. Quizá la próxima vez que el párroco les visitase, dentro de otras seis semanas, tendría que casarles.

Se veía venir a Ellis, Westfield y el nuevo oficial de la policía militar del Club, donde se habían tomado un par de copas rápidas para entonarse un poco antes de la misa. Los seguía el oficial forestal que había llegado para ocupar el puesto de Maxwell, un hombre cetrino, alto y completamente calvo de no ser por las matas de pelo lacio que tenía a la altura de las orejas. Flory sólo tuvo tiempo de decirle “buenas tardes” a Elizabeth cuando ésta llegó. Al ver que estaban ya todos presentes, Mattu dejó de tocar la campana y el sacerdote entró en la iglesia seguido de Mr. Macgregor, que llevaba el topi contra el estómago, los Lackersteen y los cristianos nativos. Ellis tocó a Flory en el codo y le murmuró jocosamente al oído:

—Venga, ponte en fila. Es la hora del desfile de las plañideras. ¡Al trote!

El policía militar y Ellis se colocaron detrás del resto cogidos del brazo como si estuvieran marchando. El policía meneaba su gordo trasero emulando a una bailarina de pwe. Flory se sentó en el mismo banco que estos dos, frente a Elizabeth. Era la primera vez que osaba mostrarle directamente su marca de nacimiento. «Cierra los ojos y cuenta hasta veinticinco», susurró Ellis cuando se pusieron de rodillas, arrancando por lo bajo una risita del policía. Mrs. Lackersteen ya se había sentado delante del armonio, que no era mayor que un escritorio. Mattu se colocó junto a la puerta y empezó a tirar del punkah, que estaba dispuesto de tal manera que sólo abanicaba a las primeras filas, es decir, a los europeos. Fio recorrió la nave olisqueándolo todo, encontró el banco de Flory y se acurrucó debajo de él. El servicio religioso dio comienzo.

Flory apenas prestaba atención intermitentemente. Tenía conciencia de haberse levantado, puesto de rodillas y murmurado “Amén” al final de oraciones interminables, y sentía a Ellis dándole codazos y susurrándole blasfemias escondiéndose detrás del libro de himnos. Se encontraba demasiado feliz para concentrar sus pensamientos. El infierno se rendía ante Eurídice. La luz amarilla se colaba a través de la puerta abierta y doraba la ancha espalda de Mr. Macgregor, cuyo traje de seda parecía un paño de oro. Elizabeth, al otro lado, estaba tan cerca de Flory que él podía oír cada crujido de su vestido y sentir, o eso le parecía a él, la calidez de su cuerpo. Sin embargo, no la miró ni una sola vez, por miedo a que los demás se dieran cuenta. El armonio carraspeó igual que si estuviera enfermo de bronquitis cuando Mrs. Lackersteen lo llenó de aire con el único pedal que funcionaba. Sonó un tanto irregular, entrecortado. Mr. Macgregor ponía toda su buena voluntad al entonar el himno; los europeos movían los labios y farfullaban la letra, mientras que los cristianos nativos tarareaban en voz baja, pues se sabían las melodías pero no el texto.

Se arrodillaron de nuevo. «Esto es una tortura», susurró Ellis. Oscureció y comenzó a oírse la lluvia golpeando suavemente sobre el tejado. Afuera, los árboles se mecían con el viento y una nube de hojas amarillas pasó delante de la ventana. Flory las observó a través de los huecos que dejaban sus dedos entreabiertos. Hacía veinte años, los domingos de invierno, en el banco de la parroquia a la que iba en su ciudad natal, en Inglaterra, solía contemplar las hojas amarillas que volaban, como ahora, vagando sin rumbo por cielos plomizos. ¿No podría empezar de nuevo, como si aquellos últimos años estériles no hubieran pasado por él? Entre sus dedos miró de refilón a Elizabeth, arrodillada, con la cabeza inclinada y la cara oculta tras sus jóvenes y pecosas manos. ¡Cuando estuvieran casados, cuando estuvieran casados...! ¡Qué bien lo pasarían en esta tierra extraña y sin embargo encantadora! Vio a Elizabeth en el campamento, recibéndole al llegar a casa agotado después de un día de trabajo, mientras Ko S'la salía de su tienda apresuradamente con una botella de cerveza; la vio paseando por el bosque junto a él, observando a los pájaros en los árboles, cogiendo flores desconocidas y cruzando terrenos pantanosos cubiertos por una fría bruma en busca de agachadizas y patos. Vio su casa como había de quedar cuando ella le imprimiera su sello femenino. Vio su sala, libre ya de aquel aire de alegre soltero, decorada con muebles nuevos traídos de Rangún, con un jarrón de capullos rosas sobre la mesa, y libros, acuarelas y un piano negro. ¡Sobre todo el piano! Se recreó en la imagen del piano; un símbolo para él, quizá porque no entendía de música, de la vida civilizada y llena de comodidades. Se alejaría para siempre de aquella infravida que había llevado durante los últimos diez años: las juergas, las mentiras, el dolor y la soledad del exilio, el trato con prostitutas, prestamistas y pukka sahibs.

El cura avanzó hacia el pequeño facistol de madera que hacía también las veces de púlpito, desenrolló el papel en el que tenía escrito el sermón, tosió y anunció el texto que iba a leer.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Abreviando, por el amor de Dios —murmuró Ellis.

Flory no era consciente del paso del tiempo. Las palabras del sermón fluían apaciblemente por su cabeza como un rumor casi inaudible. Cuando estuvieran casados, seguía pensando, cuando estuvieran casados...

¿Eh? ¿Qué estaba sucediendo?

El sacerdote se había quedado callado en medio de una palabra. Se había quitado los lentes y los agitaba en el aire desconcertado y nervioso hacia alguien que estaba en el umbral de la puerta. Entonces se escuchó un grito espantoso y chillón:

—¡Pike-san pay-like! ¡Pike-san pay-like!

Todos pegaron un respingo en sus asientos y se dieron la vuelta. Era Ma Hla May. La mujer entró en la iglesia y empujó violentamente al anciano Mattu. Agitó un puño mirando a Flory.

—¡Pike-san pay-like! ¡Pike-san pay-like! Sí, a ése me refiero... ¡Flory, Flory! —lo pronunciaba Porley—. Es ése que está ahí sentado, el del pelo oscuro. ¡Date la vuelta y mírame, cobarde! ¿Dónde está el dinero que me prometiste?

Chillaba como una loca. Todos la miraban atónitos, incapaces de hacer o decir nada. Tenía la cara empolvada, el pelo grasiento le caía por la espalda y su longyi estaba andrajoso. Parecía una de las fulanas del bazar. Flory se quedó helado por dentro... ¡Dios, Dios! ¿Lo habían entendido todos, había entendido Elizabeth que ésa era la mujer que había sido su amante? Era imposible que no lo hubiesen comprendido; más que imposible. Había gritado su nombre insistentemente una y otra vez. Al oír la familiar voz, Fio salió de debajo del banco, correteó por la nave y movió la cola cuando llegó hasta Ma Hla May. La muy desgraciada estaba contando a voces y con todo detalle lo que Flory le había hecho.

—¡Miradme, hombres blancos, y también vosotras, mujeres blancas! ¡Mirad lo que me ha hecho! ¡Mirad los que harapos que tengo que vestir por su culpa! ¡Y él ahí sentado fingiendo que no me conoce, el muy cobarde y mentiroso! Si por él fuera, dejaría que me muriese de hambre a la puerta de su casa como un perro. Pero ya me ocuparé de abochornarte delante de todos. ¡Vuélvete y mírame! ¡Mira este cuerpo que has besado mil veces..., míralo..., míralo!

Comenzó entonces a rasgarse la ropa, la mayor ofensa que una birmana puede concebir. Mrs. Lackersteen se dio la vuelta para no ver aquello, y al hacerlo golpeó el armonio, que emitió una especie de chillido. La gente recobró el sentido y comenzó a reaccionar. El sacerdote, que había estado todo el rato gimoteando sin conseguir nada, recuperó la voz.

—¡Saquen a esta mujer de aquí! —exclamó bruscamente.

La cara de Flory estaba pálida como la cera. Tras la primera impresión, se había quedado de espaldas a la puerta, apretó los dientes e hizo como si la cosa no fuera con él. Pero fue inútil, del todo inútil. Estaba amarillo y el sudor le brillaba en la frente. Francis y Samuel, realizando puede que la primera acción digna de tenerse en cuenta de sus vidas, se levantaron enseguida de su banco y agarraron a Ma Fila May por los brazos y la arrastraron afuera mientras seguía chillando sin cesar.

Cuando por fin dejaron de escucharse sus gritos, la iglesia se quedó completamente en silencio. La escena había resultado tan violenta, tan desagradable, que todos quedaron muy afectados. Incluso Ellis parecía indignado.

Flory no podía hablar ni moverse. Tenía la vista fija en el altar, con la cara rígida y tan blanca que su marca de nacimiento resaltaba sobre la mejilla como una mancha de pintura azul. Elizabeth le miraba de frente desde su asiento, experimentando un asco que le producía náuseas. No había entendido ni una palabra de lo dicho por Ma Hla May, pero el significado de la escena le había quedado perfectamente claro. La idea de que Flory hubiera sido amante de aquella criatura desquiciada le provocaba

escalofríos. Pero peor que eso, peor que cualquier cosa, era la fealdad de Flory en aquellos momentos. Su rostro le había horrorizado, tan fantasmal, rígido y envejecido. Era como una calavera. Sólo la marca de nacimiento parecía tener algo de vida. Le odiaba por tener esa marca. Hasta este momento, nunca había comprendido lo deshonroso e imperdonable que ese estigma era.

Igual que un cocodrilo, U Po Kyin había atacado a su presa por su punto débil. Porque, no hace falta decirlo, aquella escena era obra de U Po Kyin. Había visto su oportunidad como de costumbre, y le dio a Ma Hla May las instrucciones precisas para que representase con esmero su papel. El sacerdote concluyó su sermón casi inmediatamente. No hizo sino terminar y Flory se apresuró a salir sin mirar a nadie. Gracias a Dios, estaba oscureciendo. Cuando ya se distanciaba cincuenta metros de la iglesia, se detuvo y vio a los demás encaminarse por parejas hacia el Club. Le pareció que llevaban prisa. ¡Ah, claro, naturalmente! ¡Tenían algo de lo que hablar toda la noche! Fio se puso panza arriba pegada a sus tobillos, pues tenía ganas de jugar.

—¡Déjame en paz, asqueroso animal! —dijo propinándole una patada.

Elizabeth se había parado junto a la puerta de la iglesia. Mr. Macgregor, siempre al quite, parecía estar presentándole al sacerdote. Poco después, los dos hombres marchaban hacia la casa de Mr. Macgregor, en donde el párroco iba a pasar la noche, y Elizabeth siguió a los demás a unos treinta metros de distancia. Flory corrió tras ella y la alcanzó cuando estaba a punto de llegar a la verja del Club.

—¡Elizabeth!

Se dio la vuelta, le vio, palideció y aceleró el paso sin decir ni una sola palabra. Pero Flory estaba terriblemente angustiado y la cogió por una muñeca.

—¡Elizabeth, tengo que hablar contigo!

—¡Déjeme marchar!

Comenzaron a forcejear, pero dejaron de hacerlo bruscamente. Dos nativos que acababan de salir de la iglesia estaban observándoles a escasos cincuenta metros con gran interés. Flory se esforzó esta vez por bajar el tono de voz.

—Elizabeth, sé que no tengo ningún derecho a abordarte de este modo. Pero es absolutamente necesario que hable contigo. Por favor, escucha lo que tengo que decirte. ¡No te vayas, por favor!

—¿Qué cree que está haciendo? ¿Por qué me agarra del brazo? ¡Suélteme ahora mismo!

—De acuerdo, te soltaré... ¿Ves? Pero ahora escúchame, por favor. Contéstame tan sólo a una cosa. Después de lo que ha pasado, ¿podrás perdonarme algún día?

—¿Perdonarle? ¿Qué quiere decir con eso de perdonarle?

—Sé que soy una deshonra para la comunidad. ¡Fue lo más miserable y repugnante que podía suceder! Aunque, de algún modo, no fue culpa mía. Lo entenderás todo

cuando estés más calmada. ¿Crees, no ahora mismo, me hago cargo; crees que llegarás a olvidarlo?

—La verdad es que no sé de qué me está hablando. ¿Olvidarlo? ¿Qué tiene que ver conmigo ese episodio? Me pareció terriblemente desagradable, pero no es asunto mío. No veo la razón por la que me está haciendo esa pregunta.

Flory desesperó al escuchar aquello. El tono y las palabras de Elizabeth eran exactamente los mismos que había empleado en su anterior discusión. Otra vez las mismas tretas. En lugar de escucharle, iba a salir con evasivas y llevar la conversación hacia donde le interesara; le volvería la espalda fingiendo que no tenía ningún derecho sobre ella.

—¡Elizabeth! Contéstame, por favor. ¡Por favor, sé justa conmigo! Esta vez va completamente en serio. Tampoco espero que me perdones enseguida. Te resultaría muy duro después de la humillación pública a la que me acabo de ver expuesto. Pero, bueno, después de todo, prácticamente me habías prometido casarte conmigo.

—¿Qué? ¿Casarme con usted? ¿Cuándo le prometí semejante cosa?

—No lo dijiste con palabras, pero ambos lo dábamos por entendido...

—¡Entre los dos nunca ha habido ningún entendimiento de este tipo! Creo que se está comportando usted horriblemente mal conmigo. Voy a entrar al Club ahora mismo. ¡Buenas tardes!

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth! Escúchame. Te ruego que seas justa conmigo y me escuches. Ya sabías antes lo que había hecho y que había llevado otro tipo de vida bien distinto hasta que te conocí. Lo de esta tarde ha sido sólo un accidente. Lo reconozco, esa desgraciada fue en tiempos mi..., en fin...

—¡No estoy dispuesta a escucharle semejantes indecencias! ¡Me voy!

Flory la cogió de nuevo por las muñecas y la sujetó con fuerza. Afortunadamente, los nativos ya se habían esfumado.

—¡No, no, me vas a escuchar! Prefiero ofenderte antes que vivir con esta incertidumbre. Han pasado semanas, meses, y aún no he podido hablar contigo claramente. No parece darte cuenta de lo mucho que me haces sufrir. Pero esta vez no tendrás más remedio que contestar a lo que te pregunto.

La joven forcejeaba y se revolvió, haciendo gala de una sorprendente fuerza. Nunca imaginó Flory que la cara de Elizabeth pudiera mostrar tanta ira y rabia. Lo odiaba tanto que le habría golpeado de tener las manos libres.

—¡Suéltame, animal, suéltame!

—¡Dios mío, que tengamos que pelearnos de esta manera! ¿Pero qué otra cosa puedo hacer? No puedo permitir que te vayas sin oírme. ¡Elizabeth, tienes que escucharme!

—¡No! ¡No quiero hablar contigo! ¿Con qué derecho me haces ninguna pregunta? ¡Suéltame!

—¡Perdóname, perdóname! Sólo respóndeme a esto: ¿te casarás, no ahora, sino cuando todo esto quede olvidado; te casarás conmigo?

—¡No, jamás, jamás!

—¡No digas eso! No digas nada definitivo. Dime que no por ahora, pero que puede que dentro de un mes, un año, quizá cinco...

—¿No me has oído? ¿Por qué sigues insistiendo?

—Elizabeth, escúchame. He intentado decirte miles de veces lo que significas para mí... Pero resulta inútil hablar de ello... Sin embargo, haz un esfuerzo por comprenderme. ¿No te he hablado ya de cómo es la vida aquí? ¡Es igual que si uno fuera un muerto viviente! La decadencia, la soledad, la autocompasión... Trata de comprender lo que esto supone y que tú eres la única persona del mundo que puede salvarme.

—¿Me sueltas? ¿Por qué me montas esta escena tan bochornosa?

—¿No significa entonces nada para ti que te diga lo mucho que te quiero? Me cuesta creer que no supieras lo que esperaba de ti. Si lo prefieres, estaría dispuesto a casarme contigo con la promesa de no ponerte jamás un dedo encima. Me da igual con tal de tenerte a mi lado. No puedo seguir así, viviendo solo, siempre solo. ¿No podrás perdonarme algún día?

—¡Jamás, jamás! No me casaría contigo ni aunque fueras el único hombre sobre la faz de la tierra. Antes me casaría con... el barrendero.

Elizabeth se había puesto a llorar. Flory comprendió que hablaba en serio. Se le saltaron las lágrimas. Insistió de nuevo:

—Antes de marcharme, recuerda lo importante que es tener a una persona en el mundo que te quiera. Recuerda que aunque encuentres a hombres más ricos, más jóvenes y mejores que yo en todos los aspectos, nunca darás con alguien que te quiera tanto como yo lo hago. Y aunque no soy rico, al menos puedo ofrecerte un hogar. Podemos encontrar la manera de llevar una vida... civilizada, decente...

—¿No hemos dicho ya todo lo que teníamos que decir? —dijo Elizabeth ya más calmada—. ¿Quiere soltarme antes de que llegue alguien?

Flory aflojó la presión sobre sus muñecas. La había perdido, de eso no había duda. Como una alucinación, dolorosamente nítida, pudo ver de nuevo el hogar de ambos tal y como lo había imaginado. Vio el jardín, y a Elizabeth en él dando de comer a Nero y a las palomas por el sendero que flanqueaban unos arbustos de flores amarillas que le llegaban a la altura de los hombros; vio también el salón, con cuadros en las paredes, los bálsamos en el jarrón de porcelana sobre la mesa, las estanterías y el piano negro. El imposible y casi mítico símbolo de todo lo que aquel absurdo y fugaz incidente había echado a perder.

—Deberías tener un piano —dijo víctima de la desesperación.

—No toco el piano.

La soltó del todo. No servía de nada continuar. En cuanto se vio libre, Elizabeth se metió corriendo en el Club, tan odiosa le resultaba la presencia de Flory. Antes de entrar, cuando andaba junto a los árboles, se detuvo para quitarse las gafas y borrar cualquier señal de haber llorado. ¡Menudo animal, menudo animal! Le había hecho un daño terrible en las muñecas. ¡Era un auténtico animal! Cuando le vino a la mente la imagen de su rostro en la iglesia, cetrino y con aquella marca de nacimiento reluciente, deseó su muerte. Lo que le horrorizó no era lo que Flory había hecho. Podía haber protagonizado mil escándalos semejantes y Elizabeth habría sido capaz de perdonárselos todos. Pero no podía tras aquella última vergonzosa y humillante escena, después de haber contemplado la espantosa fealdad de su rostro desfigurado. Su marca de nacimiento, finalmente, le había condenado para siempre.

Su tía se pondría furiosa cuando se enterara de que había rechazado a Flory. Y ahí estaba también su tío, con sus pellizcos en los muslos. Convivir allí con ellos iba a resultarle imposible. Quizá no tendría más remedio que volverse soltera finalmente a Inglaterra. ¡Las cucarachas! Daba igual. Cualquier cosa (ser una solterona, tener que servir; cualquier cosa) antes que casarse con aquel hombre. ¡Jamás, jamás se entregaría a un hombre que ha sido humillado públicamente de esa manera! Antes, mucho antes, morir que eso. Los pensamientos que se le habían pasado por la mente hacía una hora, se habían perdido en el olvido. Ni siquiera recordaba que Verrall la había dejado plantada y que casarse con Flory le habría ayudado a salvar las apariencias. Lo único que sabía es que él era una vergüenza e incluso menos que un hombre, y que le odiaba con la misma fuerza que odiaría a un lunático o un leproso. En este caso, el instinto podía más que la razón o la conveniencia, y desobedecerlo le habría costado tanto como dejar de respirar voluntariamente.

Flory subía la colina sin correr, aunque caminaba tan rápido como le era posible. Lo que iba a hacer, debía hacerse deprisa. Estaba oscureciendo. La condenada Fio, que ni siquiera ahora se daba cuenta de lo serio de la situación, correteaba junto a los pies de su amo, gimoteando quejumbrosa para reprocharle la patada que le había propinado antes. Mientras caminaba por el sendero, sopló una ráfaga de viento entre los plátanos, agitando las hojas caídas y trayendo consigo un olor a humedad. Iba a empezar a llover de nuevo. Ko S'la tenía preparada la cena en la mesa y estaba quitando algunos escarabajos voladores que se habían suicidado atraídos por la lámpara de petróleo. Obviamente, no se había enterado todavía de lo sucedido en la iglesia.

—La cena del santísimo está lista. ¿La quiere tomar el santísimo ahora?

—No, aún no. Dame esa lámpara.

Cogió la lámpara, se dirigió al dormitorio y cerró la puerta. El olor viciado a polvo y humo de cigarrillos le recibieron y bajo la luz blanca e inestable de la lámpara, pudo distinguir los libros mohosos y los lagartos de la pared. Ya estaba de nuevo sumido en

aquello, su antigua vida privada y oculta. Después de los últimos meses, volvía al lugar y a la vida de los que había intentado escapar.

¿No podía volver a soportarlo? Ya lo había hecho antes. Había maneras de sobrellevarlo: los libros, su jardín, la bebida, el trabajo, las prostitutas, la caza, sus conversaciones con el doctor...

No, ya no podía soportarlo por más tiempo. Con la llegada de Elizabeth había aflorado en él una renovada capacidad para sufrir y, sobre todo, albergar esperanzas, las cuales ahora sentía completamente extinguidas. El letargo al que se había medio acomodado durante este tiempo había concluido. Y si estaba sufriendo ahora, lo que quedaba por llegar iba a resultarle muchísimo más doloroso todavía. Elizabeth no tardaría en casarse con alguien. Se imaginaba perfectamente el momento en el que le darían la noticia. «¿Te has enterado de que los Lackersteen han logrado colocar por fin a su sobrina? Al pobre Fulanito, derecho que va al altar. Dios le pille confesado...» A lo que él preguntaría fingiendo indiferencia: «¿De veras? ¿Cuándo van a celebrar la boda?». Luego llegaría el día de la boda, la noche nupcial... ¡No, eso no! Obsceno, obsceno. No podía quitárselo de la cabeza. Obsceno. Sacó su baúl de latón de debajo de la cama, cogió la pistola automática, metió un cartucho en la recámara y la cargó.

Se acordó de Ko S'la en su testamento. Quedaba Fio. Dejó la pistola apoyada sobre la mesa y salió afuera. Fio jugaba con Ba Shin, el hijo menor de Ko S'la bajo el techado de la cocina, donde los criados habían dejado los restos de una fogata. Brincaba en torno al niño sacando los dientes, como si quisiera morderle, mientras que el crío, con la tripa enrojecida por el reflejo de las ascuas, le pegaba cachetes riéndose y a la vez temiendo un bocado de la perra.

—¡Fio! ¡Ven aquí, Fio!

Le oyó y acudió obedientemente, deteniéndose junto a la puerta del dormitorio. Parecía haber notado que sucedía algo raro. Retrocedió un poco y se quedó mirándole atemorizada, sin querer entrar en el dormitorio.

—¡Ven aquí!

Meneó la cola, pero no se movió del sitio.

—¡Venga, Fio! ¡Ven conmigo, bonita!

De repente, Fio quedó atenazada por el terror. Gimoteó, dejó caer el rabo y se encogió.

—¡Ven aquí, maldita sea! —gritó para después cogerla por el collar y arrastrarla dentro de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Fue hacia la mesa a por la pistola. Fio se agazapó y gimoteó de nuevo pidiendo perdón. Le dolió mucho oírle.

—¡Venga, buena chica! ¡Mi Fio bonita! El amo nunca te haría daño. ¡Ven aquí!

Se arrastró lentamente hasta él, con la panza pegada al suelo y la cabeza gacha, como si tuviera miedo de mirarle. Cuando estuvo a un metro de distancia, Flory disparó, volándole la cabeza en pedazos.

Su cerebro, esparcido por el suelo, parecía terciopelo rojo. ¿Tendría el suyo el mismo aspecto? El corazón, no la cabeza. Oyó las carreras y los gritos de los criados; debían haber escuchado el disparo. Se abrió de prisa la chaqueta y puso la boca del cañón contra la camisa. Una diminuta lagartija, translúcida como una criatura de gelatina, perseguía a una polilla blanca por el borde de la mesa. Flory apretó el gatillo con el pulgar.

Cuando Ko S'la irrumpió en la habitación, lo único que vio al principio fue el cadáver de la perra. Después descubrió los pies de su señor, talones arriba, sobresaliendo por detrás de la cama. Gritó que no dejasen entrar a los niños y enseguida llegaron los demás con sus chillidos. Ko S'la cayó sobre sus rodillas junto al cuerpo de Flory y en ese preciso instante se asomó Ba Pe, que venía corriendo de la veranda.

—¿Se ha disparado él?

—Creo que sí. Dale la vuelta para que quede boca arriba. ¡Fíjate en eso!... ¡Corre a avisar al doctor indio! ¡Corre lo más rápido que puedas!

La camisa de Flory tenía un agujero limpio, no mayor que el que pueda hacer un lápiz atravesando un papel secante. No había duda de que estaba muerto. Con gran dificultad, puesto que los demás se negaron a tocar el cuerpo, Ko S'la le arrastró hasta colocarle encima de la cama. El doctor apenas tardó en llegar veinte minutos. Sólo había entendido vagamente que Flory estaba herido y acudió en bicicleta lo más de prisa que pudo bajo una lluvia torrencial. Tiró la bicicleta sobre el arriate y entró corriendo por la veranda. Le faltaba el aliento y tenía las gafas empañadas. Se las quitó y miró con sus ojos de miope hacia la cama.

—¿Qué le sucede, amigo mío? —preguntó inquieto—. ¿Dónde está esa herida?

Entonces, acercándose, vio lo que pasaba y lanzó un gemido áspero.

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué le ha sucedido?

—Se ha pegado un tiro, señor.

El doctor se hincó de rodillas, rasgó la camisa de Flory y apretó la oreja contra su pecho. El rostro de Veraswami reflejó una tremenda angustia y, agarrando al muerto por los hombros, lo sacudió, como si la mera violencia pudiese reanimarlo. Un brazo cayó inerte fuera de la cama. El doctor lo volvió a posar donde estaba, y entonces, con la mano muerta entre las suyas, rompió a llorar. Ko S'la permanecía de pie junto a la cama, con su cara morena compungida y arrugada. El doctor se levantó y, perdiendo la compostura por un momento, se apoyó contra uno de los postes de la cama y sollozó ruidosamente, de un modo grotesco, dándole la espalda a Ko S'la. Le temblaban sus gruesos hombros. Por fin logró recomponerse y se volvió hacia el criado.

—¿Cómo ocurrió?

—Oímos dos disparos. Lo hizo él mismo. No sé por qué.

—¿Cómo sabes que lo hizo a propósito? ¿Cómo tienes la seguridad de que no fue un accidente?

Por toda respuesta, Ko S'la señaló el cadáver de Fio. El doctor reflexionó unos instantes, y luego, con sus manos hábiles y suaves, envolvió el cuerpo en la sábana y la ató por los pies y la cabeza. Una vez muerto, la marca de nacimiento se había desvanecido completamente, quedando apenas una ligera mancha gris.

—Entierra al perro enseguida. Le diré a Mr. Macgregor que ocurrió accidentalmente mientras limpiaba su revólver. Asegúrate de que entierras bien al perro. Tu señor era amigo mío. No quedará escrito en su lápida que se suicidó.

Capítulo XXV

Fue una afortunada coincidencia que el padre hubiese ido aquel día a Kyauktada, pues así tuvo tiempo de officiar el funeral e incluso dirigir unas palabras a los presentes ensalzando las virtudes del difunto antes de tomar su tren a la tarde siguiente. Todos los ingleses son un dechado de virtudes cuando están muertos. El veredicto final fue de "muerte accidental", y así se reflejó en la lápida (el Dr. Veraswami había probado con sus conocimientos forenses que todo apuntaba a un accidente). Por descontado, nadie se lo llegó a creer. El verdadero epitafio de Flory fue el comentario que muy ocasionalmente, pues la muerte de un inglés pronto se olvida en Birmania, se escuchaba de boca de algún compatriota: «¿Flory? Ah, sí, era aquel chico moreno con una marca de nacimiento. Se pegó un tiro en Kyauktada en 1926. La gente decía que fue por una mujer. Pobre tonto». Probablemente, nadie salvo Elizabeth se sorprendió demasiado con lo ocurrido. El número de suicidios entre los europeos residentes en Birmania es bastante elevado y cada nuevo caso produce poco asombro.

La muerte de Flory trajo algunas consecuencias. La primera y más importante es que el Dr. Veraswami, como él mismo había predicho, lo perdió todo. El prestigio de ser amigo de un blanco, lo único que hasta entonces le había salvado, se evaporó. Es verdad que Flory nunca había sido muy bien visto por el resto de los europeos, pero no dejaba de ser un hombre blanco y tenerle como amigo suponía cierto prestigio añadido. Una vez muerto, la caída del doctor fue imparable. U Po Kyin esperó un tiempo prudencial y después reemprendió sus ataques, esta vez con más fuerza que nunca. Apenas le llevó tres meses meter a todos los europeos de Kyauktada en la cabeza que el doctor era un redomado canalla. No le hizo ninguna denuncia pública; U Po Kyin fue más sutil y sibilino. Incluso Ellis se habría visto en un aprieto si hubiera tenido que declarar cuáles eran las villanías que se le inculpaban al doctor. Fuera como fuese, todos compartían el convencimiento de que Veraswami era un canalla. Poco a poco, las sospechas que de él se tenían cristalizaron en una inequívoca expresión birmana: shok de. Veraswami, según decían, era un tipo astuto e incluso un buen médico para tratarse de un nativo, pero era en el fondo shok de. Shok de significa más o menos indigno de confianza, y cuando se dice eso de un funcionario nativo está acabado.

El gesto con la cabeza y el guiño que tanto pavor causaban a Veraswami, se abrieron paso hasta las altas esferas, y el doctor fue degradado al puesto de cirujano auxiliar y transferido al Hospital General de Mandalay. Todavía está allí y probablemente allí se quede para siempre. Mandalay es una ciudad más bien desahogada; es sucia, el calor resulta insoportable y se la conoce principalmente por cinco cosas, todas ellas empiezan por la letra p: pagodas, parias, puercos, párrocos y prostitutas. Por si fuera poco, la rutina de trabajo en el hospital resulta agotadora. El doctor vive junto al hospital en un decrepito bungalow rodeado por una verja de hierro acanalado, y por las tardes atiende su consulta privada para complementar su reducido sueldo. Se ha hecho socio de un Club de segunda categoría que alternan procuradores indios. Su miembro más notable es el único europeo que se cuenta entre sus socios, un electricista de Glasgow llamado Macdougall que fue despedido de la Irrawaddy Flotilla Company por sus continuas borracheras, y que ahora vive con estrecheces de un garaje que regenta. Macdougall es un lerdo al que lo único que interesa es el whisky y los magnetos. El doctor, que nunca llegará a convencerse del todo de que un hombre blanco puede ser un completo ignorante, intenta prácticamente todas las noches entablar con él lo que todavía continúa llamando “una conversación cultivada”, aunque los resultados que obtiene no podrían ser menos satisfactorios.

Ko S’la heredó cuatrocientas rupias de Flory y abrió con su familia una casa de té en el bazar. Pero el negocio fracasó, lo cual era inevitable si se tenía en cuenta que sus dos mujeres se pasaban el día entero peleándose. Ko S’la y Ba Pe se vieron obligados a ponerse de nuevo a servir. Ko S’la era un excelente criado. Además de su habilidad para conseguir prostitutas, negociar con prestamistas, meter al señor en la cama cuando estaba borracho y preparar reconstituyentes conocidos como ostras de las praderas, sabía coser, zurcir, recargar cartuchos, cuidar de un caballo, planchar un traje y decorar la mesa con maravillosos y enrevesados centros a base de hojas y granos secos de arroz. Bien podía valer unas cincuenta rupias al mes. Pero Ba Pe y él habían adquirido muy malos hábitos durante el tiempo que estuvieron al servicio de Flory, y les despedían continuamente de un sitio tras otro. Pasaron un mal año y el pequeño Ba Shin contrajo una enfermedad, muriendo ahogado por sus toses una calurosa noche. Ko S’la está ahora al servicio de un comerciante de arroz casado con una neurótica que está siempre supervisándolo todo por encima de su hombro, mientras que Ba Pe trabaja depani-wallah en la misma casa por dieciséis rupias al mes. Ma Hla May está en un burdel de Mandalay. No conserva ninguno de sus antiguos encantos y sus clientes no le pagan más que cuatro annas, y a veces se lleva incluso alguna patada o golpe por su parte. Quizá con más amargura que el resto, añora los buenos tiempos en los que Flory aún vivía, y lamenta no haber tenido la sensatez de ahorrar parte del dinero que le sacó.

U Po Kyin vio hechos realidad todos sus sueños, salvo uno. Tras caer en desgracia el doctor, era inevitable que, a pesar de las agrias protestas de Ellis, U Po Kyin fuera como de hecho fue elegido socio del Club. Al final, los europeos acabaron por alegrarse bastante de haber admitido a U Po Kyin, pues su presencia no era del todo insoportable. No acudía demasiado a menudo, era zalamero, toleraba bien la bebida y aprendió rápidamente a jugar al bridge como un maestro. Algunos meses más tarde, fue trasladado lejos de Kyauktada y ascendido. Durante un año entero, justo antes de jubilarse, actuó como delegado del comisario y sólo en sobornos reunió veinte mil rupias. Un mes después de su retiro, le convocaron en Rangún para ser condecorado por el gobierno indio.

El durbar, un homenaje solemne, fue realmente impresionante. Sobre el estrado, entre banderas y flores, estaba sentado el gobernador vestido de frac y sobre una especie de trono, con un grupo de asistentes y secretarios a sus espaldas. Por toda la gran sala, como relucientes figuras de cera, se encontraban los altos y barbudos sowars de la guardia personal del gobernador, con sus lanzas rematadas por banderines en alto. Afuera, una banda tocaba a todo volumen. La galería estaba muy animada con los ingyis blancos y los chales rosas de las damas birmanas, mientras que en el centro de la sala un ciento de hombres o más aguardaban para recibir sus condecoraciones. Se daban cita funcionarios birmanos con pasos, indios con pagris de paño de oro, oficiales británicos vestidos de gala con sus ruidosos sables envainados, y viejos thugyis con el cabello cano recogido en un moño y sus dahs con empuñadura de plata colgados de los hombros. En voz alta y clara un secretario fue leyendo la lista de galardones, que variaba desde reconocimientos de la Compañía del Imperio Indio a certificados de honor sellados y en estuches de plata. Cuando le llegó el turno a U Po Kyin, el secretario leyó:

—A U Po Kyin, subcomisario adjunto, retirado, por sus largos y leales servicios y muy especialmente por su oportuna contribución en el aplastamiento de una peligrosísima rebelión en el distrito de Kyauktada...

Dos soldados situados allí a tal efecto, ayudaron a subir a U Po Kyin al estrado. Caminó como un pato, hizo una reverencia tan profunda como su barriga le permitió y fue condecorado y felicitado, mientras Ma Kin y algunos más de sus partidarios aplaudían con entusiasmo y agitaban pañuelos desde la galería.

U Po Kyin habían conseguido todo a lo que un mortal puede aspirar. No le quedaba más que prepararse para el otro mundo, es decir, debía ponerse a construir pagodas. Sin embargo, desgraciadamente fue llegado a ese punto cuando le fallaron sus planes. No habían pasado más que tres días del durbar, antes de que hubiese dado tiempo a poner el primer ladrillo de las pagodas, U Po Kyin sufrió una apoplejía sin poder pronunciar siquiera una última voluntad. Contra el destino no hay armadura que valga. Ma Kin quedó desconsolada ante semejante desastre. Aunque hubiese

edificado las pagodas por su cuenta, a U Po Kyin de nada le habría servido; sólo puede uno salvarse por sus propios actos. Sufre mucho ahora con la idea de que U Po Kyin debe de andar vagando por sabe Dios qué espantoso submundo de fuego, tinieblas, serpientes y genios maléficos. E incluso en el hipotético caso de que hubiera escapado de lo peor, su otro temor se habrá hecho realidad: volver a la tierra reencarnado en una rata o una rana. Podía estar siendo engullido por una serpiente en este preciso instante.

En cuanto a Elizabeth, las cosas le fueron mejor de lo que podía esperar. Después de la muerte de Flory, Mrs. Lackersteen, dejándose de pamplinas, dijo abiertamente que no quedaban hombres en este horrible lugar y que lo único que su sobrina podía hacer era pasarse unos meses en Rangún o Maymyo, y acompañarla equivalía prácticamente a condenar a Mr. Lackersteen a morir víctima del delirium tremens. Pasaron los meses, y cuando las lluvias alcanzaron su punto culminante y Elizabeth ya se había decidido a regresar a Inglaterra sin un penique y soltera, Mr. Macgregor se le declaró. Hacía mucho tiempo que tenía pensado hacerlo, pero había querido esperar un tiempo prudencial para que la muerte de Flory no quedase demasiado cercana.

Elizabeth aceptó gustosa. Puede que fuera bastante mayor para ella, pero no se puede dejar pasar a un subcomisario. Desde luego, era mucho mejor partido que Flory. Son muy felices. Mr. Macgregor siempre ha sido un hombre de gran corazón, aunque se ha hecho todavía más humano y bondadoso desde su matrimonio. Su voz ya no suena tan atronadora y ha abandonado sus ejercicios vespertinos. Elizabeth ha madurado sorprendentemente rápido, y se le ha acentuado la cierta aspereza de maneras que siempre había tenido. Sus criados le profesan auténtico pavor, a pesar de que sigue sin hablar ni una palabra de birmano. Conoce exhaustivamente la Lista Civil, ofrece encantadoras veladas como anfitriona en el hogar de ambos y sabe poner en su sitio a las esposas de los subordinados de su marido. En fin, que desempeña con éxito el papel que la naturaleza le tenía reservado desde el principio: el de una burra memsahib.